3 1761 06583906 0

BRIEF
PA
0000207

[illegible]
[illegible]

ÉGLOGAS Y GEÓRGICAS

JACOBSEN & CO
BUENOS AIRES
CALLE FLORIDA, 249
LIBRERIA EUROPEA

300
IV

BIBLIOTECA CLÁSICA
TOMO XX

RODRIGUEZ

ÉGLOGAS Y GEÓRGICAS

DE

PUBLIO VIRGILIO MARON

traducidas en versos castellanos por

D. FÉLIX M. HIDALGO

Y

D. MIGUEL ANTONIO CARO

con un estudio preliminar de

D. MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO

MADRID
IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ
CALLE DE LA COLEGIATA, NÚM. 6

1879

LIBRARY
FEB
27
1979
UNIVERSITY OF TORONTO

LIBRARY
OCT 15 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Publicar al frente de las *Églogas* y *Geórgicas* de Virgilio un juicio crítico de obras tan conocidas y apreciadas, sería repetir conceptos y elogios de estos modelos de poesía latina que por demas conocen las personas cultas.

Tal razon nos obliga á preferir el estudio bibliográfico sobre los traductores españoles de las obras de Virgilio, debido á la docta pluma de D. Marcelino Menéndez Pelayo, y escrito para prólogo de este tomo.

El Editor.

TRADUCTORES

DE LAS

EGLOGAS Y LAS GEÓRGICAS DE VIRGILIO. [1]

---

a) «Cancionero de las obras de Juan del Encina.

Colof.) »Deo gracias. Fué impreso en Salamanca, á veynte días del mes de Junio de Mill. cccc. e xcvi años.» Fol. gót., 196 hojas, sin incluir el título.

Al folio 31 se halla:

«La Bucólica de Virgilio, con dos prólogos al principio, y uno á los Reyes nuestros señores, y otro al Príncipe.»

Se reimprimió en las siguientes ediciones:

—«Cancionero de todas las obras de Juan del enzina, con otras añadidas.

»Fué empremida esta presente obra en la muy noble e muy leal cibdad de Búrgos por Andrés de

---

(1) Este estudio bibliográfico puede considerarse como segunda parte del que hace algunos meses publicamos acerca de los *traductores de la Enéida.*

Búrgos, por mandado de los honrrados mercaderes Francisco aada e Juan Thomas Aavario: la qual se acabó á xiii días de Febrero en el año del Señor Mill y quinientos y cinco.» Fol. gót., 101 hojas.

—«Cancionero de todas las obras de Juan del Enzina.

»Fué esta presente obra emprimida por Hans gysser aleman de Silgenstat en la muy noble e leal cibdad de Salamanca: la cual acabóse á v. de enero del año de mill quinientos e siete.»

—«Cancionero de todas las obras de Juan del Enzina, con las coplas de Zambardo, e con el Auto del Repelon... e con otras cosas nuevamente añadidas...

»Fué esta presente obra emprimida por Hams Gysser, aleman de Silgenstat, en la muy noble e leal cibdad de Salamanca: la qual dicha obra se acabó á 7 del mes de Agosto del año de 1509 años.» Fol. gót. 104 hojas.

—«Cancionero de todas las obras de Juan del enzina...

»Fué imprimido el presente libro llamado Cancionero, por Jorje Coci, en Çaragoça. Acabó se a xv dias del mes de deziembre. Año de mill e quinientos e deziseys años.» Fol. gót., 98 hojas dobles.

En el folio 25 empiezan las *Bucólicas* (1).

Cítanse vagamente, además de estas ediciones,

(1) Véase la descripcion de estas ediciones en el *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos* de Gallardo. Tomo II, artículo *Encina*.

una de 1501 y otra de 1512; entrambas dudosas. Punto es este que, con otros muchos, aclarará nuestro docto amigo D. Manuel Cañete en la edicion que prepara de todas las obras dramáticas de Juan del Encina.

Las *Bucólicas* van precedidas de dos prólogos, uno «á los muy esclarecidos e siempre victoriosos príncipes D. Hernando e D.ª Isabel,» otro «al muy esclarecido y bienaventurado príncipe D. Juan.»

En el primero parece indicar su propósito de trasladar asimismo en lengua castellana las demas obras del Mantuano: «De las cuales por agora... para entrada y preludio... estas Bucólicas quise trasladar, trobadas en estilo pastoril, aplicándolas á los muy loables hechos de vuestro reinar, segun parece en el argumento de cada una... Muchas dificultades hallo en la traduccion de aquesta obra, por el gran defecto de vocablos que hay en la lengua castellana en comparacion de la latina, de donde se causa en muchos lugares no poderles dar la propia significacion, cuanto más que por razon del metro é consonantes seré forzado algunas veces de impropiar las palabras é acrecentar ó menguar... mas en cuanto yo pudiere é mi saber alcanzare, siempre procuraré seguir la letra, aplicándola á vuestras más que reales personas, y enderezando parte dello al nuestro muy esclarecido príncipe D. Juan.»

En la dedicatoria al príncipe escribe:

«Mas por no engendrar fastidio á los lectores desta obra, acordé de la trobar en diversos géneros

de metro y en estilo rústico, por consonar con el poeta, que introduce personas pastoriles.»

Más que traduccion, es imitacion bastante libre la de Juan del Encina, que está llena de alusiones á cosas de su tiempo. Baste decir que en la égloga I «Melibeo... habla en persona de los caballeros que fueron despojados de sus haciendas por ser rebeldes, conjurando con el rey de Portugal que de Castilla fué alzado...» y Títiro habla del gobierno de Enrique IV.

Aun es más singular la trasformacion de la égloga II, donde Alexis está convertido en Fernando el Católico:

Coridon, siendo pastor
    Trovador,
Muy aficionado al Rey.
Espejo de nuestra ley,
    Con amor
Deseaba su favor;
Mas con mucha cobardía
    No creía
De lo poder alcanzar:
Por los montes se salía
    Cada día
Entre sí solo á pensar...

La égloga III está aplicada «á los privados del señor rey D. Enrique, y á muchos grandes que con envidia dellos, é áun ellos mesmos entre sí, sembraron gran discordia en nuestra Castilla, é algunos dellos tentaron alzar por rey al príncipe D. Alfonso su hermano.»

La pintura de la nueva edad de oro, del restaurado imperio de Saturno y Rea, en la égloga IV, claro se ve que habia de traerla el poeta al tiempo de los Reyes Católicos, en que «ya los menores no saben qué cosa es temer las sinrazones é demasías que en otro tiempo los mayores les hazian» y en que «la Santa Inquisicion va acendrando é cada día esclareciendo nuestra fé.»

El pastor Dáfnis de la égloga V es «el muy desdichado príncipe de Portugal,» casado con la Infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos.

En la VII «el pastor Coridon canta la soledad que Castilla sentía cuando iban los Reyes á Aragon.»

En la VIII (cosa que el más lince no pudiera sospechar), el amor y los encantos de la hechicera se ven tornados en «el crecido amor que nuestro cristianísimo rey D. Hernando tenía en la conquista del reino de Granada,» y á la derrota de las Lomas de Málaga ó de la Ajarquia.

Esta coleccion de trovas ó parodias está versificada con facilidad y gracia, por lo general en octosílabos de pié quebrado, combinados en estrofas de ocho, nueve, diez, once y doce versos. El *Sicelides Musae* está traducido, y con mucha valentía, en diez y seis coplas de arte mayor:

Musas de Sicilia dejemos, pastores...

El estudio que para interpretar las églogas de Virgilio hizo, debió de adiestrar á Juan del Encina

en el manejo del diálogo y en la forma dramática que usó en sus propias *églogas y representaciones*, muchas de las cuales no tienen más accion ni más movimiento que las Bucólicas antiguas, y sólo se distinguen de ellas en el carácter realista y á las veces prosaico y de actualidad, y en la menor presencia de elementos descriptivos. Leyendo á Juan del Encina, no es aventurado decir que la égloga de Virgilio tuvo alguna influencia en los progresos del drama español cuando áun estaba en mantillas. Para el humanista significa poco la traduccion de Encina, mucho para el historiador de la literatura española.

b)—«Églogas de Virgilio, traducidas de latin en español por Juan Fernandez de Idiáquez... Con licencia. En Barcelona en casa de Juan Pablo Manescal.»

Al fin.) «Fueron impressas estas Églogas en casa de Pedro Malo, impresor de libros, año 1574.»—8.° No tiene foliatura. Signaturas A=F2.

Está dedicada al Cardenal de Médicis, y el autor firma el prólogo en Roma, último dia de Agosto de 1572.

Sigue una «explicacion del ánimo de Virgilio y la causa que le movió á escribir estas églogas.»

Inc.

Títiro amigo, buena fué tu suerte,
Pues que sin sobresalto recostado
Debajo de esa haya umbrosa y grande,
Haces con tu zampoña y rudo canto
A la silvestre musa compañía...

Libro muy raro: traduccion mediana, en verso suelto, con algunas notas en prosa. Nicolás Antonio se equivocó en creer que la traduccion estaba en prosa. Del intérprete no hay noticia alguna.

c)—El maestro Juan de Mal-Lara tradujo en octavas reales la *lucha de los toros* (libro III de las *Geórgicas)*. Insértala Herrera en las *Anotaciones á Garci-Lasso*. Empieza:

La vaca en los regalos amorosos
(Cuales ya bien conocen los ganados)
Hace que los amantes furiosos
Con sus cuernos combatan indignados,
Ardiendo en celos ambos, tan rabiosos,
Que bien se ve que están enamorados,
Y allá en el bosque pace la becerra
Hermosa, sin cuidarse de esta guerra.
. . . . . .

d)—Entre las poesías inéditas de Juan de la Cueva (Vid. *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, de Gallardo, Zarco del Valle y Sancho Rayon, tomo II, pág. 651), se halla con el núm. X una epístola «á uno que tradujo las églogas de Virgilio, mudándoles los nombres y el sentido dellas.»

Hallé leyendo un libro en una calle
A Volusio el barbero vuestro amigo...
  Abrílo, y decía el título: «Diverso
De varias obras vueltas en romance,
Y de Maron las églogas en verso...»
  Ví del divino ingenio la escritura
Tratada de tal suerte, y ví la hiedra

Contaminar con vuestra vena dura.
Vide en versos más duros que una piedra
Convertir de Virgilio la terneza,
Y ví lo que por vos su Musa medra.

e)—El maestro Diego Giron, insigne humanista sevillano, sucesor del maestro Juan de Mal-Lara en la cátedra de Retórica, tradujo en octavas reales la égloga VII de Virgilio, de la cual cita algunos trozos Herrera en las anotaciones á Garci-Lasso:

Hermosa Galatea, de Nereo
Querida hija, y á mí más sabrosa
Que á las abejas el tomillo hibleo,
Blanca más que los cisnes, más hermosa
Que blanca hiedra: si la fé y desseo
De tu pastor te tiene cuidadosa,
En tornando del pasto á su manida
Las vacas, sea cierta tu venida.
. . . . . .
Sécase el campo: el aire malicioso
Quema la tierna yerba y la deshoja...
A sus collados Baco, invidioso,
De los sombríos plátanos deshoja,
Mas si vuelve mi Fílis, todo umbroso
Reverdecerá el bosque en nueva hoja:
Júpiter con gran pluvia desde el cielo
Regará alegremente todo el suelo.
. . . . . .

Cinco son las octavas trascritas por Herrera, el cual cita además, como de Diego Giron, traducciones de dos pasajes del libro IV de las *Geórgicas:* el *Qualis populea moerens Philomela sub umbra*, y el *Ac veluti lentis Cyclopes fulmina*. Merece trascribirse el primero:

Cual suele el ruiseñor triste en la sombra
Del álamo quejarse, sus perdidos
Hijuelos lamentando tiernamente
Que el duro labrador con asechanzas
Del caro nido le sacó sin tiempo,
Y allí puesto en la rama despojada,
Llora la noche, el miserable canto
Renovando, y de sus tristes querellas
Hinche el lugar vecino y apartado.

f)—El divino Fernando de Herrera trae en las *Anotaciones á Garci-Lasso* fragmentos de las églogas V y VIII de Virgilio, y del libro IV de las *Geórgicas*, con traducciones de su propia cosecha.

g)—Fray Luis de Leon tradujo las diez églogas, el primer libro de las *Geórgicas* y una parte del segundo.

Las seis últimas églogas y el primer libro de las *Geórgicas* salieron con incorrecciones, en el libro titulado:

«*Obras propias y traducciones Latinas, Griegas y Italianas. Con la paráfrasi de algunos Psalmos y Capítulos de Job. Avtor el Doctíssimo y Reverendíssimo Padre fray Luis de Leon, de la gloriosa órden del grande Doctor y Patriarca San Agustin. Saçadas de la librería de don Manuel Sarmiento de Mendoça, Canónigo de la Magistral de la Santa Iglesia de Sevilla. Dálas á la impresion don Francisco de Quebedo Villegas, cavallero de la órden de Santiago..... En Madrid. En la Imprenta del Reyno, Año MDCXXXI. A costa de Domingo Gonçalez, mercader de libros.*» 16.°, 228 hojas.

Ajustada en todo á esta edicion de Quevedo, es la siguiente, en que se suprimieron el prólogo y la dedicatoria que aquél antepuso á la suya:

«*Obras propias y traducciones*, etc., etc..... *En Madrid este año* 1631 *las hizo imprimir D. Francisco de Quevedo Villegas..... En Milán, Por Fhelippe Guisolfi, Año* 1631 *con licencia de los superiores.*» 16.° El Duque de Féria, gobernador de Milan costeó esta edicion, y la encabeza con una dedicatoria á la Vírgen de la Paz.

Las cuatro primeras églogas fueron publicadas junto con las demas por el agustino Padre Moya, oculto con el pseudónimo de *Abdías Joseph*, en su *Virgilio Concordado* (vid. más adelante). El editor (á quien tan malamente se ha tachado de plagiario) reconoció que eran de Fray Luis de Leon. Están además en todos los códices de sus poesías, y basta leerlas para convencerse de su autenticidad, que por otra parte nadie niega.

Juntas aparecieron las diez églogas en las

«*Obras propias y traducciones de latin, griego y toscano, con la paráfrasi de algunos salmos y capítulos de Job. Su autor el P. M. Fr. Luis de Leon... Tercera impresion nuevamente añadida. Con licencia del Real Consejo. En Valencia: en la imprenta de Joseph Tomás Lúcas. Año* 1761.» 8.° (Por solicitud de Mayans.)

En esta edicion se enmendaron algunos yerros de las primitivas, pero quedaron otros groserísimos que, por desgracia, han pasado á las siguientes:

«*Valencia, por José y Tomás de Orga*, 1785.

—»*Madrid, en la Imprenta Real*, 1790. (Tomo X de la coleccion Fernandez, que empezó D. Pedro Estala.)

—»Tomo XXXVII de la *Biblioteca de Autores Españoles* (2.° de *Escritores del siglo XVI)* 1855.» Este tomo, que es de los más desaliñados y pobres de ilustracion, y por todos conceptos desdice de la magna coleccion en que figura, omite además muchísimas poesías de Fr. Luis de Leon, que eran conocidas desde el año 1816, en que salieron á pública luz, por diligencia de los agustinos de San Felipe el Real:

«*Obras del M. Fr. Luis de Leon de la Órden de San Agustin. Reconocidas y cotejadas con varios manuscritos por el P. M. Fr. Antolin Merino, de la misma Órden. Tomo VI. Las Poesías (Ab ipso ferro). Madrid. Por Ibarra, impressor de Cámara de S. M.* 1816.» 4.°, XXXIX+459.»

No me cansaré de advertir que esta edicion, verdaderamente crítica y hecha sobre los códices, es la única que debe leerse y citarse cuando se habla de Fr. Luis de Leon, y la única que debieran reproducir los sucesivos editores. A Fr. Luis no se le conoce hasta que se le estudia en el texto publicado por el P. Merino.

Las traducciones virgilianas empiezan en la página 130 y llegan á la 231. El P. Merino admitió sólo las auténticas, sin ceder á la extravagante opinion de Mayans, de que hablaré luégo. (Vid. post.)

A Mayans se debe la publicacion de un considerable fragmento del libro II que llega, en 48 octavas reales, hasta el verso:

At rudis enituit impulso vomere campum.

Es legítimo, á no dudarlo, y tambien le da cabida el P. Merino, tomándole de un manuscrito de la Biblioteca Real.

Las églogas II, VI, VIII y X están traducidas en octavas reales; la I, III, V, VII y IX en tercetos. Los dos libros de las *Geórgicas* en octavas.

El mérito hasta hoy no controvertido de esta version, la más popular de todas, la que desde la niñez aprendemos de memoria, ha sido puesto en duda y áun negado absolutamente por un moderno traductor de Virgilio en prosa (y no muy castiza), D. Eugenio de Ochoa. Pero, ¿en qué está el demérito de la version de Fr. Luis? Si contiene (como así es, en efecto) algunos errores en la inteligencia del original, unos, y son los más, deben atribuirse á las malas, malísimas ediciones que de las obras del Maestro Leon corren, y á las cuales parece haberse atenido para su censura el señor Ochoa, en vez de acudir á la fuente, que son los antiguos manuscritos ó el tomo VI del P. Merino, que los reconoció y cotejó casi todos. Sin esta preliminar é indispensable diligencia, no hay motivo para reprender al ilustre traductor, tan maltratado por la imprenta. ¿Cómo comprender, sin verlo, que donde las ediciones escriben:

Deste cercado, *arras* de mil flores,

debe leerse *hartas* (égloga I); y que donde dicen, trastrocado absolutamente el sentido:

Pasion *en mí*, con Daphi comparado,

puso Fr. Lúis de Leon *en tí*; que el epíteto de blanca dado á Náis en la égloga II, ha pasado, por inadvertencia tipográfica, á las *rosas*, miéntras que el *blando junco* se ha convertido en *blanco*? ¿Quién ha de sospechar que este verso infeliz:

Me acuerdo quien tú eres, ya entendiste,

ha sustituido á la excelente reticencia:

Nos acordamos quién... ya me entendiste;

y que en la misma égloga III, en vez de este valiente endecasílabo:

Que al cielo y á la tierra está vecino,

escribió algun ignorante este otro prosaico y arrastrado:

Que hinche cuanto veo y determino;

al paso que en la égloga V se dice que el *canto* de la cigarra se *alimenta* del rocío, en vez de decirlo del *pecho*, como está en el original y tradujo Fray Luis? Y si á todo esto se agrega una puntuacion casi del todo desatinada, ¿quién podrá cargar al Maestro Leon la responsabilidad de los pecados de Sanchez y Guisolfi, de Lúcas y Orga, y de tantos otros como han tratado con manos pecadoras aquel tesoro poético?

Y dado que algunos yerros sean de Fr. Luis, ¿por ventura estaba el texto virgiliano tan acrisolado en el siglo XVI como ahora? ¿No hizo entónces, en Salamanca mismo, á los ojos del Maestro Leon, algunas, y no leves, correcciones el Brocense? ¿No se ha venido desde entónces trabajando con el mismo propósito hasta las ediciones de Heyne, de Bénoist y muchos más? ¿No cometen y han cometido errores tanto ó más graves algunos intérpretes modernos, con tener el auxilio de tantas ediciones y comentarios, *item*, el de agarrarse á una version extranjera cuando no calan bien el sentido del texto?

Y en cuanto á mérito poético, ¿qué significa en términos de *alta crítica* el que haya en las traducciones de Fr. Luis de Leon algunos giros, no ya sencillos, sino humildes y prosaicos; algunos versos duros y flojos, tal cual cacofonía y asonancia? Censor de corta vista ha de ser el que tan sólo páre la atencion en estos pormenores. ¿Ha negado álguien el mérito soberano de las poesías originales de Fr. Luis? ¿Puede negárseles la primacía en nuestro lírico Parnaso? ¿Y no hay asonancias y versos malos y cacofonías en la *Noche serena*, en la *Vida del Cielo*, en la oda á *Felipe Ruiz* y en la *Música á Salinas?* Cierto que los hay, pero rayaria en sacrilegio el notarlos (como no fuera para enseñanza de los principiantes), y quien lo hiciese, claramente demostraria que Dios le habia negado el sentido estético. Esos defectos los evita hoy cualquier poetastro de circunstancias: á buen seguro

que se le escapen asonancias ni que deje de dar número y plenitud á sus versos. En esta parte mecánica de la poesía hemos adelantado mucho. Lo que hemos perdido, y no llevamos traza de encontrar, es el arte de asimilarnos el espíritu de la poesía pagana y expresarlo con formas modernas, conservando su sobriedad y delicadeza; y esto no en una prosa lánguida é incorrecta, sostenida en los zancos de alguna traslacion galicana, sino en versos incorrectos y desaliñados á veces, pero marcados por la garra del leon en cada página.

Laméntanse algunos de que Fr. Luis escogiera para estas y otras versiones suyas el terceto, la octava y otras difíciles combinaciones rítmicas que le obligaron á meter ripio y á desleir el pensamiento. Yo juzgo, por el contrario, que dada la manera como se cultivó, ántes de Jáuregui, el verso suelto, su adopcion hubiera traido muy mayores inconvenientes. Compárese la parte de la *Eneida* de Gonzalo Hernandez de Velasco, que está en octavas, con lo demas que tradujo en verso suelto, y se verá la diferencia. Nuestros clásicos no sabian hacer versos blancos.

El retazo de traduccion de las *Geórgicas*, que nos dejó Fr. Luis, parece trabajado con ménos esmero que las *Eglogas*, y quizá en las mocedades del autor, que solia inspirarse en los más bellos trozos de las *Geórgicas* para sus cantos líricos, como puede observarse en la oda á *Felipe Ruiz*, donde además de traducir casi literalmente el

Arctos Oceani metuentes aequore tingi,

en

. . . . . las dos Osas
De bañarse en el mar siempre medrosas,

tomó entera la descripcion de la tempestad, aunque añadiéndole dos ó tres rasgos superiores á los que traslada v. gr.:

Entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente...

Advierto, para concluir, que casi todos los pasajes que nota y censura Ochoa, como del insigne agustino, no pertenecen á sus traducciones auténticas, sino á dos apócrifas, de que hablaré en seguida.

h)—El Maestro Francisco Sanchez de las Brozas tradujo las églogas I y II. La I se lee en la anotacion 112 de su discípulo Juan de Guzman á las *Geórgicas* (vid. post.). Está en tercetos:

Títiro, so la encina reposando,
Con tu flauta la agreste cantilena
Estás á tu sabor ejercitando...

Es notable, además de la soltura del estilo en una versificacion difícil, el acierto con que interpretó y áun corrigió el Brocense algun paso del original, leyendo, v. gr., *Galatea*, en vez de *Amarylli*, en el verso

Mirabar quid moesta Deos, Amarylli, vocares.

Está reimpresa esta égloga en el tomo IV de las

Obras del Brocense (1), edicion de los hermanos Tournes (Ginebra, 1766, tomo III, pág. 24), y en el tomo I del Virgilio de Mayans, que citaré luégo.

La égloga II está en un códice de la Biblioteca de Palacio (el cual perteneció ántes al Colegio de San Bartolomé), que contiene muchos originales del Brocense. La égloga tambien es autógrafa. Empieza:

> Coridon por Alexis el hermoso
> En amoroso fuego se encendía...

i) El Dr. Gregorio Hernandez de Velasco tradujo las églogas I y IV. Están en la edicion de su *Eneida*, hecha en Toledo por Diego de Ayala, 1574, y tomadas de ella, en todas las posteriores, excepto en las de Valencia, 1776 y 1793, por Montfort (2).

Tambien se reimprimieron en el *Virgilio* de Mayans.

La primera está en tercetos:

> ¡Oh Títiro dichoso, que acostado
> So aquesa verde haya, estás cantando
> Con llano estilo el tono en campo usado...

La segunda en versos *encadenados*, semejantes á los que usó Garci-Lasso en la II égloga, imitándole el Bachiller de la Torre y Cervantes en la *Cancion*

(1) *Francisci Sanctii Brocensis... Opera omnia, una cum ejusdem Scriptoris vita.*

(2) Vid. mi opúsculo sobre traductores de la *Eneida.*

de Grisóstomo, sin mentar otros. El primer hemistiquio del segundo verso consuena con el final del primero: artificio heredado de la métrica provenzal, y hoy (á Dios gracias) desterrado, lo mismo que las sextinas y otras combinaciones impertinentes y enfadosas.

La traduccion de la égloga I es agradable.

j) Juan de Guzman, *catedrático en la villa de Pontevedra*, y discípulo del Brocense, publicó:—«*Las Geórgicas de Publio Virgilio Maron, príncipe de los Poetas Latinos, nuevamente traducidas en nuestra lengua castellana en verso suelto, con muchas notaciones que sirven en lugar de comento, por Juan de Guzman, Cathedrático de la villa de Ponte-Vedra, en el reino de Galicia. En Salamanca, en Casa de Juan Fernandez. Año* 1586.»

Los preliminares son:—Dedicatoria á D. Felipe de Montenegro y Sotomayor, señor de la casa de Trabanca y tierra de Samartiño.—Aprobacion del Maestro Lazcano.—*Franciscus Rubi Montanus ad Auctorem* (tres dísticos).—*Joannis Fioti in laudem Auctoris Carmen* (en dísticos).—Soneto italiano de Diego de Junta al Autor.—Soneto castellano de Vasco de Guman.—Id. de Manuel Correa de Montenegro.—Prólogo del autor á los lectores.—Prólogo del provecho que se nos sigue de la Agricultura.—Prólogo á qué suerte de personas convenga esta obra.

A cada libro siguen sus *notaciones*. Al fin está la égloga X comentada del mismo modo.

Hay estas reimpresiones:

—«*Las Geórgicas de Virgilio y su décima égloga. Traducidas en verso castellano por Juan de Guzman, Catedrático de Retórica de la villa de Pontevedra. A las que se añaden algunas obras sueltas, sacadas de su Retórica. Con licencia, en Madrid en la Imprenta de Francisco Xavier García, calle de Capellanes. Año de* 1768.» En 8.°, contiene XLVIII + 420 págs.

—«*En Valencia. En la Oficina de Josef i Thomás de Orga. Año MDCCLXXVIII.*» 6 hojas sin foliar y 307 págs. (En el tomo II del Virgilio de Mayans).

Además de las *Geórgicas* contiene la égloga X *(Gallus).*

La traduccion es en versos sueltos, pésimos y rudamente construidos, sin arte de estilo ni color poético, v. gr.:

Tambien te cantaremos, grande Pálas,
Y á tí, pastor muy digno de memoria,
Por causa de tu Amphryso el de Tesalia,
Y á vosotros, oh bosques y corrientes
De aquel famoso monte de Lyceo.
Porque los otros versos que podian
Suspender el sentido á los mortales,
Divulgados están: todos los saben.
¿Quién del duro Eurystheo la historia ignora,
Ó el altar de Busíris el infame?
¿De quién no fué cantado el mozo Hílas?
¿Quién no trató de la Latonia Délos?
¿Ó quién paso por alto á Hipodamía?
Ó á Pélope con su hombro remendado
Y en el domar caballos valeroso?

De cualquier suerte yo de intentar tengo
Modo como me pueda ir levantando,
Y vencedor volar ya por las doctas
Bocas de los varones más ilustres.

Nunca se levanta más el preceptor de Pontevedra. Las *notaciones* abundan en curiosidades, á vuelta de muchas pedanterías é insulseces. Se conoce que quiso derramar en este libro cuanto sabía á propósito de cualquier materia. Tiene extrañas ocurrencias, como suponer que las *Geórgicas* son de grande utilidad para los predicadores. Trae enormes y pesadísimas disertaciones sobre astronomía, ganadería, etc.; y cuenta muy á la larga la vida y milagros de todos los personajes mitológicos que Virgilio menciona.

Lope de Vega, en el *Laurel de Apolo*, llama con poca razon á Guzman *Virgilio Castellano*. Mayans le ensalzó mucho; pero hoy nadie le lee, porque su traduccion es ilegible, como absolutamente desprovista de dotes poéticas.

l) «*Las Églogas y Geórgicas de Virgilio, y Rimas, y el Pompeyo, tragedia. De Cristóbal de Mesa. A D. Alonso Fernandez de Córdoba y Figueroa, marqués de Priego y Montalban, señor de la casa de Aguilar y Castro-el-rio y Villafranca. Año* 1618. (Enseña del impresor.) *Con privilegio.—En Madrid, por Juan de la Cuesta.*»

—«*Las Églogas y Geórgicas de Virgilio, y Rimas, y el «Pompeyo», tragedia. De Christóval de Mesa.—Madrid, en la imprenta de Ramon Ruiz,*

año de MDCCXCVIII.» En 8.°, 3 hojas preliminares y 346 págs.

Traduccion en octavas reales muy injustamente olvidada. Es inferior á la de Fr. Luis de Leon, pero excede mucho á la de Juan de Guzman. Al fin, Mesa era poeta, aunque de poco jugo y amenidad y de versificacion trabajosa; comprendia las bellezas del texto, y á veces acertaba á reproducirlas. Tenía más gusto que genialidad y estilo propio. Véase alguna muestra de sus loables esfuerzos. Sea el canto *amebeo* de Damétas y Menálcas en la égloga III:

DAMÉTAS.

Tírame una manzana Galatea,
Moza alegre, y huyendo va liviana
Á esconderse en los sauces, y desea
Que ántes la miren cómo va galana.

MENÁLCAS.

Y Amintas, que en quererme bien se emplea,
Me ofrece su amistad de buena gana,
Y no es más conocida de mis perros
Diana que él por valles y por cerros.

DAMÉTAS.

Los presentes prevengo á mi pastora,
Porque ya sé el lugar donde está el nido
En el cual las palomas crian agora.

MENÁLCAS.

Diez manzanas maduras he cogido
De árbol, que entre silvestres se mejora,
Que es lo que dar al niño hoy he podido,
Y de la fruta de la propia planta
Por la mañana le enviaré otra tanta.

DAMÉTAS.

La hermosa pastora Galatea

¡Oh cuántas veces me habló, y qué cosas!
Lleva una parte tú, blanda marea,
Á orejas de los Dioses y las Diosas.

MENÁLCAS.

¿Qué importa, Amintas, que de ti yo crea,
Que me muestras entrañas amorosas,
Si miéntras sigues jabalíes, gallardo,
Yo quedo á solas y las redes guardo?

. . . . . .

DAMÉTAS.

El lobo es grande mal para el rebaño,
Y la lluvia á las mieses ya maduras,
Y á los árboles hace el viento daño,
Y á mí las iras de Amarílis duras.

El defecto más grave de la traduccion de Cristóbal de Mesa es la contínua desigualdad del estilo, que revela la áspera fatiga del poeta extremeño en su lucha con un instrumento ingrato. Nunca llegó á dominar la octava, á pesar de haber traducido en esta forma todo el Virgilio, y escrito por su cuenta tres poemas épicos, y á pesar del ejemplo y de la amistad del Tasso. Hay en él una dureza y falta de fluidez que más parece de los tiempos de Boscan y D. Diego de Mendoza que de un discípulo de Herrera y contemporáneo de Lope y Góngora. Fray Luis de Leon, que no pasa por gran versificador, lo es comparado con Cristóbal de Mesa. Dice siempre lo que quiere, más ó ménos poéticamente, y cuando traduce á un autor no le desfigura. Pero el vate de Zafra, impedido por las trabas de la versificacion, rompe por donde puede, y hace decir á Virgilio cosas que jamás se le pasaron por las mientes y que ni sentido tienen. ¿Quién creyera que

despues de traducir con tanto sentimiento y elegancia virgilianos el

Speluncae, vivique lacus et frigida Tempe,
Mugitusque boum, mollesque sub arbore somnii:
. . . . . Ocultas cuevas, lagos de agua llenos,
Descanso, Tempe fresca, manso viento,
Vacas bramando en prados tan amenos,
Blando sueño á la sombra en verde asiento,
Montes y fieras en sus hondos senos...

habia de desfigurar en estos términos el

. . . . . *virginibus bacchata Lacaenis*
Taygeta. . . . . .
Y en los Taygetos montes de memoria,
Donde suelen *tener el gobernalle*
Las vírgenes Laconias con victoria...

¿Qué entenderia Cristóbal de Mesa por *tener el gobernalle?* ¡Pobre del que sólo conozca á Virgilio en traducciones semejantes!

Cristóbal de Mesa no puso en su libro ninguna nota, aunque por su manera de traducir hay en él pasajes oscurísimos.

m) El maestro Diego Lopez tradujo las *Églogas* y *Geórgicas* en prosa, lo mismo que la *Eneida*. Véase mi catálogo de traductores de este poema.

n) Un anónimo del siglo XVII (¿y quién sabe si del XVIII, á juzgar por su estilo?) tradujo, ó más bien imitó con desdichada fortuna y suprimiendo versos, y hasta trozos considerables del original, las *Geórgicas*, en estrofas de seis versos de endecasílabos y eptasílabos alternados. La encontró Mayans no se sabe cómo ni dónde (es probable

que en algun manuscrito de poesías várias), y sin pararse en barras se la atribuyó nada ménos que á Fr. Luis de Leon, insertándola en el tomo I de su recopilacion de traducciones virgilianas:

—*P. Virgilii Maronis opera omnia variis interpretibus et notis illustrata. Todas las obras de Publio Virgilio Maron, ilustradas con varias interpretaciones y notas en lengua castellana. En Valencia.—En la oficina de Josef i Thomás de Orga. Año M.DCC.LXXVIII.—Con las licencias necesarias.* Cinco tomos, 8.° (1).

De aquí se reprodujo para vergüenza nuestra, y tambien con el nombre del Maestro Leon, en el *Virgilio* Políglото de Montfalcon.—(Paris y Lyon, 1838.)

Sobre la legitimidad de este engendro ya manifestaron dudas el P. Merino y D. José Gonzalez de

---

(1) La distribucion es la siguiente: en el primer volúmen (donde va como en los demas el texto latino) las *Églogas* traducidas por Luis de Leon, el Brocense, Velasco y Guzman, las *Geórgicas* auténticas del Maestro Leon, éstas apócrifas, y las en prosa del Maestro Moya, que él atribuye tambien á Leon. En el segundo las *Geórgicas* de Juan de Guzman con las notas. En el tercero los seis libros de la *Eneida* del Padre Moya, y no del Maestro Leon, como la portada dice. En el cuarto y quinto la *Eneida* de Hernandez de Velasco, los poemas menores, sólo en latin, índices, la vida de Virgilio, etc., etc.

Sedano reprodujo en el *Parnaso Español* (tomo I.—Madrid, por Ibarra) las *Églogas* (ménos la segunda) traducidas por Leon, Velasco, Guzman y Mesa: no más que una traduccion de cada égloga.

Tejada en sus trabajos sobre Fr. Luis de Leon, y el mismo Ochoa, asombrado de los inuaditos dislates que en ella encontraba. Yo la he dado resueltamente por apócrifa en mi *Biblioteca* (inédita) *de traductores*. Gran gozo ha sido para mí el encontrar confirmada esta opinion con nuevos y firmísimos argumentos en un precioso estudio del mejor traductor castellano de la *Eneida*, mi amigo D. Miguel Antonio Caro, estudio que se publicó en el núm. 12, tomo III de *La Academia* (periódico ilustrado) el 30 de Marzo de 1878.

Una sola observacion añadiré al trabajo del señor Caro, y es que en el *Virgilio Concordado* del P. Moya *no se halla* (como pudieran inducir á sospechar las palabras de Mayans) semejante traduccion poética de las *Geórgicas*, ni otra alguna, ni más versos que los de las *Églogas*. Así resulta del escrupuloso exámen que del tal *Virgilio* (ya muy raro) he hecho.—Hasta ahora no he podido rastrear cómo llegó á manos de Mayans semejante trabajo. En los muchos códices de poesías várias que han pasado por mi mano, tampoco se encuentra vestigio.

Esta version es apócrifa:

1.° Porque Mayans se la atribuye á Fr. Luis por meras cavilaciones, y sin prueba alguna *de hecho*.

2.° Porque en vez de ser *doctísima* y *elegantísima*, como á él se le antoja, es de todo punto perversa, llena de garrafales desatinos que no cometeria un principiante de latinidad: atestada de ripios, á la vez que incompleta y mutilada, y sin vida ni

color poético alguno. Se necesita ser tan falto de sentido estético como lo era Mayans, para empeñarse en atribuir á Fr. Luis de Leon estos y otros versos y prosas con que torpemente manchó la coleccion de sus obras, tejiendo una serie de laberintos y de embrollos que hoy cuesta mucho trabajo desenredar.

3.° Porque tenemos una piedra de toque infalible, y es la traduccion auténtica del primer libro y parte del segundo, donde se observan tales diferencias en la interpretacion del texto, que no cabe atribuir las dos versiones al mismo autor. Así lo ha demostrado el Sr. Caro. Véase algun ejemplo: en el libro I, verso 286, *nona fugae melior*, traduce Fr. Luis:

> . . . . . *Y si partides*
> *De vuestra casa, el propio es el noveno.*

Y el anónimo traductor lo entiende así:

> *Y el que no se retira...*
> *pagará su pecado.*

En los versos 383 y 384 equivoca el supuesto traductor la cuantidad del *Asia* (palus) y traduce:

> Caistro, de Asia rio. . . . . .

Fr. Luis de Leon lo entiende bien: *Asios prados*. Los *Calibes* son para el segundo é ignorante traductor *Cántabros*, etc.

4.° Porque entre una y otra traduccion hay diferencias lingüísticas y hasta de pronunciacion,

que saltan á los ojos. Donde el uno escribe *alcion*, pone el otro *ganso;* donde Fr. Luis *cardo*, el anónimo *aulaga;* donde el primero *carrasca*, el segundo *ésculo;* donde el uno *hogar*, *chimenea* el otro. Fr. Luis de Leon escribe constantemente: *ansi*, *asconder*, *encienso*. El otro traductor, como de época muy distinta: *así*, *esconder*, *incienso*. Fr. Leon hace masculinos los nombres *legumbre y mimbre*, y dice casi siempre *la mar:* el anónimo, todo al contrario. Fr. Luis de Leon aspira siempre la *h*, v. gr.:

> Ó saca del secreto de su techo
> Los huevos de ordinario la hormiga...

Así lo hacian todos en su tiempo; pero no cuando escribió el anónimo, que pronunciaba como nosotros:

> La hormiga se hace dueño. . . . . .

5.° Porque Fr. Luis de Leon en sus traducciones auténticas se ciñe cuanto puede al texto, y ni añade ni quita nada por su cuenta. Al contrario, el anónimo intercala cuanta extravagancia se le ocurre, v. gr.:

> Y para escaramuzas
> Son famosas las yeguas andaluzas,

y al mismo tiempo acorta el original.

6.° Porque del estilo de Fr. Luis de Leon (fácil de reconocer y difícil de imitar) nada conserva esta

segunda traduccion, como no sea algun verso entero que con servilismo copia.

Si el lenguaje de esta traduccion indujo al señor Caro á suponerla *posterior*, *hasta en un siglo*, *á la primera y genuina*, el no hallar resabio de culteranismo, y la pobreza, frialdad y prosaísmo de toda ella me mueven á ponerla en el siglo XVIII. Mayans no hacía versos españoles (que sepamos), y además era buen latino y no podia incurrir en los desaciertos de esta version; de otro modo, casi nos inclinaríamos á atribuírsela, sospechando poco piadosamente que quiso darle autoridad con el nombre del gran Maestro salmantino. ¿Por qué no dijo de dónde la tomaba, y quizá saldríamos ahora de dudas?

o) «Obras de Pvblio Virgilio Maron. Concordado. En latin artificial, en latin natural, en lengua castellana, de prossa y verso, y en notas latinas. Dedicadas al señor D. Francisco Lopez de Rio, Cavallero del Orden de Calatrava, Alférez mayor de la Ciudad de Soria y su Provincia, Señor de las villas de Gomera, Almaraz, el Cubo, etc. Por el Licenciado Abdías Joseph, natural de Cedillo. Tomo primero de las Eclogas. Con Privilegio. En Madrid. Por Domingo García Morrás. Año de 1660. Véndese en Casa de Julian Hernandez, en la calle de la Paz, en Casa de los Leones.» En 8.°, 238 págs. (1)

(1) Aprobacion.—Erratas.—Privilegio.—Prólogo al discreto lector.—Dedicatoria.

El editor y *autor* de casi todo lo contenido en este tomo es Fr. Antonio de Moya, de la órden de San Agustin. Contiene este primer volúmen:

Texto latino de las *Églogas*.

Traduccion castellana en prosa, para la cual aprovechó el P. Moya mucho de la de Diego Lopez.

Traduccion en verso de las diez églogas por Fray Luis de Leon, aunque Moya no lo dice.

Notas.

Ni más ni ménos: nada de *Geórgicas*, como parece indicar Mayans, y han repetido muchos, y yo mismo por *lapsus calami* en mi opúsculo sobre traductores de la *Eneida*. Sin embargo, el traductor dice en el tomo II: «*Las Geórgicas en verso... las apliqué al tomo primero, donde las hallará el que aquí las echare ménos.*» ¿Quién resuelve este enigma?

—«Obras de Pvblio Virgilio Maron, concordado en Latin Artificial, en Latin natural, en Lengua Castellana de prosa, y en versos, y en Notas Latinas, Dedicadas al Señor D. Alfonso Lopez de Rio, Alférez Mayor de la Ciudad de Soria, y su Provincia, Señor de las Villas de Gomara, Almenar, el Cubo, etc. Por D. Antonio de Ayala. Tomo segundo de las Geórgicas. Con Privilegio: en Madrid, por Domingo García Morrás, Año de 1660.» En 8.°, 408 págs.

Aprobaciones.—Erratas.—Tassa.—Privilegio.—Prólogo al discreto lector.—Dedicatoria.

No contiene más que el texto latino de las *Geórgicas*, interpretacion en prosa, y notas.

Confiesa el P. Moya que los versos *están sacados al pié de la letra* de las obras de Fr. Luis de Leon: de lo cual no habia dicho palabra en el tomo primero. La traduccion en prosa no dice de quién sea: yo la tengo por suya, tomando lo que bien le pareció de Diego Lopez y otros (1).

De todas suertes, es muy mala. El bueno de Mayans se la colgó á Fr. Luis de Leon, al reproducirla en el primer tomo de su *Virgilio*. Aparte de lo desatinado de la version y de lo pobre y rastrero del lenguaje, ya ha notado el Sr. Caro que el P. Moya entiende de muy diverso modo que Fray Luis muchos pasajes, vg., en la égloga I lee *æthere* en vez de *æquore*; y miéntras Leon interpreta el *post aliquot mirabor aristas:*

Despues de muchas mieses ya pasadas, el Padre Moya dice: «*maravillaréme de ver... que nacen espigas.*» El *nona fugae melior* (que está tambien errado, como vimos, en la apócrifa traduccion poética) lo entiende el P. Moya: «El dia noveno es bueno para huir y malo para hurtar.» Fr. Luis de Leon traduce bien:

. . . . . y si partides
De vuestra casa, el propio es el noveno,
Aunque es malo á los hurtos y á las lides.

El traductor «ni sabe con perfeccion la lengua

(1) No es tanta, sin embargo, la semejanza entre Moya y Diego Lopez como Mayans supone, y yo mismo creia ántes de compulsar despacio los dos textos.

castellana, ni entendia bien á Virgilio,» como Mayans se arrojó á decir con su habitual falta de crítica. Ochoa, segun su costumbre, hace responsable de todo al Maestro Leon, sin meterse en más averiguaciones.

q) El atribuir á D. Francisco de Encisso y Monzon (conocido intérprete gaditano de la *Eneida* á fines del siglo XVII) una traduccion de las *Églogas* impresa en Cádiz, 1699, es una de tantas ligerezas como afean el *Virgilio* de Ochoa (pág. 141), que tambien atribuyó á Juan de Mena (pág. XX) una *paráfrasis* de las *Églogas*, confundiéndole con Juan del Enzina. Ninguna de esas traducciones existe.

r)—«Traduccion de las obras del Príncipe de los Poetas Latinos, P. Virgilio Maron á verso castellano. Dividida en quatro tomos. Tomo I. Que contiene las Eglogas y Geórgicas. Por D. Joseph Raphael Larrañaga. Con las licencias necesarias. En Méjico, en la Oficina de los herederos del Licd. D. Joseph de Jáuregui, Calle de S. Bernardo, Año de 1787.»

En romance endecasílabo. (Vid. mi opúsculo sobre traducciones de la *Eneida.)*

Version tan rara como mala, y curiosa solamente por ser quizá la primera que de Virgilio se imprimió en el Nuevo Mundo.

s)—Cita Luzan en su *Poética* (tomo I, pág. 377, de la edicion de 1789) *algunos pedazos de una traduccion de las Geórgicas... sin duda más enérgica y exacta que otras que tenemos*. No dice si la vió

impresa ó manuscrita. El trozo que copia es éste:

Labradores, pedid nublado estío,
Sereno invierno: el invernizo polvo
Al trigo alegra, la heredad abona:
Que si Gárgara admira sus cosechas
Y de fertilidad Misia blasona,
Más que al cultivo con que las promueven
A esta sazon benéfica las deben.
¿Qué diré del que apénas ha esparcido
En tierra las semillas, cuando sigue
Destrozando infructíferos terrones,
Y conduce despues á los sembrados
El arroyuelo amigo, dirigiendo
Las regueras tras sí? ¿No miras cómo
Al tiempo que los campos, abrasados
Con el ardor, las plantas mueren, guía
Desde la cumbre por pendiente cauce
Las ondas de cristal? Ellas, cayendo,
Ronco murmu'lo entre las guijas mueven,
Y entrando á borbotones por las grietas,
Refrigeran las hazas que las beben.
¿O del otro que en tierna hierba pace
El vicioso alcacer, cuando ya sube
Los surcos á igualar, porque resista
La caña al peso de preñada arista?
O bien el que procura dar corriente
A la encharcada linfa de arenisco
Terreno bebedor, principalmente
En las variables estaciones, quando
Salen los rios de su madre, y cubren
De légamo las vegas anchurosas,
Del qual vemos despues que va filtrando
El tibio humor en las cavadas fosas.

¡Lástima que se haya perdido la traduccion entera, que á juzgar por esta muestra, debia de ser

más que mediana! ¿Obra quizá del mismo Luzan?

t)—El célebre epigramatario salmantino D. José Iglesias de la Casa hizo, con el título de *Emilia quejosa*, una agradable imitacion, ó más bien traduccion libre (en octavas reales), de la égloga *Alexis*, mudando á este pastor el sexo, como más adelante lo hicieron Hidalgo y Andrés Bello:

> En fuego ardiente Emilia se abrasaba
> Por Narciso, un pastor que en gentileza
> Ningun otro del Bétis le igualaba...

Hay en esta imitacion buenas octavas, v. g.:

> Mis corderillos buscan la guarida
> De la sombra en los álamos mayores:
> Entre las zarzas frígida acogida
> Procuran los lagartos salteadores;
> Náis da en sazon la rústica comida
> Con mil hierbas de olor á los pastores:
> Conmigo, por seguirte entre la arena,
> Al sol ardiente la cigarra suena...

La égloga II de Iglesias imita con ménos rigor algunos pasos de la X *(Gallus)*, v. g.:

> Vino á escucharme el simple porquerizo,
> El ovejero y el Menalca hinchado...

La égloga IV es imitacion, y en algunas partes traduccion, del canto de Damon en la VIII.

Véanse todas las ediciones completas de las *Poesías de Iglesias*, desde la de 1798 (Salamanca, por Francisco de Toxar), hasta la última y mejor de todas *(Líricos Castellanos del siglo XVIII*, co-

leccionados por D. Leopoldo A. de Cueto, tomo I, 61.° de la *Biblioteca* de Rivadeneyra).

El *Alexis* habia sido imitado, ménos directamente, en el siglo XVI, por Francisco de Figueroa en su *Tirsi*.

u)—«Bucólicas de Publio Virgilio Maron, con la égloga á la muerte del poeta Jaime Vanier, y explicacion de su primer libro (del *Praedium Rusticum)*. Traducido todo en lengua castellana por Pedro Bes y Labet. Gerona, Miguel Bro.» Sin año de impresion, pero por las licencias se infiere que en 1771. En 8.°, 18 hojas preliminares y 288 págs. Traduccion en prosa.

v)—El P. José Arnal, jesuita aragones de los expulsos, autor de la traduccion anónima del *Filoctétes* de Sófocles, publicada en Zaragoza en 1760, tenía años despues «muy adelantada una version castellana de Virgilio», segun dice el P. Pou en su *Specimen editionum auctorum classicorum* (vid. *Biblioteca de escritores Baleares*, de Bover, pág. 144).

x)—«Las Geórgicas de Maron Virgilio en castellano por Benito Perez. En Oviedo, año de 1819.» Con una larga introduccion.

Manuscrito autógrafo que poseo. XVIII + 121 hojas útiles.

El traductor es aquel famoso boticario ovetense, que se hacía llamar y se firmaba *El Botánico* (1): Benito Perez Valdés, natural de Candás, del cual

(1) Así resulta de un opúsculo suyo autógrafo que tiene el Sr. Sbarbi.

tengo asimismo una traduccion manuscrita de la *Eneida*.

Tradujó tambien las *Bucólicas*, segun dice en una de sus introducciones; pero este manuscrito no ha llegado á mis manos.

El traductor, aunque no era muy literato, hablaba un castellano rico y de buena cepa, si bien algo rudo, estrafalario y lleno de provincialismos. Tuvo el buen gusto de seguir el estrecho camino de la traduccion y no el libre y ancho de la paráfrasis, y con razon censura á Delille por haberse apartado del *casto y poético decir del autor latino*.

Véase una muestra de esta version:

Por eso el áureo Sol con doce signos
Parte la redondez del orbe claro,
Y en cinco zonas la celeste cumbre:
Una abrasada con sus rayos rojos
Va por en medio, y á los lados ambos
Por derecha é izquierda, las heladas
De lóbrega mansion y densa niebla:
Otras dos van entre la roja y éstas,
Dichoso dón del cielo al hombre triste,
Por donde oblicuo el mediador Zodiaco
De los signos regula la distancia,
Y cuanto por el Bóreas se alza el mundo
A las Rifeas cumbres y á la Escitia,
Tanto hácia el austro de la Libia encoge
Para nosotros la superna cima,
Y bajo de los piés la negra Estigia
Y Mánes del Averno: aquí rodea
Con corvo seno, de raudal á modo,
El astro Sierpe por entrambas Osas:
¡Las Osas que en el mar bañarse temen!
Allí la silenciosa eterna noche

Lóbrega y obstinada, segun cuentan,
Ó de nosotros la rosada Aurora,
Les lleva claro el dia: y así cuando
De Oriente los caballos anhelosos
Hácia nosotros vienen, para ellos
El rojo Hespéro su fanal enciende.

y)—El insigne humanista y poeta burgales Don Manuel Norberto Perez del Camino dejó manuscrita una traduccion de las *Geórgicas*, que no se ha impreso hasta tiempos muy recientes:

«Las Geórgicas de Virgilio, traducidas en octavas reales por D. Norberto Perez del Camino, y seguidas de un Arte Poética, original del mismo autor. Ilustradas ambas obras con numerosas y eruditas notas, y precedidas de un prólogo, escrito por el Excmo. Sr. D. Manuel Alonso Martinez. Santander. Imprenta de J. M. Martinez. San Francisco, 15, 1876.» En 8.° XXIII + 337 págs. Con el texto latino.

Corregí las pruebas de esta obra, y tuve la satisfaccion de que saliera bastante correcto el texto latino de las *Geórgicas*, á mi entender el primero latino de alguna extension que en Santander se ha impreso. Me atuve, en lo general, al texto de Heyne, revisado por Wagner.

La traduccion de Perez del Camino es desigual, porque no la corrigió con tanto esmero como la de Tibulo (que es su principal título de gloria), y hemos de lamentar que la hiciera en octavas, sabiendo manejar, como sabía, el verso suelto. Pero el conjunto es agradable, y algunos pedazos exce-

lentes, y tanto más de apreciar, cuanto mayor es el mérito de la dificultad vencida. En la inteligencia del texto se aferró demasiadamente á Delille, cuyas notas con frecuencia trascribe. Por cierto que (y es contraste nada raro en escritores del siglo pasado y de este) Perez del Camino, afrancesadísimo en la prosa de sus comentarios é introducciones, hace gala, en los versos, de elocucion castellana rica y abundante, aunque no correcta. Era, sin duda, versificador eximio, nada *ripioso* ni palabrero; y dominaba, como pocos, el dialecto poético y el arte de dar color al estilo. Con atarse á una forma métrica tan expuesta á amplificaciones y desleimientos, suele ser sobrio, pintoresco y vigoroso. Aunque esta traduccion anda en manos de todo el mundo, he de trascribir algunas octavas en corroboracion de todo lo expuesto. Sean de la descripcion de la vida del labrador:

De su vasta heredad en el reposo,
Grutas y prados halla, y viva fuente,
Do, al mugido del buey, so el olmo umbroso
El sueño le adormece blandamente:
Fieras le ofrece el monte cavernoso;
Crece allí juventud sobria y paciente;
No insultan la deidad manos profanas,
Y respeto y piedad hallan las canas.
. . . . . .

Debo hacer alguna advertencia sobre esta gallarda octava. Faltan aquí muchas cosas del original, y no poco bellas é importantes: el *frigida Tempe* no está en ninguna parte; el *lacus* no está

bien traducido por *fuentes*, ni el *monte cavernoso* corresponde con exactitud al *saltus ac lustra ferarum* de Virgilio. Tampoco en la estrofa siguiente, que empieza:

Cuando huyó de la tierra la Justicia,
Abandonó la choza la postrera,

se conserva la hermosa imágen del original

. . . . . *extrema per illos*
Justitia excedens terris vestigia fecit.

Hago esta observacion porque Perez del Camino suele adolecer de un defecto contrario al de los otros traductores. Estos alargan y parafrasean: él recorta y compendia. Pero á quien conozca y haya saboreado en el original la armonía virgiliana, siempre ha de serle duro perder tantos matices de la idea, tantos detalles descriptivos y frases felices.

Mas si en su corazon mi sangre helada
Saber tanto no sufre que posea,
El sembrado y la linfa desatada,
Y el bosque y hondo rio mi amor sea.
Allí mi vida correrá olvidada.
Dadme que el campo y que el Esperquio vea,
El Táygetes me dad, do loca huella
Imprime de Laconia la doncella.

(Aquí sí que está bien entendido el *virginibus bacchata Lacaenis*. Esta octava no tiene pero.)

. . . . . .
Ni cesa, sin que vea numerosos
Renuevos de su grey, sin que primero

Frutos en su verjel vea abundosos
Y colmados los surcos y el granero.
Llega el invierno, y coge aún preciosos
Dones de Otoño. El puerco placentero
Torna á su casa de bellota henchido,
Su aceite es en las prensas exprimido.
  El tépido collado su madura
Vendimia cuece. En tanto al cuello siente
Sus hijos que reclaman su ternura:
Su morada el pudor guarda inocente:
Las vacas le destinan leche pura,
Y con cuerno ensayándose naciente,
Sobre el prado que alegre los encierra,
Entre sí sus cabritos se hacen guerra.

El *horrea vincat* tiene aún más fuerza que el *colmados*. La oliva de que Virgilio habla es la *de Sicion* y no habia para qué suprimir el epíteto. El *dant arbuta silvæ* se quedó en el tintero. El *tépido collado* es frase muy feliz. El inciso *que reclaman su ternura* es frase abstracta, moderna y prosaica, inferior cuanto cabe al sentimiento y ternura del *circum oscula*. *Los encierra* es ripio, y en cambio falta el *pingues* aplicado á los cabritos.

No es, pues, definitiva la version de Perez del Camino á pesar de la elegancia y brio de la versificacion. Lo primero en el traductor es la exactitud, nunca más necesaria que cuando se trata de un modelo de estilo, tan puro y perfecto como Virgilio, y de la obra más perfecta (en la ejecucion) que ha salido de manos de poeta alguno. Todo cariño, todo respeto al tratar tan divino texto me parece poco. No basta con reproducir la totalidad del pensamiento, y hacerlo en buenos versos

castellanos: quiero que se conserven todos los pormenores, los giros, las frases, los epítetos, y hasta el órden y colocacion de las palabras, produciendo así como un lejano eco de aquellas apacibles y serenas armonías. Sólo en verso suelto puede conseguirse esta fidelidad. En octavas y en cualquiera otra combinacion artificiosa puede imitarse más ó ménos segun la habilidad del imitador: nunca traducirse.

z)—Andrés Bello tradujo en sus mocedades la égloga I, pero no parece impresa ni manuscrita. Tambien imitó en octavas reales la egloga II. Sólo conozco la primera octava, que cita J. Vicente Gonzalez en su *Métrica* sin decir de dónde la toma:

Tirsis, habitador del Tajo umbrío
Con el más vivo fuego á Clori amaba,
A Clori, que con rústico desvío
Las tiernas ánsias del pastor pagaba:
La verde márgen del ameno rio,
Tal vez, buscando asilo, visitaba,
Y á la distante causa de sus males
Desesperado enviaba quejas tales (1).

aa)—«Las Bucólicas de Virgilio, traducidas en versos castellanos por D. Félix María Hidalgo. Sevilla: Imprenta de H. Dávila, Llera y compañía, 1829.» En 8.°, 6 hojas preliminares, sin foliar, y 302 páginas, más una de erratas.

De esta elegante traduccion poco ocurre que

(1) Me comunicó esta noticia el Sr. Caro.

decir, puesto que ha de verla el lector á continuacion de esta advertencia. El favorable juicio (aunque mezclado con algunos reparos) que sobre ella emitió Lista en la *Gaceta de Bayona*, al tiempo de su publicacion, ha sido confirmado por el unánime acuerdo de los doctos, que la estiman cual una de las joyas más preciadas de la moderna escuela sevillana. Es, de todas las versiones castellanas de las *Églogas*, la que con más gusto se lee, aunque no es siempre la más fiel, y el traductor parafrasea unas veces, y otras acorta y áun suprime ó altera por motivos de delicadeza moral que le honran. Así, en la égloga II, Alexis está convertido en la pastora Galatea:

> Se abrasaba en amor por Galatea
> El pastor Coridon: zagala hermosa...

Lo que no puedo perdonar á Hidalgo es que dejase sin traducir, ó poco ménos, los hermosos versos:

> Incipe, parve puer: cui non risére parentes
> Nec Deus hunc mensa, Dea nec dignata cubili est.
> (Égloga IV.)

Hidalgo escribe:

> Que las Deidades no le son propicias
> A quien niegan los padres sus caricias.

¡Cuánto mejor lo dice Fr. Luis de Leon!

> Ni á su mesa los Dioses le han sentado,
> Ni le admiten las Diosas á su lecho.

Fuera de esto, y de la dificultad y pobreza de algunas rimas, la traduccion del poeta sevillano merece no pequeña alabanza. Sus versos están llenos de amenidad, de gracia y halago, sin nada de la tirantez y aire solemne á que nos tiene acostumbrados aquella escuela. Hay pasajes del original traducidos insuperablemente, v. g., el *Aret ager*... de la égloga VII:

Se agosta el campo ya, y el aire ardiente
Va la yerba en aristas deshaciendo:
Baco su vid sombría va perdiendo;
Mas si viene mi Fílis, de repente
La selva toda brotará, y *al prado*
Bajará Jove en lluvia *desatado.*

Jupiter et laeto descendet plurimus imbri.

La égloga IV es, á mi entender, la mejor traducida.

La obra de Hidalgo tiene al frente el texto latino, y despues de cada égloga largas notas, tomadas generalmente de las que puso Michaud á la traduccion de Langeac, pero con aplicaciones á la literatura española, y muchas citas de poetas andaluces, sin que falten curiosas observaciones del traductor, no ménos buen humanista que agradable poeta.

bb)—«Las Bucólicas de Virgilio, traducidas en verso castellano, con algunas notas, por el Presbítero D. Francisco Lorente, individuo supernumerario de la Real Academia greco-latina. Madrid: imprenta, calle del Amor de Dios, núm. 14. 1834.» 4 hojas preliminares y 184 págs.

Dedicatoria del traductor á unos discípulos suyos.—Advertencia.—Texto latino y castellano.—*Notas* brevísimas, porque Lorente remite á sus lectores á las de Hidalgo.—*Apéndice sobre el Cantar de los Cantares de Salomon*, mostrando su semejanza con las *Églogas*.

El Sr. Lorente era un eclesiástico aragones, grande amigo de Quintana, aunque nada parecido á él en ideas. Su traduccion está olvidada, y realmente no puede competir con la de Hidalgo, aunque procuró ajustarse más al texto. Versifica con cierta fluidez desaliñada, pero sin estilo ni color poético. Véase una muestra:

Anciano venturoso,
Aquí junto á los rios conocidos
Y las sagradas fuentes
Disfrutarás del fresco delicioso.
Desde aquí el susurrar de enjambre hibleo,
Miéntras que liba el sauce floreciente
Del contiguo cercado,
Será de tí escuchado;
Y blanda y dulcemente
Te conciliará el sueño
Morfeo coronado de beleño.
Allá el deshojador su fuerte canto
Desde ese valle elevará hasta el cielo;
Y no por eso cesará entre tanto
De las palomas el arrullo amante
Que tu delicia son y tu consuelo:
Ni en el olmo gigante
La tórtola enviudada
Dejará de gemir desconsolada.

(Égloga I.)

Toda la traduccion está en silva.

cc)—El general D. Manuel Montes de Oca (fusilado en Vitoria, en Setiembre de 1841) publicó en Cádiz, en 1834, siendo alférez de Marina, traducciones de las églogas I (en silva) y IV (en octavas reales): formando un cuaderno de pocas páginas. Ochoa reimprimió estas traducciones en su *Virgilio* (páginas 744 á 747, y 750 á 756), para evitar su pérdida, que hubiera sido en verdad de sentir, porque son animadas y correctas (fuera de algun ripio), y porque de su infeliz autor, que era en las letras algo más que aficionado, apénas queda otra memoria. En su estilo se unian dichosamente la naturalidad y la elegancia:

Ya la postrera edad nos ha llegado
Que un tiempo la de Cúmas predijera,
Y el órden de los siglos renovado,
Torna tambien la vírgen justiciera.
Saturno vuelve su feliz reinado
Con leda faz á la terrena esfera:
Ya desciende á poblar el ancho suelo
Nueva progenie del empíreo cielo.

. . . . . .

Tu Apolo reina ya. La edad luciente,
Siendo tú cónsul y su honor primero,
Comenzará, Polion, su feliz era
Y de los grandes meses la carrera.

. . . . . .

Sus primicias la tierra no labrada,
¡Oh niño! te dará, cundiendo en tanto
Con bácar yedra errante, y enlazada
La colocásia en el alegre acanto.

. . . . . .

Tu misma bella cuna floreciente

En tí derramará sus blandas rosas.

. . . . . .

Ya, tierno niño, á conocer empieza
Con dulce sonreir tu madre amante,
¡Cuánto afan en diez lunas de crueza
Sufrió tu madre! Empieza ¡oh tierno infante!
Que al niño que oye paternal terneza,
Y no anima riendo su semblante,
Ni el Dios le ofrecerá su mesa honrosa,
Ni su lecho de amor la excelsa Diosa.

Montes de Oca parece imitador del estilo de Hidalgo, y á veces no le va en zaga. Uno y otro eran discípulos de Lista.

dd)—El magistrado D. Manuel de Urbina y Daoiz publicó en *El Artista*, periódico de 1835 (tomo II, pág. 222), una bellísima traduccion en octavas reales del episodio de Orfeo y Euridice en las *Geórgicas* (libro IV). La ha reproducido Ochoa en su *Virgilio* (págs. 786 á 788). Si el Sr. Urbina hubiera hecho del mismo modo la traduccion completa de las *Geórgicas*, quizá no tendria ésta rival en castellano, á lo ménos por lo que toca á perfeccion métrica y acendrada limpieza de estilo. No quiero pasar adelante sin trascribir algunos de sus versos:

Miéntras la jóven con veloz carrera
Anhelaba librarse, inadvertida
Una serpiente holló de la ribera,
Entre las altas yerbas escondida:
A la voz de las ninfas lastimera
De los montes tembló la cumbre erguida:
Lloró el Pangéo, el Ródope eminente,
Y de Reso la tierra armipotente.
Y la ateniense Orítia, y los raudales

Del Ebro lamentaron á la hermosa,
Y dieron muestras de dolor iguales
Los duros Gétas con la faz llorosa:
Él solo con la cítara sus males
Templando en la ribera, dulce esposa,
Tu nombre, al espirar la luz del dia,
Tu nombre á la a borada repetia.

. . . . . .

Conmovidas del canto á la dulzura
Vanas sombras del reino del olvido,
Y espectros que gozaron la luz pura
Iban en pos del mágico sonido.
Tal suelen de la selva en la espesura
Volar las aves al caliente nido,
Si cae la lluvia, ó si en los cielos arde
La estrella refulgente de la tarde.

Madres, esposos, héroes esforzados
Siguen los ecos de la blanda lira,
Vírgenes, niños, jóvenes llorados
Del caro padre, ante funesta pira.
Con fango y cañas hórridas cercados
Tiénelos el Cocito: en torno gira
La odiosa Estigia, y con revueltas nueve
Sus tristes ondas perezosas mueve.

. . . . . .

Mas cuando la cabeza, dividida
Del albo cuello de marfil, rodaba,
Con las olas del Hebro confundida,
Débil la voz á Eurídice llamaba:
La fria lengua, al despedir la vida,
«¡Ay infeliz Eurídice!» exclamaba,
Y «Eurídice» á su queja lastimera
Resonaba del Hebro la ribera.

Octavas como éstas se han hecho pocas en castellano, y ménos en traducciones. Buen cargo de conciencia tiene el Sr. Urbina (si es que vive) por

haber dejado dormir tanto tiempo á su Musa, ó haber privado de sus frutos á los amigos de estas cosas.

Advertiré (aunque me da pena tocar una obra tan acabada) que el *Actias Orythia* no quiere decir (segun yo entiendo) *Oritia la ateniense*, sino *la litoral*, del griego ἀκτή (litus), y creo que será difícil presentar ejemplos en que el *Actias* esté como sinónimo de *Áttica*, aunque casi todos los traductores interpreten este lugar así. Tambien me parece demasiada amplificacion (y de esto tiene la culpa la octava real) el traducir la sola palabra *Getae:*

Los duros Getas con la faz llorosa.

Todo lo demas es admirable.

—«Obras en verso y prosa de D. Juan Gualberto Gonzalez. Tomo I. Comprende la traduccion de las *Eglogas* de Virgilio. Madrid. Imprenta de Alegría y Charlain, Cuesta de Santo Domingo, 8. 1844.» (Págs. 77 á 204.) Dedicatoria.—Texto latino y castellano.—Notas. En el II tomo están las *Églogas* de Calpurnio y Nemesiano, con las cuales se completa la traduccion de los bucólicos latinos.

En verso suelto. Es la más literal que hay en castellano, y la más sobria y concisa, pero no la más poética. Los versos son duros, apretados y difíciles, muy lejanos de la pompa y lozanía de Hidalgo. D. Juan Gualberto se propuso conservar «la frase, el tono, el giro de las construcciones y hasta la cadencia y el sonido de los versos en cuanto

fuese compatible con la lengua y versificacion castellana.» En Calpurnio y Nemesiano estuvo más feliz que en Virgilio, quizá por la medianía de los poetas traducidos, ó por haber tratado el original con ménos supersticioso respeto. Para muestra de las cualidades y defectos de esta traduccion (la más recomendable para estudio), véase este pasaje de la égloga V virgiliana:

Cándido Dafni admira del Olimpo
Los no vistos umbrales, y contempla
Bajo sus piés las nubes y los astros.
Pues alégrense ya los campos *todos*;
El gozo tenga en las cabañas *todas*
A Pan y á los pastores y á las ninfas,
Ni el insidioso lobo á los ganados,
Ni á los incautos ciervos ya las redes
Dolo alguno meditan: el buen Dáfnis
Ama la paz. De los intonsos montes
Sube el rumor alegre á las estrellas,
Los árboles, las rocas á mis versos
Corresponden sonando: «Dios, Menálcas,
Aquel es Dios.» ¡Oh Dafni!; sé propicio,
A los tuyos! ¡Por tí felices sean!
Ves aquí cuatro altares: dos á Febo
Y dos erijo á tí: de fresca leche
Y espumosa dos tazas cada un año
Tus aras bañarán, y del opimo
Licor de las olivas otras tantas.
Con largos dones placentero Baco
Alegrará el festin: si hiciere frio,
Al hogar, y á la sombra por las mieses.
Yo serviré las copas con el nuevo
Néctar de Arvisio: cantará Damétas
Y el licio Egon: los Sátiros saltantes
Imitará tambien Alfesibeo.

Y esto siempre tendrás cuando á las ninfas
Satisfagamos los solemnes votos
Y siempre que lustráremos los campos.
Que en tanto que del monte las alturas
Amare el jabalí, y el pez las ondas,
Y en tanto que la abeja del cantueso
Paciere, y la cigarra del rocío,
Tu honor, tu nombre durará y tu gloria.

No creo que sea posible traducir con más exactitud ni con tanta. Compárese este texto con el latino, y se verá que no se ha perdido ni un epíteto. Más que traduccion, es un calco. Si los versos fueran un poco mejores, y tuvieran más alma, bastarian para convencer á los partidarios de las traducciones en prosa de lo vano y ridículo de su opinion, tratándose de lenguas como las de nuestra Península y la italiana. Bueno que traduzcan en prosa los franceses, porque el sistema de versificacion que tienen no les consiente otra cosa; pero nosotros ¿qué ganamos con eso, cuando (aunque parezca paradoja) podemos ser más concisos y literales escribiendo en verso suelto, el cual, además, por la licencia consentida al lenguaje poético, puede reproducir intactos giros, vocablos y latinismos que en prosa fueran exóticos y pedantescos, y hasta remedar en algun modo la cadencia de los versos del original, como acontece cuando se traducen sáficos latinos ó griegos en los llamados *sáficos* modernos?

Todavía se aventuró á más D. Juan Gualberto, haciendo en *exámetros* una segunda traduccion de la égloga *Alexis*, que puede verse en el tomo III,

pág. 105 de sus obras (*Apuntes sobre la versificacion castellana*). Pero en esta tentativa fracasó, y los más de los versos no tienen cadencia alguna ó la tienen diversa del exámetro. De los que suenan ménos mal son los siguientes:

Ya apresta á los segadores, cansados del rápido estío,
Testílis sérpol y ajos, aromáticas yerbas:
Conmigo en las florestas, cuando voy tus huellas siguiendo,
Bajo del sol ardiente resuenan las roncas cigarras.

—D. Fernando de la Vera é Isla Fernandez, antiguo diplomático y elegante poeta, tradujo en verso suelto la invocacion de las *Geórgicas*, hasta el verso 23:

Cómo dorada miés alegra el campo,
En qué estacion conviene arar la tierra,
Y con los olmos enlazar las vides...

Puede verse en las págs. 77 á 79 de los «Ensayos Poéticos por D. F. de la Vera é Isla Fernandez, Encargado de negocios de S. M. Precedidos de una introduccion en verso por D. José Zorrilla. Paris. Imprenta de Pillet fils ainé, Calle des Grands Augustins, 5.» 1852. En 4.°

—«Las Bucólicas y Geórgicas de Virgilio, traducidas en verso endeca ílabo por el P. Fr. Mateo Amo, de la órden de Santo Domingo: van acompañados del texto latino. Con las licencias necesarias. Manila, 1858. Imprenta de los Amigos del País, á cargo de D. M. Sanchez.» En 8.°, 319 páginas sin ningun prólogo ni advertencia. Texto latino y castellano.

Traduccion muy poco ó nada conocida en España, aunque no vale ménos que otras muy ponderadas, si bien el P. Amo es incorrecto y desaliñado versificador. Véase este pasaje del libro III de las *Geórgicas*:

Ni cesa en su trabajo, hasta que ledo
Mira el año abundar en todos frutos,
Y en crias del ganado, y que derraman
Las espigas sus granos, y se hunden
Con el inmenso peso sus graneros.
Cuando llega el invierno, coge y prensa
El fruto de la oliva, y á los montes
Lleva á cebar sus puercos con bellotas:
En Otoño recoge las maduras
Uvas, y cuece el mosto en sus bodegas.
Y dánle los hijuelos agrupados
En torno de su padre, dulces besos;
La castidad se alberga en su cabaña;
Sus ovejas le dan leche sabrosa:
Él ve triscar los pingües corderillos,
Y pacer por el valle sus rebaños.
Él celebra las fiestas, y en el verde
Césped tendido cabe el sacro fuego,
Y las copas henchidas de espumoso
Vino, y cercado de otros labradores
Te ofrece libaciones, ¡oh Lieo!

Lo que más perjudica á esta traduccion es el ningun cuidado en evitar las asonancias y cacofonías.

—«Poesía antigua. Las Geórgicas de Virgilio, traducidas en verso castellano por Juan de Arona. — Pedro Paz-Soldan y Unanue. — Lima.— Imprenta de «El Comercio» dirigida por J. M. Mon-

terola..... 1867.» Un cuaderno en fólio de 97 páginas.

Se habia publicado ántes en *El Nacional*, periódico de Lima, en Setiembre de 1866.

El traductor Pedro Paz es un poeta humorístico, muy conocido en el Perú con el pseudónimo de Juan de Arona: y bien manifiesta la calidad de su ingenio en lo informal de sus prólogos y notas, y en las parodias y traducciones burlescas que pone al fin. Muestra una pueril y extravagante aversion al endecasílabo suelto, que él llama *insoportable*, hasta el punto de juzgar las traducciones de Arici y Odorico Mendes con estas breves y despreciativas palabras: «Están en verso suelto, y con esto queda dicho todo,» como si no estuvieran en verso suelto el *Giorno* de Parini, la *Ilíada* de Monti, los *Sepulcros* y las *Gracias* de Fóscolo, y las mejores cosas de Leopardi.

Paz Soldan está por la silva, se deja llevar de su facilidad palabrera y desleida, y prefiere (como el dice) *andar á pié á rodar en coche*. Fácil y abundante en las rimas, algo prosaico á veces, flúido casi siempre, poeta descriptivo de altas dotes como criado en la imitacion de Andrés Bello (de quien es lástima que no llegase á tomar la correccion sostenida), nada sobrio, rico con prodigalidad abandonada... ha hecho una obra que no es modelo de traducciones, pero que honra á un poeta y que se lee sin disgusto.

Aunque la portada anuncia todas las *Geórgicas*, no contiene este volúmen más que el libro prime-

ro (1), ni hasta ahora se ha publicado otra cosa. Véase alguna muestra:

Cuando al sol de la tibia Primavera
El hielo acumulado en las alturas
Corre en gélido humor á las llanuras
Y las tierras el céfiro aligera,
Se entregue sin tardanza
Agil agricultor á la labranza,
Que tocando á su puerta
La alegre primavera lo despierta.
El suelto buey acuda
Ante el yugo á postrar su frente ruda,
Y la reja discurra por los campos
Brotando chispas y fugaces lampos.
. . . . . .
Mas ántes de labrar un nuevo suelo
Estudia cuidadoso las señales...
Uno de espigas túrgidas se viste,
Otro á hospedar la viña se resiste;
Este con varios frutos se recama,
Aquel se cubre de espontánea grama.
Providencia benigna
A cada tribu asigna
Su producto especial con mano sábia:
Su oloroso azafran Cilicia envía,
La India su marfil, su incienso Arabia;
Forja el acero el Cálibe desnudo,
Da el Ponto su castor, y Epiro cria

(1) Dedicatoria al padre del autor.—Prólogo.—Introduccion.—Notas.—Apéndice que contiene otras muestras de la poesía antigua.—*Detonaciones destempladas* (son cuatro sonetos de Asnaldo contra la traduccion y la réplica y notas burlescas de Arona, y un estrafalario elogio de la obra, firmado por Moran.

Los generosos rápidos corceles,
A quienes en Elida nadie pudo
La palma disputar y los laureles.

Toda la traduccion está versificada con la misma soltura. En el apéndice inserta un fragmento del libro II en alejandrinos:

Pues ya cantadas dejo campiñas y estaciones,
Cantemos al olivo tardío y á la vid,
Vén, Baco, que aquí todo rebosa de tus dones,
Y otoño debe sólo sus pámpanos á tí.
Por tí el hirviente mosto derrámase en las cubas,
Dejemos los coturnos, que inútiles ya son,
Y libres nuestras piernas, ¡oh padre de las uvas!
A un tiempo en los lagares hundámonos los dos.

Tambien trae algun brevísimo fragmento de los libros III y IV, y una parodia de la égloga V de Virgilio *libre y jocosamente traducida:* ensayo de pésimo gusto, que principia:

¿Por qué, Mopso, á la sombra de estas parras
No aquel convenio realizar de marras?...

Esta traduccion de las *Geórgicas* fué criticada ásperamente y sin justicia, pero no sin gracia, por José Asnaldo Marcado en cuatro sonetos, titulados: *La expiacion de Virgilio.—La apelacion de Virgilio.—La ejecucion de Virgilio.—Al llegar al patíbulo Virgilio*, publicados en *El Cosmorama*, periódico de Lima. El mejor es el primero:

Cuando bajó al infierno Jesucristo
A redimir las almas de los justos,
Voló á postrase ante sus piés augustos

Virgilio, que de todos fué el más listo.
—«Padre, exclamó el cuitado, ya tú has visto
Que padecí bastante. ¡No más sustos!
Mira que abjuro los paganos gustos
Y á tu divina ley no me resisto.»
Volvió Cristo los ojos paternales,
Y con dulce y severa voz le dijo:
—«La piedad de mi padre te perdona,
Y el cielo debe abrirte sus umbrales;
Pero ántes de eso has de ser mártir, hijo.»
Y tradujo á Virgilio Juan de Arona.

Juan de Arona contestó al crítico que *debia comer alfalfa* y que *rebuznaba*. Tan apacibles son las costumbres literarias en el Perú.

—«D. Francisco Mariano Urrutia de Popayan tradujo hace años en romance endecasílabo las Geórgicas: no sé si todas, ó alguna parte, pues sólo conozco una muestra. Tan poco es lo que sabemos unos de otros los hispano-americanos de diversas comarcas,» escribe D. Miguel A. Caro en el *Estudio preliminar* á su *Eneida*. Si esto acontece á los americanos, ¿qué no sucederá á los españoles?

—D. José Sebastian de Segura, poeta mejicano, tradujo las *Églogas* de Virgilio, no sé si en todo ó parte. Están en un tomo de poesías suyas, que no ha llegado á mis manos.

—D. Eugenio de Ochoa incluye las Églogas y Geórgicas en sus *Obras completas de P. Virgilio Maron traducidas al castellano* (en prosa). Madrid, 1869. Son aplicables á esta parte del trabajo de Ochoa las observaciones generales que hice en mi opúsculo de *Traductores de la Eneida*. De las

Églogas de Ochoa hay edicion suelta de este año de 1879.

—D. Gabriel García Tassara en sus *Poesías* (1872) tiene traducido con mucha gallardía el *Oh fortunati sua si bona norint agricolæ* del libro II de las *Geórgicas*.

—El actual Duque de Villahermosa, D. Marcelino de Aragon, tiene hecha, de años atras, y sin cesar pule y corrige, una hermosa y fidelísima traduccion de las *Geórgicas* en verso suelto. Gracias á la buena amistad del Duque humanista, honra de la aristocracia española, he leido despacio este trabajo, que ni en riqueza y gala de lenguaje, ni en versos rotundos y numerosos, ni en perfecta adhesion á la letra del original y al espíritu virgiliano, cede á ninguna de las traducciones anteriores. Pronto saldrán á la luz estas nuevas *Geórgicas* para solaz y regocijo de los aficionados á letras humanas, y nuevo timbre que añadir á los muchos literarios que puede ostentar la casa del Conde de Luna y del protector de los Argensolas.

—D. Ramon de Císcar, individuo de la Academia de Buenas Letras de Barcelona, ha leido en ella una traduccion de las *Geórgicas* en verso suelto castellano. He oido hablar de ella con grande elogio á amigos mios catalanes. Es de desear que se publique.

—«Obras de Virgilio traducidas en versos castellanos, con una introduccion y notas por Miguel Antonio Caro. Tomo I. Bogotá: Imprenta de Echeverría hermanos. 1873.»

Contiene CXIX + 239 págs. de Estudio preliminar, texto castellano y suplemento ó notas. Las Églogas y Geórgicas.

Sobre esta elegantísima traduccion poco hay que decir, puesto que va en el volúmen á que han de servir de prólogo estas notas. Además, la traduccion del Sr. Caro ha sido ámpliamente juzgada en dos estudios notables, uno de D. Rufino José Cuervo (egregio latinista) en el *Anuario de la Academia Colombiana* (Bogotá, 1814,» tomo I, págs. 213 á 238), y otro de D. Juan María Gutierrez con el título de *Virgilio en América*, en la *Revista del Rio de la Plata*. Ambos convienen en estimarla como un monumento de gloria para nuestra lengua.

Para las *Églogas* y *Geórgicas* ha preferido el Sr. Caro la silva con mejor ó peor acuerdo, que esto no hemos de discutirlo ahora. Poco importa el metro en que una cosa se dice si la cosa está bien dicha, y estas silvas no son ligeras y abandonadas como las de Arona, sino trabajadas con el mismo amor y esmero que las octavas de la *Eneida*.

Lo que sí escasea en esta parte del trabajo del Sr. Caro (y á mi entender es un mérito) es el uso ó abuso de giros y locuciones desusadas, que da un aire de extrañeza á ciertas páginas de los otros dos volúmenes de la traduccion. Es más natural y espontáneo, ménos limado y rebuscado el estilo de las *Geórgicas*, y agrada más por esto mismo.

Es observacion delicada del Sr. Cuervo, que siendo las lenguas antiguas de carácter sintético,

conviene traducir sintéticamente el pensamiento del autor, y no reproducir, en obsequio á una mentida fidelidad, todo género de adjuntos y de partículas, ni mucho ménos explicar el texto como un comentador: defecto en que suele incurrir Hermosilla en su Homero. Pero todo tiene sus límites, y me parece que no ha hecho bien el Sr. Caro en omitir en el *Qualis populea moerens*... el *amissos* (adjetivo tan tierno y tan bien colocado) y el *moérens*. No es Virgilio poeta en quien los adjuntos sobren ó sean de pura fórmula. Este excesivo amor á la concision se nota tambien en otros pasajes. Paréceme más penetrante y recogido, por decirlo así, y no salgamos de los versos ántes citados, el *late loca quaestibus implet* que el

en ecos por los campos se derraman.

La traduccion del Sr. Caro es un tesoro de lengua y de versificacion, y nunca será bastante leida y aprovechada: arcaísmos felices, inversiones audaces, modos de decir traidos á nueva y más lozana juventud y vida, epítetos no de los convencionales y de troquel, sino aplicados como los aplicaba Horacio, discretas asociaciones de palabras *(callida junctura)*, versos llenos de color y de energía, un dominio absoluto del arte clásico, y un espíritu latino de bonísima ley... todo esto se admira en la traduccion del filólogo de Bogotá, á quien envio desde este lado de los mares mi amistoso y cordial parabien.

Recomiendo sobre todo el libro IV de las *Geórgicas*.

—D. Federico Baráibar, catedrático del Instituto de Vitoria, distinguido humanista que ha puesto en lengua castellana todo Aristófanes, Anacreonte, la *Batracomiomáquia*, y muchas composiciones sueltas de líricos griegos y latinos, publicó en *El Ateneo*, revista de Vitoria, número de Noviembre de 1876, una traduccion de la égloga I de Virgilio *(Títiro y Melibeo)*.

TRADUCCIONES PORTUGUESAS.

a) Las *Églogas* de Antonio Ferreira son imitaciones muy directas de las de Virgilio. Así, la égloga IV *(Lilia)*:

Por Lilia em vivo fogo Aonio ardia,
Lilia prazer do amor, e nada tinha
O triste que esperar, e o Amor crescia...

es casi traduccion (en tercetos) del *Alexis*. El canto de Serrano y Castalio en la égloga III es remedo del de Damétas y Menálcas. La égloga VI (Mágica) en octavas reales:

De Lícidas é Ménalo pastores
O novo canto. . . . . .

es traduccion libre de la *Pharmaceutria* en sus dos partes, como en el *Androgeo* (égloga XI) hay reminiscencias del *Gallus*, y así en las restantes. Todas tienen poquísima originalidad.

Véanse en los *Poemas Lusitanos do Doutor Antonio Ferreira, Terceira impressao. Lisboa*, 1829, *Na Typographia Rollondiana.* Tomo II.

La segunda edicion se titula:

«*Poemas Lusitanos do Doutor Antonio Ferreira. Segunda Impressao enmendada e accrescentada com a Vida e comedias do mesmo Poeta. Lisboa. Na Regia Officina Typographica. Anno MDCCLXXI.*» 2 tomos 8.°

La primera:

«*Poemas Lusitanos do Doutor Antonio Ferreira, dedicados por seu filho Miguel Leite Ferreira, ao Principe D. Philippe nosso senhor. Em Lisboa, por Pedro Craesbeck*, 1598. 4.°

b) Leonel da Costa (1570-1647) fué el primero en emprender una traduccion poética de las dos obras del Mantuano que al presente nos ocupan:

«*As Eclogas e Georgicas de Vergilio. Primeira parte das suas obras, traduzidas do latim em verso solto portuguez. Com a explicacao de todos os lugares escuros, historia, fabulas que o poeta tocou e outras curiosidades muito dignas de se saberem. Lisboa, por Geraldo da Vinha*, 1662, fól.»

Segunda edicion:

«*As Eclogas e Georgicas de Vergilio. Primeira Parte das suas obras, traduzidas de Latim em verso solto Portuguez, com a explicacao de todos os lugares escuros, historias, fabulas que o poeta tocou, e outras curiosidades muito dignas de se saberem, author Leonél da Costa Lusitano. Lisboa, Na Officina de Miguel Manescál da Costa, Im-*

pressor do S. Officio. Anno 1761. *Com todas as licencas necessarias.*» 8.°, 16 págs. preliminares que contienen: *Ao leitor* (advertencia).—Vida de Virgilio, traducida de Donato (los versos que en ella se citan están traducidos en verso suelto portugues lo mismo que lo restante del libro).—*Do nome do nosso poeta* (sostiene que se ha de escribir *Vergilio*).—*Licencias.*—*Que cousa he Bucolica.* 719 páginas de texto. A cada égloga precede un argumento. En la pág. 73 comienzan las *Geórgicas*, que llegan hasta la pág. 229. Las notas llenan el resto del volúmen.

Su traduccion está en versos sueltos (si es que merecen llamarse versos), tan desaliñados, prosaicos, flojos é insípidos como los de Juan de Guzman, á quien se parece mucho. Es además redundante, palabrero y difuso, tres veces más largo que el original, lleno de ripios y de versos agudos, indigno en todo de la fama que un tiempo le dieron los humanistas portugueses, quizá por no tener otra mejor ni peor traduccion. En la égloga VI, y en el libro IV de las *Geórgicas* hay algunos trozos tolerables, pero versificados siempre con mucho descuido y sin nervio.

—«Commentarii in P. Virgilium Maronem, nunc primo juxta ordinem verborum, post tamen uberioribus notis locupletandi. Tomus primus complectens Eglogas et Georgicas. Scribebat Don Gaspar Pinto Correa, Theologus Lusitanus, Garajalensis, Barcellorum Collegiata Canonicus. Ulyssipone Occidentali, ex prælo Bernardi Costi

Carvalii, Serenissimi Domini Infantis Typographi. Cum facultate superiorum. Anno 1726.» 1 hoja preliminar y 279 págs. Contiene el argumento y explicacion de cada égloga y de cada libro de las *Geórgicas*, el *Ordo verborum* con una traduccion literalísima para principiantes, y algunas notas.

Dice Pinto Correa que empezó este trabajo en Coimbra á los 26 años de su edad, y le acabó á los 30, ayudándole su hermano en el comentario de las *Églogas*.

Además de la edicion que he tenido á la vista, cita Inocencio de Silva estas otras:

«Ulyssipone, apud Emmanuelem da Silva, 1640.» en 4.°

«Apud Antonium Craesbeck de Mello, 1670.»

«Apud Emmanuelem Lopes Ferreira, 1699.»

—En las *Poesías de Manuel María de Barbosa du Bocage, colligidas em nova e completa edicao, dispostas e annotadas por I. F. da Silva: e precedidas de um estudio biographico e litterario sobre o poeta, escripto por L. A. Rebello da Silva. Lisboa. Em casa do editor A. F. Lopes, Rua Aurea.....* 1853. Tomo IV. Hay una traduccion de la égloga V de Virgilio *(Daphnis)*, llena de armonía, vigor y gracia. Está en verso suelto.

e) Antonio José Osorio de Pina Leitam, magistrado relator en Bahía, publicó:

«*Traduccao livre ou imitacao das Georgicas de Virgilio, e outras mais composicoes poeticas. Lisboa, na Typ. Nunesiana*, 1794.» 8.° 256 págs. En verso suelto, seguida de 8 odas y 28 sonetos

del traductor. Bocage juzgó esta version *buena*. Costa y Silva *mediana*, aunque bien versificada y superior en esto á la del P. Furtado. Peca de falta de fidelidad, y más que traduccion es un compendio, donde faltan á veces las ideas del autor, y otras están alteradas ó sustituidas con las del intérprete.

f) El P. Francisco Furtado, jesuita de los expulsos á Italia en tiempo de Pombal, dejó manuscrita una traduccion completa de *Virgilio* en octavas reales. Sólo se conservan las *Geórgicas*, de las cuales obtuvo copia en Roma el Vizconde da Carreira. Vieron este manuscrito José María da Costa e Silva, y el célebre bibliógrafo Inocencio Francisco de Silva, que le describe así:

«Es un tomo en folio pequeño, de 190 páginas no numeradas, con un breve prefacio (págs. 3 á 5), la traduccion en 577 octavas (págs. 6 á 160), y al fin muchas notas.» Parece que la traduccion se hizo ántes de 1798. El P. Roquette publicó acerca de la traduccion de Furtado este opúsculo:

«*Appendice ás Georgicas de Virgilio. París, por I. P. Aillaud*, 1846.» En 8.°, 35 págs. Contiene las notas de las *Geórgicas* y una biografía latina del traductor.

De la version del P. Furtado sólo conozco los trozos que inserta Costa é Silva en el tomo VI de su *Ensaio biographico-critico sobre os melhores poetas portugueses*. (Lisboa, 1853). A juzgar por ellos, es algo parafrástica y llena de provincialismos é italianismos, de endecasílabos agudos y fal-

tas de prosodia; pero harto más rica de estro y color que la de Leonel da Costa, y más fiel y exacta que la del relator Osorio.

g) Francisco Manuel Gomez de Silveira Malhao (1757-1816), abogado lisbonense, publicó:

«*Poesías offerecidas aos seus amigos de toda a ordem... Lisboa, na off. de Juan Procopio Correia da Silva*, 1802.» En 8.°, 222 págs., y en ellas las cuatro primeras églogas de Virgilio, bastante bien traducidas.

h) Sebastian Francisco de Mendo Trigoso (1773-1821), académico de Ciencias de Lisboa, traductor del *Hipólito* de Séneca y de la *Fedra* de Racine, dejó manuscrita una interpretacion en verso de las *Geórgicas*, con notas filológicas y agronómicas. Así la cita, sin dar más señas, Inocencio da Silva; pero yo he tenido la suerte de ver el manuscrito original, gracias á la buena amistad del Dr. Deslandes, médico de Lisboa, que le posee.

Manuscrito en 4.°, de 70 folios. Parece autógrafo. Los tres primeros libros tienen notas, el IV no. Empieza:

O que torna fecunda as Searas,
Em que tempo convém lavrar a terra,
E atar no urmo as cépas; que disvellos
Os bois requerem, quanto mismo o gado
E quanta practica as frugaes abelhas...

Libro II:

Cantei the aqui dos campos a cultura
E as estrel'as do Ceo: agora oh Bacho,
Vou cantar te. . . . . .

Libro III:

Tambem te cantarei, oh grande Palles,
A ti, pastor de Amphryso memorando...

Libro IV:

Do mel aereo a dadiva celeste
Agora cantarei: volve, oh Mecénas.
Ainda os olhos teus a esta parte...

—José Rodriguez Pimentel é Maia, en sus *Obras Poéticas*, que son tres folletos (Lisboa, 1805-6-7), tiene traducidos trozos de las *Geórgicas*.

—José Pedro Soares, maestro de latinidad en Ponta Delgada, capital de la isla de San Miguel, dió á la estampa:

«*Eclogas de Virgilio, traduzidas em verso rimado com notas. Lisboa na off. de Simao Thadeo Ferreira*, 1817.» En 8.°

—José María Dántas Pereira de Andrade, en sus *Diversoes metricas e dramaticas* (Lisboa 1824), 75 págs., tiene traducido un fragmento de las *Geórgicas*.

—El Dr. Antonio José de Lima Leitao, médico algarbense, publicó:

«*Obras de Publio Virgilio Maro, traduzidas em verso portuguez e annotadas (Monnumento a elevacao da colonia do Brasil a Reino e ao Estabelecimento do Triplice Imperio Luso). Tomo I, contendo as Bucolicas e as Georgicas. Rio Janeiro, Na Typ. Real*, 1818.» En 8.° grande, XVIII + 221 páginas. Los preliminares son: una oda dedicatoria

al consejero Francisco María de Brito, un prólogo en prosa y la vida de Virgilio, traducida del falso Donato. Notas al pié de las páginas.

—«*As Bucolicas de Publio Virgilio Marao.*» Folleto sin año ni lugar; 111 págs., en 8.° Llega hasta el fin de la égloga VII. Aquí quedó cortada la edicion, que tiene muchas variantes y enmiendas respecto de la impresa en Rio Janeiro.

Este traductor atendió principalmente á la concision, no dudando en emplear en obsequio á ella raros compuestos, como *lancífero*, *flammivomo*, y otros semejantes. El elogio de Italia en el libro II de las *Geórgicas* está muy bien traducido.

Publicó retocada Lima Leitao en sus últimos años una parte de la traduccion:

«*As obras de Publio Virgilio Maro, postas no texto latino o mais correcto, e vertidas em verso portuguez com as mais precisas annotacoens. Lisboa, Imp. Nac.* 1842.» 8.° mayor, 56 págs. Es un specimen que contiene la égloga I y los 117 primeros versos de las *Geórgicas* con notas á la Égloga y un índice alfabético. Tirada de 46 ejemplares.

l) Juan Nunes de Andrade, profesor de latinidad en Rio Janeiro, publicó:

«*Traduccao das Bucolicas, dialogo pastoril de Virgilio, Offerecido ao exmo. e revmo. Sr. Fray Marcelino do Coracao de Jesús &. Rio Janeiro, Typ. Brasiliense de F. M. Ferreira*, 1846.» 8.° IX + 95 págs. Es un comento ó glosa parafrástica en prosa, con las palabras del texto intercaladas.

—Francisco Antonio Martins Bastos, profesor de

Latinidad del rey D. Pedro V publicó en el *Ramalhete:*

«*Eclogas de Virgilio, traduzidas em verso.*»

—Francisco Freire de Carvalho, canónigo de la patriarcal de Lisboa (1779-1854), publicó.

«*As Georgicas de P. Virgilio Marao, meramente vertidas do original latino em verso portuguez, acompanhadas de annotacoens explicativas. Lisboa, Na Typ. Rollandiana*, 1849.» 8.°

—La mejor traduccion de las Geórgicas que hay en portugues es la de Antonio Feliciano de Castilho. Se rotula:

«*As Georgicas de Virgilio. Trasladadas a Portuguez por Antonio Feliciano de Castilho.* «*Gratum opus agricolis.*» *Paris, Typographia de Ad. Lainé e J. Havard, Rua Saints Péres*, 19. 1867.» 4.°, 301 págs. y una de erratas. Hermosa edicion. El libro I está dedicado á Mendez Leal, el II á Tomás Ribeiro, el III á Pereira da Cunha, el IV á Pinheiro Chagas.

Tuvo Castilho el mal gusto de hacer su traduccion en alejandrinos pareados, intolerables para todo oido peninsular. Tal fué la manía de sus últimos años, y lo peor es que ha tenido imitadores y discípulos.

—El Dr. Luis Vicente de Simoni, médico italiano residente en el Brasil, tenía traducidas en verso las *Églogas de Virgilio*, al tiempo de publicar Inocencio da Silva su *Diccionario bibliographico portuguez*.

—En el *Virgilio Brasileiro ou traduccao do*

poeta latino... de Manuel Odorico Mendes (Paris, na Typ. de W. Renquet y Compañía, 1858, 8.° mayor, 800 págs.), se incluyen por de contado *Bucólicas* y *Geórgicas*, tan bien traducidas como lo restante.

—Francisco Lopes de Azevedo Velho de Fonseca, vizconde de Azevedo, erudito bibliógrafo portuense, ha publicado:

«*Distraccoes metricas do Visconde de Azevedo, por elle dedicadas ao seu particular amigo o Senhor Jose Gomes Monteiro. Porto. Typ. Particular do Visconde de Azevedo*, 1868.» 8.° mayor, VIII + 274.

Contiene este tomo, además de varias obras originales, una traduccion completa de las églogas (ménos la V, que sustituye con la de Bocage). Camilo Castello Branco, el famoso novelista, tiene esta traduccion por la mejor que de las *Églogas* existe en Portugal. Yo no puedo juzgar de ella, porque no ha llegado á mis manos. La tirada fué cortísima y para amigos: no más que de 40 ejemplares.

TRADUCTORES CATALANES.

a) El Ilmo. D. Fray Felipe Marimon, natural de un pueblo del Maestrazgo, y obispo de Ampúrias (1607-1613) dejó manuscrita, segun Fuster (*Bibliot*, *Val.*, tomo I, pág. 210 y sig.) una excelente traduccion de las *Églogas de Virgilio* en lengua lemosina: trabajo de sus mocedades.

Se conservaba el manuscrito autógrafo en la biblioteca de Borrull en Valencia.

b) Jacinto Ricart (de quien no he podido averiguar ninguna noticia biográfica, ni siquiera el tiempo en que floreció) tradujo al catalan las *Obras de Virgilio.* Un tomo 4.° mayor manuscrito que se conservaba, segun Torres Amat, en casa de Manxarell de la villa de Sanpedor.

c) *Lo Gay Saber*, revista de Barcelona, prometió en un prospecto dar á luz una traduccion de las *Geórgicas*. El traductor es J. Sardá, segun mis noticias. Hasta la fecha nada ha aparecido.

TRADUCCION VASCUENCE.

D. Agustin Pascual de Iturriaga, beneficiado de la villa de Hernani, tradujo la égloga I de Virgilio en lengua eúskara. Vid. sus *Fábulas y otras composiciones en verso vascongado.* San Sebastian, 1842, imp. de Ignacio Ramon Baroja. 8.° IV + 200 páginas, donde dicha Égloga se halla impresa junta con otras traducciones de fábulas de Esopo, Fedro y Samaniego.

Tienen cierto mérito, al decir de los inteligentes en aquella lengua. Algunas de ellas (pero no la de la Egloga) pueden verse en el *Cancionero Vasco, ilustrado por José Manterola:* San Sebastian, 1878.

M. Menéndez Pelayo.

ÉGLOGAS

TRADUCCION DE

D. FÉLIX M. HIDALGO.

ÉGLOGA PRIMERA.

TITIRO Y MELIBEO.

MELIBEO.

Tú aquí so el haya, oh Títiro, coposa
Estás tendido, y sigues ensayando
El són de tu zampoña melodiosa.
Nosotros, esta tierra abandonando,
Y aquestos campos y este cielo hermoso,
De la patria nos vamos alejando.
Tú á la hermosa Amarili estás ocioso
A la sombra cantando en la espesura,
Y Amarilis resuena el bosque hojoso.

TITIRO.

Un dios me ha concedido aquesta holgura;
Que miraré cual dios eternamente
Al piadoso que debo esta ventura.
De mis caros apriscos muy frecuente
Ha de bañar la sangre de un cordero
Sus aras en ofrenda reverente:
Que si mis hatos ves por el otero,

Y á mí tocar la flauta por do quiera,
Todo es un don del dios que yo venero.

MELIBEO.

Ménos tu suerte envidio placentera,
Que me admiro, en el caso desastroso
De nuestro campo, estés de esa manera.
Héme enfermo ir siguiendo congojoso
Mis cabrillas, que alejo con premura,
Y ésta en hombros conduzco fatigoso,
Que malparió ora poco en la espesura
De aquellos avellanos dos gemelos,
Y los dejó sobre una peña dura.
¡Ay me! ¡Cuán infelice, si los cielos
Me quitan la esperanza del ganado,
La sola recompensa á mis desvelos!
¡Ciego de mí! Tan triste y duro hado
La encina de los rayos encendida
Nos lo habia bien ántes anunciado.
La siniestra corneja en repetida
Voz lo dijo tambien. Mas las señales
De ese dios ora dáme por tu vida.

TITIRO.

Cual de nuestra ciudad do los primales
Llevamos á vender pensé engañado
De esa que dicen Roma, y juzgué iguales.
Que á conocer por siempre acostumbrado
Que á la oveja el cordero semejaba,
Y el cachorro al mastin de mi ganado;
De ese modo en mi mente imaginaba
Que fuese á Roma Mantua en la grandeza,
Y lo poco á lo mucho comparaba.

Pero Roma levanta su cabeza
Sobre las otras, cual cipres altivo
Sobre la débil mimbre en la maleza.

MELIBEO.

¿Y cuál de ver tú á Roma fué el motivo?

TITIRO.

La libertad. Que al fin, aunque tardía,
Volvió hácia mí su rostro compasivo;
Y despertando la pereza mia
Logréla conocer, cuando ya cana
La barba al afeitarme me caía;
Y despues que entregado á la lozana
Tierna Amarilis, Galatea me huyera,
Y libre fuí de su opresion tirana.
Pues en verdad, que miéntras que yo fuera
De Galatea, ni el caudal cuidaba,
Ni llegar á ser libre concibiera.
Y aunque de mis apriscos yo sacaba
Víctimas mil del uno al otro Enero,
Que á la ingrata ciudad siempre llevaba,
Y queso en cantidad cual el primero,
Jamás de vuelta para mi majada
Traje las manos llenas de dinero.

MELIBEO.

Por eso yo admiré verte angustiada,
¡Oh Amarilis! y para quién pendiente
La fruta estaba en tu jardin guardada.
Títiro tu querido estaba ausente:
¡Oh Títiro! y tu vuelta la pradera
Demandaba y el bosque y pino y fuente.

TITIRO.

Y yo, ¿qué hacerme? Ni posible me era
De esclavitud salir, ni tan propicios
Los dioses sino en Roma hallar pudiera.
Allí ví al César: por sus beneficios
Humean mis altares cada año
Doce veces en gratos sacrificios.
Le expuse allí mi mal y acerbo daño,
Y respondióme con propicio acento:
«Tus toros doma: páce tu rebaño.»

MELIBEO.

¡Anciano venturoso! ¡Qué contento
Será el tuyo, si quedas en tus prados,
Que son bastantes para tu sustento;
Aun cuando estén de guijas rodeados,
Y aunque tus pastos cubra muy frecuente
La laguna con juncos cenagados!
Tu ganado guiarás do no apaciente
En praderas que son desconocidas,
Y á las preñadas dañan fácilmente.
Ni de la grey vecina tus paridas
Temerán el achaque contagioso,
Que de él, por tí, veránse precavidas.
Tú, do has nacido, anciano venturoso,
Cabe estos rios y sagrada fuente
Respirarás un aire fresco, umbroso.
Las abejuelas, que continuamente
De estos sauces aquí liban las flores,
Te adormirán zumbando blandamente.
El podador alegre sus amores,
Bajo estas altas rocas entonando,

Aquí difundirá con sus clamores:
  Miéntras que tus palomas arrullando
Tampoco cesarán, ni sus lamentos
La tórtola en el olmo deplorando.

TITIRO.

  Antes será que por los raudos vientos
Los veloces venados apacienten,
Confundiéndose así los elementos;
  Y que los mares de su seno ahuyenten
Los peces á los bosques africanos,
Y de su ardiente arena se alimenten:
  Antes será que beban los lejanos
Partos del Rhin, trocadas las regiones,
Y del undoso Tigris los Germanos,
  Que yo jamás me olvide de sus dones,
Y del César benéfico y potente
Se borren de mi pecho las facciones.

MELIBEO.

  Mas nosotros, lanzados crudamente
De nuestros campos, al feroz Escita
Iremos y otros á la Libia ardiente.
  Quién al rápido Armiro su cuita
Irá á contar, y quién á do el Britano
Del mundo casi separado habita.
  ¡Y qué! ¿cierto ha de ser que mi tirano
Destino á no ver nunca me condena
Mi pobre albergue alzado por mi mano?
  ¿No he de tornar á ver aquesta tierra
(Mis dominios), despues de algunos años,
Que mis amores y mi dicha encierra?
  ¿Unos soldados, de mi patria extraños,

Habrán de poseer estos novales,
Do invertí mi sudor por tantos años?
Mirad ora, pastores, cuán fatales
Frutos de la discordia hemos logrado:
Contemplad, si pudiereis, vuestros males.
¿Para aquesto mis campos he plantado?
¡Pon á cordel tu viña, Melibeo!
¡Injerta los perales con cuidado!
Id, mis cabrillas, id, que mi recreo
Erais un tiempo. Ya desde este dia
Nos os llevaré á pastar por el rodeo.
Ni tendido en la verde gruta mia,
Colgando de peñascos eminentes,
A veros volveré, como solía.
No el citiso ni sauce florecientes
A pacer volveréis bajo mi mando,
Ni escucharéis mis versos elocuentes.

TITIRO.

Quédate aquí esta noche descansando;
Castañas, queso y peros olorosos
Tenemos pues, y un lecho verde y blando.
Ya el humo se divisa en los fogosos
Caseríos. Las sombras, descendiendo
De los montes á pasos presurosos,
De oscuridad el mundo van cubriendo.

ÉGLOGA SEGUNDA.

GALATEA.

Se abrasaba en amor por Galatea
El pastor Coridon, zagala hermosa,
En quien su amado dueño se recrea;
Y ya sin esperanza
De que á su ardiente amor correspondiera,
A los desiertos montes se salia,
Y en la verde espesura,
Tristísima y sombría,
Con esfuerzo impotente
Su dolor lamentaba y desventura,
Esparciendo estos versos discordados
Por los montes y valles y collados.
¡Oh cruel Galatea y despiadada,
De mí tan deseada!
¿Por qué, ingrata, te alejas,
Mis versos amorosos despreciando,
Y perecer me dejas

En este mal que el alma va acabando?
Ora, que los ganados desmarridos
Buscan la sombra, huyendo el sol ardiente
Con afan impaciente,
Y el lagarto verdoso
En el zarzal encuentra su reposo.
Ora, cuando Testílis cuidadosa
El ajo está majando
Y sérpol olorosos,
La rústica comida preparando
Para los fatigados segadores,
Rendidos ya del sol á los rigores;
Mi voz tan solamente
Y el ronco resonar de la cigarra
Se escucha en la floresta,
Miéntras te sigo en medio de la siesta.
¿No fué bastante á la desdicha mia
De Amarílis sufrir la altanería,
Sus iras y crueza,
Y sus frios desdenes y entereza?
¿Estás acaso, dime, envanecida,
Porque aquella es morena,
Y tú eres blanca como la azucena?
No fies del color, zagala hermosa:
El purpúreo jacinto
Se procura y se aprecia,
La alba flor del alheño se desprecia.
¿Por qué, dí, me desdeñas tan esquiva,
Y conocerme al ménos no procuras?
Ni siquiera te curas
De saber si soy rico;

Cuando en ganados mi riqueza es tanta,
Que en eso otro pastor no me adelanta.
Mil cabezas, que en todos tiempos pacen
Por los campos frondosos
De la Sicilia en pastos abundosos,
Son mias; y contínuo
De nueva leche abunda mi majada,
De queso y de cuajada,
En el Enero frio,
Y cuando abrasa el sol en el estío.
Mis cantos armoniosos
Embelesan á todos los pastores,
Que no son inferiores
A los que acostumbraba
El Aracinto oir, cuando tocaba
El tebano Anfion. Ni soy tan feo,
Que no hace mucho me miré en las ondas
Del sosegado mar, y no temiera,
Siendo tú quien juzgaras,
Que con Dafnis á mí me compararas.
Si tal es mi figura
Cual la ví retratada en la onda pura.
¡Oh si vinieses á habitar conmigo
Estas humildes chozas y estos prados
De tí tan despreciados!
En la caza los ciervos persiguiendo,
Y los tiernos cabritos
Al verde malvavisco conduciendo,
Conmigo aquí cantaras,
Y al dios Pan imitaras.
A Pan, que fué el primero

Qué halló el modo y manera
De juntar en su flauta varios sones,
Uniendo diestramente
Muchas cañas con cera.
A Pan, dios tutelar, cuyos cuidados
Conservan á pastores y ganados.
  Tengo una flauta hermosa
De siete canutillos desiguales,
Que Dametas con arte primorosa
Para sí la compuso, y ya muriendo
Me la donó, diciendo:
«No otro alguno que tú mereceria
«Sucederme en la dulce flauta mia;»
De lo que el necio Amintas envidioso
Quedara muy quejoso.
Y guardo para tí dos cervatillos,
Que áun de blanco la piel tienen manchada,
Y en un repuesto valle descarriados
Por caso me topara,
Que iban á ser de lobos devorados.
Entrambas á dos tetas cada dia
Le agotan á la oveja que los cria;
Y Testilis ya há tiempo que procura
Llevárselos, y al fin lo hará; pues veo
Que tú á mi amor no aspiras,
Y con desprecio mis regalos miras.
  Vén, Galatea hermosa,
Vén á morar conmigo en estos prados,
Do de cárdenos lirios olorosos
Las Ninfas ya te tienen preparados
Canastillos preciosos.

La blanca Nais, de complacerte ansiosa,
Se adelanta á tu paso, y te presenta
Un lindo ramillete primoroso,
De mil flores vistoso.
Mira cuál va cortando
Violetas, y juntando
De las adormideras los pimpollos,
Con el narciso blanco y encarnado,
Y la flor del aneldo
Con el tierno jacinto amoratado.
Ni tampoco se olvida
Del cantueso fragante,
Ni del dorado girasol brillante.
Y yo, melocotones escogidos,
De tierna pelusilla revestidos,
He de darte, y castañas sazonadas,
Que de Amarilis eran muy amadas:
La ciruela sabrosa
Digna será de Galatea hermosa,
Tambien la cogeré, y laurel y mirto,
Porque mezclados con diversas flores
Exhalarán suavísimos olores.
Reconoce, pastor desacordado,
Que tus dones desprecia Galatea;
Y áun cuando así no sea,
Tu rival nunca consentirlo puede,
Porque, si á dones va, Yola te excede.
¡Ay de mí desdichado!
¡En vano he trabajado!
Así como el que esparce
Bellas flores al viento,

O intenta conducir los jabalíes
A beber en el líquido elemento.
¿Por qué los campos huyes, insensata?
Aquí los dioses y el troyano Páris
Tuvieron mansion grata:
Pálas ame habitar en las ciudades
Que enseñó á construir; pero nosotros
Las selvas siempre amemos,
Do reina paz durable,
Y en sosiego se vive inalterable.
Cual la fiera leona al lobo sigue;
Como el lobo persigue
A la cabra inocente,
Y la cabra al citiso floreciente;
Yo te sigo do quier, oh Galatea,
Y cada cual aquello que desea.
Ya hácia el establo los novillos tornan
Perezosos y uncidos,
Los arados del yugo suspendidos:
Ya el sol hácia el ocaso declinando
De los montes las sombras va aumentando;
Y á mí me abrasa amor. ¿Quién ha intentado
Enfrenar un amor apasionado?
¡Coridon! ¡Coridon! ¿A dó te arrastra
Tu extremada locura,
Que á ella sola entregado,
Tus quehaceres, pastor, has olvidado?
La vid frondosa, que del olmo asida
Con regalado fruto te convida,
A medio podar tienes:
Ni como otros zagales te entretienes

En tejer cestos y otros muebles varios,
Para el uso comun tan necesarios.
¡Vuelve en tí, Coridon! que Galatea
No importa te desprecie;
Otra hallarás que de tu amor se precie.

ÉGLOGA TERCERA.

MENALCAS, DAMETAS, PALEMON.

MENALCAS.

Dime, Dametas, ¿cúyo ese ganado?
¿No es el de Melibeo?

DAMETAS.

No: que á empeño
De Egon há poco en guarda lo he tomado.

MENALCAS.

¡Oh rebaño infeliz! Como sin dueño.
Miéntras él á Nerea está obsequiando,
Temiendo verme de ella preferido,
Tú, las madres dos veces ordeñando
En un hora, las crias has perdido.

DAMETAS.

¡Cómo tales injurias! ¡Tal arrojo!
Tú, que en la gruta...! Sé los que te vieron:
Los machos te miraban de reojo,
Las Ninfas del mal hecho se rieron.

MENALCAS.

¡Calla! ¿Seguramente eso sería

Cuando me sorprendiste descopando
De Micon la arboleda el otro dia,
Y su tierno majuelo destrozando?

DAMETAS.

¿Y tú, el arco y las flechas que habian dado
A Dafnis, de envidioso no rompieras
Bajo estas mismas hayas? dí? malvado:
Y si no le dañaras, te murieras.

MENALCAS.

¡Qué hay que esperar de Egon, si tal sirviente
Mantiene como tú; ladron y osado!
¿No te ví de Damon ocultamente
Ir á hurtar el cabestro del ganado?
¿Dó aquel se oculta? ¡Alerta estad, pastores!
Grité; pues de Licisca despreciaste
Los ladridos, y huyendo á mis clamores,
Tras de los carrizales te ocultaste.

DAMETAS.

¡Y el cabestro tú piensas que no es mio?
Se lo he ganado, y no lo contradice,
Cantando ambos á dos en desafio;
Y que no puede darlo, ora me dice.

MENALCAS.

¡Qué! ¿tú á Damon cantando le has vencido?
¿Tú, acaso tienes flauta, dí, ignorante,
Por las encrucijadas engreido
En resonar tu pito rechinante?

DAMETAS.

¿Quieres tú que probemos alternando,
Y esta novilla por mi parte apuesto,
Cuál de los dos se vence aquí cantando?

Si al combate te atreves, dílo presto.
La novilla la pongo con su cria;
Y aunque da de mamar á dos terneras,
Se la ordeña dos veces cada dia.
Tú, Menalcas, apuesta lo que quieras.

MENALCAS.

Del rebaño tambien yo apostaria,
Si á mi padre y madrastra no temiera:
Dos veces me lo cuentan cada dia;
Y ella hasta los cabritos me numera.
Mas, si en locura das tan extremada,
De Alcimedonte un vaso tengo, mio;
Prenda muy á la tuya aventajada,
Y lo pongo por premio al desafio.
En él se ve una vid bien extendida,
Y fácil doblegada á todos lados;
Y con pálida yedra entretejida,
Que tienen los racimos abrazados.
Dos figuras en medio representa:
Una de Conon. La otra... se me olvida.
Es del que describió, segun se cuenta,
Con el compas la tierra conocida.
Y enseñó á los gañanes el primero
El tiempo de sembrar, y el adecuado
Para encerrar la miés en el granero.
Mis labios no tocó, y está guardado.

DAMETAS.

Del mismo Alcimedon tengo esculpida
Una copa tambien. De suave acanto
El asa al derredor está ceñida.
En medio puso á Orfeo con su canto,

Y los bosques tras él se ven movidos.
Mis labios no tocó, y está guardada.
Dos premios son sin duda apetecidos;
Pero con mi novilla no son nada.

MENALCAS.

Hoy ya no te me escapas; y así toma
El partido que quieras. ¿Quién sentencia?
Mas ve allí á Palemon por dónde asoma.
Yo escarmentar prometo tu insolencia.

DAMETAS.

No huyo jamás: empieza: no te pares.
Y pues la cosa importa, sólo quiero,
Oh Palemon vecino, que compares
Nuestros cantos con tino justiciero.

PALEMON.

Juez imparcial seré. Cantad, pastores,
Sobre esta muelle yerba aquí sentados:
Ora, que el campo brilla con sus flores,
Y reverdecen árboles y prados.
Empieza tú, Dametas, si te place:
Luégo Menalcas seguirá cantando.
Que el coro de las musas se complace,
Si se cantan los versos alternando.

DAMETAS.

Mi humilde musa á Júpiter se eleva,
Cuyo excelso poder el orbe admira:
Él la tierra fructífera renueva,
Y cuida de los versos que me inspira.

MENALCAS.

A cantar me ha enseñado diestramente
El sacro Apolo, de quien soy querido:

A él consagro en ofrenda reverente
Verde lauro y jacinto enrojecido.

DAMETAS.

Una manzana por detras me tira
La moza juguetona Galatea,
Y huye á los sauces, y al soslayo mira,
Y quiere que esconderse yo la vea.

MENALCAS.

Mi Filis, de mí siempre apetecida,
Me busca en todas partes de su grado;
Y de mis canes es más conocida,
Que Delia la zagala del ganado.

DAMETAS.

Un regalo ya tengo prevenido
Para mi amor, y llevarélo presto:
Que sé de cierto el árbol do su nido
Dos palomas torcaces tienen puesto.

MENALCAS.

Diez naranjas maduras, que he cogido
De un naranjo silvestre, he de llevarle
Hoy á mi Filis, que es cuanto he podido;
Y mañana otras diez he de mandarle.

DAMETAS.

De los dioses que habitan en la altura,
¡Oh céfiros! llevad á los oidos
Las palabras tan llenas de ternura
Con que mi amada encanta mis sentidos.

MENALCAS.

¿Qué me importa me quieras tiernamente,
Si en la caza te pierdes acosando
Al jabalí cerdoso, y yo impaciente

Las redes quedo, oh Filis, custodiando?

DAMETAS.

Mi natal es hoy, Yola. Tú propicio
A Fílida conmigo has de mandarme:
Cuando de la becerra el sacrificio
Por la miés haga, ven á acompañarme.

MENALCAS.

Yo la prefiero á todas, que al partirme
Inundó en llanto el rostro placentero.
Y tú lo viste, Yola, al despedirme,
Cuán repetido fué su adios postrero.

DAMETAS.

Siempre funesto el lobo es al ganado,
Al árbol en su flor el fuerte viento,
A la madura miés granizo airado:
Yo el rigor de Amarilis sólo siento.

MENALCAS.

Cual al dulce rocío los sembrados;
Cual las cabras al sauce florecido;
Y al madroño los chivos destetados,
Tal amo á Fili; y soy correspondido.

DAMETAS.

En mis rústicos versos se recrea
El cónsul Polion. ¡Oh musa mia!
De tu ilustre lector el premio sea
Esta novilla, y en su amparo fia.

MENALCAS.

El cónsul, como yo, las musas ama.
Salvadme para él del lobo fiero
Este toro, que embiste, y cuando brama
El polvo con sus piés alza ligero.

DAMETAS.

¡Oh Polion! Quien te ame y se complazca
En tu suerte, se mire así elevado:
El suave amomo en el zarzal le nazca,
Y do quiera el placer vaya á su lado.

MENALCAS.

Ame de Mevio el verso desabrido
Quien de Bavio no odiare la poesía;
Las raposas ayunte en el ejido,
Y ordeñe los jabatos á porfia.

DAMETAS.

Cuando flores y fresas delicadas
Buscais, zagales, por el prado ameno,
Guardaos; que so la yerba solapadas
Ocultan las culebras su veneno.

MENALCAS.

Contened, oh zagales, el ganado,
Que no es nada segura la ribera:
Este morueco todo se ha mojado,
Y por poco del vado no saliera.

DAMETAS.

Las cabrillas que pacen junto al rio,
¡Oh Títiro! retira prontamente;
Luégo que en medio el dia temple el frio,
Todas iré á lavarlas á la fuente.

MENALCAS.

Recoged los rebaños, no suceda
Que la leche segunda vez perdamos;
Pues si el fuerte calor la pone aceda,
En vano las ovejas ordeñamos.

DAMETAS.

¡Qué maganto mi toro y mal traido,
Que está en el fértil y abundoso prado!
El mismo amor que así lo ha consumido,
A su pobre pastor ha maltratado.

MENALCAS.

El amor no conocen mis corderos,
Y en los huesos están de extenuados:
Yo no sé quién con ojos traicioneros,
Para mi mal, los tiene fascinados.

DAMETAS.

Adivíname dónde, y ciertamente
Cual Apolo por mí serás tenido,
A tres codos de espacio solamente
El cielo ven los ojos reducido.

MENALCAS.

Adivíname dónde, y los favores
Tan solo tú de Fílida recojas,
Con los nombres de reyes nacen flores,
Cual si fuesen escritos en sus hojas.

PALEMON.

Para tal decision no hay en mí ciencia.
Tú del premio eres digno, y tú igualmente:
Y el que de amor evite la influencia,
Como el que su rigor experimente.
Cesad ya vuestro canto melodioso,
Que áun el mismo placer pide reposo.

ÉGLOGA CUARTA.

MARCELO.

Cantemos ora, ¡oh musas sicilianas!
En acentos más nobles y elevados,
Que no siempre el cantar de las lozanas
Flores complace y los humildes prados;
Y aunque tambien las selvas celebremos,
Que del Cónsul sean dignas procuremos.
La postrimera edad ya está cumplida,
Que anunció la Sibila á los humanos.
Largos siglos de paz no interrumpida
A los tiempos se avanzan más lejanos.
Renuévase la tierra, que regida
Vuelve á ser de los dioses soberanos:
Y de la altura un pueblo esclarecido
Baja á habitar el mundo corrompido.
Mas tú, casta Lucina, favorece
Del infante precioso el nacimiento,
Por quien la edad de hierro desparece,
Y vuelve á verse de oro el opulento

Siglo, do sola la virtud florece.
Vigila, sí; ¡oh Lucina! ni un momento
Apartes de él tu bienhechora mano,
Que reina Apolo ya, tu sacro hermano.
Tu feliz consulado tanta gloria,
¡Oh Polion ilustre y generoso!
Verá nacer, y lo dirá la historia.
Bajo tu mando el crímen horroroso
Huye, y con él perece su memoria
En el mundo por siempre venturoso:
Y verás renacer los grandes meses,
Ricos sin tasa en abundantes mieses.
Que el bello Augusto infante ha recibido
Su aliento de los dioses celestiales:
Veráse entre los héroes admitido,
Y á él lo verán tambien los inmortales.
El mundo en alma paz será regido
Por las virtudes que hubo paternales.
Y al fin de veinte siglos tal ventura
El tiempo por gozarla se apresura.
Y sus dones primeros de su grado
La madre tierra, sola y sin cultura,
Ha de ofrecerte, niño afortunado:
Do quier verás nacer en la espesura,
Con el nardo silvestre sonrosado,
La yedra, que del olmo se asegura;
Y el acanto mezclado á las tempranas
Rosas, y flores de habas egipcianas.
Sus ubres llenas de licor sabroso
Las cabras tornarán á la majada.
Pacerá con los lobos en reposo

La ovejuela. Veráse aniquilada
Toda yerba de jugo venenoso:
La serpiente veráse exterminada.
Flores tu misma cuna darte espera,
Y el sirio amomo nacerá do quiera.
  Mas cuando de tus ínclitos mayores
Leas los hechos, y el laurel triunfante
Que á los héroes decora y sus loores,
Y la verdad inquieras anhelante;
El campo irá perdiendo sus verdores,
Y en miés dorada brillará ondulante.
Dará el vallado inculto uva madura,
Y miel destilará la encina dura.
  Aun, empero, vestigios desgraciados
De la impureza antigua habrán de hallarse.
Quien surque habrá los mares encrespados,
Y áun ose en tabla débil engolfarse;
Y quien ciña de muros elevados
Ciudades, para en ellas refugiarse:
Y de la tierra el seno no agotado
Habrá quien rompa con el fuerte arado.
  De otro Tifis la diestra vigilancia
En otra Argos será, que á Colcos lleve
Otros héroes tambien, cuya constancia
A la par de los dioses los eleve.
Llevaráse la guerra á gran distancia
Para vengar otra traicion aleve:
Y en Pérgamo su saña furibunda
Mostrará Aquíles por la vez segunda.
  Pero así como fueres adornado
De la toga viril, el marinero

No volverá á surcar el ponto airado;
Ni el mercader avaro de dinero
Lo irá á buscar del mar al otro lado,
Viviendo en todas partes extranjero;
Porque la tierra con igual largueza
Verterá por do quiera su riqueza.
No uncirá el labrador más sus novillos,
Que verá envejecer en la pradera;
Ni igualarán el campo los rastrillos;
Ni la vid sufrirá la podadera;
Ni á la lana los tintes falsos brillos
De colores darán, que no tuviera:
Que mudará el carnero por los prados
Su vellon en colores variados.
Y así, unas veces se verá teñido,
Ya de color púrpura agradable,
Y ya otras veces de azafran subido;
Y el vellon del cordero de apreciable
Escarlata veráse enrojecido.
Concordes al decreto irrevocable
De los hados, las Parcas presurosas
Épocas aceleran tan dichosas.
¡Oh de los dioses vástago glorioso!
¡De la estirpe de Jove claro aumento!
El sacro lauro de ceñirte ansioso
El orbe ve acercarse ya el momento;
Y presintiendo tiempo tan dichoso
Rie natura. Mira el raudo viento,
La inmensa tierra, el piélago profundo;
Mira en sus ejes conmoverse el mundo
¡Oh si pluguiese al cielo bondadoso

Darme cantar en mi vejez doliente
Tus hazañas en estro numeroso!
A Lino yo venciera fácilmente;
Venciera al tracio Orfeo tan famoso,
Y el lauro arrebatara de su frente.
Si el mismo Pan conmigo contendiera,
Vencido á Pan la Arcadia conociera.
  Mira cuál te sonrie, oh pequeñuelo,
Tu madre, que fatigas molestosas
Diez lunas padeciera y desconsuelo,
Hasta verte en sus brazos do reposas;
A conocerla en infantil anhelo
Empieza por sus risas cariñosas;
Que las deidades no le son propicias
Al que los padres niegan sus caricias.

ÉGLOGA QUINTA.

DAFNIS, MENALCAS, MOPSO.

MENALCAS.

Pues que juntos estamos y contentos,
Oh caro Mopso, todo nos convida
A divertir agora estos momentos:
Sentados á la sombra apetecida
De aquestos bellos olmos y avellanos,
A tu flauta mi voz sonará unida.

MOPSO.

Tú manda, que mis años tan tempranos
A tu voz están prontos, y es debido,
Aunque parezcan cumplimientos vanos.
Y bien aquí, so el valladar florido,
Do el céfiro las sombras bambolea
Con movimiento incierto, repetido;
O iremos á la gruta que rodea,
Cual ves, la vid silvestre, cuya entrada
Con sus claros racimos hermosea.

MENALCAS.

Sólo la voz de Amintas, tan loada
En nuestros campos, competir pudiera
Con la tuya, tan dulce y delicada.

MOPSO.

¿Qué mucho que cantando me excediera
Quien á Febo presume superara,
Si con el mismo Febo compitiera?

MENALCAS.

Empieza, pues, y de tu Filis cara
Los amores entona, ó del flechero
Alcon cretense la destreza rara;
O de Codro el combate lastimero
En que á la muerte se ofreció. Ya empieza,
Que tu rebaño guardará el vaquero.

MOPSO.

Antes de aquestos versos la belleza
Quiero experimentar, los que grabando
Ora estuve de un haya en la corteza;
Y al tiempo que los iba modulando
Los fuí poniendo en órden cadenciosa;
Y Amintas venga á competir cantando.

MENALCAS.

Cuanto al espliego la brillante rosa,
Cuanto pálida oliva al sauz supera,
Tanto tu voz á Amintas melodiosa.

MOPSO.

Déjate de eso, y que te cante espera,
Pues en la gruta estamos, con doliente
Voz de Dafnis la muerte lastimera:
De Dafnis el pastor, muerto cruelmente,

Las sacras Ninfas con copioso llanto
El caso lamentaban tristemente.
Y vosotros testigos sois de cuánto,
Arboles y arroyuelos de esta vega,
Su desgracia sembró de horror y espanto.
Y cuál la tierna madre al hijo llega,
Y abrazada del cuerpo ensangrentado,
Culpa á los Dioses y al dolor se entrega.
A pacer no salió ningun ganado
Aquellos dias, ni el cristal luciente
De las fuentes tampoco fué enturbiado:
Ni las bestias probaron la naciente
Grama sabrosa, ni bajar se vieron
A beber del arroyo en la corriente.
A tu muerte, ¡qué más! Dafnis, gimieron
Los leones africanos, y el gemido
Los montes y las selvas repitieron.
Tú enseñaste á llevar al tigre uncido,
Tú el enramar las lanzas has mostrado,
Y á Baco el culto dar que le es debido.
Como el toro es la gala del ganado,
Y como la abundante miés madura
La esperanza del campo cultivado;
Como la uva á la vid le da hermosura,
Y del olmo la vid es alegría;
De los tuyos tú así lustre y ventura.
Desque te arrebató la Parca impía,
Palas y Apolo en el instante huyeron,
Nuestros campos dejando y compañía.
Y los surcos, que opimos prometieron
Mieses maduras, grandes y abundosas,

De vallico y cizaña se cubrieron.
  Y en lugar de violetas olorosas,
Y del albo narciso y purpurado,
Brotan cardos de puntas espinosas.
  Sembrad ramos y rosas por el prado;
Poned sombra á las fuentes, oh pastores,
Que así Dafnis dispone ser honrado.
  Erigidle aquí un túmulo, y con flores
Adornadlo, y en él esté esculpido
Este verso que diga sus loores:

YO SOY DAFNIS, ZAGAL MUY CONOCIDO
EN LAS SELVAS, Y AL CIELO LUMINOSO
LLEGA MI FAMA Y NOMBRE ESCLARECIDO:
DE HERMOSA GREY PASTOR MUY MAS HERMOSO.

MENALCAS.

  Cual el cansado el sueño en verde grama,
Y el sediento en venero cristalino
Matar la sed en el estío ama,
  Tal á mí tu cantar, vate divino,
Que en el tocar no sólo has igualado,
Mas tambien en el canto peregrino
  A Dafnis tu maestro tan amado;
Y solo hora ya tú serás tenido
En su lugar, zagal afortunado.
  Mas yo tras tu cantar tan dolorido,
A mi vez estos versos decir quiero,
Que tambien de tu Dafnis fuí querido.
  Y entonando su elogio postrimero,
Cual pudiere veráslo sublevado
A los astros en verso placentero.

MOPSO.

¿Qué á nosotros más digno? Celebrado
Merece ser en verso sonoroso,
Y Estimicon tus versos me ha loado.

MENALCAS.

El olimpo recibe á Dafni hermoso,
Y á sus plantas admira las estrellas,
Circundado de rayo luminoso.
Allí otros prados goza y Driades bellas,
Y otro Pan y pastores le acompañan,
De otro rebaño allí sigue las huellas.
No allí los lobos al ganado dañan,
Ni en las tendidas redes insidiosas
Jamás los ciervos tímidos se engañan.
Ama el bondoso Dafnis las frondosas
Selvas y ocio campestre, y su ventura
Las Ninfas ya con voces victoriosas
Proclaman, y del bosque la espesura
Resuena *Dafni es dios*. Y el eco alado
Del monte lo repite en la llanura.
Sé propicio á los tuyos, Dafni amado:
Vé cuatro aras aquí: dos te destino;
Las otras dos á Febo he consagrado:
Y de aceite dos vasos determino
Ofrecerte cada año, y de espumosa
Leche dos tazas y otras dos de vino.
Mas sobre todo, en mesa deleitosa,
En el estío bajo el olmo añoso,
Y junto al fuego en la estacion nevosa,
Tu nombre aclamarémos poderoso,
Y entre el placer del vino y su ambrosía

Te entonarémos cántico glorioso.
De Dametas la dulce melodía
Unida á la de Egon sonará luego,
Y hará más bello tan hermoso dia.
Alfesibeo vendrá, y á nuestro ruego
Imitará los sátiros saltando
Con trisca y bulla y agradable juego.
En tu honor estas fiestas celebrando
Iremos siempre en primavera amada,
Cuando las Ninfas vamos implorando.
Y cuando con la víctima sagrada
Nuestros campos purguemos reverentes,
En derredor tres veces paseada.
Miéntras que de los montes las vertientes
El jabalí buscare, y del tomillo
Las abejas libaren diligentes:
Miéntras las aguas ame el pececillo,
La cigarra el rocío cantadora,
Y por el prado trisque el cervatillo;
Tu fama irá creciendo de hora en hora,
Y tus manes en triunfo irán llevados
Por cuanto el alto sol descubre y dora.
Como á Baco y á Céres sus sagrados
Votos te harán tambien los labradores,
Y veránse á cumplirlos obligados.

MOPSO.

¿Qué dones he de darte no inferiores
A versos de tal gracia y melodía,
Tan bellos, que no pueden ser mejores?
No me deleita así del Mediodía
El viento que silbando se aproxima;

Ni de la ola estrellada la armonía;
Ni el arroyo que baja de alta cima,
Y en el valle vecino dilatado
Va corriendo de guijas por encima.

MENALCAS.

Toma antes tú mi flauta, que ha cantado:
Se abrasaba en amor por Galatea;
Y: *Dí, Dametas, ¿cúyo ese ganado?*

MOPSO.

Y tú este mi cayado, que es presea
De Antígenes mil veces deseada:
Yo la talla labré que le hermosea,
Y de metal la punta está chapada.

ÉGLOGA SEXTA.

SILENO.

Mi musa la primera que ha cantado
En verso siciliano los pastores,
Y las selvas que ocultan sus amores;
Que Talía jamás ha desdeñado
Morar entre cabañas y entre flores.
A los héroes cantar quise algun dia,
Y sus hechos en versos armoniosos,
Mas Cintio de la oreja me tiraba,
Y así me reprendía:
«A los pastores, Títiro, conviene
»Apacentar sus pingües manadillas,
»Y en sus versos tan solamente suene
»El amor de sus simples pastorcillas.»
Y desde entónces, pastoriles versos
Mi caramillo suena concertado:
Que habrá muchos, oh Varo, que en diversos
Tonos y en estro grande y desusado
Amen cantar tu gloria,

Y tus guerras tan dignas de memoria.
  Yo canto precisado
Del dios que hora me inspira;
Mas si alguno en tu amor apasionado
Tu nombre, oh Varo, en estos versos mira,
Hallará que mi musa se recrea
En repetir tu nombre glorioso,
Que remedado por el bosque umbroso
Mis cantos hermosea:
Pues á Febo fulgente
Aquel verso le agrada y más complace
En que tu nombre se halla escrito al frente.
  Hora cantad, oh vírgenes del Pindo,
Cómo en profundo sueño sepultado,
Por Emnasilo y Crómis en su gruta
El sátiro Sileno fué encontrado.
Estaba el dios tendido,
Como suele de Baco poseido,
De las sagradas órgias precedentes
Sus venas áun turgentes.
La guirnalda no léjos de él yacía
De su divina frente descuidada.
Por el asa colgada
Allí tambien pendía
De una rama su cántara vacía.
  Los zagales entónces le acometen,
Que el sátiro otras veces los burlara,
Ofreciendo cantarles
Unos versos hermosos que sabía,
Y la promesa nunca les cumplía;
Y su misma guirnalda desliaron,

Y de piés y de manos lo ligaron.
  Empero Egle, la ninfa, en el momento
Do estaban los zagales se presenta,
Y á completar la burla los alienta;
Egle, la más hermosa
De la tropa de Náyades preciosa:
Y al viejo, ya despierto, va y le pinta
Las sienes y la frente
De negras moras con sanguínea tinta.
  El, del chasco riendo,
«¿Para qué me ligais, zagales? dice;
»Venid á desatarme aquí corriendo:
»A vuestro triunfo basta
»Haberme así beodo sorprendido,
»Y os cantaré los versos
»Que tanto deseais y os he ofrecido:
»Venid, pues, que mis versos solamente
»Serán para vosotros: á Egle guarda
»En recompensa de su travesura
»Otro premio más digno mi ternura.»
Y al punto comenzó, y al canto suyo
Los leves faunos de tropel vinieron,
Y las fieras, dejando sus guaridas,
De su canto atraidas,
Para escucharle en torno se pusieron.
Las encinas añosas insensibles
Agitaban sus copas inflexibles.
¡Qué más he de decir! Ni el mismo Apolo
Oyó nunca tan grata melodía
Del Parnaso en la sacra compañía;
Ni el Ródope, ni el Ísmaro famosos

Cuando dulces conciertos armoniosos
La cítara de Orfeo resonaba,
Que las florestas tras de sí arrastraba.
  Él cantaba los gérmenes creadores
De la tierra, y del fuego, y de las aguas
Y del aire diáfano sonoro,
Que en la nada vacía se reunieron,
Y las cosas visibles produjeron;
De dó el tierno universo concretado
Se vió nacer; y cómo desde entónces
La tierra inmensurable
Comenzara de tierna y deleznable
En sólida á trocarse y consistente:
Y el Ponto juntamente
De las tierras por siempre dividido
Y á su límite eterno reducido:
Las cosas poco á poco á figurarse
Y en varias formas todas á ordenarse.
Cuál nuestro globo por la vez primera
En éxtasi admirado
Quedó, del sol reciente iluminado.
De qué manera la onda cristalina
Convertida en vapores se subleva
A la etérea region; y en nube errante
Sobre montes y várgenas y oteros
Se precipita en fuertes aguaceros.
Cómo las selvas en los altos montes
Se fueron levantando,
Y de verde esmeralda colorando
Los ámplios horizontes.
Y cómo los primeros animales

Comenzaron á errar á la ventura
Por los desiertos montes virginales,
De su instinto guiados,
Y á poblar la ancha tierra destinados.
  Despues cantó la fábula de Pirra,
Y el reino de Saturno memorable.
Luégo el hurto execrable
Del hijo de Japeto, condenado
Al Cáucaso inclemente,
Do será eternamente
De carnívoros buitres devorado.
  Cantó tras esto de Hilas la aventura
En la fuente perdido; y los clamores
Con que los argonautas lo llamaban,
Que en toda la ribera
«¡Hilas!» «¡Hilas!» tan solo resonaban.
Y la reina de Creta: ¡venturosa,
Si nunca las vacadas existieran,
Y de un blanco novillo enamorada
Torpemente las gentes no la vieran!
  ¡Oh jóven infelice! ¿Qué locura
Pervierte tu ternura?
Si las hijas de Preto delirantes
De Argos los campos con falaz mugido
Llenaron, sucumbido
Alguna no hubo al trance abominable
De tan feo concúbito execrable;
Aun cuando su cervíz temió oprimida
Del duro arado á la conyunda asida;
Y aunque contínuamente recelara,
Que su frente donosa,

Cual novilla briosa,
De dos cuernos fortísimos se armara.
  ¡Oh Pasifae infeliz! Tú por los montes
Vagas inquieta; y él envanecido
En su hermosa blancura
Bajo la encina oscura
Reposa sosegado;
Y en insensible indiferencia rumia
La verde yerba que comió en el prado;
O bien, tras el rebaño numeroso
A tu odiada rival sigue celoso.
  Cerrad, ninfas, los bosques;
Cubrid los prados ya, ninfas dirceas:
No quiero más mirar la huella errante,
Que me destroza el corazon amante:
Puede ser que atraido
De la verde, abundosa y fresca yerba,
O quizá con las vacas engreido
Los rebaños siguiendo,
Como otras veces suele, ya camina
A los establos frescos de Gortina.
  Tambien cantó la jóven Atalanta
De Hipomene vencida en la carrera,
Por las manzanas de oro, que le diera
Vénus su valedora
De aquel jardin famoso, que postrero
Febo al morir con su fulgor colora.
Y las hermanas de Faeton, ceñidas
De una amarga corteza en verde musgo,
Y en álamos esbeltos convertidas.
  En fin, cantara que una de las musas

Desde el rio Permeso á Galo errante
A las cumbres de Aónia condujera;
Y cómo el sacro coro en el instante,
Que vió el vate famoso,
Se levantó á su aspecto respetoso.
Entónces Lino, cuya sien en torno
Ciñe corona de preciosas flores,
Pastor que fué de verso soberano
Entre todos los Árcades pastores,
En su adestrada mano
Una flauta le pone sonorosa,
Y así le dice en voz armonïosa:
«Recibe aquesta flauta que las musas
»Conceden á tu mérito eminente;
»La misma que otro tiempo al elocuente
»Anciano de Ascra acordes concedieron,
»Y fáciles sus sones atraían
»Las fieras y las selvas que le oían.
»Tú, del bosque Grineo el sacro orígen
»Empieza ya á cantar, y en él tan solo
»Se agradará despues el rubio Apolo.»
¿Habré de referir lo que cantaba
El viejo dios de Escila hija de Niso,
O bien de la de Forco el caso horrible,
De quien la fama ciega divulgaba
Que carnívoros monstruos ladradores
Sus íngles candidísimas ceñian
Los mares procelosos infestando,
Y, ¡ay! la flota de Ulises destruian,
Sus míseros marinos devorando?
¿O diré de Tereo la mudanza?

De la ofendida Progne la venganza?
El banquete inhumano que le puso?
Y cómo el infeliz sobre sus alas
De abubilla inocente
Huyó veloz al páramo inclemente,
Su palacio desierto abandonando,
El aire leve rápido cortando?
  Cuanto el dichoso Eurotas otras veces
Oyó entonar en dulce melodía
Al sacro rey del dia,
Sileno en fin cantara. Sus acentos
Los valles despedian,
Y en alas transportados de los vientos
Los cielos á su vez los repetian.
Mandó que las ovejas numerasen,
Y al conocido aprisco las guiasen;
Que el Héspero la noche conducia,
Y prendado del canto portentoso
Apolo luminoso,
A su pesar ante su sombra huía.

ÉGLOGA SÉTIMA.

MELIBEO, CORIDON, TIRSIS.

MELIBEO.

Bajo una antigua encina, que movida
Del aura inquieta blanda resonaba,
Solazábase Dafnis, y por caso
Tirsis y Coridon sus hatos juntos
Al mismo prado en uno los conducen.
Tirsis, pastor de cándidas ovejas,
Y Coridon de cabras trepadoras,
Que sus ubres de leche reventaban.
Apuestos ambos, y en su faz luciendo
Brillante flor de juventud hermosa:
De la Arcadia los dos, y ambos cantores.
Cubriendo estaba yo mis tiernos mirtos,
Por preservarlos de la escarcha cruda,
Cuando el cabron morueco se extravía.
Cuidadoso en su pos salgo á buscarlo,
Y divisando á Dafnis, dice al verme·
«¡Oh Melibeo! Ven acá; no temas:

»Los chotos desmandados y el morueco
»Salvos están, y en mi poder seguros:
»Y pues cesó el cuidado que traías,
»Conmigo en esta sombra aquí descansa.
»Vé bajar por el prado los novillos,
»Que á beber en el rio se encaminan
»Hácia esta banda, donde el Mincio fértil,
»De bulliciosas cañas coronado,
»Su verde márgen plácido sombrea,
»Y do de Jove la sagrada encina
»Imprime misteriosa hondo respeto,
»Y cargada de enjambres armoniosos,
»Deleita al alma con susurro blando.»
No pude resistirme, y juntamente
Un certámen famoso comenzaban
Tirsis y Coridon, que me engreía.
Y aunque la hora llegada de la siesta,
Cuando los corderillos destetados
Se separan, y Fílida y Alcipe
A encerrarlos tampoco parecian,
Mis intereses esta vez olvido,
Y á gozar de sus cantos me resuelvo.
En esto el amebeo comenzando,
Que á las diosas del Pindo tanto agrada,
Cantó así Coridon, y tras él Tirsis:

CORIDON.

«¡Musas de mi cariño! á la voz mia
Hoy concededle acento numeroso,
Cual á mí Codro el canto portentoso,
Que al almo Febo imita en su armonía:
Mas si no me inspirais, mi flauta amada

Del sacro pino penderá colgada.

TIRSIS.

Dadme, pastores, yedra; y que reviente
Codro de negra envidia devorante;
Mas si falaz me alaba, en el instante
De bácar oloroso orlad mi frente;
Para que el nuevo vate esté á seguro
De toda mala lengua en lo futuro.

CORIDON.

De un jabalí cerdoso la cabeza
Y de un ciervo las astas hoy te ofrece
Micon; tú, Delia, al jóven favorece;
Y en estatua de mármol tu belleza,
De rojos borceguíes adornada,
Al punto la verás representada.

TIRSIS.

Este cuenco de leche rebosando
Y estas tortas cocidas anualmente,
¡Oh Priapo! te ofrezco solamente;
Que es pobre el huerto que me estás guardando:
Hora de mármol tosco estás labrado;
De oro te haré, si aumentas mi ganado.

CORIDON.

Más cándida que el cisne y más hermosa
Que blanca yedra, y más que miel hiblea,
Es á mi gusto dulce Galatea;
Si de tu Coridon estás cuidosa,
Ven á buscarme cuando de los prados
Al establo se acojan los ganados.

TIRSIS.

Más que arrojado musgo envilecido,

Más grosero que mirto sin cultura,
Más que yerba sardonia en la amargura
Séate yo, si no me ha parecido
Hoy un año sin tí. Vacada mia,
Dejad los prados, id, que muere el dia.

CORIDON.

Claros veneros y limosa fuente;
Muelle yerba do quier, que el prado alfombras,
Y madroños, que os cubren con sus sombras,
Mi ganado amparad del can ardiente.
Las yemas en la vid van reventando,
Y el estío vendrá luégo abrasando.

TIRSIS.

La leña en nuestro hogar tan abundante,
Que el fuego las paredes y las puertas
Contínuo del hollin tiene cubiertas;
Y así á Bóreas tememos cual rapante
Voraz lobo á ganados numerosos,
O á sus márgenes rios caudalosos.

CORIDON.

En sus árboles penden por do quiera
Nebrinas y castañas erizadas;
Las frutas por el suelo están tiradas;
Brilla en todo natura placentera:
Mas si Amarílis deja ora estos prados,
Veránse hasta los rios agotados.

TIRSIS.

Se agosta el campo ya, y el aire ardiente
Va la yerba en aristas deshaciendo;
Baco su vid sombría va perdiendo:
Mas si viene mi Filis, de repente

La selva toda brotará, y al prado
Bajará Jove en lluvia desatado.

CORIDON.

El álamo de Alcides es querido;
El sarmiento de Baco; el oloroso
Mirto de Vénus; y de Febo hermoso
Es el lauro: mas Filis ha escogido
El avellano, y miéntras lo prefiera
Ninguno al avellano le supera.

TIRSIS.

En las selvas el fresno bien parece,
Como el pino en los huertos; cabe el vado
De los rios el álamo poblado;
Y el abeto en los montes donde crece:
Mas si conmigo, oh Fílida, vinieras,
Más que ellos á mi lado aquí lucieras.»

MELIBEO.

Así cantaron: Tirsis se esforzaba
Vanamente en vencerlo, y no podia;
Que su rival cantando le excedia,
Y siempre á su pesar atras quedaba.
Y desde entónces Coridon tan solo
Cantando es para mí segundo Apolo.

ÉGLOGA OCTAVA.

POETA, DAMON, ALFESIBEO.

POETA.

La musa encantadora
De Alfesibeo y Damon entono ahora;
Cuyos dulces conciertos
Escuchaban atentos sus ganados
De pacer olvidados.
De los bosques los linces acudian,
Y absortos atendian:
Los arroyos su curso abandonaban,
La armonía siguiendo,
Y su blando murmullo suspendiendo,
A oirlos se paraban.
La musa encantadora
De Alfesibeo y Damon entono ahora.
Oh tú, do quier estés; bien que superes
El célebre Timavo peñascoso,
O el mar de Ilíria vaya costeando,
Protege mi cantar. ¿No vendrá el dia

En que tus hechos cante la voz mia?
Tus versos dignos sólo
Del famoso coturno sofocleo
¿Cuándo al aura darálos mi deseo,
Y en triunfo llevaré de polo á polo?
Recibe ora el cantar que me mandaste:
Tuya mi flauta es y voz sonora;
Y entre la verde oliva triunfadora,
Que circunda tu sien ennoblecida,
Permite aquesta yedra entretejida.
La yerta sombra de la noche apénas
Del estrellado cielo huir se vía;
Al tiempo que el rocío nacarado
Sobre la tierna yerba descendía,
Gratísimo al ganado;
Contra un robusto olivo
Damon se recostaba,
Y de aquesta manera se quejaba:

DAMON.

Dáte priesa á nacer, lucero hermoso;
Ven ántes que ilumine el almo dia,
Miéntras me quejo de la Nise mia,
Que siendo yo su esposo me ha trocado
Por otro indigno amor, y me ha engañado.
Y miéntras á los dioses celestiales,
Ya cerca de morir, me quejo ahora,
Testigos presenciales
De su fe prometida y juramentos.
¿Mas para qué importunan mis lamentos
A los dioses, si es cierto no se curan
De vengarse de amantes que perjuran?

Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
Sí, que el monte Menalo dulcemente
Resuena siempre en selvas armoniosas,
Y oye constantemente
Los suspiros y amores
De inocentes pastores;
Y á Pan, que en él asiste de contino,
De la zampoña el inventor divino.
Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
¡Nise á Mopso se entrega! ¿Qué esperanza
Nos queda á los amantes?
Los caballos veránse sin tardanza
Al carro atados con los tigres fieros;
Y los lobos rabiosos
Con tímidos corderos
A beber juntamente
Tambien despues vendrán á una corriente.
Prepara, oh Mopso, las nupciales teas;
Y pues casado estás, nueces esparce,
Que el Héspero al placer te está llamando,
Y de Oeta por tí se va alejando.
Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
Tan digno esposo tú lo merecias,
Despues de haber á tantos despreciado;
Despues de haber mi flauta aborrecido,
Y mis cabras despues de haber odiado,
Y aqueste mi entrecejo desabrido,
Y mi pecho barbado.

¿De nosotros, tú, acaso, aquí en el suelo
Crees no cuidan los dioses desde el cielo?
Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
Bien pequeña eras cuando
Con tu madre te ví la vez primera,
Que á mi huerto viniste;
Y yo delante, ufano, os iba guiando
A coger las manzanas coloradas,
Que estaban rociadas.
Trece abriles escasos yo tenía,
Y las ramas bajeras empinado
Alcanzar ya podia.
Como te ví, abraséme en vivo fuego,
Y tras de tí llevóme el error ciego.
Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
Conozco ora al amor: ¡niño terrible,
Que no ha nacido de linaje humano!
De las peñas del Ródope insensible,
O del fragoso Etmaro empedernido,
O de los más remotos Garamantas
El fiero ha procedido.
Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
El amor inhumano
A una madre enseñó, que enfurecida
Despedazase con su misma mano
Sus propios hijos. ¡Madre encrudecida!
¿Fué más cruel la madre, que malvado
Este rapaz? Cruel la madre ha sido,

Y el rapaz en maldad no le ha cedido.
Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
De las ovejas huya el lobo hambriento;
Pomas doradas dé la encina dura;
El álamo frondoso
Reluzca al aura pura
Con la flor del narciso engalanado;
El tamariz humilde y despreciado
Sude y destile el ámbar transparente;
Y del cisne famoso
La nocturna lechuza
Vencer presuma el canto melodioso.
Sea Títiro Orfeo: en las florestas
Orfeo: en mar profunda
Con Arion cantando se confunda.
Entona, oh flauta mia,
Tiernos versos menalios este dia.
Ya, que la mar furiosa
Cubra la tierra inmensa.
Adios, selva frondosa.
Del escollo escarpado
Del altísimo monte al mar salado
Me arrojaré, y mi muerte
En ofrenda postrera
Recibe placentera.
Versos menalios ya desde este dia
No mas entonarás, oh flauta mia.

POETA.

Así cantó Damon. Lo que en seguida
Entonó Alfesibeo

Decidlo vos, oh Musas de Helicona,
Que tal empresa excede á mi deseo,
Y mi cansada voz se desentona.

ALFESIBEO.

Dáme, Amarilis, agua:
Pon esas finas vendas extendidas
Al derredor del ara, y juntamente
Quema frescas verbenas escogidas
Con incienso purísimo fragante.
Quiero experimentar si estos encantos
Trastornan los sentidos á mi amante;
Y pues tenemos todo preparado,
Tan solo falta el canto acostumbrado.
Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
Mi canto puede hacer que de la esfera
Baje á mi voz la luna plateada;
Que un tiempo Circe, célebre hechicera,
De Ulises los constantes compañeros
Supo á su voz trocar en monstruos fieros:
Y al acento de magia poderosa
Súbitamente herida
Perece la culebra ponzoñosa
En el prado escondida.
Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
Tres vueltas á tu imágen, Dafni ingrato,
Doy con estas tres cintas tricolores,
Y tres veces con mágico aparato
Esta imágen paseo,
Y el sacro altar rodeo;

Que de mi arte los dioses tutelares
Se agradan con los números impares.
  Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
  Tres nudos, oh Amarilis,
En cada cinta tricolor vé echando.
No te pares: anuda, y vé diciendo:
«Los lazos del amor voy anudando.»
  Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
  Como á este mismo fuego se enternece
Y fácil se liquida aquesta cera,
Y este barro al contrario se endurece;
En mi amor derretido
Que lo venga yo á ver. Ora esparrama
Bien esa *salsamola*:
El betun sacro enciende,
Y en esos tiernos lauros prende llama.
En el amor de Dafnis
Yo me estoy consumiendo,
Y en lugar del ingrato que me mata,
Estos lauros enciendo.
  Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
  Que lo venga yo á ver cual fatigosa
Novilla, que amorosa
El espacioso ejido
Corre en busca del toro, y diligente
Atravesando el llano,
Sube inquieta del monte á la vertiente;
Hasta que ya cansada,

En el prado verdoso
Al lado de arroyuelo sonoroso
Reposa, do la noche la sorprende,
Y al caro establo de acudir no atiende:
Y me busque el aleve
Para que entónces mis desdenes pruebe.
Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
Aquestas ropas suyas, que otro tiempo
Dejó el pérfido amante
En mi poder, entónces prendas caras,
A la tierra las mando en este instante.
Bajo el umbral metidas
Mis memorias se lleven,
Si de mi mal movidas
A mi amor no lo vuelven.
Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
Meris me dió estas yerbas venenosas
En el Ponto cogidas, que su seno
De venenosas yerbas está lleno.
Yo le he visto con ellas
En lobo transformarse,
Y en las selvas fragosas internarse:
Hacer salir los muertos
Del hediondo sepulcro:
Las mieses arrancarlas
De su campo nativo, y en un vuelo
A su voz transportarlas,
Y hacerlas arraigar en otro suelo.
Traedme, oh versos mios, sin demora

Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
  Esas cenizas coge, y vé á arrojarlas
Del arroyo vecino en la corriente:
Tíralas por detras, y te prevengo
Que no oses, Amarilis, de mirarlas.
Por este nuevo encanto
A Dafni obligaré; por si desprecia
Los dioses celestiales,
Y mis versos fatales.
  Traedme, oh versos mios, sin demora
Al bello Dafnis, á quien mi alma adora.
  Mas ¡qué prodigio! Repentina llama
Mira salir de la ceniza muerta,
Miéntras que me detuve, ¡oh Amarilis!
Que el altar todo en derredor inflama.
¿Si triunfará mi amor? ¡No sé qué es esto!
Mas ya su perro fiel ladra á la puerta.
¿Será verdad? ¿ó siempre los que amamos
Aquello que queremos nos soñamos?
  Cesad, oh versos mios, sin demora,
Que vuelve Dafnis, á quien mi alma adora.

ÉGLOGA NOVENA.

LÍCIDAS, MERIS.

LICIDAS.

¿Dó te diriges, Meris? ¿por ventura
A la ciudad te lleva este camino?

MERIS.

¡Ay Lícidas, y cuánta desventura
Nos reservaba el mísero destino!
Por fortuna vivimos. El soldado,
Que ocupa nuestra hacienda, con desvío
Nos despidiera, y díjonos airado:
«Idos léjos de aquí: todo esto es mio.»
Vencidos, pues la suerte así lo ha hecho,
Al opresor nos fuerza agasajarle:
Llévole aquí (que le hagan mal provecho)
Estos chivos, que voy á regalarle.

LICIDAS.

Oí decir, como cierto, entre las gentes,
Que á tu Menalcas nadie le inquietaba;
Y en premio de sus versos elocuentes

Él tan solo sus campos conservaba,
Desde donde descuella la colina
Toda su falda abajo aguas corrientes,
Hasta llegar junto á la vieja encina,
Do las rozas están en las vertientes.

MERIS.

Se divulgó, es verdad: mas valen tanto,
Oh Lícidas, los versos en la guerra,
Cual de tórtola amante el dulce canto,
Si el aguila rapaz tras ella cierra.
De siniestra corneja amonestado,
Si adrede toda riña no omitiera,
Sin duda me contaras ya enterrado,
Y asimismo Menalcas no viviera.

LICIDAS.

¿Cabe tanta maldad en pecho humano?
¡Qué desgracia, si en horas tan fatales,
Oh Menalcas, tu verso soberano
A aliviar no viniera nuestros males!
¿Quién cantara las ninfas y las flores,
Las verdes sombras y las puras fuentes,
Del prado matizado los colores,
Y del Mincio las aguas transparentes?
¿O aquellos, que hace poco logré hurtarte
Por un acaso, y no lo conociste
Cuando á Títiro, al tiempo de ausentarte
Para ir á Roma, á solas le dijiste?
«El hato me apacienta, y repastado
Luego á beber lo lleva; que ligera
Mi venida será; mas tú en el prado
Al cabron no provoques, no te hiera.»

MERIS.

Antes mejor los versos que cantara
Menalca á Varo, y concluir no pudo:
«Si tu favor, oh Varo, nos salvara
A nuestra Mántua del destino crudo,
»Que de Cremona á conllevar la suerte,
¡Ay! por ser su vecina ha condenado,
Sus vates te salvaran de la muerte,
Y al olimpo te vieras ensalzado.»

LICIDAS.

Dime, si sabes, otros; y del prado
Tus vacas tornen con las ubres llenas,
Ni de Córcega el tejo envenenado
Inficione la miel de tus colmenas.
A mí tambien las musas me inspiraron,
Y versos hice á la zagala mia;
Los pastores mis versos alabaron,
Pero yo en sus elogios no creía.
Que ciertamente estaba muy distante
De á Varo y Cinna remedar, famosos;
Y, como suele el ánsar petulante,
Cantaba entre los cisnes armoniosos.

MERIS.

Si quieren ocurrirme, en el momento
Te voy á complacer... Todo consiste
En recordarlos... Mas estáme atento;
Porque versos más bellos nunca oiste.
«Ven á morar conmigo, ¡oh Galatea!
¿Qué placer hallas en el mar airado?
Aquí natura todo lo hermosea,
Y reina abril perpétuo, variado:

»Aquí verás las vegas alfombradas
De flores odoríferas y bellas,
De perlas del arroyo salpicadas,
Y el cefiro jugando aspira en ellas.
»Y aquí á la puerta de la gruta mia,
Verde toldo nos teje vid frondosa;
Y el álamo su copa al cielo envia,
Do se anida la alondra melodiosa.
»Ven á morar conmigo; acude, y deja
Que del mar proceloso la onda verde,
Si se avanza espumosa y si se aleja,
Sus orillas azote, do se pierde.»

LICIDAS.

¿Y los otros, que en una noche clara
A tus solas cantaste? Cabalmente
La tonada recuerdo, y la cantara
Si la letra tuviera más presente.

MERIS.

«¿Para qué al nacimiento así te encaras
De los antiguos signos, Dafni amado,
Y en el astro de César no reparas,
Que al cielo sube en paso sosegado?
»En el astro de César, que se ostenta
Cabe su madre Vénus ensalzado,
Y en nuestros campos la cosecha aumenta,
Y en el árbol el fruto sazonado;
»Y las uvas madura en los parrales,
Que do quier pueblan las templadas lomas.
Ingerta, Dafnis, hora los perales,
Que ya tus nietos cogerán sus pomas.»
Oh Lícidas, la edad todo lo acaba;

La memoria tambien. Me acuerdo, empero,
Cuando yo de cantar no me cansaba
En el verano un dia todo entero.
Mas todo lo he olvidado. La voz mia,
Cual si hora me mirasen lobos fieros,
Ya me falta. Menalcas vendrá un dia,
Y de él entónces los oirás enteros.

LICIDAS.

De esa suerte demoras mi contento,
Y aquesta es la ocasion más adecuada.
¿No ves cuál, por oirte, duerme el viento,
Y del rio la marcha cuán callada?
Aquí media el camino, que ya empieza
De Bianor el sepulcro á divisarse;
Y aquí, do el labrador de la maleza
Las ramas poda, está mejor pararse.
Paremos, pues, aquí: por un instante
Pon los chivos en tierra, y descansemos
Miéntras cantamos; que lugar bastante
Para llegar á la ciudad tenemos.
Y si parar no quieres, temeroso
De que el agua nos coja, sigue andando;
Yo llevaré tu carga muy gustoso,
Y podremos así marchar cantando.

MERIS.

Deja de instarme más, zagal amigo:
Vamos á lo que importa, y aguardemos
A que venga, que luégo irás conmigo,
Y todo lo que quieras cantaremos.

ÉGLOGA DÉCIMA.

GALO.

Este, Aretusa, mi cantar postrero
Agora tú me inspira, que á mi Galo
Aquestos pocos versos decir quiero;
Mas tales que los lea
Su misma infiel Licoris.
Fuerza es cantar; que á Galo en tanta pena
Ninguno negará su verso y vena.
Empieza, pues. Miéntras mis romas cabras
Estos tiernos arbustos van paciendo,
De Galo las congojas amorosas
Iremos refiriendo.
El campo todo escucha la armonía,
Y las selvas repiten nuestro canto:
Así envuelta tu linfa no se vea
Con la amargosa Doris,

Y dulce y limpia corras entretanto
Por el sículo mar tu curso sea.
  ¿En qué repuesto bosque, en cuál floresta
Os detuvisteis. Náyades, el dia
Que de su aleve amor al cruel tormento
Abandonado Galo parecia?
No el Pindo, no el Parnaso os vió presentes,
No de Beocia las sagradas fuentes.
  Al pié de un alta y solitaria peña
Yacia abandonado en su amargura;
Y del caso dolidos
Los laureles perdieron su verdura;
Los tiernos tamarices se secaron;
Los pinos del Menalo retemblaron;
Del fragoso Liceo
La peña dura y fria
A su dolor gimiendo respondia.
  Sus ovejas en torno suyo estaban.
Oh poeta divino,
A ellas tambien aquejan nuestras penas:
De apacentarlas tú no te desdeñes
Por las vegas amenas;
Que Adonis el hermoso
De ovejas tambien fué pastor famoso.
  Los pastores de ovejas los primeros
Acuden del contorno;
Los tardíos vaqueros;
Y Menalcas con pasos reposados,
Que del agua inverniza los vestidos
Trae de andar entre encinas rociados;
Y todos le preguntan afligidos:

«¿De dó hubiste un amor tan desusado?»
Luego Apolo, y le dice: «¿Qué demencia,
Galo, es esa? Licoris tu cuidado
Nieves pisando en pos de otro camina,
Y entre el horror de la sangrienta Palas.»
El dios Silvano llega,
Cuya frente divina
La silvestre guirnalda orla luciente,
Grandes lírios llevando y sacudiendo
La caña floreciente.
Y el dios Pan, á quien vimos, su semblante
De bermellon y de carmin brillante.
«¡Y qué! le dice: ¿aquese tu tormento
Cuándo ha de tener fin? Amor airado
Jamás se compadece,
Que de lágrimas nunca está saciado:
Bien así cual pradera
Las aguas apetece,
O la abeja el cantueso,
O cabra siempre hambrienta
El verde matorral que la alimenta.»
Mas él en voz prorumpe congojosa,
Cual si lanzase su postrer aliento:
Pastores de la Arcadia venturosa,
Maestros en cantar con dulce acento,
En estos vuestros montes
Con acordada avena
Vosotros solos cantareis mi pena.
¡Cuán descansadamente en la floresta
Reposarán mis huesos,
Si un tiempo en vuestros cantos afamados

Recordais mis amores desgraciados!
¡Oh si hubiera nacido entre vosotros!
Vuestro ganado ó bien pastoreara,
O de la uva madura
Jovial vendimiador, aquí contento
De dulce paz gozara.
Seguro entónces que la bella Filis,
O Nise, ú otro amor de miedo exento
Conmigo reposara en la floresta,
Bajo sus sombras en la ardiente siesta.
¿Qué me importara entónces
Que dijeran que Nise
Es de color morena, si es graciosa?
La violeta por eso es más hermosa.
Filis de flores del vecino prado
Primorosa guirnalda me tejiera,
Y Nise con cantar apasionado
Celebrara mi amor y fe sincera.
Ven, Licoris, conmigo;
Aquí hay prados amenos;
Bosques de verdor llenos;
Hay fuentes de aguas frias;
Contigo aquí consumiré mis dias.
Mas hora, amor insano entre el estruendo
De la guerra de Marte desastrosa
Me está y entre enemigos deteniendo.
¿Tú, léjos de la patria
(No me atrevo á creerlo todavía)
De los Alpes la cima ves nevosa?
¿Tú, sola y sin mí sientes
Del Rhin crujir la escarcha

Bajo tu planta fria?
¡Oh cruel! Mas siquiera,
Que el cierzo, ¡ah! no te dañe:
Ni la nieve cuajada
Maltrate, ¡oh Dios! tu planta delicada.
¿A dónde iré? Los versos que compuse
Del poeta calcídico, hora quiero
Entonar en campestre cantilena
Con siciliana avena.
Esto ha de ser: en medio de los bosques
Sufrir quiero y morir entre las fieras,
Y allí en los tiernos troncos
Por mi mano mi amor iré escribiendo,
Y con ellos mi amor irá creciendo.
Con las Ninfas alguna vez mezclado
Quizá iré recorriendo la maleza
Del Menalo famoso.
O bien cazando al jabalí cerdoso,
Treparé con mis canes la aspereza
Del helado Partenio;
Y ni nieves ni frios
Me cortarán los bríos.
Ya me parece voy de peña en peña
Corriendo por los bosques resonantes
Con el arco encorvado
Que usa el parto guerrero,
Las saetas cretenses
Despidiendo ligero.
Vanos recursos, ¡ah! que amor blasona
De burlarse del daño que ocasiona.
Otra vez ya las selvas me fastidian;

Las ninfas Hamadríades me enfadan;
Los versos no me agradan,
Y todos mis trabajos y dolores
No pueden arrancar del pecho mio
Mis acerbos amores:
Ni áun cuando en medio del Enero frio
En mi pecho encerrara el Ebro helado,
O las cumbres del Cáucaso nevoso
Atravesara en el invierno acuoso;
Ni aunque emigrara á la abrasada zona
En el estío ardiente,
Y cuando Febo en Cáncer inclemente
La verdosa corteza centellea
Del olmo corpulento,
Y su frondosa copa amarillea,
El tranquilo ganado
Rigiera del Etíope atezado.
Amor todo á su imperio lo sujeta:
Yo me rindo al poder de su saeta.
  Baste ya, musas, esto haber cantado,
Miéntras estoy tejiendo
Un canastillo aquí de tiernos juncos
A la sombra sentado.
Haced vosotras hora
Aqueste mi cantar de Galo digno:
De Galo, cuyo amor en mí creciendo
Por horas va, cual junto á la ribera
El álamo frondoso en primavera.
  Alcemos: por más tiempo
Aquí no nos conviene estar sentados,
Que la sombra es dañosa;

Y aunque de enebro sea,
Tambien es peligrosa:
Los sembrados las sombras aborrecen.
Id, mis cabrillas, que se acaba el dia:
Id hartas de pacer á la alquería.

GEÓRGICAS

TRADUCCION DE

D. MIGUEL ANTONIO CARO.

LIBRO PRIMERO.

Qué da á las mieses su esplendor risueño;
Bajo qué astro feliz la dura tierra
Mover, Mecénas, y enlazar conviene
Las vides á los olmos; qué cuidados
Los bueyes y rebaños hermosean;
Cuál solícita industria, en fin, exige
La abejuela frugal, cantar emprendo.

Vos, del mundo fulgentes luminares,
Que al año volador medís los plazos!
Tú, padre Baco, y tú, fecunda Céres!
(Pues ya el hombre cambió, dádiva vuestra,
La caonia bellota en pingüe espiga,
Y el jugo que las uvas recataran
A las ondas mezcló del Aqueloo);
Y vos, á la campaña familiares,
Faunos! Dríadas ninfas! venid presto,
Todos venid, que vuestros dones canto.

Y tú, Neptuno, á cuya voz la tierra,
La tierra herida de tu gran tridente
El primer pisador brotó gallardo;
Y oh tú que tratas bosques, tú que en Cea
Trescientos, en tu honor, níveos becerros
Miras pacer sus fértiles llanuras;
Y oh Pan Tegeo, guardador de ovejas,
Tú mismo, si en el Ménalo te gozas,
El patrio bosque y selvas de Liceo
Desampara, te ruego, y vén propicio!
Y del olivo, tú, descubridora,
Minerva; y tú, mancebo que inventaste
El combo arado, y tú tambien, Silvano,
Que arrancado un cipres fácil meneas:
Cuantos favoreceis la agricultura,
Dioses todos y Diosas; los que abrigo
Dais á la planta que nació baldía,
Y los que dispensais lluvias del cielo
Al sediento sembrado, yo os invoco.

Tú asimismo, á doquier fueres más tarde
Sitio á elegir en celestiales coros:
O ya ciudades proteger te plazga;
O el orbe superior, César, te acoja
Por dador de abundancia y rey del trueno,
Y del materno mirto orne tu frente;
O prefieras reinar dios de los mares,
A quien sólo doquiera el nauta implore,
Y homenaje te dé la última Tule,
Y yerno para sí te compre Tétis
Con el caudal inmenso de sus ondas;

O fijado entre Erígone y las Celas
(Do el ardiente Escorpion por recibirte
Sus brazos encogiendo escombra el cielo),
Estrella ilustres los tardíos meses:
Quienquier fueres (que no el Averno espera
Gozarte emperador, ni á ti, confío,
Tan triste adquisicion vendrá en deseo,
Por más que Grecia los Elíseos Campos
Alabe, y, mal atenta Proserpina
Al materno clamor, volver rehuse),
Tú, si conmigo del cultor te apiadas
Que el tino pierde, á mi atrevido ensayo
Vén fácil, vén benigno, y dáme aliento;
Cumple tu alta mision, y desde ahora
A humanos votos el oido enseña.

Al apuntar la primavera, cuando
Helados chorros de las canas cumbres
Ruedan, y de los céfiros al soplo
Sazonado el terron se desmenuza,
Entónces bajo el peso del arado
En los surcos sumido, ya mis yuntas
Comiencen á quejárseme, y en ellos
Gastada empiece á relucir la reja.
Aquel terrazgo que sentido hubiere
Dos veces el calor, y dos los frios,
Cumplirá, en fin, los votos del avaro
Agricultor: á contener sus frutos
No bastarán las atestadas trojes.

Mas ántes de asulcar campos ignotos,

Los vientos dominantes y del cielo
El vario influjo investigar importa;
Las usadas maneras de cultivo,
Las condiciones del lugar geniales;
Saber qué frutos brinda y cuáles niega.
En unos sitios prueba el pan, en otros
La vid prospera; aquí nace arbolado,
El pasto natural allá enverdece.
¿No ves cuál nos envía el rico Etmolo
Oloroso zafran, marfil la India,
Y los blandos sabeos sus aromas,
Y su hierro los cálibes desnudos,
Y el Ponto sus castores saludables,
Y sus yeguas Epiro, que arrebatan
En Élide la palma triunfadora?
Que así á ciertas regiones dar sus bienes
En justa particion plugo á Natura,
Y la acordada ley perpétua guarda
Desque Deucalïon, vagando solo,
Tiró guijarros sobre el yermo suelo,
Do los hombres nacieron, raza dura.
Ea, pues: si la tierra fuere rica,
Al principiar el año, con la reja
Bueyes robustos á volverla empiecen,
Tal, que llegando el polvoroso estío,
Los terrones expuestos á su influjo
Con el lleno recueza de sus soles;
Mas si el campo no es fértil, por encima
Dale una reja al asomar de Arturo:
Aquello, á fin de que viciosas hierbas
No la risueña miés brotando ahoguen;

Esto, porque del breve humor que cria
Desamparada la heredad, no avenga
Que á arena estéril reducida quede.

Cuida, tras eso, que si rinde un año
Tu campo, al otro descansar le otorgues,
Y en la huelga vigor la tierra crie.
O allí, mudada la sazon y el tiempo,
El rubio grano sembrarás de donde
Primero hubieres el legumbre, ufano
Con sus locas vainillas, recogido,
O las tenues semillas de la arveja,
O las frágiles cañas y ruidosa
Pompa de los amargos altramuces.
Ten sabido que el lino y el avena,
Y las adormideras, que destilan
El agua soporosa del Leteo,
Mieses son tales que la tierra agotan.
Ellas, empero, en interpuestos años,
Fáciles te serán, si pingüe abono
Al campo exhausto dieres, y de inmunda
Ceniza cubres las desnudas hazas.
Mudando de simientes, el terreno
Así descansa, sin que en tanto duerma
Exento á la labor, al dueño ingrato.

Tambien á veces incendiar convino
Los estériles campos, y rastrojos
Secos arder con bulliciosas llamas;
Ya porque así la tierra ocultas fuerzas
Recibe, y alimento vigoroso,

O ya porque á poder del fuego, el vicio
Se le cuece, y humor inútil suda;
O ya porque el calor secretas vias
Le abre, y respiraderos por do vaya
A animar nuevas hierbas fácil jugo;
O bien más la endurece, y tal le aprieta
Las grietas bostezantes, que ni tenues
Lluvias, ni recio sol basta á dañarla,
Ni Bóreas mugidor envuelto en hielos.
Mucho tambien el que con rastros rompe
Las estériles glebas, y de mimbres
Zarzas arrastra, beneficia el campo;
A éste no sin favor la blonda Céres
Torna los ojos desde el alto Olimpo:
Lo mismo el que al traves, vuelto el arado,
Parte los surcos con que el campo eriza
Que aró primero, y en labor constante
Vuelve el seno á la tierra, y la avasalla.

Vos lluviosos veranos y süaves
Hibiernos implorad, agricultores;
Grato á los campos y á las mieses grato
Es el polvo hibernal. No á otro cultivo,
De su fertilidad Misia es deudora,
Que de rica presume; y si en asombro
Trueca el Gárgaro mismo su ufanía,
No otra causa hallarás á creces tantas.
¿Qué diré en prez del que, esparcido el grano,
Hace rostro á la tierra, y rueda al punto
Mezquinas torres de ambiciosa arena;
Y luégo á los sembrados encamina

Corrientes aguas que su intento siguen
En larga vena; y si abrasado el suelo,
Mustias las hierbas ya, penar le mira,
Hé aquí de una empinada cuesta el agua
Suelta? Ella cae, entre desnudas piedras
Forma estrépito ronco, y con sus tumbos
Templa el ardor de los sedientos campos.
¿Y qué diré del que en la tierna hierba,
Paciéndolos, rebaja del sembrado
Los viciosos aumentos, cuando al surco
El lomo iguala; y á la caña evita
Que de espigas cargada desfallezca?
¿Y qué del que humedad que lagos forma,
Con absorbente arena extraer cuida,
Cuanto más si en mudable estacion crecen
Los rios, y sus aguas derramando,
Con el légamo hostil todo lo invaden,
Causa de cavidades cenagosas
Que tépidos vapores siempre exhalan?

Mas aunque hombres y bueyes á porfía
Con tan asiduo afan la tierra labren,
Ni el ánade malvado, ni importuna
Con sus amargas fibras la achicoria,
Hará, y las grullas que á Estrimon frecuentan,
Estrago ménos fiero; ni las sombras
Cesarán de dañar. El mismo Jove,
Divino institutor de la cultura,
De abrojos erizar quiso el camino;
El fundó el arte de mover la tierra,
Con la necesidad estimulando

Humanos pechos, y vedó por siempre
Que en letárgica paz yazgan sus reinos.

Antes de Jove manos no se hallaron
Que tratasen los campos; áun entónces
Partirlos ni acotarlos fué costumbre;
Que era todo de todos, y la tierra
El fruto anticipaba á los deseos.
Jove á las negras sierpes su nociva
Ponzoña dió; por él á ser rapaces
Los lobos se enseñaron; manda al ponto
Revolverse y bramar; las ricas mieles
Agosta que las hojas goteaban;
Esconde el gérmen de la luz, y extingue
El vino natural que ántes huia
Como agora las aguas, en arroyos;
Porque, recursos meditando, el hombre
Paso tras paso á la invencion se alzase
De las útiles artes, á los surcos
Pidiendo espigas, y en secretas venas
Del pedernal herido hallando el fuego.
Entónces sobre sí, no ántes usados,
Huecos troncos nadar sienten los rios:
Sigue el nauta en su anhelo
Las estrellas del cielo,
Y de él Pléyades, Híadas, la clara
Artos de Licaon, nombre reciben.
Coger con lazos y engañar con liga
Las libres alimañas,
Ideóse tambien; tambien con perros
Rodeó el cazador los grandes bosques.

Y ya con redes uno ancha corriente
Por ella entrando, hiere; aquél tremola
Por el piélago azul húmedos linos.
Aprecióse el rigor de los metales;
Y, hoja estridente, apareció la sierra;
(Que en la edad primitiva, para hendirle,
Sólo fuerza de cuñas se hizo al roble.)
Tal las artes en fin se coronaron;
Que al hombre urgiendo, la escasez le educa,
Y el trabajo tenaz todo lo allana.

Céres, sábia maestra, á los mortales
El seno de la tierra á abrir indujo
Cuando faltaron en las sacras selvas
Bellotas y madroños, y Dodona
El sustento habitual negó cansada.
Creció en esmeros el cultivo, en cuanto
Funesta á las espigas la ímpia nubla,
Y hórrido á los sembrados sobrevino
El torpe cardo. Y ya la miés fallece,
Que la áspera maleza en torno crece,
Y el abrojo la invade y el espino;
Oprimen ya el espléndido sembrado
Triste zizaña, estériles avenas.
Tú, pues, como afanado
Las gramas no persigas
Con incansable rastro; si no alejas
Con ruidos las aves enemigas;
Si, hiriendo ociosas ramas,
El asombrado campo no despejas,
Ni con voto eficaz la pluvia llamas,

Triste! con sesgos ojos de vecina
Heredad mirarás la parva enhiesta,
Y tu hambre en la floresta
Aliviará la sacudida encina.

Del rústico fornido
Diré las armas propias, sin las cuales
Ni la miés se sembrara ni creciera.
La reja, la primera,
Y el recio, corvo arado:
De la Madre Eleusina
Tambien el carro, en el rodar pesado;
Trillos, carretas, rastros desiguales:
El humilde utensilio de Celeo,
Todo de mimbres: zarzos de madroño:
La zaranda de Baco peregrina:
Esto cuida tener aderezado,
Si de véras del campo afortunado
Quieres la gloria merecer divina.
Vé, pues, vé presto al monte; allí derriba
Con esforzado aliento un ramo enorme;
Corva figura el olmo ház que reciba;
Cama al arado á su pesar le forme.
Mida, de ahí naciendo,
Ocho piés el timon; aleta doble
Y sólido dental empalma luégo:
Ya ántes el tilo leve
Habrás cortado para yugo: el haya
La esteva te dará, con que el labriego,
Siguiendo al buey, el instrumento mueve;
Y, al hogar suspendidas las maderas,

El humo lento su excelencia pruebe.

¡Cuántos usos rurales
Que fe lograron desde antiguos dias
Puedo enseñarte, si atencion dispensas,
Y de nimios consejos no te hastías!
Con ingente cilindro la era iguala
Ante todo; revuélvala tu mano,
Y con greda tenaz la torne fuerte;
Tal, que ni en sí fomente hierba mala,
Ni del polvo vencida se abra inerte
Y enemigos arteros
Burlados queden; que el raton enano
Casa y troj subterránea hacer estila;
Y el ciego topo en nido hondo se asila;
Y hállanse en agujeros
El vil escuerzo, y cuanto bicho existe;
En el seno fecundo de la tierra:
Grandes montones talador devora
El gorgojo; y la hormiga, á quien la triste
Vejez asusta, próvida atesora.

Mira tambien en la floresta opaca
Cuando vestido en flores, opulento
Dobla el almendro los fragantes ramos:
De sus frutos á par irán las mieses;
Que si ellos lo vicioso sobrepujan,
Trilla grande en los máximos calores
Tendrás; mas si el follaje con su pompa
Oprimiere los árboles, en vano
En la era luégo trillarás espigas

En que abunda la paja y falta el grano.

Yo he visto cierto á muchos labradores
Medicinar primero la semilla,
Y con nitro bañarla y negra amurca,
Porque granos mayores
La planta cuaje en la falaz vainilla,
Y, áun con débil calor, sazon alcance.
Mas simientes compuestas de esa suerte
Y á cumplir esperanzas obligadas,
Las vi degenerar, si humana industria
No hizo nuevo escrutinio cada un año
Con mano asidua. ¡Universal destino!
Todo á ménos camina, ó retrocede:
Al que su lancha, así, corriente arriba
Lleva á impulso de remos, si concede
Al afanado brazo algun reposo,
La fuerza de las aguas le derriba
Y le arrebata remolino undoso.

Allende de esto, por tu bien, de Arturo
Consultarás las luces, y los dias
De las Cabrillas, y el Dragon luciente;
Que provechosos guias
Son al agricultor, cuanto al viajero
Que osa, en pos de la patria, maldecidos
Del ostrífero Abidos
Los senos arrostrar, y el Ponto fiero.
Cuando á sueño y vigilia la Balanza
En igual division mide las horas,
Y da que sobre el orbe noche y dia

Justos compensen su dominio alterno,
Vos los toros uncid, y las cebadas
Id esparciendo, oh gentes labradoras,
Hasta las lluvias últimas de hibierno.
Tiempo es tambien de que cubrais entónces
El lino y la cereal adormidera,
Ni los brazos perdonen los arados
Miéntras enjuto el suelo los tolera
Y áun penden por el aire los nublados.
Cumple el haba sembrar en primavera;
Y torne el mijo con su anual cuidado,
Y el surco sazonado
Te acoja, alfalfa, á tí, de larga vida,
Cuando abra el año el albicante Toro
Con sus cuernos de oro,
Y, dando el puesto al astro retrogrado,
El Can en occidente se despida.

Mas si el campo que aras
A que en trigos te rinda su tributo
Y en valientes escandas le preparas,
Y de espigas tan sólo pides fruto;
Miéntras su faz las Pléyades de oriente
No oculten, y de Ariadna la Corona
No hubieres visto que su ardor desmaya,
No vueles á la tierra renuente
La esperanza á fiar que envuelve el año:
Retenle al surco el grano que le adeudas;
Muchos, anticipándose de Maya
A la declinacion, sembrar pudieron;
Pero todos la miés del desengaño

En avenas inútiles cogieron.
Que si la arveja y el plebeyo fríjol
Presumes educar, y no desdeñas
De la egipcia lenteja la cultura,
Advierte que Boótes á tu anhelo
Señal no oscura al inclinarse envia;
Comienza entónces, y en sembrar porfia
Hasta mediada la estacion del hielo.

Hé aquí el dorado sol, los doce signos
Tratando de la esfera, el orbe rige
En partes ciertas dividido. El cielo
Cinco zonas ocupan: de ellas una
En la lumbre solar siempre encendida,
Con el fuego solar siempre tostada:
En torno suyo á diestra y á siniestra
Comprimidas las últimas se extienden
Con tristes lluvias y cerúleos hielos:
Otras dos entre aquéllas y éstas caen
(Por merced especial que hacer quisieron
Los Dioses á los míseros humanos);
Y entre ambas el camino va por donde
Oblicuo el órden de los astros gira.
El mundo, cuanto yerto se levanta
Hácia la Escitia y los Rifeos montes,
Por los líbicos páramos australes
Tanto desciende. De los polos, uno
Sobre nosotros siempre se descubre;
El negro Estigio y los profundos Manes
Debajo de sus piés miran el otro.
Con giros sinuosos como un rio

El enorme Dragon acá se espacia
Y por medio y por cima de las Osas:
(Las Osas, que á mojarse no se atreven
En el húmedo seno de Oceano).
Y allá, fama es comun, ó por ventura
Reina noche eternal y alto silencio,
Y más y más las sombras se condensan;
O tal vez, de nosotros trasponiendo,
La Aurora á esas regiones lleva el dia,
Y cuando con sus soplos matinales
Los caballos de Oriente nos saludan,
Allá entretanto reluciente y bello
Héspero enciende su fanal tardío.
Nace de aquí que, ambiguo el cielo estando,
Las tempestades predecirse puedan,
Y de la siega adivinar el dia,
Y el tiempo de la siembra, y cuándo cumple
Con remos azotar el ponto aleve,
Cuándo á punto el bajel sacar del puerto,
Ó en la selva en sazon herir el pino.

Ni es ociosa labor que de los astros
El ocaso estudiemos y el levante,
Y en cuatro diferentes estaciones
Partido el año en sucesion constante.
¿Encierra al labrador la lluvia fria?
Cosas puede esmerar que festinara
En horas libres de sereno dia:
El duro diente á la mellada reja
El arador afila,
O el tronco ahonda destinado á barca,

Ó el ganadillo marca,
O números imprime á sus montones:
Otro estacas y horcones
Aguza, ó adereza por ventura
A la flexible vid firme atadura.
Y es propicia ocasion de que tu mano
Labre de dócil mimbre fácil cesta;
Tú mismo al fuego tuesta
Ó en la piedra á su vez quebranta el grano.
Allende de esto en los festivos dias
Con las leyes divinas las humanas
Ejercicios permiten inocentes;
Que jamás Religion vedó al labriego
Ni reparar las cercas del plantío,
Ni á las campiñas devolver el riego;
Al ave armar engaño
Tampoco impide, ó en salubre rio
Sumir tal vez el balador rebaño;
Y va en paz de los Dioses el colono
Que al asnillo espacioso á quien arrea
Aceite carga ó pobres frutas lia,
Y del pueblo tornando á la alquería
Trae algun asperon ó parda brea.

La Luna misma en señalar no yerra
Faustos á empresas várias varios dias.
Teme el quinto; nació pálido el Orco
En él y las Euménides bravías;
En él dió en parto infando á luz la Tierra
A Japeto y á Ceo,
Y al hórrido Tifeo;

Y en él alzarse á los hermanos miro
Que el cielo á desgarrar se conjuraron:
Tres veces con esfuerzo grande, el Osa
Asentar sobre el Pélion intentaron;
Sí? y el frondoso Olimpo sobre el Osa;
Y tres veces el Padre Omnipotente
Con rayo ejecutivo
Desbarató los hacinados montes.
Séptimo dia al décimo siguiente,
A que vid plantes, ó telar aprontes,
O enyugues hosco buey, sazon es buena.
Propicia al fugitivo,
Es contraria al ladron la luz novena.

Hay atenciones que en la noche fria
Mejor que en tiempo alguno hallan camino,
Ó bien cuando rocía
Los campos el lucero matutino.
Leves rastrojos y resecos prados
Vé por las noches á segar, que nunca
Faltó á las noches humedad propicia.
Tal hay que las veladas hibernales
Al claror de sus fuegos beneficia,
Labrando al cabo de espigada tea
Con hierro agudo; y con suave canto
Solazando el fastidio á la tarea,
La mujer entretanto
Sonoro el peine por la tela corre,
Ó á fuego lento el mosto dulce cuece,
Y con hojas tal vez el caldo espuma
De la olla que hirviendo se estremece.

En lo recio del sol la miés se corta,
La rubia miés, y trillase en la era
En lo recio del sol el seco grano.
Ara desnudo tú, siembra desnudo,
Que mal hacello pudo
Flojo el cultor en el hibierno cano;
Antes gozan, del frio en los rigores,
El allegado bien los labradores,
Y con mutuos festines se regalan
Cuando al placer invita
La estacion genïal que penas quita:
Tal, cuando avistan puerto y velas calan
Cargadas naves tras embates fieros,
Con guirnaldas las popas engreidas
Coronan los alegres marineros.
Empero, las bellotas encinales
Tiempo es entónces que cogiendo vayas,
Y del laurel las bayas,
Frutos de oliva y de sangriento mirto.
Lazo pon á la grulla, red al ciervo,
Ó á la orejuda liebre
Acosa entónces; ó, siguiendo al corzo,
Regida de tu mano el honda gima,
Miéntras en hielos se entretiene el rio
Y blanquea la nieve en la alta cima.

¿Del otoño diré los temporales
Y sus astros? ¿Diré lo que al colono
Hace avisado cuando á ser principian
Breves los dias y el calor menguante?
¿O qué cuando lluviosa primavera

Pasa, y barbada miés el campo eriza?
¿Ó cuando en leche ya los frumenticios
Hinchen las verdes cañas? ¡Cuántas veces
Cuando á sus rojas hazas el colono
Llevaba al segador, y las cebadas
Con sus frágiles vástagos cogia,
Vi furiosos bajar todos los vientos,
Y las cargadas mieses descuajando,
Alzarlas por el aire y esparcirlas
Con ímpetu veloz; y así llevarse
En negro torbellino la borrasca
Leves cañas y pajas voladoras!
¡Cuántas veces avino
Caer gran golpe de aguas de lo alto,
Y las nubes de todo el horizonte
Con turbiones venir engrandeciendo
La oscura tempestad! La etérea cumbre
Parece desatada desplomarse
En líquida sonante pesadumbre:
Las zanjas hinche el agua;
Los nítidos sembrados,
Fábrica de paciencia, desparecen;
Los huecos rios con estruendo crecen,
Y hierve el mar en sus profundos vados.
El Padre de los Dioses
Dardos fulmina entre las densas sombras
Meneando la diestra coruscante:
Los valles se estremecen,
Las fieras se guarecen,
Derramado pavor las gentes postra;
Y él su cólera ardiente áun no desbrava,

Y en el Atos, ó el Ródope, ó los yertos
Ceraunios montes sus centellas clava.
Crecen los austros y el llover espeso,
Y zumban de los vientos bajo el peso
Las selvas removidas,
Y plañen las riberas combatidas.

¿El daño temes? En el cielo estudia
Las sazones del tiempo y sus señales:
Ten cuenta á dó se esconde
Frígido el astro de Saturno, y mira
A las celestes órbitas por donde
Fúlgido el astro de Cilene gira.

Y ante todo á los Númenes venera:
En los herbosos prados
El añal sacrificio á la alma Céres
Renueva siempre, cuando hibierno espira
Y primavera entre celajes rie.
Pingües están entónces los corderos,
Y los vinos suavísimos; entónces
Dulces los sueños son, densas las sombras
En los selvosos montes. Anda, y toda
La agreste juventud vaya contigo,
Y á la alma Céres reverente adore:
Tú de miel sazonada y dulce néctar
Ofrece libaciones; y tres veces
Circule en torno de los nuevos trigos
La propiciante víctima, y en coro
Los rústicos gozosos la acompañen,
Y á Céres clamen que á sus techos venga.

Y nadie las maduras
Espigas con la hoz toque imprudente
Si primero en honor de la gran Diosa,
Retorciendo á la sien rama de encina,
No ensayó danzas y entonó canciones.

Y á fin que por señales no dudosas
Los calores, las lluvias y los vientos
Que frios acarrean
Simple labriego adivinar pudiese,
El Padre mismo de los Dioses quiso
Establecer lo que la Luna enseña
Mudando sus semblantes; en qué punto
Aquiétanse los austros,
Y qué es lo que, sentido, á los pastores
Cerca de los establos aconseja
El ganadillo retener medrosos.
Alzándose los vientos, desde luégo
Las agitadas ondas
A hincharse empiezan, y árido crujido
Oir se deja por los montes altos,
O ya á lo léjos las extensas playas
Retumban, y el rumor crece en los bosques.
Mal al combo bajel la onda respeta
Cuando de en medio el mar ves que los mergos
A la costa dirigen
Con el rápido vuelo los clamores,
O si en la orilla enjuta
Las marinas gaviotas se solazan,
Y la usada laguna abandonando
Sube la garza y por las nubes vuela.

Verás tambien, cuando amenazan vientos,
Rápidas en la noche deslizarse
Fugitivas estrellas
En pos dejando luminosas huellas
Del cielo en las opacas soledades;
Y verás por los suelos
Leves pajas girar y hojas caidas,
Y á flor de agua bullir nadantes plumas.

Mas si acaso en relámpagos la parte
Del aterido Bóreas arde, y truenan
Del Céfiro y el Euro las regiones,
El agua cauces colma y campos cubre,
Y cogen en el mar todos los nautas
La húmeda vela. De sorpresa nunca
La lluvia sobreviene; que ó se alzaron
Del fondo de los valles
Huyendo de ella las aerias grullas,
Ó ya al cielo mirando la becerra
Con abierta nariz sorbió los vientos,
Ó á vuelo la piante golondrina
Triscó en torno del lago, ó en el limo
A su antiguo llorar volvió la rana.
Más á menudo aún, nunciando lluvia,
Sus huevos de sotierra
En cobro pone la viajera hormiga,
Trillando angosta senda; y aguas bebe
El arco que domina el firmamento,
Y volviendo del pasto
En ejército inmenso las cornejas
El aire oprimen con crujientes alas.

Y las aves acuáticas que pueblan
En mil especies las salobres ondas,
Y las que á salto y vuelo
Las dulces aguas del Caistro pican
En los asianos paludosos prados,
Nuevas señas te dan cuando á porfía
Cubren sus hombros de deshechas perlas,
Hienden, zabullen, giran y se lavan
Sin saciarse jamás. Huraño el grajo
Se espacia á solas en la seca arena,
Y ahuecando la voz, la lluvia llama.
Aun las zagalas el llover predicen
De noche en el hogar, cuando á porfía
Hilando repartida la tarea
Ven que el aceite en el candil chispea
Y esponjosa humedad la mecha cria.

Ni te faltan pronósticos por donde,
Enjugándose el agua, vaticines
Soles serenos y apacibles dias;
Que entónces ni sus fuegos las estrellas
Marchitos paran, ni humillada á Febo
La Luna encoge sus tendidos rayos,
Ni de lana cardados vellocinos
Se llevan por los aires; ni en la orilla
Los amados de Tétis alcedones
Anchas al tibio sol tienden las alas;
Ni á sacudir y destrozar manojos
Locos embisten los inmundos cerdos:
Entónces á los valles
Bajan las nieblas, y los valles cubren;

Y á la puesta del Sol atento el buho
En elevada cumbre,
Ejerce en balde su agorero canto.
En la altura mayor del limpio cielo
Niso aparece remontado, y Scila
Tímida huye, y por el rizo pena,
El blondo rizo que segó su mano:
El, doquiera que Scila
Corta el aire sutil y huye volando,
Con estridentes alas por el viento
Persíguela feroz; ella, doquiera
Que Niso por el cielo se levanta,
Corta el aire sutil y huye volando.
Con apretadas fauces,
Tres, cuatro veces dan voces más puras,
Que vibran á distancia, las cornejas:
En sus altas mansiones
Tal vez de un nuevo gozo se estremecen,
Y forman de tropel en la hojarasca
Misteriosos rüidos,
Ledas volviendo á ver tras la borrasca
La tierna prole y los amables nidos.
Y no que yo partícipes las crea
De superiores celestiales luces
Por merced de los Dioses y los hados;
Mas sucede que así como se alejan
Del cielo los vapores fluctuantes
Y huyó la tempestad; á par que Jove,
La humedad de los austros recogiendo,
Lo flojo aprieta y lo concreto extiende,
Múdanse en los vivientes de igual modo

Las mentales imágenes, y pasa
El alma de uno en otro sentimiento,
No ya cuales solia
Cuando las nubes arrollaba el viento:
Nace de aquí, por montes y por prados,
Del coro de las aves el rüido,
Y el visible placer de los ganados,
Y de los cuervos el triunfal graznido.

Que si al Sol raudo y á la móvil Luna
En sus varios semblantes atendieres,
A fe que ni otro dia
Faltará á tus avisos, ni en el lazo
Caerás que tienden las serenas noches.
Luna que, apénas cobra
Los fuegos renacientes, triste abraza
Con negros cuernos tenebroso espacio,
Lluvia á colonos y á marinos trae:
Luna teñida en virginal vergüenza
Vientos dice; que siempre con los vientos
Enrojeció su rostro la áurea Febe:
Y si ella al cuarto dia
(Presagio es infalible) pura avanza,
No embotadas las puntas, por el cielo,
Todo ese dia y los que de él nacieren
No habrá, hasta el fin del mes, lluvias ni vientos,
Y á Glauco, á Melicértes el de Ino,
Y á Panopea, en las amigas playas
Salvo sus votos cumplirá el marino.

Naciente el Sol y cuando al mar se inclina

Tambien señales da: veraces ellas
Con la luz le acompañan matutina,
Le siguen con la luz de las estrellas.
Sol que de sombras matizó su oriente,
Que en nubes se reboza,
Y hurta y deprime de su disco el centro,
Lluvias indica; de hácia el mar entónces
A plantas y á cosechas y á ganados
Funesto el Noto ya marchando viene.
Si despuntando el luminar del dia
Quiebra y esparce de su ardor los rayos
Entre allegados nublos, ó si el lecho
Arrebolado de Titon dejando,
Con amarilla faz se alza la Aurora,
Ay! mal podrán los pámpanos las uvas,
Las tiernas uvas defender; copioso
Estallará en los techos el granizo.
Cuando, medido el cielo, el Sol declina,
Con atencion mayor, mayor provecho
Contemplarle podrás; su faz entónces
Tintes diversos inmutarle suelen:
Lluvias promete la color cerúlea,
Y semblanzas de fuego Euros presagian;
Que si la rutilante llama vician
Azules manchas, á agitarlo todo
Concertarse verás vientos y nimbos:
No en noches tales amenaza ó ruego
Mi barca apartará de la ribera.
Mas si á traer y á sepultar el dia
El Sol tornare con luciente disco,
Vanos temores causarán las nubes;

Amenazas barriendo
Sesgo Aquilon agitará las selvas.

¿Qué traiga en fin el Véspero tardío,
Cuándo y de dónde las que arrastra el viento
Nubes, malignas no serán, qué anuncia
Húmido el Austro, conocer deseas?
Respuestas pide al Sol, que el Sol no engaña;
Y áun traiciones y gritas populares
A menudo ha anunciado, y el solemne
Momento de estallar las grandes guerras.

Muerto César, tú, oh Sol, compadecido
De Roma, la cabeza esplendorosa
Mortecina mostraste, á las malvadas
Gentes con noche amenazando eterna.
Bien que entónces las tierras y los mares,
Ladrantes perros y aves importunas
Señales ominosas ofrecieron.
Vimos al Etna abrir sus hondas fraguas
Una vez y otra vez, y las campiñas
De los Ciclopes devastar, volcando
Globos de fuego y derretidas piedras.
Oyó el germano por el aire todo
Estruendo de armas: despertando el Alpe,
Se estremeció bajo su eterna nieve.
Triste lamento en los callados bosques
Vago sonaba al espirar el dia,
Y pálidos espectros fueron vistos.
Lágrimas vivas el marfil y el bronce
Empapan en los templos: se detiene

El torrente, la tierra se entreabre,
¡Y hablan los brutos! De repente airado,
Rey de rios Erídano soberbio
Remolina sus ondas, y las selvas
Oprime con enorme pesadumbre,
Y establos y ganados ciego arrastra.
Males en tanto de anunciar no cesan
Palpitando las víctimas, y sangre
Corre en las fuentes públicas, y aullando
Lobos nocturnos las ciudades cruzan.
Nunca, sereno el aire, tan frecuentes
Rayos cayeron; nunca tan infausta
Estrella ardió con extendidas crines.

Así los campos de Filípos vieron
Por vez segunda con iguales armas
Entre sí combatir nuestras legiones:
Impasible los Númenes dejaron
Por vez segunda que la sangre nuestra
Los campos macedonios fecundase.
Dia vendrá cuando en aquellos sitios
Con corvo arado el labrador moviendo
El césped, picas soterradas halle
Roidas del orin, ó ya con rostro
Pesado hará sonar cóncavos yelmos:
Cavando, en olvidadas sepulturas
Dará, y abiertas, con espanto mudo
Huesos enormes mirará en el fondo.

¡Padre inmortal de la romana gente!
¡Tú, madre Vesta, del etrusco Tibre

Y Palatino monte protectora!
¡Oh Dioses todos de la patria mia!
Si un jóven héroe al vacilante mundo
Ahora sustenta en sus robustos hombros,
No, al ménos, lo estorbeis. Asaz con sangre
Nuestra, infeliz generacion, la culpa
De Laomedonte pérfido expiamos.
Tiempo hace ya que nos envidia el Cielo
Tu posesion, oh César; ni le agrada
Que á humanos triunfos la atencion conviertas.
Pues hé aquí confundidas las nociones
Están del vicio y la virtud; con fases
Várias doquier la iniquidad domina:
Yace el arado sin honor; de luto
Se muestran las campiñas (los colonos
Arrebatados por la guerra), y visten
Adusto abrojo, y convertida luce
La corva hoz en fratricida espada.
Acá el Rhin, allá Eufrátes con profundo
Rumor de guerra amagan: las ciudades,
Rotos los pactos, entre sí se hieren;
Campo parece de batalla el mundo.
Así en el circo rápidas cuadrigas
Parten á un tiempo: el conductor en balde
Parar de pronto intentará su carro,
Que á la voz sordo, indócil á la rienda,
Cual relámpago vuela impetuoso.

LIBRO SEGUNDO.

Hasta aquí de los campos la cultura
He cantado, y del cielo las estrellas.
Ahora á ti cantaré, Baco, y contigo
Los silvestres arbustos, y la prole
De la tarda en crecer, plácida oliva.
Ven, ¡oh Padre Leneo! De tus dones
Todo aquí lleno está, todo te rie:
Cargado con las dádivas de otoño
Aquí el campo florece, y la vendimia
Hierve, y sobre los bordes se derrama.
¡Vén, oh Padre Leneo, y olvidando
El severo coturno, vén conmigo
En mosto nuevo á hundir los piés desnudos.

En modos diferentes, lo primero,
Por virtud natural las plantas brotan.
No de humanas industrias obligadas,
Mas por sí vienen unas, y á lo largo

Campos invaden y errabundos rios:
Así el ligero mimbre, y las flexibles
Retamas; así el álamo, y el sauce
De verdicanas hojas coronado.
De yacentes semillas nacen otras:
Los castaños erguidos,
Y el ésculo, gigante de los bosques,
A Jove dedicado, y las encinas,
Cual oráculos ya de Grecia honradas.
Otras por la raíz se multiplican
En densa muchedumbre de renuevos:
Olmos, cerezos, y el laurel de Apolo,
Que tierno se alza á la materna sombra
Del tronco protector. Sábia Natura
Desde era inmemorial por modos tales
Al nacer de los árboles preside,
Cuantos la tierra pueblan,
Agrestes selvas y sagrados bosques.

Allende de esto hay árboles que trajo
Oficiosa experiencia á su servicio.
Uno en surcos renuevos deposita
Que á la cepa matriz su mano saca;
Otro ramas entierra,
Ya trozo herido en cruz, ya aguda estaca.
Tal árbol hay montés, que si rastreros
Los vástagos le encorvas, toma creces,
Y gozoso propaga
Hijuelos vivos en su propia tierra.
No piden otros árboles raíces,
Y vióse al podador sembrar mil veces

Puntas de ramas, y brotar felices;
Y mil veces tambien (aunque imposible
Referido parezca) por pedazos
Plantóse un tronco, y germinar fué vista
La olivosa raíz del seco leño.
Y de un árbol los ramos,
El órden natural violando impunes,
En los de otro mudarse contemplamos:
Trocadas peras el manzano ingerto
Por suyas muestra, y al cornejo duro
Ves de ciruelas rojear cubierto.

¡Ea, pues, labradores! de esta suerte
Ásperos frutos suavizar es dado:
No las tierras dejeis en ocio inerte,
Estudiad de las plantas los cultivos:
Viñas cubran el Ísmaro sagrado,
El gran Taburno revestid de olivos.

Mas ya en piélago abierto suelta el ala,
Y en la empresa que arrostro á darme aliento
Acude ¡oh tú, de mi pobreza gala,
Y por título justo, gran Mecénas,
Parte preciosa de la fama mia!
No el emprendido asunto
En pobres versos apurar intento;
No si cien voces yo, si lenguas ciento
Tuviese, y férrea voz, lo intentaria.
Vén, y rayendo la vecina playa,
Tierra á tierra boguemos. Y no temas
Que yo cantando á entretenerme vaya

En largo exordio y fabulosos temas.

Arboles que en los montes
A gozar de la luz y de la vida,
Por sí mismos del suelo se levantan,
Frutos no ofrecen; mas en cambio bellos
Y valientes se ostentan, que Natura
Vivificó sus gérmenes. Y áun ellos,
Si con otros se ingertan por ventura
Ó en bien mullidas hoyas se trasplantan,
Depondrán sus selváticas maneras,
Y á fuerza de cultura y de cuidados,
Irán con giro dócil á los grados
De perfeccion á que llevarlos quieras.
Los que estériles yacen
En extremas raíces sustentados
Tambien prosperarán si se traspasan
A escampado plantel; que en mustia alfombra
Las hojas altas y maternos ramos
Con humillante sombra
El fruto impiden, ó al brotar le abrasan.
Suben con melancólica tardanza
Los árboles que nacen de simientes;
Al sembrador conceden la esperanza,
La sombra á sus remotos descendientes.
¡Cuántas veces en ellos
Olvidando la fruta los süaves
Antiguos jugos, decaer la vimos!
¡Cuántas veces la vid se dió á las aves
Villana presa en míseros racimos!

Así todos los árboles requieren
Labor constante, educadora mano
Que haga mercedes y tributos cobre.
Mas de rama mejor prende la oliva,
Y de mugron las vides
Mejor se extienden, y de estaca dura
Se alza el mirto gentil que en Páfos priva.
Plántanse de postura
El robusto avellano, el fresno ingente,
El tronco umbroso que corona á Alcídes,
Y del Dios de Caonia las encinas,
Y el ardua palma, y el abeto osado
Que baja á ver el ponto y sus rüinas.
Tal vez ingerto el áspero madroño
Se viste de nogal; ni es caso extraño
Que manzanas el plátano infecundo
Hermosísimas rinda, ó del castaño
Ornato para sí las hayas tomen;
¡Tanto el arte alcanzó! Silvestre fresno
Del peral con las flores encanece,
Y los cerdos tal vez bellotas comen
Que sacudido el olmo les ofrece.

Ni ya ingerir é inocular son uno;
Pues ó bien, donde en medio á la corteza,
La delgada película impeliendo
Brotan las yemas, en el nudo mismo
Harás breve incision, y allí la yema
Asentarás de otro árbol, con tal arte
Que al jugoso patron prospere unida;
Ó troncos lisos cortarás, y grieta

Honda con cuñas en el leño abriendo,
Fértil púa hincarás. No habrá pasado
Largo tiempo, y al cielo árbol ingente
Ya con ramos espléndidos se eleva,
De sus recientes frondas admirado
Y de los frutos que prestados lleva.

Natura misma variar de arreo
Concede á cada tipo: el olmo fuerte,
Y sauce, y loto, y el cipres idéo,
No son todos doquiera de igual suerte.
Tambien semblantes muda el pingüe olivo;
Que éste verás redondo, aquél picudo;
Otro la amarga Pausia rinde esquivo.
Libertad no menor en los manzanos
Hay, y en cuantos frutales
Cultivó en sus jardines Alcinoo:
Cuál árbol Sirias peras, ó Crustumias,
Cuál las Volemias brinda, al puño iguales.
Ni es una la vendimia
Que aquí de nuestros árboles pendiente
Orgulloso contemplo, y la que coge
De la Metimnia vid la lesbia gente.
Mira: pámpanos Tasios en ligera
Tierra se nutren, y en asiento fuerte
La alba vid Mareótica prospera:
Y la uva Psitia sazonado vino
Cela, herida del sol; miéntras la breve
Leporaria destila el jugo fino
Que enreda lengua y piés á quien lo bebe.
Tampoco á las purpúreas la voz mia,

Ni á vosotras, tempranas, callar debe.
¿Mas con qué dignos versos osaria
Tu excelencia decir, Rética uva?
No tanta que á igualarse tu ambrosía
Con las riquezas de Falerno suba.
¿Y qué la Amínea casta,
La de vinos que nunca desmerecen,
A quien el rico Tmolo y el Faneo,
Rey de viñedos, homenaje ofrecen?
¿Qué la Argítis menor, con quien ninguna
En fluyente abundancia y larga vida
Osara competir? Prestar te veo,
Rodia, á los Dioses libaciones gratas
En medio del festin; y tú, Vacuna,
En hinchados racimos te dilatas.
Mas de vides y vinos
¿Quién dirá las especies, quién los nombres?
Cuento no tienen, ni apreciarlo importa;
Que si inquirirlo esperas,
Las arenas tambien sabrás que á solas
El Céfiro remueve entre bajíos
En el líbico mar; sabrás las olas
Que mueren en las jónicas riberas
Cuando el Euro sacude los navíos.

Mas no en todos los climas
Hacen todos los árboles morada:
Trata el sauce los rios;
Ceñir densa laguna al olmo agrada;
Arraiga el fresno en escabrosas cimas;
El tejo el Bóreas ama, ama los frios;

Gozosos mirtos en las playas crecen,
Y tus racimos, Baco,
Despejadas colinas apetecen.
Mira el orbe en sus últimas regiones
Avasallado á la cultura; mira
Ya el Arabe y sus tiendas orientales,
Ya el pintado Gelono. Cada planta
En su alindado reino se levanta.
Sola el ébano negro la India envía;
De la gente Sabea
La vara es propia que el incienso cria.
Ni olvidará mi canto
El bálsamo divino que gotea
De los fragantes leños; ni las gomas
Del florecido, vividor acanto.
¿O los bosques diré del Etïope
Con suavísimas lanas blanquecinos,
Y cómo á sus florestas
Peinan los Seres los vellones finos?
¿Diré las selvas que en su fértil seno
Con quien límites parte el Oceano,
Final region del mundo, India sustenta?
No hay recuerdo de flecha voladora
Que el tope de sus árboles sublime
Venciese disparada
(Ni secretos del arco el Indo ignora).
La de largo sabor é ingratos zumos
Vivificante cidra, el Medo exprime:
Antídoto entre todos soberano,
Ella acude y redime
Humanas vidas al letal veneno,

Si con hierbas y mágicas palabras
La copa emponzoñó madrastra impía.
Es el prócero cidro en su figura
Semejante al laurel; si no esparciera
Su privativo olor, laurel sería:
No lo desnuda el viento;
Tenaz la flor como las hojas dura;
Quita á las bocas enfermizo aliento,
Ancianos pechos de fatigas cura.

Mas no los Medos con sus selvas ricos,
No el Gánjes bello, y turbio el Hermo de oro,
No Bactria, no los Indos, no Pancaya
Con arenas de incienso envanecida,
Osen á Italia disputar sus glorias:
Italia, á quien el seno
No con la reja revolvieron toros
Que por la ancha nariz llamas despiden
Y á dientes de dragon la tierra mullen;
Miés de guerreros no espigó sus campos
Con duros yelmos y apretadas picas:
No; mas ¿ves cuál abunda
En llenas mieses y suaves vinos,
Cuál olivos la alegran y rebaños?
Allá erguido campea
El guerrero corcel: acá, bañadas
Frecuentes veces en tu sacro rio,
Miro albas reses, y el fornido toro,
Cabeza de las víctimas, Clitumno,
Que romanas conquistas
Condujeron en triunfo al Capitolio.

Eterna, primavera, aquí floreces;
Mitiga ajenos tiempos el estío;
Dos veces cada un año
Prole anuncian las hembras del rebaño;
Y da sus pomas el frutal dos veces.
No aquí rabiosos tigres, de leones
La raza maldecida aquí no prueba;
Ni vegetal ponzoña, al que en el campo
Hierbas cogiendo va, traidora engaña;
No rastrera en enormes vueltas gira,
Ni en tanto espacio como en lueñes tierras
Cierra la sierpe su escamosa espira.

Contempla luégo, y mira
Tanta egregia ciudad, tanta obra insigne;
Tantos castillos, fábrica del hombre,
Acumulada piedra sobre piedra,
Que dan temor; y las corrientes aguas
Que viejos muros sojuzgadas lamen.
¿Ó el mar diré que á un lado y á otro lado
La Patria ciñe? ¿Tantos lagos bellos?
¿A ti, príncipe entre ellos,
Lario, ó á tí, que al férvido Oceano
En olas y fragor, Benacio, copias?
¿O cantaré los diques, del Lucrino
Las allegadas moles; y el furioso
Rugir del mar, por donde la onda Julia
Léjos retumba al ímpetu del ponto,
Y el Tirreno agitado
Hierve, y las fauces del Averno invade?
Tierra en todo fecunda,

Venas de argento y cobre Italia encierra,
Y en oro bullidor su seno abunda.
Y ella hijos fuertes á sus pechos cria:
Los Marsos, las sabélicas legiones,
El sufrido Ligur, el Volsco armado
De dardo invicto; Marios ella y Decios
Brota, grandes Camilos, Escipiones
Nacidos á la guerra; y madre es tuya,
Oh César soberano!
Que hoy triunfante en las últimas regiones
Del Asia, haces que el Indo tiemble, y huya
De las almenas del poder romano.
¡Salve, madre feliz, de mieses rica,
Rica en hombres de pro, Saturnia tierra!
Salve! En tu honor mi voz y mi deseo
A las artes agrícolas levanto
Que celebraron las antiguas gentes;
El sello rompo de las sacras fuentes,
Y las lecciones del anciano ascreo
Por las romanas poblaciones canto.

De los terrenos ya las condiciones,
La fuerza, el modo, la color veamos
Que cuadran á sus várias producciones.
Tierras ingratas, ásperas colinas
Donde estéril arcilla y piedras yacen
En espinoso lecho,
A la oliva vivaz que ilustra Pálas,
Acogen, y en servirla se complacen.
Aquellas son donde de trecho en trecho
Acebuches hallares, y esparcido

El suelo vieres de silvestres bayas.
Mas tierras pingües, las de hinchado seno,
Que embeben dulce humor, y hierbas brotan,
Cuales solemos en los huecos valles
Que hacen los montes, contemplar, á donde
Arroyos de las cumbres desatados
El fertilizador légamo arrastran;
Campos que al Austro caen, y el helecho,
Al corvo arado aborrecible, crian,
Riquísimos viñedos
Cultivados darán. En campos tales
Crecen las uvas que el licor gotean
Con que el oro tal vez de nuestras copas
Teñir usamos, cuando á par del ara
Su flauta de marfil sopla el obeso
Etrusco; cuando vamos
Las entrañas de víctimas, que humean,
En fuentes á ofrendar que dobla el peso.
Luégo, si en tí el amor de los ganados
Mayores vence, y quieres tus novillos
O las cabras guiar y corderillos
Cuyos dientes agostan los sembrados,
Responderán los bosques y lejanas
Comarcas de Tarento á tus deseos;
Ó á campos vé cuales perdió infelice
Mantua inocente, la que cisnes nutre
Emulos de la nieve
En las herbosas orlas de su rio:
Allí aguas puras y abundoso pasto
Tendrá tu grey, y del verdor el gasto
En largos dias, repondrálo, en breve

Callada noche, el gélido rocío.

Tierras negruzcas que fecundo seno,
Hondo entrando el arado, manifiestan,
Tierras muelles y fofas
(¿Ni qué más á imitar la reja aspira?)
Campo de trigos son. No de otro alguno
Tantos volver verás á la alquería
Carros tirados de calmosos bueyes.
Ni menor prez merece el suelo en donde
Reinaba bosque secular, y luégo
Vino el cultor, y con airadas manos
Postró la estéril pompa, y los antiguos
Palacios de las aves
Arrancó de raíz. Ellas dolientes
Alzanse huyendo en la region vacía.
¿Qué ves? Campo de escombros. Ya la reja
De esperanza le viste y de alegría.
Ni á cascajosas cuestas
Que apénas á la abeja voladora
Humildes casias y romero ofrecen;
Ni á la toba escabrosa, ni á la greda
Que negros roen los quelidros, pidas
Fruto jamás; mudas decir parecen:
«No hay campo que tambien como éste pueda
Dulce sustento dar, corvas guaridas
A las serpientes.» Tierra, en fin, que exhala
Tenue niebla, volátiles vapores,
Y humor bebe y le suelta si le place;
Tierra que de perpétua verde gala
Con no prestadas gramas se reviste,

Y á útil hierro no afea
Con salitroso orin ó moho triste,
Alegres vides tejerá á tus olmos,
O cubrirá de frutos tus olivas,
Y, propicia al ganado
Y dócil al arado,
Esclava la tendrás si la cultivas.
Tales los campos son de quien tributo
Capua recibe, que en riqueza abunda;
Tales los que al Vesabio mal seguros
Ciñen en torno, y los que Clanio inunda;
De Acerra infausto á los yermados muros.

Tiempo es ya que mi voz te enseñe el modo
De catar los terrenos. El que exploras
Mira si es grueso asaz ó tal vez flaco;
Que uno es propicio al pan, otro á las viñas;
Céres prefiere el denso; el flojo, Baco.
Sitio elija, ante todo,
Tu mirada sagaz: abrir ordena
Hondo un hoyo de sólidas paredes,
Y en él vaciando cuanto de él sacares,
Tus piés igualen los rehenchidos bordes.
Que si te falta arena,
Tierra aquella es delgada,
Cimiento á la alma vid, pasto á las greyes;
Mas si ella misma á su nativo asiento
Volver repugna, y, la oquedad colmada,
Aun sobra, campo es grueso, do anunciarse
Terrones pingües ves y surcos dobles;
Arale ufano con robustos bueyes.

Tierra salobre y la que amarga nombran
No es para siembras adecuada. En balde
El arado á domarla probaria;
En ella sienten generosas vides
Su sangre empobrecerse; allí las pomas
Su fama pierden. Suelo tan menguado
Reconocer te es dado
Si del humoso campesino techo
Cestos de mimbres aprestados tomas
O coladeros de lagar: en ellos
Con la indiciada tierra
Mezcla á colmo agua dulce de una fuente:
El líquido impaciente
Huye, y los mimbres gruesas gotas bañan:
El paladar consulta: manifiesto
El amargo al sentido,
Triste hará al catador torcer el gesto.

Oye últimos indicios:
Tierra pingüe será la que se pega
A los dedos cual pez miéntras se estrega,
No así la que se escurre en polvo vano.
Hierbas la húmida cria
Altas, y en vicio engañador abunda.
Ay! á los Cielos plega
Que en su brote primero, en demasía
No se me ostente mi heredad fecunda!
Si es tal tierra liviana ó grave, el peso
No tarda en descubrirlo; ojo avisado
Dirá si es prieta ó de color distinta.
Mas ¡cuán difícil es mostrar si un campo

Guarda malvado frio en sus entrañas!
Sólo el pino silvestre y las negrales
Hiedras, á veces, y nocivos tejos,
Dan de tan triste condicion señales.

Ya el terreno explorado,
Aun falta el campo apercibir; áun falta
Con hoyas barrenar los grandes montes,
Y mantener al Aquilon expuestos
Los revueltos terrones, mucho ántes
Que en el sitio adoptado
La alegre tribu de las vides plantes.
El de friable seno
Es á las viñas óptimo terreno:
Cuidan darle sazon vientos y heladas,
Y el cavador robusto,
Trastornando sus fértiles yugadas.
Mas aquel labrador que de prudente
Nunca el nombre desmiente,
Nueva industria medita, y el terrazgo
En que ordenadas traspondrá las vides,
Semejante le elige al que primero
Cual nativo las plantas ocuparon,
Porque al tierno sarmiento
No duela el cambio del materno asiento.
Y hállase quien señale
Del cielo la region, en la corteza
Del árbol que traslada,
Y, todos cual crecieron, orientada
Esta parte al calor austral, aquella
Al Septentrion mirando, fiel dispone;

Que hábil mano las leyes no atropella
Que en años tiernos la costumbre impone.

Temprano considera
Si debes en los cerros, ó en el llano,
Colocar tu viduño. ¿Campo es grueso,
Y pingüe tierra? Sembraráslo espeso;
Que en trabado plantío
No ménos liberal Baco prospera.
¿Ó es desigual terreno en que se empina
Una y otra colina?
Siémbralo entónces con mayor holgura;
Mas, á cordel los árboles plantando,
Nunca los saques de la usual figura,
Y á cerrarla concurra cada hilera.
¿Quién vió tal vez cuando en marcial alarde
A lid apercibida, sus cohortes
Despliega una legion? Los combatientes
En ordenadas haces se adelantan,
Y el campo ocupan, que ondear parece
Con el vivo lucir de los aceros:
No ha estallado el conflicto; áun en silencio
Marte indeciso por los cuadros vaga.
Tus vides de esta suerte
A iguales trechos pon en rectas calles;
No tanto por la bella perspectiva
Que al ánimo dará vano contento;
Mas porque así la tierra equitativa
Vitales jugos distribuye, y pueden
Libres los ramos dilatarse al viento.

De los hoyos la hondura
Acaso aguardas que mi voz te diga.
La vid, somera yo sembrar no dudo:
Más profundo en la tierra
Y más secreto el árbol alto aferra;
Sobre todos el ésculo, que cuanto
El cielo hiere con su copa altiva,
Con raíz honda en el averno estriba.
Ni horrísona tormenta,
Ni lluvia impetuosa le derriba:
Él las generaciones de los hombres
Contempla renovarse, y victorioso
Ve los años pasar, los siglos cuenta:
A un lado y á otro lado
Sus brazos de gigante retorciendo,
En torno de su basa el campo escombra,
Y en su centro firmísimo asentado
La majestad sostiene de su sombra.

No miren á Occidente
Tus vides; avellanos no se pongan
Entre ellas; ni eminente
Sarmiento elijas, ni en la cima vayas
Las plantas á tomar, sino en lo bajo;
¡Que el amor de la tierra tanto vale!
Con embotado hierro los pimpollos
No toques; y en tus vides
Troncos no mezcles de silvestre olivo;
Que á veces, descuidados los pastores,
Saltó lampo de fuego, que furtivo
En la pingüe corteza se cautela;

Y luégo más activo
Ciñe el tronco, á las altas hojas vuela,
Y á cielo abierto resplandece y brama:
Ya va de rama en rama
Triunfante, y la alta copa señorea;
Sobre el bosque de vides se derrama,
El resinoso pasto le embravece,
Y á la region vacía
Espesas nubes de su seno envía.
¡Y qué, si la tormenta
Envuelve á los sembrados, y en sus alas
Al incendio recibe y lo acrecienta!
No el abrasado campo los felices
Sarmientos ornarán de nuevas galas;
Que, agostados los jugos y raíces,
Sólo, padron aciago,
El acebuche sus amargas hojas
Tiende infeliz sobre el comun estrago.

Nadie, áun sabio muestro, te persuada
A remover la tierra
Cuando boreales soplos la endurecen;
Que el temporal la cierra
Entónces con el hielo, y la plantada
Simiente oprime, y la raíz no aferra.
Sazon propicia de sembrar las vides
Te dará la purpúrea primavera,
Cuando con blancas alas torna el ave
Que las largas culebras aborrecen;
Y del otoño los primeros frios,
Cuando, huyendo el verano,

Rápido el sol no toca todavía
Con sus corceles al hibierno cano.
Oh! cómo es dadivosa
La primavera á bosque y selva umbría!
A su influjo la tierra hinche su seno
Y á geniales semillas lo abre ansiosa:

El Éter, padre omnipotente, entónces
En lluvia fecundante
Baja al regazo de la alegre esposa;
Le envuelve el cuerpo inmenso, inmenso él mismo,
Y los principios de los séres cria.
Trinan en la floresta
Alados coros, y en preciso dia
Juegos de amor renuevan los ganados.
El campo sus tesoros manifiesta,
Y el césped se desata
A los soplos del Céfiro templados;
Tierno humor en los prados se dilata.
Las flores sin recelo
Al nuevo sol esperan cortesano;
Y el pámpano del Austro soplo insano
No teme ya, ni que barriendo el cielo
En lluvia el aquilon súbito rompa;
Antes abre sus yemas, y despliega
Todo el alarde de su hojosa pompa.

No creo que otros los tempranos dias
Fueran del universo, ni otra fuera
Su ley original: primaverales
Tiempos fueron; hermosa primavera

Señoreaba el mundo, á quien el Euro
No ofendia con hálitos glaciales,
Cuando la luz primera
Bebieron los ganados, cuando el hombre
Holló, férrea progenie, el duro suelo,
Y de fieras los montes se erizaron,
Y brillaron estrellas por el cielo.
Ni adelantado habria el orbe infante
Su desenvolvimiento laborioso,
Si no hubiese tan grande paz doquiera,
Y promediando la calor y el frio,
La divina piedad no le valiera.

Y luégo, cualesquiera
Plantones que en las hoyas estrechares,
Esparce abono fértil, y con mucha
Tierra los cubre, ó piedras absorbentes
En torno siembra y escamosas conchas;
En libre giro pasarán entre ellas
Líquidas aguas, hálitos sutiles,
Y así las plantas se alzarán más bellas
Cobrando oculta fuerza. Agricultores
Hay que con grave piedra y teja ingente
Arropan el mugron, ó por guardalle
Contra turbion intempestivo, ó cuando
Atormentada por el Can, su seno
Con anhelante sed abre la tierra.

Ya las cepas plantadas, atenciones
Tienes aún; que ó tierra á las raíces
Traerás constante, y tenderás la dura

Azada de dos dientes; ó moviendo
Bajo la hincada reja
El suelo, guiarás entre la viña
El paso torpe de rebeldes bueyes.
Tambien de apercibir tiempo es entónces
Cañas pulidas y desnudas varas,
Y pértigas de fresno,
Y horquillas, en que empiece vid infante
Sus pasos á ensayar, desprecie al viento,
Y en difuso ornamento
A la cima del olmo se levante.

En sus primeros juveniles dias
Indulgencia la vid pide y merece.
Miéntras fiado al aura que le mece
Ledo el pámpano ensaya
Su libertad, la podadera evite
Tu mano; y sola, cual la armó Natura,
Hojas superfluas arrancando vaya.
Recorta los cabellos, y los brazos
Hiere á la vid, cuando su lujo explaya
Ciñendo al olmo en arraigados lazos;
Ella ántes de eso la nociva fuerza
Teme del hierro: entónces, sólo entónces
Tu mano imperio riguroso ejerza,
Y sus ramos soberbios tenga á raya.

Ni retejer olvides
Los setos; y defiende del ganado
La tierna hoja de nacientes vides.
A más de hielo duro y sol ardiente,

Embístenla tenaces
El uro agreste y vagabundas cabras;
La oveja misma y la voraz becerra
No la perdonan. Y en verdad, ni el frio
En albísima escarcha macizado,
Ni el ardor del estío
Que áridas rocas con su peso oprime,
Tanto daña á la vid como el ganado
Con la ponzoña de su duro diente,
Que en el tronco inocente
Funesta cicatriz, hincado, imprime.

No otra culpa se expía
Cuando se inmola en los altares todos
A Baco un macho de cabrío, y cuando
Vemos en los teatros celebrarse
Antiguos dramas; no con otro intento
En aldeas tambien y encrucijadas
Los hijos de Teseo
Con premios los ingenios convidaron,
Y entre el plácido estruendo de las copas
Sobre aceitados odres, en las muelles
Praderas, cabrïolas ensayaron.
Los romanos colonos, de igual suerte,
Antigua raza que de Troya vino,
Riendo sin compas, rústicos versos
Improvisan; de cóncavas cortezas
Semblantes para sí toman horrendos;
Y en alegres canciones
Te invocan, Baco, y en tu honor suspenden
De los pinos erguidos

Tus móviles afables mascarillas.
A su influjo el viñedo
Lozano ostenta sus adultos bríos,
Y huecos valles y profundos bosques
Rebosan abundancia, y á doquiera
Que el Dios volver se digna el rostro ledo,
El campo brota y rie.
Cantemos, pues, de Baco los loores
En religiosa fiesta,
En los versos que niños aprendimos;
Con sacros panes y tempranas frutas
Coronemos su altar, y ante él parezca,
Llevado de los cuernos, escogido
Cabron, y en asadores de avellano
Pingües entrañas examine el fuego.

Otro esmero demanda
La cultivada vid; que es en las vides
Necesidad jamás bien satisfecha
Por asidua labor, tres, cuatro veces
Cada año el suelo abrirles,
Y, vuelto el azadon, sin paz, sin tregua
Romperles los terrones, y el plantío
Aliviar de su hojosa pesadumbre.
Apénas acabadas, las faenas
Vuelven del labrador; sobre sus pasos
Siempre en círculo igual ruedan los dias.
Cuando, en fin, de la hoja
Ultima se despoja
La vid, y el verde honor del bosque umbrío
Sacude Bóreas frio,

Ya al año venidero
Próvido extiendes, labrador, tus miras,
Y de Saturno con el corvo diente
A la atreguada vid en sus raíces
Embistes, y podando, la compones.
Tú el primero la tierra cava, quema
Los sarmientos podados tú el primero,
Y lleva á la alquería
Tú el primero tambien, los rodrigones;
Y vendimia entre todos el postrero.
Dos veces á la vid sombras invaden,
Y dos veces al año
Hierbas le estrechan su espinoso sitio;
Y uno y otro apareja ímprobo empeño.
Alaba, pues, un campo grande; sólo
Cultiva uno pequeño.
¿Qué más? La áspera rama
Del rusco, por el bosque; en la ribera
Córtase el junco que los rios ama;
Y del sauce silvestre
El cuidado tus ocios ejercita.
Ya las vides atadas me figuro,
Y en paz la podadera,
Y de sus cuadros ya en la extrema hilera
Cansado el viñador alegre canta.
Solicitar la tierra todavía
Falta empero, y abrir las glebas duras;
Aun debes, por las uvas ya maduras,
De los aires temer mudanza impía.

Muy otro el sacro olivo,

Nada pide al cultivo,
Nada á la corva hoz, nada le debe
Al rastrillo tenaz, como ya en firme
Haya arraigado y vientos sobrelleve.
Si la azada la mueve.
La tierra suficiente jugo luégo
Ofrece al olivar; y si la reja,
Rico le pára de copiosos frutos:
Tal el árbol se nutre que agradables
Rinde á la Paz sus fértiles tributos.

Y todos los frutales,
Cuando sus troncos vigorosos sienten,
Y las fuerzas conocen que en sí llevan,
Con orgulloso brío, en muestra ufana,
A los astros se elevan,
No socorridos ya de industria humana.

En tanto la abundancia
Miro del bosque que sin trabas crece:
Cada rústica estancia
De las aves del cielo,
Con sangrientas frutillas se enrojece.
¿Ves afeitar el cítiso las cabras?
¿Las teas ves que el alta selva ofrece
Y á nocturnas hogueras alimento
Son, y á la ancha campaña lumbre amiga?
¿Y á Natura oficiosa
Corresponder áun dudas, hombre lento,
Con tu parte de esfuerzo y de fatiga?
Callaré de los árboles mayores:

El sauce estéril, la retama humilde
Dan hoja á los ganados,
Dan sombra á los pastores,
Y seto á los sembrados,
Y pábulo á la miel. Y es gran delicia
Contemplar el Citoro
Que de bojes cubierto olas semeja,
Los resinosos bosques de Naricia,
Y campos que jamás violó la reja
Ni atormentó del hombre la codicia.
Aun las selvas, que estériles dijeras,
Que la cumbre del Cáucaso dominan,
En cuyo daño renovando embates
Indómitos los Euros se amotinan,
Múltiples elementos dan: en pinos
Tablas á los marinos
Brindan, y á los artífices de casas
En cedros y cipreses dan maderas.
De ahí el cultor para sus carros forma
Ruedas sin rayos, ó los rayos de ellas,
Y cóncavos costados á los barcos.
Tiende el sauce su vara
Profunsamente, su hoja el olmo ofrece,
Valiente astil el arrayan depara,
El cerezo á guerreros favorece,
Y dóblase, y en arcos
Itureos su forma el tejo trueca;
Y el boj, al torno dócil, y el liviano
Tilo mudan tambien la suya, y ceden
Al agudo cincel que los ahueca
Al Pó lanzado el álamo ligero

En la undosa corriente sobrenada.
Y las doctas abejas sus enjambres
En las huecas cortezas y en el seno
Guardan tambien de una cascada encina.
¿Hay algo que á estos dones, en la historia
De los dones de Baco se equipare?
Tú á crímenes á veces, Baco, incitas:
Tu influjo á par de muerte
Fué de Centauros á la ardida tropa,
Y á Folo, á Reto, á Hileo;
Hileo, que feroz á los Lapitas
Por ti amenaza con disforme copa.

¡Oh una y muchas veces venturosos
Los labradores, si estimar supiesen
Los bienes de que gozan! ¡Venturosos
Los que del seno de la madre tierra
Centuplicados los süaves frutos
En posesion pacífica reciben,
Léjos del ruido de civil discordia!
Palacios no hay allí que en pompa régia
Por sus pórticos todos desde el alba
A oleadas los áulicos derramen:
No la vista suspende
Incrustado dintel de conchas bellas:
Tampoco ricas telas y brocados,
O insignes bronces que Corinto envía:
Ni al limpio aceite allí vició la casia,
Ni fenicio veneno albos vellones.
En cambio paz segura,
Y un sabroso vivir libre de engaños

Y en la copia profuso de sus dones,
Tiene el agricultor. Aquella holgura
Y alma serenidad de la campaña,
Umbrosas espeluncas, vivos lagos,
El fresco valle y verde, los mugidos
Del perezoso buey, los apacibles
Sueños gozados bajo amenas sombras,
A su dicha no faltan. En el campo
Sobria, fuerte, á fatigas avezada
Verás la juventud. ¿Cazar te plugo?
Bosques tendrás, enmarañados bosques,
Fieras y grutas. ¿La virtud te guia?
Aquí verás la religion honrada,
Honrada la vejez. Cuando del suelo
Impuro se ausentaba la Justicia,
Dejó en los campos sus postreras huellas.

Antes que todo, aquellas
Más que nada en el mundo
Dulces al corazon, divinas Musas,
A quienes, de su culto sacerdote,
Con infinito anhelo amo y adoro,
Piadosas en su gremio me reciban.
Los caminos me enseñen
Del cielo, el voltear de las estrellas,
Las ausencias del Sol, las mutaciones
De la Luna; quién hace que de pronto
Trema la tierra; cuál oculta fuerza
Entumece y desborda
Sobre diques al mar; cómo él de nuevo
Torna en su lecho á reposar en calma;

Quién los soles de hibierno precipita
Impaciente en las olas de Oceano,
Y quién retarda las estivas noches.
Si no alcanzare mi talento humilde
Tan altas maravillas, y en mi pecho
Vital calor al entusiasmo falta,
Sin otra gloria que el amor tranquilo
Del campo, el campo buscaré y las selvas,
Selvas y valles, y encantados rios.
¡Quién al Esperquio me llevara! Al centro
Llevadme del Taigeto, que frecuentan
Vírgenes de Laconia! Allá, á los frios
Valles del Hemo conducidme, y alta
Sombra me cerque de obsequiosos ramos!

¡Feliz aquel que las ocultas causas
Penetró de Natura, y sin cuidarse
De lo que traigan los futuros dias,
Cual polvo vano los temores tristes
Huella, y los ecos de Aqueronte avaro!
¡Feliz tambien aquel que sólo agrestes
Divinidades conoció: Silvano,
El añoso Silvano,
Pan, y la tribu de las ninfas bella!
No los fasces del pueblo, no le turba
La púrpura real; no los infieles
Hermanos que honda disension separa;
No el Daco, descendiendo de los rios
Que su salvaje juramento sellan;
No romanas empresas, no de imperios
Lejanos la rüina. Ni crüeles

Miserias ve que á compasion le inclinen,
Ni altivas pompas que á furor ó envidia.
Frutos con que de suyo
Los árboles le brindan y los campos,
Alcanza sin fatiga. Duras leyes
No conoció en sus dias,
Públicas tablas ni agitado foro.

Otros bogando el remo
Hienden el mar, á las espadas corren,
Y de altos Reyes la mansion invaden.
Cuál ciudades destruye
Y pobres techos con el suelo iguala
Por reclinarse en púrpura de Tiro
Y beber (¡gran conquista!) en copa de oro;
Cuál riquezas sepulta, y azorado
Sobre ellas duerme. Quién absorto admira
Al popular tribuno;
Quién atónito escucha en el teatro
Aplausos que á los próceres tributan
Patricios y plebeyos. O en la sangre
De sus hermanos con placer se lavan;
Y el que probó contraria á la fortuna,
Trueca á destierro el dulce hogar nativo
Y patria busca en los extraños climas.

Mas el cultivador con el arado
Corvo la tierra mueve: así comienza
Del año las prolíficas labores
Con que á la Patria nutre, y su familia
Sustenta, y sus ganados,

Y aquellas yuntas que tan bien le sirven.
Ni hay tregua ya; que exuberante el año
Pomas vierte, ó rebosa en nuevas crias;
Ó allega Céres sus manojos rubios,
O la abundancia en los sembrados rie,
Y las trojes rehinche y se derrama.
¿Llega el hibierno? La preciosa oliva
Se exprime en el lagar; vuelven los cerdos
Repletos de bellota á la zahurda.
Madroños da la selva. Ya hace alarde
Otoño de sus bienes;
Y la dulce vendimia, al sol expuesta,
En escabrosas cimas se sazona.
Sus hijuelos en tanto
Cuélganse en torno á disputar sus besos: .
Fe conyugal y honesto amor guarece
Su inmaculado hogar. La mansa vaca
Para él dilata sus lecheras ubres;
Y en los herbosos prados,
Fieros ya de sus cuernos se acometen
Los bien medrados juguetones chivos.
Fiel las fiestas celebra: reclinados
Sobre la hierba, donde en medio brilla
El fuego del altar, sus compañeros
Cíñenle en flores el colmado vaso,
Y él le empina en tu honor, ¡oh buen Leneo!
Premios allí propone á los pastores,
O ya en el olmo erguido el blanco fije
A donde asesten las veloces flechas,
Ó ya á rústica lucha aderezados
Desnudos muestren sus fornidos miembros.

Los antiguos Sabinos
Tal manera de vida instituyeron;
Costumbres como aquéstas nos legaron
Rómulo y Remo; así la fuerte Etruria
Creció; así Roma levantó la frente,
Y de alcázares siete amurallada,
Del mundo apareció gentil señora.
Y áun ántes del reinado de Dicteo;
Antes que con novillos degollados
El hombre, ímpio linaje, sala hiciese,
Esta vida feliz vivió en la tierra
Saturno, padre de los siglos de oro.
No á impulso de aire resonar clarines
Entónces, ni crujir oyera el hombre
Puestas al duro yunque las espadas.

Mas hemos recorrido
Campo inmenso; tiempo es que á los caballos
Soltemos ya los humeantes cuellos.

LIBRO TERCERO.

Tambien he de cantarte, insigne Páles,
Y á ti, digno de prez, pastor de Anfriso,
Y á vos, selvas y fuentes del Liceo.
Otros asuntos ya, cuantos habrian
Podido de los hombres las ociosas
Mentes apacentar, gastados miro:
¿Quién al duro Euristeo, los altares
Del infame Busíris quién ignora?
Hílas infante, la latonia Délos,
Pélope, de hombro de marfil dotado,
Cabalgador famoso, Hipodamía:
¿Quién no sabe y repite sus loores?
Nuevo, nuevo camino abrirme intento
Por donde del humilde suelo alzado
Glorioso en boca de los hombres vuele.

Yo, el primero, si vida no me falta,
A mi patria tornando de Helicona

Traeré conmigo las divinas Musas;
A tus piés, Mantua mia, yo el primero
Vendré á ofrendarte palmas de Idumea.
Y en la verde campaña
Que errante el Mincio baña
Con rica vena y apacibles giros,
A par allí de la corriente undosa
Mis manos fundarán marmóreo templo:
Señoreando el sitio amable númen
Alzará en medio de él César la frente.
Yo instauraré en su honor festivos juegos,
Y de vistosa púrpura vestido
Triunfante agitaré cuadrigas ciento
Cerca del rio: en luchas y en carreras
Toda la Grecia á disputar coronas
Allí vendrá, las márgenes de Alfeo
Y los bosques dejando de Molorco;
Y yo presente allí, ceñida en hojas
De despojado olivo, la cabeza,
Los dones propondré. Ya me solazo
Guiando al ara las solemnes pompas,
La inmolacion de los novillos viendo:
Ya el girar de la escena y de sus faces,
Ya á los britanos figurados miro
El purpúreo tablado sustentando.
Abultaré en las puertas los combates
Reñidos con los Gángaros, en oro
Y sólido marfil, y allí las armas
Lucirán victoriosas de Quirino;
Y el Nilo mostraré majestüoso
Crecido en ondas y de guerra armado,

Y de bronce naval yertas columnas.
Las ciudades del Asia sojuzgadas,
Y expelidos los hijos del Nifátes,
Y el Parto, que su vida á presta fuga
Y á sus saetas volvedoras fia,
Entallaré despues; y dos trofeos
A dos pueblos diversos arrancados,
Y de opuestas riberas, de este doble
Vencimiento en señal, cautivas gentes.
En mármoles de Páros
Relevaránse all vultos vivientes:
De Asáraco la prole, nombres claros
De la raza de Jove, el viejo Troo,
Y Cintio, autor de los Troyanos muros.
La derribada Envidia
En el rostro dirá cuál teme al triste
Cocito, y las serpientes retorcidas
Del mísero Ixion, y la gran rueda,
Y aquel peñasco que jamás descansa.

En tanto de las Dríadas las selvas
Trataré, intrincaréme en los amenos
Bosques, de humana planta ántes no hollados;
Y el no fácil empeño
Que impones, cumpliré, Mecénas mio.
Nada grandioso el pensamiento ensaya
Sin tí. Rompamos ya tardas demoras;
Con alto ruido Citeron nos llama,
Y el Taigeto, y sus canes, y el famoso
Domador de caballos Epidauro;
Hinchiendo el monte el gran rumor se aumenta.

Cantar de mi héroe las ardientes lides
Emprenderé despues, y tantos años
Cuantos pasaron de Titon á César,
Haré de César duradero el nombre.

Ó ya caballos cries
De la olímpica palma enamorado,
O ya para labor fuertes novillos,
Las madres de ellos ante todo elige.
Optima es á este fin la vaca torva
De cabeza deforme
Y robusta cerviz, á quien pesada
A cubrir las rodillas
Desde el morro desciende la papada:
Largo asaz el costado, grande todo
Tenga, áun el pié, y ostente
Bajo el torcido cuerno hirsuta oreja.
Ni ménos me promete la que trae
La piel de blancas manchas esparcida,
La que el yugo rechaza
Y tal vez con los cuernos amenaza,
La que toro semeja
En la faz, la prócera, que barriendo
Sus huellas va, al andar, con larga cola.
Para llevar las cargas de himeneo
Propicia edad empieza á las novillas
Al año cuarto, al décimo caduca.
No hay fuera de estos términos posible
Fecundacion, ni del arado al peso
Fuerza igual; dentro de ellos, que la alegre
Juventud constituyen del ganado,

Huelga á los toros da, da que se entreguen
A solaces de Vénus,
Y de una en otra en sucesivas crias
El bovino linaje así renueva.
¡Ay! siempre de los míseros mortales
Huyen risueños los primeros dias,
Dolencias vienen y trabajos luégo,
Triste vejez, y la implacable muerte
Que con golpe veloz todo lo acaba!
Siempre tendrá cabezas tu rebaño
Que debes reponer, suple á sus faltas;
Y porque tarde el daño
No sientas, anticípate, y prudente
Las pérdidas repara cada un año.

No ménos diligencia
A la eleccion de los caballos debes.
Tú desde tierna edad á los que fies
El incremento de la raza, aplica
Laboriosa atencion. El potro nuevo
De estirpe generosa
Gallardo ya campea,
Y en noble porte y numerosos pasos
Las blandas coyunturas ejercita:
Toma la delantera en el camino,
A la crespa corriente vado tienta,
A puente ignoto avánzase el primero,
Ni de estrépitos vanos se intimida.
La cerviz tiene erguida,
Aguda la cabeza, el vientre breve,
Grupa redonda, el pecho

Con músculos soberbio que le abultan.
Noble es el rucio azul, noble el castaño,
De blancos y melados desconfío.
¡Con qué ingénito brío
El pisador lozano
Sale del puesto y sosegar no sabe
Si armas de léjos resonar ha oido!
Las orejas aguza, se estremece,
El encendido aliento
Por la abierta nariz bramando arroja;
El cabello sacude aborrascado,
Le esparce al diestro lado;
Y doble mueve la dorsal espina,
Y recios cascos sobre el suelo asienta
Que batido á compas hueco retumba,
Sofrenado de Pólux Amicleo
Tal Cílaro soberbio braveaba;
La copia de trotones
Que Marte unció, tal era; tales fueron,
Ya de griegos poetas celebrados,
Los del carro veloz del grande Aquíles;
Y Saturno agilísimo, la hermosa
Crin derramando sobre el cuello equino,
Así tambien, al asomar su esposa,
Hirió, rápido huyendo,
El alto Pélion con relincho agudo.

Al que así contemplaste
Animoso corcel, cuando abrumado
Por las enfermedades, ó vencido
Le vieres de la edad, ponle á cubierto,

Y da á su honrada senectud descanso.
Para enlaces de Vénus
Frio el caballo viejo, afan estéril
Apura en ellos, y tal vez si llega
A la amorosa lid, se enciende en vano,
Cual sin fuerza en la paja un alto fuego.
Observa de antemano
Los bríos y la edad de cada potro,
Su raza y vocacion discierne luégo;
Mira si causa en él, y en qué manera,
La ignominia dolor, celo la gloria.
¿No has visto cuando en rápida carrera
Parten de la barrera
A cubrir el palenque émulos carros?
Mancebos que en la faz muestran bizarros
El ánsia de vencer, miéntras el pecho
La duda palpitante les devora,
Con retorcido látigo aguijando,
Tendido el cuerpo, van, suelta la brida;
En férvido volar arden las ruedas;
Y ora se inclinan, y ora
Parecen remontarse arrebatados
En vuelo aéreo á superior esfera.
No hay descanso, no hay paz. La arena roja
En nubes se levanta:
Fogoso al delantero el de atras moja
Con la espuma que arroja;
¡Tanto es el pundonor, la ambicion tanta!

Fué Erictonio el primero que ensayando
Uncir cuatro caballos, triunfante

Sobre las prestas ruedas se sostuvo.
Los Peletronios Lápitas, los lomos
De un corcel oprimiendo, introdujeron
El arte de enfrenarle y de volverle;
Por ellos el jinete adoctrinado,
Aun bajo el peso de las armas, pudo
Hacer al pisador herir la tierra
Y concertar los arrogantes pasos.
Igual virtud ambos oficios piden;
Para ambos á la vez los domadores
Potro eligen veloz, nuevo y lozano;
Nunca al caballo anciano,
Por más que ardiente en sus antiguos dias
Haya á contrarias bandas perseguido,
Y por nativo suelo
A Epiro tenga ó la feraz Micénas,
Y al gran Neptuno por remoto abuelo.

Todo ello examinado,
En propicia ocasion los criadores
En pro del bruto que por dueño y padre
Impuesto hubieren á la grey, convierten
Su desvelo ingenioso, y alimento
De sólida grosura darle cuidan.
Para él las hierbas más jugosas cortan,
Y aguas le ofrecen de corrientes rios,
Y abundante cebada, porque nunca
En sus blandas fatigas desfallezca,
Ni la prole infeliz tristes efectos
De la paterna languidez reciba.
Por modo opuesto, á las gregarias hembras

Extenúan solícitos, y cuando
Tocadas de calor voluptuoso
Los primeros placeres solicitan,
De los pastos las quitan,
De las líquidas fuentes las apartan,
Y á los rayos del Sol en ocasiones
Quiebran sus bríos con veloz carrera,
Cuando gime la era
Con el herir de las trilladas mieses,
Y á los soplos del Céfiro aventadas
Las volátiles pajas remolinan.
Fatíganlas así, porque creciente
Gordura en las regiones genitorias
No estreche las canales de la vida;
Antes sedientas en captar no tarden
La fecunda simiente, y recibida,
En sus senos recónditos la guarden,

A su vez de los padres
El cuidado abandonan, y á las madres
A dedicarlo empiezan. Si preñada
Errante una hembra va, pasados meses,
Ninguno osado sea
A uncirla de pesado carro al yugo,
Ni saltar la permita,
Ni á tendido galope corra el prado,
Ni espumoso torrente cruce á nado.
En solitarios sotos se apaciente,
La márgen trate de abundosos rios;
El verde musgo y grama floreciente
Le den mullida alfombra,

Y al silencio se incline y á la sombra
De oscuros antros y peñascos frios.
Del Sílaro en los bosques crece y medra,
Y de Alburno en los verdes encinares,
El volador insecto á quien llamaron
Los Romanos *asilo*, *estro* los Griegos.
Gira cruel con ásperos zumbidos;
Por la selva asustados
Se ahuyentan los ganados,
Hierve el aire en bramidos,
Y con el peso, del Tenagro mustio
Los árboles oprime y las riberas.
Con este hórrido azote aguzó Juno
En la hija de Inaco su ira.
Y como en horas de bochorno sea
Más y más importuno,
Que á las madres no acose entónces, mira;
Al pasto vayan ellas
En las primeras matutinas horas
Tan sólo, y cuando apuntan las estrellas
Del carro de la noche conductoras.

Cuando ellos han nacido
Todo el esmero que se dió á las madres
Conviértese á los hijos. El colono,
De familia y dominio y apellido
Les pone el sello: el que destina al ara
Marca tambien, y el que á acrecer la prole,
Y el que á romper reserva
Campo erizado de terrones: sueltos
Gusten los otros de la verde hierba.

Tú á aquellos estimula
Que á menesteres rústicos designes,
Y el modo de domarlos ejercita,
Miéntras de tiernos juveniles años
El espíritu dócil lo permita.
Lazadas flojas de ligeros mimbres
A la cerviz anúdales; y luégo
Que hayan los libres cuellos avezado
A servidumbre, de los lazos mismos
Conformes pares de becerros ata
Y hazlos unidos acordar el paso.
Frecuentes veces por el llano tiren
De carretas vacías, tal que apénas
Huella en el polvo la pesuña imprima:
Bajo peso mayor el eje luégo
Esforzándose gima,
El eje de haya; y el timon herrado
Consigo arrastre las unidas ruedas.
Entretanto á la turba áun no domada
No des campestre grama, ovas palustres
Unicamente, ú hoja
Tierna de sauce, mas tambien cebada
Tu mano amiga en hierba le recoja.
Ni la vaca parida,
Cual estilaron ya nuestros abuelos,
Tarros corone con nevada espuma,
Mas en rico sustento á sus hijuelos
Gustosa la ubre hinchada ella consuma.

Si á la guerra y sus fieros escuadrones
Te inclinas más; si adelantarte anhelas

A las corrientes del pisano Alfeo,
Y en el bosque de Jove
En alígero carro alegre vuelas,
El potro que á estos usos predestines,
El aspecto y las armas, lo primero,
Contemple del guerrero;
Enséñese al clangor de los clarines,
De chilladoras ruedas al rüido,
Y al choque de los frenos en la cuadra
Acostumbre el oido;
Su cerviz se aficione á las caricias
De la palma del dueño alentadora,
Y tenga sus aplausos por delicias.
Apénas destetado
Cada vez más y más formando vaya
A tales atenciones el sentido;
Mas, inhábil aún y delicado,
Primero que el bocado,
Blando cabestro á recibir se avece.
Tres veranos cumplidos, cuando asome
El año cuarto, á revolver empiece,
A compas bata el campo,
Las volubles rodillas alce y baje,
Y en numeroso alterno movimiento
Fácil jugando, al parecer trabaje:
Más tarde llame al viento,
Y cual suelto de brida,
La hancha llanura atravesando, apénas
Huellas estampe en su fugaz corrida.
Así de las regiones hiperbóreas
Baja denso Aquilon; ante él de Escitia

Los áridos nublados desparecen;
Adultas mieses y ondeantes campos
Con susurro suavísimo se mecen;
Las altas selvas braman;
Cubren ondas gigantes la ribera,
Y él barriendo á la vez tierras y mares
Las fugitivas alas acelera.
Potro que así educaste
Ya sudará en la olímpica carrera
En los de Elide campos anchurosos,
Con frenos sanguinosos
A vueltas de la espuma que los bañe;
O mas bien, por ventura, en dócil giro
Belgas carrozas guiará liviano.
Con jugoso forraje
Permite al ya domado que embarnezca;
Mas si ántes de amansarle tal hicieres,
Sublevaráse de soberbia lleno,
Y al látigo flexible no le esperes
Sufrido, ni obediente al duro freno.

Ya apacientes caballos, ya novillos,
No hay industria en lo humano
Que tanto su vigor solide y crezca,
Como las ocasiones y deseos
Alejar del amor ciego y tirano.
En un opuesto llano,
Detras de una ágria sierra,
En medio de anchos rios
Ceba sus toros el pastor prudente,
Ó en provistos establos los encierra,

Que roba una hembra los vitales bríos
Con halago sutil, y el que la mira
Se abrasa de mirarla, y no lo siente,
Con amoroso fuego
Que del pasto y la sombra pone olvido;
Y el dulce poseella
A recursos de ira
Tal vez remiten dos rivales. Ella,
Novilla hermosa, en honda selva pace;
Ellos en tanto embístense sañudos,
Toros valientes, en igual porfía;
Heridas menudean,
Negra sangre chorrean,
Los cuernos traban con bramar tremendo,
Y las florestas y el lejano Olimpo
Repiten de la riña el sordo estruendo.
Y no será que retornar se vean
A un mismo establo entrambos contendores:
Destiérrase el vencido,
En remotas comarcas ignoradas
Su afrenta va á esconder y sus dolores,
Y á llorar sin venganza el bien perdido;
Volviendo las miradas
A su nativo establo, así se aleja
Del que reino fué ya de sus mayores.
Pero no para siempre: allá rehace
Sus fuerzas en silencio: lecho duro
Mulle en medio de peñas, donde yace
Noches enteras: espinosas hierbas
Y agudos juncos pace.
Embistiendo algun tronco se ejercita,

O al aire corneando; tal se ensaya,
Y esparramando polvo, á la pelea:
Luégo, al sentirse reparado y fuerte,
Tiendas levanta, al enemigo busca
Descuidado, y sobre él se precipita.
Así en medio del piélago blanquea
Onda naciente, así su seno agita,
Y á la distante playa
Mueve ufana su pompa; así retumba
Entre escollos horrísona, y cayendo
Como soberbio monte se derrumba;
El agua en tanto suena
Desde el fondo en hirvientes remolinos,
Y arroja por encima negra arena.

Al fuego del amor y sus furores
Así son atraidos
Todos los séres que la tierra pueblan:
El hombre, el bruto, y los marinos peces
Y las pintadas aves; y es en todos
Uno mismo el amor que los arrastra.
No hay, como el tiempo del amor, ninguno
En que de sus cachorros olvidada
Tantas furias conciba
Por los campos errante la leona;
Ninguno, en que terror y estrago tanto
Siembren doquier los contrahechos osos
Por la selva; en tal tiempo, más que nunca,
El jabalí es feroz, cruel el tigre.
¡Desgraciado el que entónces
Por las regiones de la Libia vague!

Arde el sabino cerdo
Tambien; arde y se lanza, y los colmillos
Aguza, el suelo escarba, contra un árbol
Los lomos se refriega, y todo el cuerpo
Más y más contra heridas endurece.
¿Qué diré de los linces, los manchados
Linces de Baco? Los terribles lobos
¿Qué no osan, y los perros? El combate
Aun los tímidos ciervos no rehuyen.
¡Y qué es ver al mancebo á quien los huesos
Penetró con su llama amor tirano!
En deshecha borrasca, en alta noche,
A nado cruza el pavoroso golfo:
Truena sobre su frente
La bóveda del cielo: el mar undoso
Retumba en los escollos combatidos.
Ay! los amados padres
No harán que retroceda, ni la hermosa
A quien mísero fin él mismo lleva!
Ni ménos impaciente
Tiembla de miembros el corcel, con sólo
Que el conocido olor beba en las auras;
Y lánzase veloz. No el hábil freno,
No el látigo implacable le modera;
En vano hendidas rocas, montes, rios
Que árboles vuelcan en su turbio seno,
Saldrán á detenerle en su carrera.
No hay, empero, de amor en los furores
Quien semeje á las yeguas. Vénus misma
Les dió su llama en dote
Cuando al mísero Glauco á dentelladas

Las cuadrigas de Potnia destrozaron.
Amor, amor sin duda
A trasponer del Gárgaro la cumbre
Y el estruendoso Ascanio las obliga;
Ellas montes escalan, cruzan rios.
No bien la llama en sus medulas sienten
(En primavera sobre todo, cuando
El natural calor vuelve á los huesos),
Ya todas ellas en las altas rocas,
Vuelta la faz al Céfiro, aparecen
Aspirando en su sed auras sutiles;
Y es voz que á veces sin consorcio alguno,
Fecundadas del viento,
¡Oh increible portento!
Entre rocas bajando y asperezas,
Por las hondas cañadas
Intrincan las pisadas,
No hácia los sitios donde nace el Euro,
No á la cuna del Sol; sí á las regiones
De Cauro ó Bóreas, ó á do el Austro sopla,
Que las alas negrísimas batiendo
El cielo atrista con pluviosos frios.
El claustro genital destila entónces
El espeso veneno que entre todos
Con el nombre de *hipómanes* distinguen
Los pastores; el mismo aquel que arteras
Recogen, y con hierbas y conjuros
Confeccionan malvadas hechiceras.

Mas ¿dónde estoy? Miéntras con vago encanto
Describo del amor los pormenores,

Huye el tiempo veloz, huye y no torna!

A ganados mayores
Ya he dado suficiente espacio, y llego
A la otra parte del asunto mio:
Lanudas greyes y cerdosas cabras
Me cumple describir. Afan prolijo
Ellas nos dan, asiduos labradores;
En ellas cantaré vuestros loores.
Arduo es, no se me esconde, con palabras
Vencer temas cual éste, y á pequeñas
Materias tales añadir decoro.
Mas á las soledades del Parnaso
Dulce aficion me induce: por vereda
No hollada de mortales
Yo á la Castalia fuente inclino el paso,
Y errante á sus misterios me abandono.
Hora, divina Páles,
Vén y sublima de mi voz el tono.

En mullidos establos, ante todo,
De hierbas las ovejas se apacienten,
Y háganles blando de la tierra el lecho
Haces de seco helecho
Y paja en abundancia, porque el frio
A la grey delicada
No desazone en su rigor, ni roña
Vil ni gotosa enfermedad la invada.
Dejando las ovejas, mi segundo
Precepto dicto, y al colono ordeno
Que de hojas de madroño

Y agua fresca de rios
Las cabras abastezca; y sus majadas
Caigan al Mediodía
Expuestas á los soles hibernales,
De soplos enemigos resguardadas,
Miéntras torna de la urna al fin del año
Raudales á verter Acuario frio.
De amor y gratitud es el cabrío
No ménos digno que el lanar rebaño,
Aunque vellones que Mileto envía,
Bañados en la púrpura de Tiro,
Por insigne valor trocados sean.
Más crias él nos da, más leche rinde;
Y en competencia igual, como rebose
Henchido el cantarillo de alba espuma,
Así exprimidas las lecheras ubres
Crecen, y esfuerzan sus alegres chorros.
¿Y cuánto no reportan los pastores
Que esquilan á los chivos africanos
La blanca barba y el cerdoso pelo,
Que al soldado en campaña
Dan y al mísero nauta útiles ropas?
Gusta la cabra de las selvas, ama
Las cimas del Liceo, y busca y pace
Las zarzas espinosas, los arbustos
Que á fragosos lugares se aficionan.
Memoriosa y de grado
Ella al redil con sus cabritos vuelve,
Tan hinchadas las ubres
Que apénas el umbral, llegando, salta.
Solícito, amoroso, por lo mismo

Que tan poco demanda á tus desvelos,
Tú de alejarla cuida
De aires glaciales y ateridos hielos;
Y dale pasto siempre, en hierba, en rama;
Nunca en hibierno tu pajar le cierres.
Mas luégo que el verano alegre asoma
En alas de las brisas de occidente
Y á cabras como á ovejas
Por bosque y vega su calor derrama,
Con el albor del matinal lucero
No dudemos salir al campo frio
Miéntras puro está el aire y cano el prado,
Y sabroso al ganado
La hierba empapa fúlgido rocío.
Andando el dia, cuando la hora cuarta
La sed enciende acumulando ardores,
Y cigarras fatigan importunas
Con penetrante canto los viñedos,
Entónces á los pozos
Tu grey lleva á beber, ó á hondos estanques
Donde las aguas abundosas guste
Que por canales de madera corren.
En el lleno calor del mediodía
Busca algun valle umbroso
Donde alargue tal vez robusta encina
Sus grandes ramas desde el tronco añoso
(Arbol á Jove consagrado), ó donde
Floresta oscura de carrascas densas
Envuelta yazga en silenciosa sombra.
Al agua cristalina,
Al pasto regalado

Vuelve á llevar tu grey cuando declina
El Sol, cuando sereno refrigera
El Héspero los aires, y levanta
Con su róscida luz al bosque mustio
La Luna, y el alcion por la ribera
Y el colorin entre jarales canta.

¿Qué diré de los líbicos pastores?
¿Sus inmensas dehesas
Cantaré, y sus portátiles cabañas
Acá y allá visibles sobre el llano?
Todo el dia, la noche, un mes arreo
Pace á las veces su ganado errante
Sin hallar de camino hospicio alguno;
¡Tan vasta soledad se abre delante!
Todo, todo consigo
Lleva el nómade andante ganadero:
Vivienda, y lares, y armas, y el famoso
Perro espartano y la cretense aljaba.
Así tambien el campeon romano
Las armas que la Patria le confía
En sus hombros sustenta;
Marcha veloz bajo el glorioso peso,
Y sobre el enemigo inadvertido
Plantando sus reales se presenta.

En las regiones donde el Scita mora,
Donde extiende sus aguas
La laguna Meótides, do el Istro
Túrbido vuelca sus arenas rojas,
Y el giro revolviendo de sus sierras

Ródope avanza bajo el polo mismo,
¡Qué diversas costumbres! Los ganados
En establos cerrados
Allí pasan la vida; que por siempre
Niega hierbas el campo, el árbol hojas.
Con montones de nieve y alto hielo
Informe yace el suelo,
Que siete codos su nivel levanta
En horizonte dilatado. Eterno
Allí reina el hibierno,
Y eternamente derramando frio
Soplan los Cauros. Nunca el Sol disipa
Allí la niebla y macilentas brumas,
Ni cuando á lo alto del excelso cielo
Llega de sus bridones conducido,
Ni cuando al mar que con su lumbre dora
Su fugitivo carro precipita:
¡Nunca! En el seno del corriente rio
Improvisados témpanos se cuajan;
Consolidada siente
Ferradas ruedas deslizarse encima
Onda que enántes hospedara popas
Y ahora á pesados carros da camino.
Hasta los vasos de metal se rajan,
Recias se paran las vestidas ropas,
El congelado vino
Con hacha se divide, en masas duras
Las extendidas aguas se convierten,
Y de ásperos carámbanos se eriza
La descompuesta barba al caminante.
No cesa en tanto de nevar el cielo:

Perecen los ganados;
Entre cimas de hielo
Yacen bueyes enormes derribados;
Y de las nieves al caer contínuo
Ejércitos sucumben de venados,
Cuyas astas apénas
Las puntas sacan á anunciar su ruina.
¿Qué al cazador los aguijados perros,
Qué las redes importan,
Ni las cuerdas de plumas carmesíes
Para oprimir los ciervos fatigados?
Acósalos de cerca, miéntras luchan
Por vencer con el pecho helados montes;
Con chuzos los embiste
La animosa partida, y, rebramando,
Los mata, y con clamores de alegría
Muertos los lleva á sus profundas grutas.
Allí, bajo la tierra, en ocio libre,
Alimentan el fuego aquellas gentes
Con añosas encinas
Y olmos enteros que á la hoguera arrastran:
Pasan en juegos las nocturnas horas,
Y con licor de fermentados granos,
O ya de ácidas serbas,
Ledas suplantan de la vid los dones.
Del Septentrion en los boreales climas
Así viven los hombres
En su salvaje independencia: el Euro
Crudo azota sus rostros, y á los cuerpos
Bermejas pieles de animales visten.

Si á la lana dedicas tu cuidado,
De tierras montüosas
Aleja desde luégo tu ganado,
Y lampazos evita, evita abrojos;
Huye tambien de exuberantes pastos,
Y selecciona siempre
Blancas ovejas de vellon süave.
Morueco, aunque nevado, como tenga
Bajo la húmida lengua negras manchas,
Repúdiale, no avenga
Que en la piel reaparezcan de la cria,
Y otro con vista indagadora escoge
En el henchido campo. Así algun dia
Pan, dios de Arcadia, te sedujo, Luna,
Llamándote á altos bosques disfrazado,
Si la fama no miente,
Y (¡oh cándido vellon de alta fortuna!)
Diz que fuiste al pastor condescendiente.

El que la leche sobre todo estime,
Cítiso á los apriscos lleve á mano
Y de loto fragante larga copia,
Y hierbas que con sal rociado hubiere;
Que la pasion del agua así se aumenta,
Y las lecheras ubres se dilatan
Con el beber, y de la sal ofrecen
Escondido el sabor en sus raudales.
Muchos hay que destetan los cabritos
Cuidando guarnecer el labio tierno
Con ferrados bozales
Que los aparten del favor materno.

Leche exprimida al clarear la aurora
Ó en las horas del dia,
Compáctanla de noche los pastores:
Leche ordeñada por la tarde, ó cuando
Se oculta el Sol, en fáciles vasijas
Llévanla á las vecinas poblaciones
La mañana siguiente, ó la conservan
Esparcida de sal para el hibierno.

Ni á los útiles canes
En tu cariño des lugar postrero.
Nutre, á par de la grey, al espartano
Lebrel veloce y al mastin moloso
Con suculento suero.
Con tan buenos guardianes
En tus establos al ladron nocturno
No temerás, ni la incursion del lobo,
Ni á tus espaldas al insomne Ibero.
Con perros, si te place,
Los tímidos onagros á carrera
Te es dado perseguir; con perros puedes
Liebres cazar y fugitivos gamos;
O bien con sus ladridos
Harás salir al jabalí espumante
De agreste madriguera;
Ó ya clamando por los altos montes,
A algun ciervo arrogante
Aventarás á do la red le espera.

Ni descuides quemar en tus establos
El oloroso cedro,

Y con vapor de gálbano destierra
Los fétidos quelidros. Muchas veces
En los pesebres, cuando están inmundos,
La víbora, temible á quien la toca,
Reñida con la luz, oculta yace;
Y muchas veces la culebra, peste
Funesta de las reses, bien hallada
A vivir bajo techo y á la sombra,
Y el hato á inficionar con su veneno,
De las majadas en el suelo anida.
Vista, pastor, acude;
¡Ea! coge una piedra, coge un palo;
No así la dejes con amago ardiente
Hinchar soberbia el sibilante cuello;
¡Hiere, hiérela! ¿Ves? Huye; en la tierra
Ya la cobarde frente honda sepulta;
Miéntras los intermedios eslabones
Y de la cola las postreras piezas
Desátanse á lo largo, y arrastrando
Sus vueltas lenta da la última rosca.
En las selvas abunda de Calabria
Maléfica serpiente
Que el pecho relevando, el lomo arrolla,
El escamoso lomo, y luengo trae
Con grandes pintas maculado el vientre.
En tanto que las fuentes de los montes
Brotando corren á ensanchar los rios,
Y húmida primavera, austros pluviosos
El seno reblandecen de la tierra,
Ella, de aguas dormidas cortesana
Y de frescas riberas moradora,

Allí vive, y devora
El pez bullente y la parlera rana,
Festin perpétuo á su implacable gula.
Mas así que el calor, el suelo abriendo,
Insano agosta los amigos lagos,
A los áridos campos sale fiera,
Los inflamados ojos revolviendo,
Amenazando estragos,
Con la sed y el ardor que la exaspera.
No á tales horas bajo cielo abierto
Mi frente halague con sus mudas alas
Sueño engañoso en apacible loma,
Cuando depone las deshechas galas
Y en juventud radiante el monstruo asoma,
Dejado habiendo en su cubierta estanza
Los huevos ó la cria;
Yergue el pecho, y al Sol, que incendios lanza,
Con la trisulca lengua desafía.

Tambien de las dolencias
Que afligen á los míseros ganados
Enseñaré las causas y señales.
Grosera sarna abruma
A las ovejas, si la lluvia fria
Más que suele, las cala hasta lo vivo,
Y de albas nieves erizada bruma;
O si el sudor, apénas esquiladas,
No lavado se adhiere,
Ó punzante zarzal sus carnes hiere.
Entónces los prudentes mayorales
Llevan todo el ganado á do le cubran

Las aguas dulces de agradable rio;
Aguijado se interna, y blandamente
Con húmedos vellones sobrenada
El carnero á merced de la corriente.
Ó bien, cocido el alpechin amargo,
Ungen con ello las mondadas pieles
Mezclando argéntea espuma, azufre vivo,
Pez rala y buena como brota en Ida,
Rica cera, aceitosa,
Y el enérgico eléboro, y marino
Bulbo, y negro betun. Modo es empero
De curar, entre todos expedito,
Cortar con hierro de la llaga el borde;
Miéntras mano eficaz no pone en ella,
Y tímido el pastor se está sentado
Rogando al Cielo que salud envíe,
Oculto vive el mal, oculto crece.
Mas si la enfermedad embravecida
Tenaz el centro de los huesos roe
Y los miembros consume árida fiebre,
Los internos ardores
Aprovecha arrojar, la vena hiriendo
Que á par de la pesuña hinchada asoma;
Cual suelen los Bisaltas, y el terrible
Gelono, cuando al Ródope remoto
O á los desiertos de los Getas vuela,
Que leche densa y sangre de caballo
Mezcla en un vaso y con placer le apura.

Cuando vieres alguna
Hija de tu rebaño que á menudo

A las amigas sombras se guarece;
Si floja va las hierbas despuntando
Y zaguera camina;
O si en medio del campo se reclina
Miéntras pace, y despues que el Sol fallece
Tarde cede á la noche, y triste y sola,
Al punto corta el mal, córtale á hierro,
Antes que á la manada inadvertido
Toque el contagio y pavoroso cunda.
No tan densos, presagos
De tempestad y estragos,
Turbiones sobre el campo se desatan,
Como plagas acuden
El ganado á oprimir. No á estas ó aquellas
Cabezas arrebatan:
De la grey la esperanza y la grey misma
Sucumbe al peso, y el linaje todo
Desparece, y de sí no deja huellas.
Mire esto por sus ojos el que vaya
La faz á ver de los aéreos Alpes,
Los Nóricos riscosos torreones,
Ó la campaña que el Timavo riega:
Reinos que fueron en antiguos dias
De opulentos pastores, hoy regiones
En larga y ancha direccion vacías!

Allí del aire inficionado un dia
Nació morboso temporal, cargado
Con todos los calores del Otoño,
Que á mansos y á feroces animales
Condenó á perecer, y con su aliento

Las aguas corrompió, vició los pastos.
Ni muerte fué de trámites sencillos:
Las venas abrasando sed fogosa
Los miserables miembros contraia;
Luégo líquido humor se dilataba
Disolviendo á su vez los huesos todos
De la cruel enfermedad gastados.
¡Cuántas veces en medio al sacrificio
En honor de los Dioses,
Miéntras ceremoniosos los ministros
Con blandas cintas la ínfula de lana
En atar se tardaban, moribunda
La víctima cayó! ¡Cuántas, si trajo
Alguna el sacerdote, ántes ya herida,
Ni sus entrañas recibiendo el ara
Con ellas se inflamó, ni consultado
Osó respuestas dar el adivino;
Que apénas se teñia
La aplicada cuchilla, y sangre impura
Manchaba escasa la sedienta arena!
Así en medio de pastos abundosos
Morian los becerros, y exhalaban
Junto á henchido pajar las dulces vidas.
Al cariñoso perro rabia fiera
Sobrevino tambien; tan anhelosa
Tremer hacía á contagiados cerdos
Y sus hinchadas fauces oprimia.
Y el corcel victorioso,
Ya de sus nobles juegos olvidado
Y del herboso prado,
De las líquidas fuentes huye triste

Y con inquieto pié la tierra escarba:
Inclina las orejas; por su cuerpo
Mana extraño sudor, que anuncia frio
Su inevitable fin, y á quien la toca,
Toda híspida la piel párase y dura.
Tales eran de muerte los presagios
En los primeros dias;
Mas si el mal avanzando se encrudece,
Ya los ojos les arden, y acezando
Con hondo aliento entre sollozos grave,
Las ijares dilatan; sangre negra
Brota de la nariz, y la garganta
Obstruye, atada allí, la áspera lengua.
En un cuerno á beber dábanles vino,
Y á los principios reputaron esto
Por único remedio á la epidemia;
Mas pronto infausta fué la medicina,
Que, el vigor que bebiendo recobraban
Los afligidos brutos
Mostrándose furor, sus propios miembros
Ya en brazos de la muerte, entre sus ánsias,
Despedazaban con agudos dientes.
¡Libre Dios á los buenos de mal tanto,
Y á odiosos enemigos lo reserve!
Hé aquí ya el toro al peso del arado
Humeante sucumbe, y por la boca
Sangrienta espuma despidiendo, brama,
Y por última vez. Mustio el labriego
Al novillo desunce que doliente
A su caido hermano sobrevive;
Desúncelo, y la reja

En medio del trabajo hincada deja.
¡Ah! ni la sombra de los altos bosques,
Ni de los prados la vestida grama,
Ni el rio que entre peñas salta al valle
Y puro como el ámbar se derrama,
Al mísero darán paz ni consuelo:
Sus miembros desfallecen,
Sus ojos se entorpecen,
La pesada cerviz desmaya al suelo.
¡Tristes! ¿y qué les valen
Tantos servicios y trabajos tantos?
¿Qué haber revuelto el seno de la tierra?
Cierto que ni de Baco ricos dones
Ni opíparos banquetes dar pudieron
Causa justa á su daño. Hojas y hierbas
Fueron su mesa, siempre igual; sus copas
Los cristalinos pozos, y su néctar
El agua fué de los corrientes rios;
Y enojoso cuidado
Nunca alteró sus apacibles sueños.

En aquella region y en esos dias,
Que no se hallaron cuentan
Blancas novillas en honor de Juno,
Y vióse al templo el carro de la Diosa
Por desiguales búfalos tirado.

Mal grado, en fin, los labradores mismos
La dura tierra con el rastro abrian
En vez de reja; con las propias uñas
Enterraban el grano, y por los montes,

La cerviz esforzando,
Chilladoras carretas arrastraban.
Ya cerca del redil no ensaya el lobo
Sus conatos de robo,
Ni de noche á las reses sigue el rastro;
Más urgente cuidado le atosiga.
Junto á los techos con los canes vagan
Tímidos gamos y veloces ciervos;
Y ya cuantos nadantes moradores
En sí la inmensidad del mar sustenta,
Como náufragos cuerpos á la orilla
La onda los echa; á otro elemento usadas
Por los rios subiendo huyen las focas.
En sus enmarañados escondrijos
En vano guarecida,
Tambien muere la víbora, y pasmada
Con erectas escamas, la hidra fiera.
Ni á las aves el aire fué propicio;
Que en medio desplomadas de su vuelo
La vida dejan en las altas nubes.
Y ya en vano es mudar de pastos; causan
Exquisitos remedios daño nuevo.
Nada alcanzan los sabios:
Retírase Quiron el de Filira,
Melampo Amitaonio se retira;
Ante el mal invasor vana es la ciencia.
Pálida de los reinos infernales
Tisífone enviada
Aparécese en tanto; su llegada
Miedo y enfermedades van nunciando,
Y su hórrida cabeza ella creciendo

Más y más cada vez yergue insaciable.
Con el balar de moribundas greyes
Y el contínuo mugir de los ganados,
Los tendidos collados
Retumban, y las áridas riberas.
Ya en colectivo estrago, ciento á ciento,
En los mismos establos la ímpia Furia
Corrompidos cadáveres hacina,
Hasta que á abrirles fosas y á enterrarlos,
Por fuerza al fin enséñanse los hombres;
Que ni era dado aprovechar las pieles,
Ni en aguas vivas ni á poder de fuego
Desinfectar las carnes. Ni siquiera
Los enfermizos sórdidos añinos
Posible era esquilar, ni ya tejidas
Tales lanas usar sin deshacerlas.
¿Qué digo? si ceñirse
Tan odioso vestido ensayó alguno,
De pústulas ardientes se cubria,
Y de inmundo sudor, fétido el cuerpo,
Y á poco descuidarse, fuego sacro
Los infestados miembros devoraba.

LIBRO CUARTO.

De la miel celestial el don divino
Ya me cumple cantar. Noble Mecénas,
A esta parte tambien tus ojos vuelve,
Y, en pequeño, espectáculos grandiosos
Gozarán: los magnánimos caudillos,
Las leyes y costumbres voy, por órden,
De un pueblo entero á describir, sus tribus
Y sus batallas, en el canto mio.
Pequeño asunto, sí; mas no pequeña
De trabajar en él será la gloria,
Si Númenes adversos no lo impiden
E invocado al cantor atiende Apolo.

El asiento, ante todo, y la morada
Que á las abejas oficioso elijas,
Al abrigo de vientos
Estén, que con sus soplos importunos
Acarrear impiden materiales;

Allí donde ni ovejas ni traviesos
Cabritos á las flores hagan daño;
Allí do la becerra
Que por el campo yerra,
No sacuda el prolífico rocío
Nacientes hierbas con el pié tronchando.
De la miel y sus ricos almacenes
Léjos demore el de escabrosa espalda
Dibujado lagarto; léjos anden
El ímpio abejaruco, y los dañinos
Pájaros sus cognados: sobre todo
Procne fugaz, la que manchado ostenta
El pecho con la sangre de sus manos;
Que ellos en largo espacio á la redonda
Hacen tala implacable, y de revuelo
Se llevan en el pico á las abejas,
Sabrosas presas á inclementes nidos.
Haya, eso sí, líquidas fuentes; haya
Remansos con tapiz de verde musgo,
Y un arroyuelo puro
Corra ledo y sutil entre la grama;
Y alguna palma ó acebuche ingente
Del colmenar la frente
Con la sombra proteja de su rama,
Porque, llegando la estacion propicia,
Cuando á nuevos enjambres nuevos reyes
Guian, y fuera del panal nativo
Ociosa gira la novel colonia,
Haya allí junto una ribera umbría
Que del calor á descansar les llame,
Y un árbol que, saliéndoles al paso,

Con frondoso hospedaje los detenga.

En medio al agua, ora apacible duerma,
Ora inquieta circule, atrevesados
Leños de sauce pon y piedras grandes,
Do puedan fatigadas las abejas
Como en contínuos puentes
Parar el vuelo, ú á orear aborden
Al sol estivo las abiertas alas,
Si con soplo importuno
El Euro las dispersa rezagadas
Ó en los senos las hunde de Neptuno.
Verde romero y sérpol oloroso
En torno abunden, y fragancia esparza
Floreciente ajedrea,
Y de sedientas violas el plantío
De larga fuente humedecer se vea.

Ora las formes de enhuecados corchos,
Ora las tejas de flexibles mimbres,
No tengan tus colmenas
Sino angostas entradas; que en hibierno
La miel aprieta penetrante frio,
Y á su vez la derriten los calores:
Grave daño uno y otro á las abejas;
Las cuales en sus casas á porfía
No en vano con su goma resinosa
Tapan las grietas que entreabrirse miran,
Y con zumo de líquenes y flores
Cubren los bordes, y al intento mismo
Glutinosa materia depositan,

Más que la liga densa,
Más tenaz que la pez que en Ida brota.
Y tambien (si verdad la fama dice)
Muchas veces en hoyos so la tierra
Cavaron las abejas sus hogares,
Y húbolas que se hallasen encovadas
En hueca peña ó carcomida encina.
No por eso las niegues
Tu auxilio, ántes con fino barro en torno
Los porosos cubiles baña y frota,
Y breve y rara hoja extiende encima.
Ni en los alrededores
De la poblada estancia tejos sufras,
Ni dejes á la lumbre
Cocer rojos cangrejos, ni te fies
De honda laguna, ni de aquellos sitios
Do el cieno exhala fétidos vapores,
Ó donde heridos los peñascos huecos
Las vibraciones de la voz repiten,
Y los ecos suceden á los ecos.

Tocante á lo demas, cuando derriba
Bajo el polo al hibierno el Sol dorado
Y con blando esplendor despeja el cielo,
La abeja acude al punto á monte y prado,
El cáliz de las gayas flores liba,
Y el curso de las aguas en su vuelo
Rasando va, cual ellas fugitiva:
De aquí la misteriosa
Dulzura con que á prole y nido entónces
Da favor y calor; de aquí los medios

Con que ella nueva cera y firmes mieles,
Maravilloso artífice, fabrica.
Cuando saliendo ya de la colmena
Lanzarse vieres á la etérea altura
El ejército alado,
Y en piélagos nadar de luz serena,
Y á merced de los vientos confiado
A manera venir de nube oscura,
Mira, mírale atento;
Siempre aguas dulces y frondosas copas
Las volantes abejas solicitan.
Tú entorno esparce del presunto asiento
Los perfumes que enseña la experiencia,
Majado toronjil, vulgar cerinto;
Y, música á Cibéles favorita,
Tímpanos suena, címbalos agita.
Al hojoso recinto
Que con tales aliños les adobas,
A sepultarse ellas vendrán de grado,
Cual suelen, en las íntimas alcobas.

Mas si salen de guerra... Muchas veces
Entre dos reyes disension ruidosa
Nace, y fiero tumulto; y ya á distancia
El alboroto popular, y aquellos
Pechos que laten en afan de lucha,
Es dado presumir; que bien se escucha
Marcial clangor que al más moroso excita,
Y siéntese la voz que á las trompetas
La fragorosa resonancia imita:
Ordénanse animosas,

Tersan la pluma, el aguijon afilan,
Y aperciben el brazo á la batalla;
A par del Rey, cabe la régia tienda,
En densos escuadrones se colocan,
Y con gran clamoreo
Al enemigo ejército provocan.
Luégo, pues, que de hermosa primavera
Gozar consiguen, y de abiertos campos,
Las puertas dejan y la lid se traba:
Con el alto rumor los aires zumban,
Y revueltas en gruesos pelotones
A tierra ciento á ciento se derrumban.
No más denso el granizo cae, ni tantas
Bellotas llueve sacudida encina.
Con grandes almas en pequeños cuerpos
Ambos jefes discurren por las haces,
Y desplegadas las insignes alas,
En no ceder se empeñan
Hasta que á éstos tal vez, tal vez á aquéllos
A dar la espalda el vencedor obligue.
Tan grandes guerras, tan tremendas iras
Acaban en un punto
Si un puñado de polvo al aire tiras.

Como hayas de la iza
A entrambos generales separado,
Condena á muerte al que inferior parezca,
Porque ocioso no estorbe; el más castizo
El reino abandonado ocupe solo.
El mejor de los dos (pues hay dos clases)
Luciente de oro y con realzadas manchas,

Señálase tambien por su figura,
Y escamas rutilantes le hermosean:
Flojo aquel otro, en la inaccion raído,
Trae inglorioso un dilatado vientre.
Así como los Reyes son sus pueblos,
De dos clases tambien: hállanse abejas
Astrosas, al viajero semejantes
Que envuelto en polvoroso torbellino
Llega, y con seca boca tierra escupe
Sediento; y otras hay resplandecientes,
De ardor bañadas, revestidas de oro,
Y de pintas iguales salpicadas.
Son éstas las mejores:
Estas, llegando la sazon precisa,
A coger te darán sus dulces mieles,
Mieles no dulces sólo,
Mas tambien puras y á templar llamadas
El áspero sabor al don de Baco.

Cuando repares que en dudoso vuelo
Enjambres se solazan por el cielo
Que poniendo en desprecio sus panales
Su hogar dejaron solitario y frio,
Sus veleidosos ánimos separa
De tan vano solaz; ni á mucha costa
Lograrás separallos
Como arranques las alas á los reyes;
Que cuando ellos reposan, no hay vasallos
Que osen viajar por la region del viento
Ni enseñas arrancar del campamento.
Los convide á su seno un delicioso

Fragante huerto de pintadas flores,
Que Priapo, aquel dios del Helesponto,
A pájaros medroso y á ladrones,
Señoree empuñando su hoz de leño.
El guardian señalado á estos dominios,
Tomillo y pinos de los montes altos
Traslade él propio, y en el duro empeño
Las manos encallezca;
Cada ferace planta él mismo ponga,
Y con lluvia amorosa la humedezca.

Yo, si próximo al fin de la faena
No fuese velas recogiendo ahora,
Y fatigado á la vecina arena
No desease ya arrimar la prora,
Quizá el arte diria
Que opulentos jardines hermosea;
De Pesto los rosales cantaria
Que cada un año no una vez florecen:
La endibia, que en las aguas se recrea
Del arroyo sedienta; del arroyo
Las márgenes, que de apio reverdecen;
El melon tortuoso que serpea
En la hierba, y en orbes se dilata;
Ni al narciso tampoco, de tardía
Cabellera, en mi canto callaria;
Ni las varillas del flexible acanto,
Ni las hiedras blanquizcas, ni los mirtos
Que á las riberas se aficionan tanto.
Bajo las altas torres de Tarento,
En donde rubio y espigoso llano

Galeso cavernoso baña lento,
Haber visto recuerdo á un buen anciano.
Era Coricio el tal: pocas yugadas
De un campo cultivaba ántes baldío,
Ni conveniente á la labor de arado,
Ni propicio al ganado,
Ni oportuno de vides al plantío.
Allí, con todo, entre espinosos setos
Ordenaba hortalizas en la era,
Y verbenas en torno cultivaba,
Y el blanco lirio y suave adormidera.
Él de noche á sus rústicos hogares
Tornando, con manjares
No comprados su mesa aderezaba;
Y en riquezas, ufano de las suyas,
Emulo de los Reyes se ostentaba.
El la rosa primera
Segaba en primavera;
Él en otoño la primera fruta;
Y cuando daba el aterido hibierno
Peso de nieve á las robustas rocas
Y de hielo prisiones á los rios,
Él ya, de flores al jacinto tierno
Desnudando, en sus triunfos al verano
Llamaba, y á los céfiros, tardíos.
Él, pues, era el primero
En ver multiplicarse sus abejas
En precoces enjambres; el primero
En coger de panales quebrantados
Miel espumosa, y él quien más en tilos
Y munificos pinos abundaba;

Y cuantas frutas en vestidas flores
Cada árbol fértil suyo prometiese,
Tantas daba maduras en otoño.
Adultos olmos y el peral ya firme
Y ornado de ciruelas el espino
Él trasplantaba en ordenadas calles,
Y el plátano, ya á punto
De dar á bebedores su ancha sombra.
Mas el límite impuesto á mi carrera
Respetaré, y el delibado asunto
Dejo al que, en pos de mí, cantarle quiera.

Ea: aquellos sociables
Instintos ya diré que á las abejas
Jove mismo infundió, y ellas llevaron
En galardon, porque volado habiendo
En pos de los Curetes, atraidas
De sus sonoros címbalos, criaron
En la cueva Dictea al Rey del cielo.
Solas ellas habitan como hermanas
Estrechas casas, y comunes hijos
Educan, y de leyes se gobiernan
Perpétuas y admirables; y ellas solas
Patria conocen y Penates fijos.
Próvidas venidero hibierno otean
Y en estivos trabajos se ejercitan,
Y cuantas provisiones acarrean
En comunal acervo depositan.
Mirar por el sustento deben unas,
Y por pactado acuerdo
En la campiña vagarosas labran;

Otras en lo interior de sus mansiones
Lágrimas ponen que Narciso llora,
Y de cortezas pegajoso glúten,
Por primer fundamento á sus panales;
Y la cera tenaz suspenden luégo.
Otras nuevos enjambres acaudillan
Que de la casta la esperanza encierran;
Otras apuran suave miel, y al cabo
Líquido néctar las celdillas colma.
Las hay tambien á quienes toca en suerte
La guarda de las puertas, y por turnos,
Augures de la lluvia, contemplando
Se están las nubes y el mudable cielo.
Y ó bien salen de paz, la carga ajena
A recibir ufanas, ó en batalla
Cierran, y del castillo
Los zánganos arrojan, vil canalla;
Toda en tanto es calor la útil faena,
Y la amorosa miel huele á tomillo.
Y así como de masas maleables
Forjan rayos los Cíclopes desnudos
No hay tregua: cuáles de ellos dan tormento
Al fuelle soplador de piel bovina,
Aire absorbiendo y arrojando; cuáles
Zabullen en el agua convecina
Con estridor fogoso los metales;
Con los heridos yunques Etna gime;
Ellos con fuerza el brazo alzando, iguales
Alternos golpes dan; tenaza emplean
Mordaz, y el hierro sin cesar voltean:
Así tambien (si comparar es dado

Con una cosa grande otra pequeña)
Mueve á los doctos áticos insectos
Nativo anhelo de adquirir, que empeña
A cada uno en su oficio. La custodia
De la ciudad, y el guarnecer panales
Y el fabricar artificiosos techos
A las ancianas de la tribu toca:
Las abejas más jóvenes en tanto
Vuelven, ya muy de noche, á sus moradas,
Las alas fatigadas,
Llenos los piés de néctares y aromas.
Madroño y casia en su volar ligero
Girando pacen, el jugoso tilo,
El purpúreo zafran, el sauce cano,
Los cárdenos jacintos y el romero.
Es para todas ellas
Uno el descanso y el trabajo es uno:
Con el albor primero matutino
Las puertas dejan; no hay tardanza; y cuando
De la tarde el lucero
Que del pasto descansen les intima,
El vuelo tornan á los patrios techos
Concordes, y sus cuerpos refocilan:
En torno al colmenar primero oscilan
Zumbando, y á las puertas se arrebozan;
Mas luégo acomodándose en sus lechos
Hacen silencio, y dan los cuerpos lasos
A aquel cierto sopor de que ellas gozan.
Cuando lluvias amagan, no se atreven
A alongarse; y del cielo,
Si los Euros asoman, desconfian,

Y las alas no explayan;
Mas al pié se guarecen de sus muros,
Y allí seguras beben,
Y breves excursiones sólo ensayan.
Tambien toman á veces pedrezuelas,
Como lastre el bajel que la onda azota,
Y entre nieblas, con ellas, por el cielo
Equilibrian el vuelo.
¿Y á quién admiracion no dan aquellas
Castas costumbres? No el amor les place;
Jamás se dieron á enervante enlace,
Ni conocen del parto los dolores;
Mas ellas sus hijuelos con la boca
En hierbas delicadas
Y en los pétalos toman de las flores;
Y así Rey y Quirites pequeñuelos
Renovar les es dado, y sus moradas
Y su ciudad reconstruir de cera.
Las leves alas contra dura roca
Rompe á las veces una audaz viajera,
Y al peso de la carga ya rendida
Da gustosa la vida;
¡Que tanto de las flores el cariño
En ellas puede, y tanto
De fabricar su miel la dulce gloria!
Es su existencia breve,
Siete veranos á lo sumo alcanza;
Mas su linaje permanece eterno:
En dilatados años persevera
La gloria del solar, y la familia
Por abuelos de abuelos se numera.

No Egipto, no las Párticas regiones,
No el medo Hidáspes, no la ingente Lidia,
Como ellas á sus Reyes tanto acatan:
Todo es paz, vivo el Rey, todo concordia;
Faltando el Rey, ellas sus pactos rompen,
La acumulada miel meten á saco,
Y las tejidas tiendas desbaratan.
El monarca dirige los trabajos:
Él es reverenciado; de él en torno
Los súbditos se agrupan
En densas filas con rumor confuso;
Y alzándole en sus hombros muchas veces
Por él ponen el pecho á adversos tiros
Y honrosa muerte entre los golpes buscan.

Muchos, tales acciones contemplando,
Que una porcion de espíritu divino
Reside en las abejas indujeron,
Bien como efluvios de la etérea esencia;
Pues Dios, arguyen, lo penetra todo,
Tierras, y mares, y el profundo cielo;
Y de él hombres y brutos
Y cuantas fieras por los montes vagan
Reciben, al nacer, la tenue vida;
Y á él las cosas en fin se restituyen
Cuando en sus primitivos elementos
Se descomponen; y lugar no queda
A la aniquilacion; ántes vivientes
Vuelan las almas á tornarse en astros
Y en el fondo del cielo se colocan.

Cuando angostos depósitos abriendo
A sacar te apercibas
La atesorada miel de sus colmenas,
Rociándote primero
Con agua, agua en la boca vuelve, y lleva
En la mano delante humos hostiles.
Dos veces en el año
Hay sazonada miel, y dos los tiempos
Son de hacer su cosecha: cuando asoma
La pléyada Taigete su faz pura
Y con pié desdeñoso el seno hiere
Del líquido Oceano; y cuando, huyendo
De la constelacion del Pece acuoso,
Del cielo, triste ninfa,
Cae ella á hundirse en hibernales ondas.
Ofendidas, en cólera se encienden
Fiera; en las mordeduras inoculan
Veneno, y aferrándose á las carnes
Clavados dejan invisibles dardos;
Y así el arma y la vida
Pierden furiosas en la misma herida.
Mas si tú, previsor y compasivo,
Auguras temeroso un recio hibierno,
Y á tí y á ellas mirando, te condueles
De su futuro miserable estado
Que tristeza será todo y rüina,
No por eso te arredres
De zahumar con tomillo sus mansiones
Y cercenarles la superflua cera.
Así favor les das; que á los panales
Calar suele el lagarto escurridizo,

Y en densa muchedumbre
Medrosas de la luz las cucarachas;
Y el zángano holgazan, que el pasto ajeno
Gasta, miéntras el tábano esforzado
Combates da con superiores armas:
Tambien, perversa casta, las polillas
Hacen á sordas pavoroso estrago;
Y vista fué mil veces ya la astuta
Araña, de Minerva aborrecida,
A las puertas colgar sus flojas redes.
Más laboriosas miéntras más les falte,
En reparar se empeñan las abejas
De su afligido pueblo las rüinas,
Y á henchir sus aposentos se apresuran
Y sus paneras á tejer de flores.

Que si en triste dolencia desfallecen;—
Pues las mismas miserias que á nosotros,
A los insectos, por haber nacido,
Afligen. Ni los signos son dudosos
Que en las abejas el contagio anuncian.
Múdase luégo la color; en ellas
Hórrido vese y macilento aspecto;
Sacando á las difuntas del recinto,
En triste funeral las acompañan:
Unas, pendientes al umbral, se miran
Enredadas de piés; otras adentro
Se esconden, con el hambre acobardadas,
Y entumecidas del rigor del frio.
Hueco y cascado són, largo susurro
Forman, á la manera

Que solloza en las selvas Austro helado,
O como el mar con refluyentes ondas
Agitado se queja, ó como gime
Hirviendo el fuego en los cerrados hornos:
Tú, pues, en casos tales
Las colmenas con gálbano zahuma,
Y miel en canalejas
De caña introduciendo á las dolientes,
Con cariñosa voz, con ruego instante
Al conocido pasto las convida.
Y es bien que con la miel el zumo mezcles
De majadas agallas, rosas secas,
Mosto mermado asaz á fuego lento,
Y de la psitia vid pasos racimos,
Y tomillo salsero, y la centáurea
Rica en vivos olores. En los prados
Hay tambien una flor á quien de *amelo*
La agricultura gente impuso el nombre:
Planta es que á quien la busca obvia se brinda;
Pues tallos brota de una sola cepa
En profusa abundancia; de oro el disco
Tiene, mas en los pétalos que en torno
En larga copia esparce,
A vueltas del negror de la vïola
El brillo de la púrpura reluce:
En festones tejida ella á menudo
Dió á los sacros altares ornamento:
Ingrato es su sabor: cogerla suelen
En afeitados valles los pastores
Miéntras guian su grey, y en las orillas
Corvas abunda del humilde Mela.

Tú en vino generoso sus raíces
Cuece, y de ello colmados canastillos
Cual pasto salutífero á las puertas
De la familia mísera coloca.

Quien viere que de súbito se extinguen
Sus enjambres, y estirpe no le queda
Que el linaje restaure, oiga y admire
Del mayoral de Arcadia
La invencion memorable; oiga los medios
Por donde tantas veces
Abejas dió la corrompida sangre
De una inmolada res. Desde un principio
La historia, cual la fama la susurra,
Enseñaré en mi canto. Allá en comarcas
Do la felice gente de Canopo
(Ciudad de orígen macedon) cultiva
Campos que cubre derramado el Nilo,
Y en torno de sus predios
El remo boga en pintorescas barcas;
Allá donde zozobras los confines
Causan de la flechera Persia, y donde
Al verde Egipto con su limo negro
Fertiliza, y brotando
En siete brazos se divide el rio
Que entre los prietos Etiopes nace,
Toda aquella region, que abejas cria,
Ha cifrado en esta arte su esperanza.

Pequeño, y al intento acomodado
Lugar eligen: á tinglado angosto

Y tabiques estrechos le reducen:
Cuatro ventanas á los cuatro vientos
En ellos abren, que del Sol reciban
En rayo oblicuo claridad menguada.
Entónces un novillo
Traen en cuya frente de dos años
Ya el asta asome y ya á encorvarse empiece.
Tápanle ambas narices, y el aliento
Ahóganle en la boca á viva fuerza;
Le oprimen; carne y huesos todo junto
Sin llagarle la piel muélenle á golpes,
Y en la cerrada cámara le dejan
Tendido en lecho de cortadas ramas,
Frescas ramas de casia y de tomillo.
Tal hacen cuando Céfiros tempranos
Comienzan á rizar las ondas, ántes
Que de nuevos matices se arrebolen
Los prados; ántes que á los techos cuelgue
Parlera golondrina el dulce nido.
Fermenta en tanto en los deshechos huesos
Cálido humor, y en peregrino modo
Enjámbranse animales, que primero
Faltos de piés, de alas despues vestidos,
De zumbadoras alas que en las leves
Auras ensayan más y más, al cabo
Saltan perfectos cual la recia lluvia
Que de las nubes de verano brota,
Cual del nervio pujante las saetas
Que rompiendo la lid lanzan los Partos.

¿Cuál Dios á los mortales

Esta traza enseñó por vez primera?
¿Cuándo ellos á aplicarla principiaron?
Vosotras lo decid, divinas Musas.

El pastor Aristeo
Huyendo, es fama, del herboso valle
Que con sus aguas ilustró Peneo,
Porque á la vez de enfermedad é inedia
Morir á sus abejas visto habia,
Del sacro rio aquel cabe la fuente
Detúvose doliente,
Y en prolijo lamento así decia.
«Cirene, madre mia,
Tú que en el fondo de estas aguas moras,
¿De la preclara estirpe de los Dioses
(Si es, cual cantas, mi padre el timbrio Apolo)
A qué me diste el sér? ¿para que el Hado
Me maltratase así? ¿O á dónde es ido
El entrañable amor que me tuviste?
¡Y de inmortalidad al alto asiento
Me mandaste aspirar! Este, este mismo,
Aunque en vida mortal, glorioso estado
Que á fuerza de desvelos y fatigas
Pastor á un tiempo y labrador cobraba,
Hoy mísero le pierdo,
Y tú viéndolo estás y eres mi madre!
Acaba, pues: mis árboles opimos
Ven y descuaja por tu mano; mueve
A mis establos enemigo fuego;
Mis mieses tala, mis sembrados quema,
Implacable segur mete en mis viñas,

Si de un hijo el honor te duele tanto!»
Confusamente el ruido de su llanto
Bajo el profundo tálamo del rio,
De sus ninfas servida, oyó la madre.
Ellas á la sazon hilando estaban
De lana tinta en la color del vidrio
Émulos copos del vellon milesio.
Allí Drimo y Filódoce y Ligea
En círculo; allí Janto,
Nesa, Spio, Cimódoce y Talía,
Esparcidos los nítidos cabellos
Por los cándidos cuellos;
Y la rubia Licórias y Cidipe,
Recien probada aquélla
En trances de Lucina, ésta doncella:
Allí Clio y Beroe, ambas nacidas
Del Océano, y ambas
Ceñidas de oro y matizadas pieles:
Opis, Efire, Deyopeya asiana,
Y Aretusa veloz, que al fin el arco
Depuesto y las saetas,
Rendida á la fatiga reposaba.
Celebra entre ellas la gentil Climene
Las inútiles artes de Vulcano,
Y de Marte el ardid, sus dulces robos;
Y hasta el antiguo Caos
Subiendo, los amores de los Dioses
En apiñada sucesion cantaba.
A cuyo canto las atentas Ninfas,
Miéntras desvuelven el mechon süave
Que con los husos tuercen,

Estaban las historias escuchando.
Hiere otra vez el maternal oido
Del pastor el gemido.
Todas en sus mansiones cristalinas
Suspéndense las Ninfas, y entre todas
Diligente Aretusa
Por cima de las aguas la cabeza
Alzando, sacudió sus hebras de oro,
Torna á mirar, y desde léjos dice:
«Cirene, hermana mia,
No en vano te asustaron
Tan grandes ecos de dolor: el mismo
Hijo de tus entrañas, Aristeo,
Largo llanto derrama
Cabe el raudal del genitor Peneo,
Y con renombre de cruel te llama.»
Nuevo afan, más solícito deseo
Atosiga á la madre, y «¡Venga, venga!»
Dice; «que de los Dioses los umbrales
Le es lícito pisar.» Y manda al punto
Que el agua se divida á recibirle
Y sendas abra por do baje al fondo
El ilustre mancebo. Altas las ondas
A manera de cerros se levantan,
Y envuelto en su ancho seno
Le depositan bajo el hondo rio.

Ya el huésped á su paso
Atónito contempla de la madre
El palacio y las húmedas regiones,
Las frescas grutas y silbosos bosques,

Y entre espeluncas escondidos lagos.
Oye rumores vagos
De muchas aguas, y los grandes rios
Ve que debajo de la tierra manan
Con vária direccion: el Lico, el Fásis
Repara, y las cabezas
De do brota profundo el Enipeo,
Y el padre Tibre y los raudales de Anio,
Y entre rocas el Hípanis sonante,
Y el Caico de Misia; y mira erguirse
En faz de toro y con dorados cuernos
A Erídano, que campos ricos trata
Y bajo el manto de la mar purpúreo
Con desusado arrojo se dilata.

Despues que ya Aristeo
Entró bajo los huecos artesones,
En colunas de pómez sustentados,
Materna alcoba, y que sus vanas quejas
Cirene oyó, las plácidas Nereides
Aguamanos le ofrecen, y en seguida
Sirven toallas de atusado vello.
Otras cubren las mesas de manjares,
Llenas copas reponen,
Y arden arabio incienso en los altares.
Vuelta al hijo Cirene,
«Alza esta copa de meonio vino,
Y libemos,» le dice, «al Oceano»;
Y al Oceano al mismo tiempo invoca
Por padre de las cosas, y á las Ninfas
Que cien bosques custodian y cien rios;

Tres veces ella sobre el sacro fuego
Vuelca el líquido néctar, y tres veces
Vuela al techo la llama entre esplendores.
Con tan felice agüero
Animada la Diosa, así comienza:
«En los Carpacios golfos de Neptuno
Mora el sabio Proteo,
Cerúleo vate, en su gentil carroza
Que bípedos caballos semipeces
Uncidos tiran sobre el mar inmenso.
En los puertos holgándose de Emacia
Visita ahora su natal Palene.
Veneracion tenémosle las Ninfas,
Y el gran padre Nereo
Venérale tambien; que él lo pasado,
Presente y porvenir, todo lo sabe,
Por obra y recompensa de Neptuno,
Cuyo ganado de disformes focas
En profundos abismos apacienta.
Hasle, hijo, de ceñir con ligaduras,
Porque las causas él de tu desgracia
Revele, y de salud te abra camino;
Que no de otra manera sino atado
Sus enseñanzas á dictar se aviene.
Ni esperes con plegarias reducille:
Fuerza, fuerza has de hacerle, y con prisiones
Cautivo sujetarle, á fuer de malla
En que en balde sus dolos vueltas dando
Primero que romperla ellos se rompan.
Yo misma, cuando en medio de su giro
Ardores vibre el Sol (ahora en que mueren

De sed las plantas, y la sombra invita
Más sabrosa que nunca á los ganados),
Te llevaré al retrete en que acostumbra
Viniendo de las ondas recogerse
Fatigado el anciano. Allí tendido
Entregárase al sueño, y tú embestirle
Fácilmente podrás. Mas oye atento:
Así como entre manos y en cadena
Cogido ya le tengas, él de monstruos
Mil formas tomará por engañarte;
Mostraráse de pronto á tus miradas
Ya jabalí erizado, ya hosca tigre,
O escamoso dragon, ó bien leona
De bermeja cerviz: ora cual fuego
Estallará soltándose, ora en agua
Sutil parecerá que se deshace.
Tú mientras más figuras finja y mude,
Los vínculos tenaces más le aprieta,
Hasta que torne á aquella en que le hallaste
Cuando empezaba del tranquilo sueño
A gustar que sus párpados cubria.»

Así dice Cirene,
Y la fragante líquida ambrosía
Vertiendo, el cuerpo todo unge del hijo;
El cual en un instante
De la aliñada cabellera exhala
Suave aroma, y ya su pecho anima
Competente vigor. Hay un cavado
Monte, y del monte á un lado
Profundo un antro, á donde empuja el viento

Gran copia de aguas, que á romperse llegan
Y rómpense á morir en los recodos.
Acosados tal vez, allí los nautas
Hallan grato abrigaño; allí Proteo
Con una enorme roca
Defendiendo la entrada, se guarece.
En un cabo sombrío hora la Ninfa
Al mancebo coloca; entre una nube
Ella misma á distancia se cautela.
Arde en tanto en el cielo
Sirio, y del Indo la sedienta zona
Consumidor abrasa: el Sol fogoso
La mitad del espacio de su curso
Ha devorado ya: mustios se inclinan
Los agostados árboles; y yacen
Los huecos rios con las fauces secas,
Oprimidos del rayo, que sus aguas
Sorbe, y el limo de sus lechos cuece.
A esta sazon hácia la usada gruta
Saliendo de las ondas se encamina
Proteo; los mojados habitantes
Del dilatado mar entorno saltan
Y el salado cristal léjos esparcen;
Y ya al sueño sus miembros en la playa
Vueltas acá y allá rinden las focas.
El á su vez (cual en los montes suele
De un establo el guardian, cuando del pasto
La estrella de la tarde á los becerros
Reduce á casa, y el cordero empieza
Al lobo á alborotar con sus balidos)
En medio del escollo alto se sienta

Y su rebaño cuenta.
No despreció Aristeo la propicia
Ocasion; mas apénas vió al anciano
Que fatigado el cuerpo reclinaba,
Precipítase encima
Con gran clamor, y en tierra con esposas
Atale. Él por su parte,
Maravillosamente trasfigura
Su sér (antiguas artes no olvidando),
Y en sucesivas formas aparece
Fuego, monstruo feroz, fugace rio.
Mas salida no logra su artimaña;
Su semblante recobra verdadero
Vencido, y habló, en fin, como habla un hombre:
«¿Pues quién traerte pudo,
Mozo audaz por extremo, á mi morada?
¿Ó qué buscas aquí?» Respondió el otro:
«Tú lo sabes, Proteo, tú lo sabes;
¿Quién te engañó jamás? Falacias deja.
Por divino precepto vine, en suma,
Y en mi doliente estado
Oráculos espero de tu boca.»
Esto dijo no más. El vate entónces
En laborioso esfuerzo
Tuerce inspirado los ardientes ojos
De verdinegro resplandor, los dientes
Rechina, y con palabras
Así descorre el velo de los hados:

«La cólera de un númen te persigue;
¡Grande crímen expías!

Por tí sumido en sempiterno duelo
Orfeo contra tí castigos lanza;
De la perdida arrebatada esposa
El rabioso recuerdo le importuna,
Y si no lo remedia tu fortuna,
Su sombra tomará cabal venganza.
Huyendo por las márgenes del rio,
Huyendo iba de tí con presta huella
La mísera doncella,
Que, al paso, en la alta hierba ¡ay! escondida
La hidra horrenda no vió que allí velaba,
Mortal peligro á su inocente vida.
El coro de las Dríadas doliente
(Sus hermanos de infancia) de los montes
Hinchieron las alturas con gemidos.
Lamentaron del Ródope las cumbres
Y el erguido Pangeo
Gimió, y de Reso la marcial comarca,
Y los Getas, su muerte; honróla el Hebro
Y la ateniense Oritia con su llanto.
Con su cóncava cítara él, en tanto,
Consolaba su amor, siguiendo á solas
El curso de las olas;
Y á tí, dulce mujer, naciendo el dia,
A tí cantaba cuando el Sol moria.
El las fauces del Ténaro, y de Dite
Tambien las puertas penetró, y aquella
Negra selva que horror pone y espanto:
Presentóse á los Manes, y al temido
Rey y su corte, que al humano ruego
Duros cerraron corazon y oido;

Y arrebatados del divino canto
De los senos del Érebo profundos
Simulacros sin vida y sombras tenues
Tales iban, y tantas, cual las aves
Que á guarecerse en la arboleda umbría
Encaminan el vuelo
Si el Véspero su luz brilla en el cielo
O ráfaga hibernal el monte envía.
Imágenes allí se ven que fueron
O matronas tal vez ó ciudadanos,
Magnánimos difuntos campeones,
Y tímidas doncellas,
Y cándidos garzones,
A quienes ya, cabe la alzada pira,
Lloró el padre infeliz que arder los mira.
Védanles el regreso, del Cocito
El negro limo y los informes juncos;
Del odioso pantano la onda torpe
Atájales, y Estigio los circuye
Con siete vallas en oblicuos giros.
Pasmáronse áun las hondas
Tartáreas sedes de la Muerte triste;
Aun las fieras Euménides, crinadas
De lívidas serpientes, se pasmaron
De aquel mágico acento:
Murió el ladrido en la entreabierta boca
Del can trifauce; y porque el són la toca,
La rueda de Ixïon paró, y el viento.

»Ya el pié el cantor volvia
Triunfante, y de peligros bien librado:

Restituida Eurídice á su esposo,
Del esposo siguiendo las pisadas
(Condicion que Prosérpina impusiera)
Ya se elevaba á la region del dia.
En esto del amante se apodera
Momentánea locura,
Impetu que perdon mereceria
¡Ay! si el Infierno perdonar supiera.
Y fué así que al umbral del aura pura,
El mísero, en su pecho
Venciendo amor y olvido,
Tornó su triunfo á ver: desvanecido
Su trabajo contempla, y lo pactado
Con el tremendo Rey, roto y deshecho.
Fragoroso rumor se oyó tres veces
En los abismos del Averno, y ella,
«¿Cuál,» dice, «¡ay triste! cuál demencia, Orfeo,
A perderme ha venido y á perderte?
Atras Hado cruel volver me manda,
Y el sueño de la muerte
Sepulta ya mis zozobrantes ojos.
¡Adios! envuelta en pavorosa noche
Arrebatada voy: ¡adios! en vano
A tí, tuya ántes, ¡ay! las palmas tiendo!»
Dice, y piérdese huyendo
Cual humo que en los aires se desata,
En direccion contraria; y al amante,
Que sombras apalpando por cogella
Corre en pos delirante,
Jamás á ver volvió desde ese instante.
Ni del Orco el guardian, en la interpuesta

Laguna, desde entónces
Abrir quiso camino á alma viviente.
¿Y á dónde el triste iria
Una vez y otra vez desposeido
De su bien? ¿Con qué ruego, con cuál llanto
A los Manes y Dioses moveria?
Ella en la estigia tabla iba entretanto
Bogando ya, doliente sombra y fria.

»Siete meses arreo
Junto á las ondas de Estrimon es fama,
Llorando estuvo Orfeo
Bajo una envanecida roca, y solo,
Tornando al tema infausto y flébil canto,
Al cielo se quejaba y las estrellas,
De bronce á sus querellas;
Y al sonar de su música divina
Manso el tigre mostróse, y por gozalla
Ibase en pos la descuajada encina.
De un álamo á la sombra filomena
Así sus hijos llora
Que duro labrador, dentro del nido
Mirando implumes, le robó en mal hora;
Y en la noche serena
Repite allí en la rama
Su endecha lamentable, y el gemido
En ecos por los campos se derrama.
No hubo ya amor, placer, gustos nupciales
Que su ánimo doblasen. Solitario
Los hiperbóreos hielos y el nevoso

Tánais, y campos que jamás perdieron
Sus hórridas escarchas, visitaba,
Y el rapto de la esposa, y la mentira
De las gracias de Dite lamentaba.
Menospreciadas, del piadoso oficio
Las hijas de Ciconia se ofendieron,
Y en ruidosas nocturnas bacanales,
En medio al sacrificio,
Los miembros del mancebo destrozaron,
Los trozos en los campos esparcieron.
Segado el vulto del garzon divino,
El vulto alabastrino
Que arrastran de Hebro las paternas ondas,
«¡Ay desdichada Eurídice!» áun decia
Su moribunda voz, su lengua fria,
Huyendo en tanto el ánima ligera;
«¡Eurídice!» y rodando el són doliente
A par de la corriente,
«Eurídice!» retumba la ribera!»

Así Proteo dijo,
Y lánzase á la mar; y allí por donde
Lanzándose se esconde
Debajo de las aguas, espumoso
Remolino formó. No así Cirene;
Antes, medroso el hijo,
Con voces tales á alentarle viene:
«De enojosos cuidados, hijo mio,
Libre puedes vivir. La causa sabes,
La causa toda de la peste aciaga.

Ya ves por qué las enojadas Ninfas
Con quienes coros en los altos bosques
La triste aderezaba,
Trajeron á tus míseros enjambres
General destruccion. Paz implorando
Tú, y dones ofreciendo,
Ve, y adora las fáciles Napeas,
Que acogerán tus ruegos con perdones
Y depondrán sus iras. Oye el modo:
Cuatro elige ante todo
Toros eximios de arrogantes formas,
De aquellos que en las cumbres del Liceo
Tienes, paciendo su verdura; y cuatro
Novillas de cerviz no al yugo usada:
En los adoratorios de las Diosas
Cuatro altares erígeles: en ellos
La sangre de las víctimas sagrada
Haz que corra, y tendidos
Los cuerpos deja en la floresta umbría.
Despues, cuando los rayos de su lumbre
Haya esparcido la novena Aurora,
Por funeral tributo adormideras
En el agua bañadas del Leteo
A la sombra de Orfeo
Ofrece, y sacrifica una becerra
Propiciatoria á Eurídice; ni olvides
Negra oveja inmolar: gozoso entónces
El paso vuelve á la floresta opaca.»
Dijo. Al punto Aristeo
Cumple el mandato de la madre: vuela
A los adoratorios: allí erige

Las señaladas aras: cuatro, luégo,
Eximios toros de arrogantes formas
Conduce, y otras tantas
Novillas de cerviz no al yugo usada.
Despues, cuando los rayos de su lumbre
Hubo esparcido la novena Aurora,
Ofrece á Orfeo el funeral tributo,
Y el paso vuelve á la floresta opaca.
Y allí abejas sin cuento
¡Oh increible portento!
Hervir contempla en las disueltas carnes
De las postradas reses, y zumbando
Las costillas romper, lanzarse al viento
Como nubes inmensas, y la copa
Asediar de los árboles altiva,
Y en vividor racimo
Negras colgarse á los flexibles ramos.

Esto acerca del campo y su cultura,
Esto acerca canté de los ganados
Y acerca de los árboles, á tiempo
Que César prepotente al hondo Eufrátes
El rayo de la guerra
Llevaba, y vencedor leyes ponia
Á los sumisos pueblos de la tierra,
Y al Olimpo ensayaba abrirse via.
De la dulce Parténope á ese tiempo
En el seno abrigado, florecia
En no ruidosas artes yo, Virgilio,
El mismo aquel que un dia

Entonara campestre cantilena,
Y en juveniles fuerzas confiado
Cantarte osé atrevido
A tí, á la sombra, Títiro, tendido
De haya copuda, en pastoril avena.

ADVERTENCIA.

La primera edicion que hizo el Sr. Hidalgo de su traduccion de las *Églogas* de Virgilio comprendia el texto latino, y por tal causa, las notas que á continuacion insertamos refiérense á los versos del célebre poeta mantuano.

La importancia de este erudito trabajo y la facilidad con que las personas estudiosas pueden adquirir un ejemplar latino de las obras de Virgilio, nos obligan á publicarlo.

NOTAS Á LAS ÉGLOGAS.

ÉGLOGA PRIMERA.

Despues de la batalla de Filipos se halló el triunvir Octavio César sumamente comprometido con los veteranos, que reclamaban con fuerzas y sediciones de todas clases, que llenaron de males la Italia entera, el cumplimiento de las promesas que les habia hecho. Precisado á acallar los gritos de una soldadesca ávida é imponente, encontró que no le alcanzaban los bienes de tantos romanos proscritos durante la guerra civil, ni los tesoros de los templos de Roma y de sus cercanías de que se apoderó; y entónces echó mano de las propiedades de los particulares. Fué de ver una multitud de familias despojadas de sus bienes, para dejarlos á los soldados veteranos; y los habitantes de veinticinco ciudades principales, con los de las villas y caseríos dependientes, errando por toda la Italia, pidiendo pan y un asilo.

Temió con razon Virgilio que la calamidad alcanzase á su padre y familia, que poseian un pequeño territorio en la aldea de Ándes, hoy Pétula, inmediata á Mantua, y desde luégo se dedicó á trabajar para salvarlos; con cuyo motivo escribió desde Roma á su amigo y maestro de filosofía Sciron los versos siguientes:

Ad villam Scyronis.

Villula, quæ Scyronis eras, et pauper agellæ,
Verum illi domino, tu quoque divitiæ;
Me tibi, et hos una mecum, et quos semper amavi,
Si quid de patria tristius audiero,
Commendo, in primisque patrem, tu nunc eris illi
Mantua quod fuerat; quodque Cremona prius.

En efecto, bien pronto se vieron realizados los temores de Virgilio; pues proscrita Cremona por haber favorecido á los asesinos de César, y no alcanzando su territorio para la recompensa de los veteranos, se hizo extensivo el decreto fatal á Mantua, sin otra razon que la de hallarse próxima á aquella. Esta es la causa que designa Virgilio en su novena pastoral, cuando dice: *Mantua, væ miseræ, nimium vicina Cremonæ!* Pero Virgilio, recomendado por Mecenas y otros favoritos del triunvir, obtuvo de éste, habiéndole presentado á su anciano padre, la gracia de que se le conservasen sus bienes; y dejando á Roma, pasó con él á Mantua, engreido en la dulce satisfaccion de restablecerlo por sí mismo en su modesto patrimonio; cuyo viaje por poco le cuesta la vida. Lo que le sucedió con este motivo, se dirá en las notas á la égloga novena.

Fué, pues, el reconocimiento quien inspiró al príncipe de los poetas latinos la primera de sus églogas; y esta acaso sería la vez primera que el genio de las musas triunfó sobre el de la guerra civil. Celebra en ella la beneficencia de Augusto; y jamás el agradecimiento ha hablado un lenguaje más noble, más interesante ni más lisonjero.

Esta égloga es dramática. La escena pasa á la sombra de un haya. Títiro representa á Virgilio tranquilo y contento de su felicidad: Melibeo á los desgraciados pastores de Mantua. La situacion de ambos ofrece un contraste interesantísimo.

Verso 1. *Tytire...* Este verso y los cuatro que siguen forman un pequeño cuadro, en el que vemos á los dos pastores colocados en el lugar respectivo al papel que van á representar: ¡pero con qué maestría! Para pintar el poeta por

boca de Melibeo la felicidad de Títiro, prodiga los epítetos; y parece que su musa se complace en las imágenes que le sugiere. Al contrario, cuando Melibeo habla de sus desgracias, es lacónico. Una sola vez emplea el adjetivo *dulcia*, cuya significacion recae sobre la idea principal, y contribuye á que resalte más la felicidad de Títiro. Para saber apreciar esta observacion, ha de tenerse presente que Virgilio cantaba movido del reconocimiento hácia Augusto, y que si este príncipe habia sido para con él benéfico, era injusto para con Melibeo; por eso no debió decir del infortunio de los pastores mantuanos sino lo necesario para hacer más recomendable el beneficio del César, y más interesante la suerte dichosa de Títiro. Por la propia razon expresa Melibeo sus sentimientos sin acritud. Dos veces repite la palabra *patria*, objeto á que refiere sus afectos y sus memorias; llora sobre ella, y á nada más se extiende.

V. 2. *Meditaris...* Nada espresaria mejor que este verbo el contraste que hay entre la suerte desastrosa de Melibeo, y la seguridad del pastor Títiro.—*Michaud.*

V. 4. *Nos patriam fugimus: tu, Tytire, lentus...* El adjetivo *lentus* está perfectamente contrapuesto á *fugimus*, y es la pincelada más notable de este cuadro. El verso quinto está lleno de gracia y de armonía.—*Michaud.*

V. 5. *O Melibœ!...* Acaso parecerá en este lugar llevada la adulacion al extremo; mas ha de notarse que en la corte de Augusto no era este lenguaje ni insólito ni extraño. La misma república siguió despues el ejemplo de Títiro; y aquellos romanos que no pudieron acomodarse á obedecer á un rey, luego que se vieron enseñoreados por Augusto, hicieron de su déspota un dios, concediéndole el Senado el título de *divus* poco despues de la batalla de Accio; consiguiente al cual se le hacian libaciones, y se le erigieron templos en muchas partes del imperio, tributándole culto como á dios. Se encuentra, no obstante, cierta sencillez y naturalidad en la expresion de Títiro; porque, no hallando como expresar dignamente su reconocimiento, hace un dios de su bienhechor; de lo que le ofrecia muchos ejemplos la historia.

V. 7. *Illius aram sæpe tener nostris ab ovilibus imbuet agnus...* Dice que le sacrificará á Augusto víctimas de sangre, culto sólo debido á los dioses *celestes*, á diferencia de los *lares*, á quienes se les ofrecia incienso y las primicias de los frutos. Aunque todo esto era entónces una adulacion, vino á convertirse en realidad; y con el tiempo, viviendo aún Augusto, se le dió culto bajo de uno y otro concepto; sobre lo que existe una curiosa inscripcion en Narbona de Francia, que trae nuestro jesuita La Cerda en sus sabios comentarios á Virgilio, la que voy á trasladar aquí, por parecerme que mis lectores me agradecerán ponga á su alcance tan curioso documento. Dice así:

PLEBS. NARBONENSIVN. ARAM. NARBONE
IN. FORO. POSVIT. AD. QVAM. QVOTANNIS
IX. K. OCTOB. QVA. DIE. EVM. SECVLI
FELICITAS. ORBI. TERRARVM. RECTOREM
EDIDIT. TRES. EQVITES. ROMANI. È. PLEBE
ET. TRES. LIBERTINI. HOSTIAS. SINGULAS
IMMOLENT. ET. COLONIS. ET. INCOLIS. AD
SVPPLICANDVM. NVMINI. EJVS. THVS. ET
VINVM DE. SUO. EA. DIE. PRAESTENT. ET
XII. K. OCTOB. THVS. VINVN. COLONIS. ET
INCOLIS. PRAESTENT. VII. QVOQVE. IDVS
JANVAR. QVA. DIE. PRIMVM. IMPERIVM
ORBIS. TERRARVM. AVSPICATVS. EST
THVRE. VINO. SVPPLICENT. HOSTIAS
SINGVLI. IMMOLENT. ET. COLONIS
INCOLISQVE. THVS. VINVM. EA. DIE
PRAESTENT. ET. PRIDIE. K. JVNIAS. QVA
DIE. T. STATILIO. TAVRO. ET. M. ÆMILIO
LEPIDO. CONSS. JVDICIA. PLEBIS
DECVRIONIBVS. CONJVNXIT. HOSTIAS
SINGVLI. IMMOLENT. ET. THVS. ET. VINVM
AD. SVPPLICANDVM. NVMINI. EJVS
COLONIS. ET. INCOLIS. PRAESTENT.

V. 11. *Non equidem...* Al hablar Melibeo de la desolacion

general que reinaba en los campos de Mantua es conciso, y con una frase lo dice todo, porque las ideas generales no se acomodan á la simplicidad de los pastores: por eso inmediatamente revuelve sobre sí y sobre su rebaño, con lo que las imágenes se hacen cada vez más precisas y más animado el cuadro. Lo mismo ha de decirse de los cuadros en poesía que en pintura. Las perspectivas vagas no interesan; es menester que haya un punto de vista sobre que la atencion se detenga.—*Michaud.*

En este trozo que vamos observando hasta el verso quince, nos interesan Melibeo y sus cabras; pero el poeta, circunscribiendo cada vez más sus ideas, logra que nuestro interes sea cada vez más vivo hasta que el lector se olvida de Melibeo y de su ganado, para no ver más que una cabra, que acaba de parir dos mellizos. Se ve á esta cabra enferma, que el pastor conduce con trabajo; se ven los avellanos y la peña en que ha dejado á sus hijos: hasta el participio *connixa* en vez de *enixa* pinta la dificultad del parto; todas las circunstancias lo hacen penoso y desgraciado. Y últimamente, la idea de una madre y de sus hijuelos da á esta descripcion un colorido más animado y sentimental.

V. 16. *Saepé malun hoc...* El pensamiento de estos tres versos es muy natural; porque siempre la desgracia es supersticiosa. Esta especie de presagios tomados de los fenómenos naturales, además de ser propios del gusto pastoral, convienen tambien con la inocencia y sencillez de los pastores, que, no alcanzando á conocer las causas de las guerras civiles, atribuyen á un incomprensible destino los desastres causados por la ambicion. Por otra parte, esta resignacion religiosa de Melibeo excita nuestra ternura, y nos trae á la memoria aquel fatal destino, de que los antiguos sacaban su patético tan poderoso en la tragedia.—*Michaud.*

V. 18. *Saepé sinistra cava praedixit ab ilice cornix.* Los intérpretes creen que este verso ha sido intercalado por otra pluma que la de Virgilio.

V. 20. *Urbem quam...* En este verso y los siguientes, que contienen el elogio más grande que jamás se ha hecho en Roma, ha de observarse, dice Michaud, que Títiro, lle-

vado de respeto y veneracion hácia la ciudad, que la musa épica de Virgilio llamó la *ciudad eterna*, usa de este rodeo: *Urbem quam dicunt*... Las comparaciones que añade expresan bien la sorpresa que debió experimentar cuando por la primera vez vió la capital del mundo. Toda la belleza de este trozo resulta de haber sabido el poeta pintar un objeto en sí tan grande con ideas las más sencillas.

V. 28. *Libertas*... Virgilio se finge siervo y que para obtener su libertad le fué preciso pasar á Roma. *Quæ, sera, tamen respexit inertem* alude al proverbio: *Spectatum satis*, que decian del siervo que conseguia su libertad en la vejez; y por eso es que cuando la obtuvo, le caia al afeitarse la barba cana. El verbo *respexit*, duplicado, pinta la alegría del pastor por el beneficio que acababa de recibir, y asimismo personifica á *Libertas*, diosa que adoraban los romanos, y cuando decian de ella que les era favorable ó propicia, la llamaban *Libertas respiciens*; en cuyo propio sentido de la fortuna dijo Ciceron: *Fortuna respiciens*.

V. 31. *Amaryllis*, *Galatea*. Son nombres de pastoras; mas por alegoría se entienden Roma y Mantua. Policiano quiere que Amarilis fuese el nombre sagrado de Roma, cuya revelacion estaba prohibida bajo ciertas penas; delito por el cual fué castigado Valerio Sorano; mas no es de creer que en el uso de este nombre Virgilio pecase contra la religion. *Galatea reliquit* está en lugar de *reliqui eam* por la figura eufemismo.

V. 33. *Peculi*, sincopado, es el peculio que los señores permitian á sus siervos, siguiendo Virgilio la ficcion de su esclavitud.

V. 34. *Víctima*... Las cabezas de ganado que llevaba á vender al mercado de Mantua, donde se proveía el pueblo de las víctimas para los sacrificios.

V. 37. *Mirabar quid mæsta deos, Amarylli*... Otros leen *Galatea*; pero en esta leccion seguimos los códices más antiguos y exactos.—*La Cerda*.

En estos versos diré con Michaud que reina una dulce melancolía, porque las ideas religiosas excitan siempre las emociones tiernas y melancólicas.

V. 38. *Patereris.* Expresa la tristeza de la pastora por su larga y desmayada prolacion, ofreciendo al alma la imágen de la languidez. El conservar la pastora en sus árboles las manzanas para Títiro, alude á la costumbre de los amantes, que se regalaban esta fruta, la que entretejian con flores en las guirnaldas con que adornaban sus cabezas.

V. 39. *Ipsæ te, Tityre, pinus...* Los adjetivos *ipsi, ipsæ, ipsa* hirieron el oido monótonamente y distrayendo el pensamiento sobre muchas imágenes á la par, excitan en Títiro dulces recuerdos. Rollin cita este ejemplo como propio para renovar las pasiones y los sentimientos.

V. 43. *Hic illum vidi juvenem...* Le llama jóven á Augusto, porque entónces tendria veinticuatro años.

V. 44. *Bis senos...* Doce veces al año, porque á los lares se les sacrificaba todos los meses; por eso Turnebó les llama *sacrificia menstrua.* Que á Augusto se le dió culto entre los lares, resulta de la nota al verso 7, y Horacio además lo dice en la oda quinta del libro IV, cuyo pasaje, traducido por el Sr. Búrgos, es así:

Y con votos te acata *(el romano)* y con cantares
A tu númen divino
Liba suave vino,
Y te agrega á sus lares.

V. 45. *Responsum...* Indica la divinidad de Augusto; porque las respuestas eran de los dioses y de los oráculos, y por una amplificacion se dijo tambien de las respuestas ó dictámenes de los jurisconsultos, *responsa prudentum*; pues eran tales su peso y autoridad, que tenian fuerza de ley, y de ellas se compuso el derecho civil recopilado en las Pandectas.

Es admirable la oportunidad y profunda inteligencia de las palabras de que usa Virgilio en esta égloga, donde á causa de las ficciones de su esclavitud y de la divinidad de Augusto, hay pocas que no estuviesen consagradas por la religion y por las leyes.

V. 47. *Fortunate senex!...* Todo este trozo hasta el

verso cincuenta y nueve contiene la pintura más perfecta de los placeres de la vida campestre. Dice Michaud con fundamento, que es tal su gracia y su armonía, que mientras más se lee, parece más hermoso, y más la imaginacion y el oido se prendan de sus bellezas.

V. 48. *Quamvis lapis...* El terreno que salvó Virgilio de la proscripcion era reducido, pedregoso y expuesto á las inundaciones de una laguna. Es nota de Turnebó. En la égloga novena describe el poeta su situacion.

V. 52. *Inter flumina nota...* Son el Pó y el Mincio que confluian en el territorio de Mantua. El epíteto *nota*, dice Michaud, tiene aquí una significacion particularísima, que en ningun otro caso puede convenirle. Melibeo es el que habla, cuando se aleja para siempre de su patria, y no volverá á ver más los lugares y rios que le son tan conocidos; por eso *nota* expresa á la vez sus pesares y la felicidad de Títiro.

V. 53. *Fontes sacros...* Porque creian los antiguos que las fuentes, así como los bosques, valles, grutas y demas partes de la naturaleza estaban asistidos de unas divinidades que llamaban *Ninfas*, las que se figuraban hermosas doncellas, siempre ocultas y retraidas.

En este mismo trozo *frigus opacum*, que significa «el frescor de la sombra,» es una expresion atrevida y fuerte, cuya version es muy difícil en las lenguas vulgares. Mr. Rivarol la tradujo: *la fresca oscuridad.* Langeac: *Tú vivirás cercado de frescor y de sombras.* Fr. Luis de Leon tradujo en prosa así: *Aquí gozarás los aires frescos*; y en verso, *de fresco gozarás.* El Brocense: *Los aires gozarás y frescos frios.* Yo he traducido. *Respirarás un aire fresco, umbroso.*

V. 55. *Hyblæis apibus florem depasta salicti.* Es un grecismo. Los sonidos desiguales de este verso pintan y hacen sentir el vuelo incierto de las abejas, que voltejean al derredor de los sauces, y el zumbido que forman libando las flores. En el verso siguiente la armonía áun es más expresiva

Sæpe levi somnum suadebit inire susurro.

Tibulo en su primera elegía ha pintado los placeres del sueño, aunque en diversa situacion:

«Satis est requiescere lecto
»Si licet, et solito membra levare thoro,
»Túm gelidas hibernus aquas cum fuderit auster
»Securum somnos imbre jubante sequi.»

Estos dos poetas han expresado ideas diferentes sobre un mismo objeto. El pastor de Virgilio pinta una felicidad que pierde. Tibulo, hablando de la lluvia y del huracan, que suenan á su alrededor, sin que puedan ofenderle, expresa una sensacion que puede llamarse *el placer de la seguridad.* Los versos de Virgilio exceden á los de Tibulo en armonía, y pertenecen más á la poesía descriptiva.

La dulce armonía de estos versos toma una expresion más viva en el verso siguiente:

Hinc alta sub rupe canet frondator ad auras:

se siente cómo el sonido va graduándose. Ménos vivo, ménos agudo en las primeras sílabas, y en el segundo hemistiquio se eleva á lo más alto de los aires con la voz del podador. Mi maestro el Sr. Lista ha dicho:

Miéntras al són de la segur tardía
De su amorosa pena
El rudo leñador los montes llena.

Mas donde Virgilio parece haberse excedido á sí mismo es en los dos últimos versos de este cuadro inimitable:

Nec tamen interea raucæ, tua cura palumbes:

aquí se notan ciertos sonidos sordos y roncos, al paso que en este otro:

Nec gemere aeria cessabit turtur ab ulmo,

se echan de ver más dulces y suaves. Los que han habitado algun tiempo en la campiña pueden haber observado que el arrullo de las palomas es sordo y ronco cuando se oye de cerca, y más dulce y suave cuando se oye de léjos. Pues Virgilio ha sabido distinguir en la inimitable armonía de estos versos el arrullar de las palomas que cantan en la cabaña del pastor, y el de las tórtolas y zuritos que suenan á lo léjos sobre las copas de los olmos. Esta nota está tomada en la mayor parte de Michaud.

Hablando Salicio en la égloga segunda de Garcilaso de los placeres del campo, dice del sueño en estos versos, que imitan en algo á los de Virgilio:

Convida á un dulce sueño
Aquel manso ruido
Del agua, que la clara fuente envia;
Y las aves sin dueño
Con canto no aprendido
Hinchen el aire de dulce armonía:
Háceles compañía
A la sombra volando,
Y entre varios olores
Gustando tiernas flores,
La solícita abeja susurrando:
Los árboles y el viento
Al sueño ayudan con su movimiento.

V. 60. *In ætere...* Algunos quisieran que se leyese *in æquore*, porque así sería la antítesis más exacta. Fr. Luis de Leon lo traduce en este último sentido. Parece, en el supuesto de estos versos, que debian pasar los ciervos á habitar los mares, pues que los peces pasarian á habitar la tierra; mas así se encuentra en todos los códices.—*La Cerda.*

El Tasso imitó este pasaje en su *Aminta*, que traducido por Jáuregui dice así:

Hácia sus fuentes volverán los rios,
Huirá el hambriento lobo del cordero,

El galgo de la liebre; amará el oso
El mar profundo y el delfin los Alpes.

Tambien lo imitó así D. Juan de Morales en su égloga á la muerte de Ardelia:

Mas cuando roto el natural concierto,
El oso errare por el mar salado,
Y el delfin habitare en el desierto:
Cuando el uso antiquísimo trocado,
El Babilonio beba del Saona,
Y el Frances del Eufrates apartado.

V. 63. *Ararim...* Rio de la antigua Galia, hoy Saona en Francia, que uniéndose al Ródano desemboca con él en el Mediterráneo. *Parthus*: pueblo del Asia, que entónces formaba un estado independiente. *Tigrim*: rio del Asia que nace en las montañas de Armenia, y corriendo al Sur desemboca con el Eúfrates en el golfo Pérsico.

V. 65. *Sitientes Afros...* Los habitantes del Africa, sedientos, por estar gran parte de esta region en la zona tórrida, donde el calor excesivo es causa de mucha sequedad.

V. 66. *Scythiam...* Region entre Europa y Asia, situada al Norte de *Ponto-Euxino*, hoy *Mar negro*. *Cretæ*, isla en el Mediterráneo, al Sur del Archipiélago, hoy *Candía*. *Oaxem*, rio de la misma isla, hoy Armiro: su curso es rapidísimo, porque la isla está erizada de montañas.

V. 67. *Et penitús toto divisos orbe Britannos...* En lo antiguo llamaban orbe al continente ó tierra conocida, que estaba rodeada del Océano; y por eso decian hallarse separadas del orbe las islas del Océano, entre las que es una de las mayores la Inglaterra ó Gran Bretaña.

V. 68. *En umquam patrios...* El sentimiento que contiene este verso y los dos que le siguen es muy natural. Siempre nos acompaña en el destierro la esperanza de volver á ver nuestro suelo natal. Podríamos citar aquí muchos ejemplos, y las Santas Escrituras abundan de ellos á causa de las diver-

sas cautividades que padeció el pueblo de Israel: pero baste este de nuestro infortunado Melendez en una letrilla con motivo de su emigracion á Francia; y hablando desde aquel suelo, dice:

Desde él doloridos
Nuestros ojos miran,
Do fieles suspiran
Las almas tornar.
Y en tiernos gemidos,
La lengua apenada
¡Ay patria adorada!
Clama sin cesar.

¡Qué tierna y delicada que es á este mismo intento la imágen que contiene la siguiente estrofa de mi maestro el señor Lista, en su oda á la muerte de Melendez! Imitando el pensamiento de Virgilio: *Et dulces moriens reminiscitur Argos*, dice:

Del amor en el seno, y en los brazos
De la amistad llorosa
¡Ay! exhalaste el último suspiro.
La dulce imágen de la patria amada,
Que ennobleció tu lira,
Ante us ojos moribundos gira.

Todavía hay en el discurso de Melibeo otro sentimiento no ménos digno y reparable que el amor de la patria; y es la moderacion de sus deseos. Un techo de paja es todo lo que siente perder: mas ¡qué valor no toma este pequeño objeto por las palabras que le siguen! *Mea regna videns. Pauperis et regna* forman el más feliz de los contrastes. *Racan* ha tomado de este pasaje la idea para una de sus estanzas sobre la felicidad de la vida del campo.

«Roi de ses passions, il a ce qu'il desire,
»Son fertile domaine est son petit empire.

»Sa cabane est son Louvre et son Fontainebleau,
»Ses champs et ses jardins sont autant de provinces,
»Et, sans porter envie á la pompe des princes,
»Il est content chez lui de les voir en tableau.»

Como rey de sus gustos y albedrío
Disfruta á su placer cuanto desea:
Sus pingües heredades son su imperio;
Su Aranjuez y su Pardo es su cabaña;
Sus provincias sus campos y jardines;
Y no envidiando el fausto de los reyes,
De zozobra, ambicion y miedo exento,
Con verlos en pintura está contento.

Dice el Abate Batteux que lo que hace á esta estrofa notable, es la contraposicion de lo grande con lo pequeño; y la naturalidad del sentimiento la hace bella y verdadera. *Louvre* y *Fontainebleau* usados aquí como epítetos de cabañas, presentan una idea risueña; pero la imágen de Virgilio interesa más, porque está colocada en situacion más importante, y contenida en palabras más precisas y enérgicas.

Observa Michaud que los pesares y las esperanzas de Melibeo preparan muy oportunamente las increpaciones contra los soldados, que se han apoderado de sus bienes. Él gozaba de una felicidad tan grande, que el lector se halla dispuesto á escuchar sus quejas y á tomar parte en su desesperacion.

V. 71. *Impius...* Epíteto que se daba á las guerras civiles: aquí se dice de los soldados que habian militado en ellas.

V. 75. *Ite meæ felix quodam pecus...* Melibeo ha lamentado en los versos precedentes la pérdida de sus mieses. *¡Barbarus has segetes!* El pesar que le cuesta dejar los árboles y viñas que ha plantado, por medio de una picante ironía. *¡Insere nunc Melibœe piros; pone ordine vites!* Nada más, pues, le queda que su rebaño, al que se dirige, como para hacerle partícipe de sus desgracias. *Felix quondam pecus*, es una exclamacion muy tierna, y une la suerte del rebaño á la del pastor. Todo este trozo es muy delicado. Las imágenes nacen del sentimiento, y es muy notable este hemistiquio que corta repentinamente la frase: «Carmina nulla

canam.» *No cantaré más.* Es todo esto tan natural, como que el hombre fácilmente se persuade que los séres que le rodean toman parte en sus penas y en sus goces. Teócrito hace decir á un pastor que acababa de obtener un premio en el canto:

. . . . . bramen de gozo los cabrones
Todos. . . . . .
. . . . . saltad hasta las nubes,
Buen ánimo, cornudas cabras mias.

Conde.

Saint-Pierre en su hermoso romance de Pablo y Virginia hace decir á aquél, que habia caido en una especie de desesperacion por la partida de su amada, cuando iba recorriendo los lugares más frecuentados por ella, dirigiéndose á los corderos que le seguian balando: *¿Qué quereis de mí? Ya no vereis más conmigo á la que os daba de comer en sus palmas.* Va al sitio llamado el recreo de Virginia, y al ver los pajaritos que revoloteaban al derredor suyo, exclamó: *¡Pobres avecillas! Ya no os volvereis á poner á las plantas de la que os echaba miguitas de pan y granos de trigo.* Y viendo á Leal que le precedia meneando la cola por todas partes, dió un suspiro y dijo: *¡Ah! no te canses, pobre animalito, que no volverás á encontrarla jamás.*

Así tambien D. Manuel María del Mármol dice de una pastora que, pesarosa de la ausencia de su amante, estaba retirada en un sitio solitario entregada á su dolor, á donde entró á encontrarla su perro:

Sobre sus lomos Elisa
Pone las manos nevadas:
Ni tú lo verás tampoco,
Con trémula voz exclama.

Este pasaje lo imitó Melendez en su égloga cuarta.

Id, ovejillas, id; y tan dichosas

Sed del gran rio en los lejanos valles,
Cual del plácido Tórmes lo habeis sido
Con vuestro humilde dueño en las orillas.
Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

V. 81. *Sunt nobis mittia poma...* Nannio, uno de los críticos de Virgilio, porque tambien Virgilio ha tenido sus críticos, censura este pasaje diciendo que semejante ostentacion de sus bienes es injuriosa á Melibeo; pero si el pastor habla de ellos es sólo para dividirlos con su compañero, y por eso se expresa en plural, *sunt nobis*; manera de hablar muy usada y conforme á la delicadeza y candor de las costumbres pastorales.—*Michaud.*

V. 83 y 84. *Et jan summa procul villarum culmina fumant,*
Majoresque cadunt altis de montibus umbræ.

Estos versos los vertió Herrera en sus notas á Garcilaso de este modo:

Las grandes cimas de las caserías
Humean léjos ya y de montes altos
Caen sombras mayores.

Garcilaso los imitó en sus églogas primera y segunda donde pueden verse.

Esta primera égloga es de las más interesantes por su objeto y por las ideas y sentimientos que reinan en toda ella. Acaso en ninguna otra se hallará un número mayor de buenos versos. Virgilio ha sabido en ella mostrar lo que la vida campestre tiene de más agradable, y lo que asimismo tiene la desgracia de más penoso; pero si Augusto fué el bienhechor de Virgilio, Virgilio ha inmortalizado sus dones; y puede decirse que el poeta ha hecho más por el dueño de mundo, que el dueño del mundo hizo por el poeta.

Marmontel y otros despues de él han censurado á Virgilio el haber tratado en esta égloga y en la novena de calamidades públicas, de usurpaciones y de esclavitud; mas cuando

la guerra civil empobrece y despoja á los pobres pastores, ¿por qué se les ha de negar la libertad de quejarse? Es verdad que estas quejas chocan y se oponen á la tranquilidad de la vida campestre; pero esto mismo contribuye á que se sepan apreciar mejor sus encantos, sintiendo la oposicion de los males que pueden alterarla. Las escenas é imágenes risueñas pertenecen sin duda á los pastores; mas las ideas tristes no les pueden ser del todo ajenas, porque son hombres y están sujetos á todas las vicisitudes de la humana naturaleza, y porque en efecto, es un hecho incontestable que, así en el mundo antiguo como en el moderno, no pocas veces la injusta guerra y las discordias civiles han ido á interrumpir la paz de las cabañas.

ÉGLOGA SEGUNDA.

Los comentadores están conformes en que bajo el nombre de Coridon está representado Virgilio, y sobre la persona de Alexis se dividen en opiniones: unos creen que Alexis era Augusto, mas esto no parece verosímil; otros, que era un esclavo de Mecenas; y otros, en fin, un hijo de éste ó de Polion, á quien el poeta queria iniciar en el arte de Apolo y de las Musas. Yo juzgo, con Michaud, que Virgilio no tuvo en ella otro designio que imitar el idilio undécimo de Teócrito, titulado el *Cíclope*.

He sustituido á la persona de Alexis la de una pastora, para evitar la deformidad de unos amores que no podemos comprender, y que tanto chocan con nuestra religion y nuestras costumbres.

V. 3. *Tantum inter densas...* Este cuadro es muy verdadero. Las almas apasionadas buscan los lugares retraidos, porque en la soledad es donde los afectos tiernos se explayan y se fortifican. A este intento dijo Herrera:

Asconda al fin el triste apartamiento
De este cerrado bosque mi lamento.
Vos, que por luenga edad teneis en uso,
Arboles altos, de escuchar atentos
Quejas de otros amantes desdichados.

Teócrito expresa así el amor de Polifemo:

Lo abandonaba todo, y muchas veces
Por sí mismas tornaron al cercado
Desde las verdes hierbas las ovejas:
Mas él se deshacia en las algosas
Playas, loando en canto á Galatea
Desde la aurora.....
..... mas halló remedio
Porque sentado sobre una alta peña,
Y mirando hácia el mar, esto cantaba.
Conde.

Es preciso reconocer que los versos latinos no tienen nada comparable con esta graciosa y delicada expresion: *Muchas veces por sí mismas tornaron al cercado desde las verdes hierbas las ovejas.* Ni tampoco una imágen tan tierna y melancólica como la siguiente: *Y mirando hácia el mar, esto cantaba.* Hácia donde estaba Galatea, que era ninfa marina.

Coridon dirige sus quejas á las selvas y á los montes, cosa muy natural en un enamorado, y sobre todo en un pastor que ama ardientemente; pero los poetas, así antiguos como modernos, han abusado demasiado de esta figura. Pudiera citar muchos ejemplos tomados de nuestros dramas y de otras composiciones, cuyos autores han incurrido en este ridículo. Ya entre los antiguos lo censuró Plauto en su comedia *El mercader*, cuyos son estos versos.

Non ego idem facio, ut aliòs in comœdiis,
Vidi facere amatores, qui aut nocti, aut diei,
Aut soli, aut lunæ miserias narrant suas.

Nemoroso en la primera égloga de Garcilaso comienza hablando con las aguas, con los árboles, con el prado y demas séres que habian presenciado su pasada felicidad, cuándo entre ellos vivia acompañado de su pastora Elisa; y los trae como testigos de su actual desventura y de su bien perdido. Todo esto es consiguiente y natural.

Melendez comienza su égloga premiada en alabanza de la vida del campo, apostrofando á las ovejas: introduccion natural, porque se funda en el tierno sentimiento que experimenta el pastor Batilo cuando saca á pacer su ganado, á tiempo que despunta la aurora en una mañana de Abril.

V. 7. *Mori me denique cogis*... Es imitado del idilio tercero de Teócrito, titulado *Comasta*. El griego dice: *Harás que yo me cuelgue*. Virgilio le supera en delicadeza y en energía. Es más delicado morir de pesar, que colgarse; es tambien más enérgico, por ser más cierto y seguro, que el pesar consuma á un amante, que no el que se cuelgue, hablando de futuro y quedando dependiente de su voluntad. Por esto se conoce la sinrazon con que algunos han variado el tiempo, para que diga *coges*, á imitacion de Teócrito.

V. 8. *Nunc etiam pecudes*... Está muy bien buscada y es muy feliz la idea de colocar la escena bajo el sol meridiano en lo más ardiente del estío. Los amantes procuran hacerse más desgraciados de lo que son, para excitar la compasion por el espectáculo de sus males. Este cuadro hasta el verso 13, es perfecto. Michaud observa que *umbra et frigora* parece multiplican las sombras y el frescor. *Rapido fessis æstu* expresan bien la actividad de los rayos del sol, que caen verticalmente sobre los segadores. *Rapido* está perfectamente contrapuesto á *fessis*. Los dos últimos versos son de una belleza extremada; el uno, por su difícil pronunciacion, expresa la situacion penosa de Coridon; y la armonía del último el canto de las cigarras.

V. 15. *Nonne Menalcam?*... He omitido su traduccion por no ser necesaria y por los mismos motivos que tuve para variar la persona de Alexis.

V. 17. *O formose puer!*... Esta imágen es risueña, y la comparacion está tomada del campo; por lo que pertenece á la poesía pastoral, donde debió ser empleada por la primera vez. Los poetas de las ciudades la adoptaron, y la han usado con profusion. Ellos han atribuido á los campos todas las riquezas de las ciudades, y sus descripciones están atestadas de púrpura, de oro, de rubíes, de diamantes, de esmeraldas, etc., etc.; lo que ciertamente prueba la esterilidad de su

imaginacion. Muchos ejemplos pudiera citar, pero baste el siguiente, y advierto que los hay peores.

El doctor Valbuena en su primera égloga hace decir al pastor Beraldo:

Las perlas con que el alba se adereza,
Y el mundo argenta y viste de alegría;
Las nubes llenas de oro y de riqueza.

Todo esto es falso, pobre y ridículo. Al mismo género pertenece este hermoso dístico de Ausonio, apreciado de todos por carecer de dichos defectos:

Collige, virgo, rosas, dum flos novus et nova pubes.
Et memor esto ævum sic properare tuum.

Y estos de Herrera:

No fies, Claristea, en tu belleza,
Que vendrá el dia en que las hebras de oro
Mude la edad ligera en blanca plata.

Polifemo se vale de una comparacion que no tiene la gracia ni la sencillez que la de Coridon:

Porque abandonas, blanca Galatea,
A tu amador, más blanca que cuajada
Al mirar, y más blanda que cordera,
Muy más lasciva que novilla, y cruda
Más que el áspero agraz!!... *Conde.*

Este ultimo rasgo tiene algo de burlesco.—*Michaud.*

V. 19. *Despertus tibi sum*... La indiferencia de Alexis está perfectamente expresada por estas palabras: *Nec qui sim quæris*, «ni procuras saber quién sea.» Esto mismo le autoriza para los elogios que se da; pero con tal delicadeza, que cuando se alaba parece que se justifica. Coridon trata de excitar la ambicion de Alexis, recurso muy natural y oportuno,

porque en todos los siglos, lo mismo en las ciudades que en los campos, los bienes de fortuna han proporcionado al amor muchas conquistas. Este pasaje está imitado del *Cíclope* de Teócrito, pero con muchas ventajas por parte de Virgilio.

V. 21. *Millæ meæ siculis*... Garcilaso lo imitó de este modo:

No sabes que sin cuento
Buscan en el estío
Mis ovejas el frio
De la sierra de Cuenca; y el gobierno
Del abrigado *Extremo* en el invierno?

Esta palabra *Extremo* está por Extremadura, á donde van las merinas á pasar el invierno.

V. 22. *Lac mihi nos æstate novum*... Garcilaso lo tradujo muy bien así:

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo.

Al anotar Michaud estos versos, dice que algunos críticos han creido que Virgilio se prevalió de esta ocasion para hacer enumeracion de sus riquezas: mas áun cuando así fuese, nada influiria en la belleza de estos versos. Con este motivo añade que, como el poeta debió su fortuna á las liberalidades de un emperador, esta circunstancia sólo puede contribuir para mostrar que vivió bajo un gobierno que supo apreciarlo, y que así como ofrece á Virgilio por modelo á los poetas, le sea permitido recordar á los príncipes de la tierra el ejemplo de Augusto.

Melendez imitó el cuadro que antecede en su citada égloga, cuando dice:

Y á mí leche sobrada
Me da y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas, labrada

Miel de tierno cantueso;
Y pomas olorosas, el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos;
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enajena.

V. 23. *Canto quæ solitus*... Coridon, con el fin de dar una idea ventajosa de sí mismo, se compara á Anfion. Fué Anfion hijo de Júpiter y de Antíope, célebre músico y soberano de Tebas, que reinaba por los años 1390 ántes de Cristo. Se dice aprendió la música de Mercurio, y Plinio lo hace su inventor. Ha fingido la fábula que al son de su lira construyó las murallas de Tebas, á manera de Orfeo, que movia las peñas, arrastraba las selvas, etc. Esta fortificacion es la primera de que hay memoria.

Polifemo se contenta con decir:

Aprendí á flautear como ninguno,
Aquí entre los Cíclopes, y te canto
A tí, manzana dulce, amada mia,
..... de noche muchas veces
A deshora. *Conde.*

Este último rasgo es bellísimo. El Cíclope no se dirige sólo á la ambicion de Galatea, sino que procura interesar su amor propio.—*Michaud.*

V. 25. *Nec sum adeo informis*... Aquí se reconoce el lenguaje del amor propio delicado y tímido. Comienza diciendo: *No soy tan feo* lo que es una precaucion oratoria: toma despues un tono más decisivo, cuando puede alegar una prueba en su favor, como la de haberse visto en el cristal de las aguas; y ya no recela decir que sobrepuja á Dafnis en belleza; mas teme haber dicho demasiado, y lo corrige con esta duda: *Si numquam fallit imago.—Michaud.*

Garcilaso lo imitó así:

No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo;
Y áun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura,
Y cierto no trocara mi figura
Por ése que de mí se está riendo:
Trocara mi ventura.

A pesar de la finura y delicadeza de este pensamiento, es necesario reconocer que la duda *si numquam fallit imago* le supera en esas mismas calidades.

Herrera, en una égloga venatoria, imitó tambien este pasaje en estos bellos versos:

No dudes, ven conmigo, Ninfa mia;
Yo no soy feo, aunque mi altiva frente
No se muestra á la tuya semejante:
Mas tengo amor y fuerza y osadía;
Que al cazador conviene este semblante
Robusto y arrogante.

Servio impugnó el pensamiento de haberse mirado Coridon en la onda del mar sosegado, como falso é imposible, y el P. La Cerda responde á esta objecion: *yo mismo he visto muchas veces mi imágen en el mar; los que lo duden, pueden por sí propios ir á asegurarse.* En efecto, todo el mundo sabe que, cuando está en calma, retrata muy al vivo los objetos de sus riberas. Este hecho, que á Servio le pareció imposible, fué reconocido de Aristóteles y de Platon, y casi todos los poetas latinos lo consignaron en sus versos.

En el idilio griego, como Polifemo no puede recomendarse por su hermosura, trata de excusar su fealdad; y sólo se detiene en describir las bellezas de su gruta, sus numerosos rebaños, y los presentes que tiene preparados á Galatea. El Cíclope confia más en sus riquezas, Coridon en su hermosura: por eso éste hace bastante con prometerle dos cervatillos,

y aquél aumenta sus dones hasta doce cervatillos y cuatro cachorrillos de osos. Gésner en su primer idilio ha querido imitar á ambos poetas; pero lo ha recargado tanto de pormenores, que la larga descripcion que hace Milon de su gruta y de los objetos que la rodean es cansada y fastidiosa. El quiere interesar á Cloe en su cariño, y de todo la habla menos de su amor. Este es el defecto principal de Gésner, amontonar muchos pormenores en sus cuadros. La prudente economía para no decirlo todo y saber estimar las relaciones de conveniencia, segun el interes presente y el fin á que se aspira, es una de las principales dotes de la buena poesía; lo que ha de aprenderse estudiando á Virgilio, para no dejarse deslumbrar por grandes ingenios, que se contaminaron de este defecto, como se reprueba en Ovidio y otros poetas.

V. 32. *Pan primus...* Gozaba el primer rango entre los dioses campestres, y era adorado particularmente de los Árcades como el dios de los pastores y de los ganados. Se le representaba en forma de sátiro, la parte superior de hombre, y la inferior caprípeda, con una flauta en la mano que llamaban *Siringa*, de cuyo instrumento se le decia inventor. Los Romanos celebraban sus fiestas en el mes de Febrero bajo el nombre de *Lupercadia*, y sus sacerdotes se llamaban *Luperci*.

V. 34. *Nec te pœniteat...* Estos dos versos no los he traducido, porque estaba bien que Coridon convidase á Alexis á tocar su flauta, mas no así en mi traduccion, habiendo sustituido en su lugar una pastora.

V. 36. *Est mihi...* Melendez en su memorada égloga imitó este pasaje.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamás fué tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.

V. 43. *Jam pridem a me illos abducere Thestylis orat, et*

faciet... Este verbo, puesto en tercera persona, es muy delicado. El pastor no se atreve á decirle que él le conducirá los cervatillos á Testilis, y usa de esta precaucion: *et faciet*, «y se los llevará.»

Aquí con este motivo observa Michaud la delicadeza y el tono sentimental que reina en esta égloga. Coridon no se atreve á juzgar por sí mismo de sus riquezas y de sus dones, y trae para esto el testimonio de Testilis: cuando habla de sus cantos, dice que son los cantos favoritos de Anfion: su flauta no es una flauta cualquiera, sino la que Dametas le entregó al morir; de lo cual quedó muy envidioso Amintas. Quiere ponderar la felicidad y gloria de los campos, y trae para prueba que los dioses los han habitado. Si ofrece frutas á Alexis, es recordando que eran muy amadas de Amarilis. De este modo Coridon se da una gran importancia, haciendo ver que es amado de los dioses y de los pastores, é interesante á las zagalas, para lo que hace oportuna referencia de Amarilis, con lo que aspira á despertar en Alexis los celos y la envidia. Esta égloga puede considerarse como *un arte de amar* al uso de los pastores; porque el poeta ha empleado en ella casi todos los medios propios para inspirar el amor.

V. 45. *Tibi lilia plenis*
Ecce ferunt Ninphœ calathis... Polifemo dice á Galatea:

.....Llevaréte yo lírios
Blancos y adormideras delicadas,
Que tienen siempre coloradas flores;
Unas en el verano, en el invierno
Nacen otras; que todas en un tiempo
No te podré llevar.

Conde.

El cuadro de Virgilio es más gracioso. No es Coridon quien ofrece á Alexis los cárdenos lírios; son las ninfas: y la blanca Nais, la que le presenta un escogido ramillete. *Ecce* muestra la cosa como presente. Se ven adelantarse las Ninfas con sus canastillos de flores, y la blanca Nais con su precioso ramillete. El epíteto *cándida* forma una imágen encantadora, y

parece confundir á Nais con las flores. *Summa papavera* expresa felizmente las flores de las amapolas, tan frágiles y ligeras. *Carpens*, por su sonido firme, representa la accion del hierro que corta los tallos de las flores. Este verso: *Tum casia, atque alus intexens* imita por sus sonidos el entretejer de las guirnaldas. *Mollia luteola pingit vaccina caltha*, es de una gracia y suavidad inimitables. Rollin cita este ejemplo en el mismo sentido. No hay trozo de poesía más armoniosa, dice Michaud; él expresa por los sonidos todo lo que la música se precia de expresar. Si la lengua de Virgilio viniese á olvidarse entre los hombres, si se perdiese el sentido de estas palabras, nos parece que los oidos delicados habian de hallar todavía que admirar en esta armonía imitativa.

V. 51. *Ipse ego cana legam...* Coridon se pone él mismo en escena para presentar tambien dones á su amado, y al hablar de sí mismo, parece que su voz se dulcifica. *Ipse ego cana legam tenera lanugine mala*, es un verso de una suavidad notable.—*Michaud.*

V. 54. *Et vos ó lauri...* Este apóstrofe es feliz, y tanto más, cuanto que hace asistir al lector á esta escena amable y graciosa. Cuando se lamentaba Coridon de los rigores de Alexis, estaba retraido en medio de las florestas, y expuesto á los rayos abrasadores del sol: pero cuando él espera ya rendir su esquivez y se prepara á recibirlo, su imaginacion es más risueña al aspecto de su felicidad; y colocado en medio de las flores, les dirige sus discursos y las ofrece al pié de su ídolo. No puede expresarse mejor el sentimiento apasionado. Teócrito no tiene poesía comparable con esta.—*Michaud.*

V. 63. *Torva leæna...* Esta comparacion del leon que persigue al lobo, el lobo á la cabra, y la cabra que busca el citiso está tomada de Teócrito en el idilio décimo, donde Bato dice:

. . . . . Al citiso
Sigue la cabra. y á la cabra el lobo,
Al arado la grulla. y yo furioso
A tí. . . . . .

mas no puede negarse que desdice del tono gracioso de toda la égloga, y que no es propia para significar un pastor que suspira por el objeto de su amor. Este lenguaje hubiera convenido mejor al gigante Polifemo, que no á un pastor amable y culto como Coridon.

Ovidio, dándole á este pensamiento otro sentido, le ha dado más verdad.

Sic agna lupum, sic cerva leonem,
Sic aquilam penna fugiunt trepidante columbæ:
Hostes quæque suos.

Partiendo Virgilio de la idea del leon y del lobo, viene á parar á una idea dulce y voluptuosa. Ovidio al contrario, de la idea del leon y del lobo hace nacer la del terror; lo que sin duda es más natural y verdadero. Ovidio no cuenta iguales ventajas sobre Virgilio.—*Michaud.*

V. 69. *¡Ah Corydon Corydon...!* Esta exclamacion está bien colocada. Parece el último grito de la desesperacion, despues de haber apurado el pastor todos los medios para ablandar á Alexis, y cuando ya no le queda ninguna esperanza. La repeticion de la palabra Coridon hace que el dolor parezca más vivo y patético.

Coridon concluye reconociendo el extravío de su ciega pasion, y esta idea lo restituye á sus ordinarias ocupaciones. El idilio del *Cíclope* termina de la misma manera. Batteux hace sobre Polifemo una reflexion que puede aplicarse al pastor de Virgilio: «Polifemo vuelve sobre sí, entra en razon en medio de sus quejas, y toma una sábia resolucion; de la cual es deudor al buen juicio, á la desesperacion y á la altanería. Todos estos motivos son necesarios, y acaso no bastan, para reducir al hombre á la razon y vencimiento de sí mismo.»

Virgilio imitó en esta égloga muchas cosas de Teócrito: algunos trozos puede que tengan más naturalidad en el poeta griego; pero el latino le aventaja en la perfeccion de las circunstancias.

No será fuera del caso advertir que la égloga de nuestro Figueroa, conocida con el nombre de *Tirsi*, es una mala imitacion de esta de Virgilio.

ÉGLOGA TERCERA

Esta égloga es de la clase de las contiendas *amebeas*, que obligan á la persona que habla á responder en el mismo número de versos, y á encarecer sobre lo que habia dicho el primero, ó á expresarse en sentido contrario. Está imitada del idilio quinto de Teócrito, donde entre ideas triviales y comunes se hallan otras muy delicadas; y donde Comastas y Lacon, puestos en escena para disputarse el premio del canto, se dicen injuriosas groserías. Fontenelle detesta el idilio griego, y con razon; y á él debia chocarle más que á otros, por su extremada delicadeza; pero huyendo de incurrir en iguales defectos, dió en el extremo contrario, é hizo de sus pastores unos meros sofistas. Virgilio, que poseía mejor que ninguno de los poetas antiguos y modernos el sentimiento de lo bello y de lo conveniente en cada caso, supo sacar bellezas notables de donde otro poeta mediocre no hubiera podido exprimir nada de provecho. Algunos críticos le han reprobado que conservase la escena injuriosa del original; pero Michaud no juzga fundada la censura, diciendo que, aunque las costumbres de los pastores deban distinguirse por su dulzura y candor, no por eso excluyen algunos arrebatos de cólera, inseparables de las pasiones humanas; que si recordara las injurias que todos los dias se dicen algunos literatos, censuradores de Virgilio, nos admiraríamos, sin

que por eso dejen de creerse los favoritos de Apolo y de las Musas: que las cosas pasaban del mismo modo en tiempo de Virgilio; y se inclina á creer que el poeta hizo alusion en dicha escena á alguna de aquellas rencillas literarias de su siglo.

Nuestro doctor Valbuena en su *Siglo de oro* quiso imitar, y áun tradujo algunos pasajes de ella; y en su égloga cuarta reprodujo las groserías del idilio griego.

V. 9. *Sed faciles Nymphae risere sacello.* Téngase aquí presente lo que se dijo en la nota al verso 5 de la égloga primera.

V. 17. *Non ego te vidi Damonis...?* Estos cuatro versos contienen varios cuadros. Primeramente se ve á un ladron oculto, acechando el momento de hacer su robo, que desprecia los ladridos de la perra Licisca. Luégo á un pastor, que advirtiéndolo, le grita, y previene del peligro al ganadero; y últimamente en el fondo se ve al ladron, que se escapa, ocultándose detras de los carrizales. Se ha dicho que la pintura es una poesía muda: *mutum pictura poesis;* y aquí Virgilio ha dado la prueba más convincente de este proverbio. Estos cuadros hieren la imaginacion tan vivamente, como los mejores caprichos de Goya.

Todas estas bellezas desaparecen en la traduccion del M. F. Luis de Leon.

> ..... Dí, atrevido,
> ¿No fué de tí un cabron á Damo hurtado,
> Y la Licisca al cielo alzó el ladrido?
> Grité, ¿dó sale aquél? Titiro, mira:
> Tú en la juncada estabas escondido.

Se pierde esta idea principal: *non ego te vidi.* Desaparece la imágen, *excipere insidiis. Grité,* no significa, *et cum clamarem;* porque no es correlativo de *ego te vidi.* ¿Dó sale aquél? significa lo contrario de *Quó nunc se proripit ille?* «¿A dónde va á esconderse aquel?» *Tú en la juncada estabas escondido,* no significa accion, que es lo que forma la imágen *Tu post carecta latebas.* Esto baste, aunque podria notar otros defectos de estilo que no son tan trascendentales al pensamiento.

Quiero advertir aquí la pericia de Virgilio en la legislacion de su país; y que sin conocer el pensamiento de estos cuatro versos á fondo, no es posible entenderlos ni traducirlos. Heineccio cita estos versos en comprobacion de lo que los Romanos entendian por hurto manifiesto, conforme á las *leyes de las doce tablas;* cuyas circunstancias eran, que el ladron fuese aprehendido ó visto; y en este caso, que el que lo viese le gritase, é implorase el favor de los vecinos: evacuadas estas circunstancias de ley, podia el ladron ser muerto de pleno derecho si era de noche, y áun de dia si hacía armas.

De un modelo tan acabado sacó nuestro Valbuena este insulso terceto:

DELICIO.

Cuando yo te hallé tras el tomillo,
Agachado, de noche y espiando,
¿Quizá andabas á caza de algun grillo?

Todavía es peor la respuesta:

CLARENIO.

Estaba por ventura contemplando
Qué justamente Tirsis dió el juicio
En que aquel dia te vencí cantando.

¡Y es muy buena situacion para contemplar su victoria el estar agachado de noche detras de un tomillo, y espiando, aunque no se dice qué cosa! Pues este es el poeta que el traductor de Batteux prefiere á Garcilaso, y para persuadirlo escribe dos hojas.

De Valbuena dice el Sr. Hermosilla en su *Arte de hablar en prosa y verso* lo que sigue: «Valbuena no puede ser ni »áun comparado con Lope; pero como ha habido tiempo en »que á porfía se le han prodigado los elogios, y se le ha que»rido dar una reputacion que está muy lejos de merecer, »etc.»

V. 26. *Non tu in triviis, indocte... In triviis...* En las encrucijadas; porque la gente de campo acostumbraba andar de

noche por las encrucijadas tocando y cantando en honor de Diana. Los rústicos de nuestros lugares hacen lo mismo por una costumbre inveterada.

Indocte es muy exacto para calificar la impericia de Dametas. Teócrito, de quien lo tomó Virgilio, dijo:

¿Qué flauta? pues tú, esclavo sibarita,
¿Cuándo has tenido flauta? ¿no te andabas
Con Coridon silbando con las cañas?

Con solo este epíteto *indocte* mejoró infinitamente Virgilio este pasaje, porque la cualidad de esclavo no excluye la ciencia, y ántes se podrian citar ejemplos en contrario.

V. 27. *Disperdere carmen...* El verbo *disperdere* está felizmente usado; expresa lo despreciable del instrumento y la grosería de sus sones. La repeticion de las *S* y de las *R* imita su aspereza y el desentono del canto que Dametas desperdiciaba por las encrucijadas.—*Michaud.*

V. 37. *Divini opus Alcidemontis.* Famoso escultor y tallista.

V. 38. *Lenta quibus torno facili superaddita vitis.* Este verso parece imitar la flexibilidad del sarmiento: y *diffusos hedera vestit pallente corymbos,* por su armonía, imita la mezcla de la hiedra con los pámpanos y los racimos, que se doblegan y se difunden sobre la superficie del vaso. Catulo hablando de la vid dijo: *lenta, qui velut assitas vitis implicat arbores.* La imágen de Virgilio es más graciosa, más pintoresca y más acabada.—*Michaud.*

V. 40. *Conon, et... quis fuit alter?...* Sobre quiénes fuesen estos dos personajes varian los intérpretes; pero la opinion más seguida es, que Conon fué un célebre matemático de Samos, de quien hace mencion Catulo en sus epigramas; y el otro personaje oculto era Arquímides, matemático igualmente famoso de Siracusa, y ambos muy amigos.

V. 45. *Et molli circum est ansas amplexus acantho.* Este es un modelo de poesía descriptiva. Parece se ve al acanto desplegarse y abrazar las asas del vaso.

V. 46. *Orpheaque in medio posuit, silvasque sequentes.* Un

poeta ordinario hubiera dicho *sculpsit*, «*esculpió*»; pero la expresion de Virgilio conserva en este cuadro la ilusion, que es el alma de la poesía. No es, pues, la imágen de Orfeo, es el mismo Orfeo puesto por el artista en la entalladura del vaso: *silvasque sequentes* completa la ilusion. Este cuadro forma un paisaje animado y maravilloso.—*Michaud.*

Me atrevo á decir, aunque con toda la veneracion debida á un poeta como Melendez, que desapruebo, consiguiente á la observacion que antecede, el uso que hizo del verbo *pintar* en esta descripcion:

ARCADIO.

Premio será á tu canto
Este rabel, que un dia
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino;
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino:
Del Tormes cristalino
Formó en él la corriente,
Que ir riendo dijeras,
Lo largo en sus praderas
Vagando los rebaños mansamente,
Y la ciudad de léjos
Del sol como dorada á los reflejos.

En todo esto está el arte muy al descubierto, y destruye la ilusion poética. Tambien la palabra *pintó* hace que sea vaga é indeterminada la expresion del verbo *formó* que le sigue; ó es menester entender que *formó en el rabel la corriente del Tormes* con los pinceles, lo que no es muy propio en un lenguaje correcto. Esta observacion es tanto más cierta, cuanto que el mismo Melendez la justifica con lo que hace decir á Batilo seguidamente en respuesta á Arcadio, hablando de una flauta:

Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea;

De vida el llano ameno
Como por Mayo lleno:
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.

Valbuena en su égloga primera imitó esta descripcion y la anterior. En la una alude al juicio de Páris, pensamiento hermoso, si lo hubiera desempeñado mejor:

Es todo el vaso un bosque deleitoso,
Y en medio de él tres diosas hermosísimas,
Delante un pastorcillo venturoso.
Así hechas las hojas sutilísimas,
Que con ellas parece que se enraman,
Y al pastor quieren parecer bellísimas.
Á juzgar no sé qué las tres se llaman;
Una pienso que es madre de Cupido:
No sé las otras dos cómo se llaman.

El segundo terceto no se entiende. *Las hojas sutilísimas* es menester conceder que son las del *bosque deleitoso;* pero ¿qué quiere decir que estas hojas sutilísimas parece que se enraman con las diosas? *A juzgar no sé qué las tres se llaman:* esto es falso; porque las diosas no se llaman á juzgar, sino á ser juzgadas por Páris; idea principal de esta fábula, que falta en la descripcion. Al globo de ideas indigestas que aquí se perciben se añade el pésimo uso de los esdrújulos, y el otro defecto de haber repetido en el último terceto *se llaman*, para componer el consonante.

En la segunda imita á Virgilio de este modo:

Donde pintó de Orfeo el desafío,
Que hizo con los montes que le oían;
Y á oir su canto se detuvo un rio.
Las selvas puso allí que le seguian,
Y los pinos tambien, que sin ruido
De las más altas sierras descendian.

Pintó es impropio; porque la talla no es pintura. *Desafió,* sobre ser falso, es un ripio; y la fábula no cuenta semejante desafío de Orfeo con los montes que le oían. *Las selvas puso allí que le seguian,* es el único verso bueno de esta descripcion, traducido literalmente de Virgilio; y si nada más hubiera dicho, habria acertado; pero entónces no viéramos *los pinos, que descendian de las más altas sierras sin ruido.* Los prodigios que se cuentan de la música de Orfeo, solo pueden hoy pasar y usarse como meras alegorías, y eso es, no separándonos de la tradicion fabulosa.

En el primer idilio de Teócrito un cabrero presenta para premio del canto un vaso, sobre el cual hay grabadas diferentes escenas. Dice:

Y daréte además un hondo vaso
De blanca cera orlado, de dos asas,
Nuevo sin estrenar, que huele á talla;
Y en sus labios por alto rodeada
Hay una yedra, yedra al eliocriso
Asida, y á par de ella un tallo alzado
De zafranado fruto; y por adentro
Grabada una mujer, obra divina,
De velo y manto ornada; y cerca de ella
Varones con hermosas cabelleras,
Que contienden con dichos alternados
Cada cual de su parte, y no hace caso:
Tal vez risueña al uno de ellos mira,
Y tal vez su mirar al otro pone:
De amor entumecidos han los ojos,
Y trabajan en vano. Cerca de ellos
Un viejo pescador hay esculpido
Sobre una áspera peña, y afanado
Arrastra la gran red, y el viejo todo
Se parece á un varon cuando trabaja.
Dirias que pescaba ciertamente
Con cuantas fuerzas han sus miembros todos.
Hínchansele las venas por el cuello,
Y áun siendo cano, su vigor conviene

A mocedad. No léjos del marino
Viejo, hay de rojas uvas una viña
Bien cargada, que guarda un pequeñuelo
Muchacho, en los bardales asentado.
Dos zorras hay cercanas; una sigue
Los sulcos, destrozando los racimos;
Y la otra maquina sus engaños
Todos contra el zurron, y va diciendo
Que no le ha de dejar hasta que quede
Como en seco el muchacho; y él de pajas
Hace una hermosa jaula para grillos,
Retejida de juncos; ni se acuerda
Del zurron, ni del fruto de la viña,
En su trabajo todo embelesado.
Vuela del vaso en torno blando acanto;
Eólico prodigio, que pasmado
Tu corazon será de maravilla;
Por el cual á un marino calidonio
En premio dí una cabra y un gran queso
De blanca leche, al cual áun no tocaron
Mis labios, y así yace no estrenado.

Conde.

No hay imágenes más graciosas y campestres que las que componen este cuadro. Algunos críticos han reprobado esta descripcion por larga; pero si se le dijese á un hombre de gusto que descartase de ella alguna parte, ¿cuál fuera la que se atreveria á condenar? Estas descripciones hacen muy buen efecto cuando son traidas con oportunidad; contribuyen á la variedad, y forman escenas episódicas con las que se distrae agradablemente la atencion. No obstante, algunos poetas bucólicos han abusado de este recurso. Vida, en la égloga á Victoria Colona, viuda de Dávalos, bajo el nombre de Nise, hace describrir al pastor Damon una cesta de juncos, que se propone construir para ella. Dice que en la cesta representará á Dávalos muriendo, y pesaroso de no morir en un combate; á su alrededor los reyes, las ninfas y los capitanes; á Nise implorando en vano el auxilio de los dioses, desma-

yada y volviendo en sí poco á poco á favor del agua que sus criadas le echan sobre el rostro: y añade, que él expresaria los llantos y los gemidos, si el junco se prestara á representarlos. Con este motivo dice Fontenelle que aquí hay muchas cosas para poderlas representar en una cesta de juncos, ó más bien, hay muchos cuadros, todos distintos entre sí, pero lo peor es que no tienen nada de campestres.—*Michaud.*

V. 55. *Dicite quandoquidem...* Los coros van á comenzar, y la primavera forma la decoracion de esta ópera campestre. Este espectáculo hace olvidar las injurias de Dametas y de Menalcas, y prepara al lector á ideas placenteras. No será inútil advertir aquí, que Virgilio no se dejó llevar del atractivo de un objeto tan halagüeño, y que hizo la descripcion de la primavera en dos versos. Pocos poetas modernos se hubieran resistido á la tentacion de explayarse sobre un asunto tan agradable y ameno.—*Michaud.*

Nuestro Rioja supo pintar en tres versos tres estaciones del año:

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,
Pasó el invierno con sus nieves cano.

V. 64. *Malo me Galatea petit...* Lo primero es advertir que tirar manzanas entre los griegos y romanos era provocar á los placeres amorosos. Teócrito dijo ántes de Virgilio:

Y al cabrero que guia las cabrillas
Tira manzanas Claris, y amorosa
Háblale dulcemente.

Virgilio perfeccionó este pensamiento infinitamente. Estos versos han sido citados por casi todos los tratadistas, como un modelo de poesía pastoril, y con razon; pues sobre ellos podria escribirse un largo y sabio comentario, tan importante, como el que conocemos sobre el grupo de Laocoón. El Sr. Hermosilla dice en su obra arriba citada: «Que en la pas»torcita que tira la manzana y se esconde, pero haciendo de

»modo que su amante la vea y sepa que ella es quien la ha »tirado, se observa cierta mezcla de cariño, pudor y juvenil »malicia, que sólo puede distinguir el delicado tacto de un »observador muy ejercitado.» Escalígero habia ya ántes dicho, comentando estos versos: *Expresit lasciviam, cum petit malis; Virginem, cum fugit; muliebre ingenium, cum vult resciri factum.* Otra observacion es la concision con que está expresado el pensamiento; porque en estos tan finos é ingeniosos el arte del poeta debe dejar al lector que adivine una parte de lo que quiere decir; en cuyo género es Galatea un modelo que no debe perderse de vista.

Fr. Luis de Leon invirtiendo en su traduccion el órden de las ideas, destruyó toda la vivacidad y delicadeza del pensamiento:

Traviesa Galatea me ha tirado,
Perdida por ser vista, una manzana;
Y luégo entre los sauces se ha lanzado.

No es este el órden natural y gradual de las ideas. Galatea no tira la manzana por ser vista, sino para llamar á su amante; y al tiempo de esconderse es cuando se deja ver de él. No es decir esto que Fr. Luis no entendió el pensamiento; pero sí que no supo acomodarlo en el verso; porque en su traduccion en prosa dijo: «Galatea, rapaza bella, todo es an»darse burlando conmigo: cuando estoy más descuidado me »tira las manzanas; y aunque se va luégo á esconder detras »de los sauces, bien se huelga de que yo la mire todo lo ántes »que pueda.»

El Sr. Hermosilla lo ha traducido así en su citada obra:

Pues á mí la traviesa Galatea
Me tira una manzana; y en los sauces
Corre luégo á esconderse, deseando
Que ántes de entrar en ellos yo la vea.

Valbuena hizo esta mala imitacion:

Galatea conmigo anda jugando,
Llámame, vuelvo, y luégo se me esconde;
Y huélgase de verme andar buscando.

Pope en su égloga *la Primavera* ha imitado al poeta latino: «Silvia atraviesa precipitadamente la verde pradería y corre »á esconderse; pero de manera que se deja ver, y me mira al »pasar: su mirada no va acorde con sus pasos.» En esta imitacion ha perdido la idea de Virgilio todo lo que tiene de viva é ingeniosa. Es preferible lo que el mismo Pope hace decir á un pastor en la égloga citada: «Mi adorada Delia me hace »señas desde el llano, y corre á esconderse entre las som»bras del bosque; yo voy precipitado á buscarla por todas »partes; ella me ve andar dudoso, y se sonrie; su sonrisa me »guia á donde está.»—*Michaud.*

V. 66. *Amyntas...* Este nombre lo he variado en este verso, en el 74 y 83, por las mismas razones expuestas en la introduccion á la égloga segunda, y nota de su verso quince.

V. 67. *Delia...* Aquí unos entienden Diana, otros una querida del pastor, otros una criada del mismo. Yo he traducido en este último sentido; Fr. Luis de Leon por Diana, y cada uno podrá escoger el que mejor le parezca.

V. 68. *Parta meæ Veneri...* Estas palabras *meæ Veneri*, con que Dametas designa á su pastora están llenas de gracia y delicadeza. En el verso siguiente hay que notar que el pastor no dice que le presentará las palomas á su querida, sino que tiene dispuesto un regalo para ella, porque sabe adonde dos palomas hicieron su nido: *namque* da al pensamiento un aire de importancia que hace sonreir al lector.—*Michaud.*

Segrais, poeta frances, se aprovechó felizmente de esta idea en estos versos:

Si vous vouliez venir, ó miracle des belles,
Je vous enseignerais deux nids de tourterelles;
Je vous les donnerais pour gage de ma foi;
Car on dit qu'elles sont fidéles, comme moi.

Si á mi lado, zagala, aquí te viera,
Bella sin par entre las más hermosas,
De tiernas tortolillas amorosas
Dos nidos te enseñara, y te los diera
En prenda de mi fe, que ellas amantes
Dicen que son, y como yo constantes.

V. 72. *O quoties et quæ...* Dice Michaud que le parece que esta idea se aleja de la sencillez de los pastores: á mí no me parece así, atendida la teología de los romanos y la naturaleza de sus dioses. El pastor hallaba tan dulces y encantadoras las palabras de Galatea, que las creyó dignas de interesar á los habitantes del Olimpo, y así recomienda á los céfiros que las lleven hasta los cielos, como el incienso de los sacrificios, ofreciéndoles de este modo una parte de su felicidad, de la misma manera que acostumbraba ofrecerles las flores más hermosas y las primicias de sus frutos.

V. 76. *Meus est natalis...* Los romanos celebraban con entusiasmo y profusion el dia de su nacimiento. Al contrario se dice de los habitantes de la antigua Tracia, hoy Romanía, provincia de la Turquía Europea, que el dia natal era para ellos un dia de luto y de llanto, y el dia del fallecimiento de júbilo y complacencia; llevados de que el hombre nacia á los dolores y á la esclavitud, y no descansaba ni era feliz hasta que moria. Quizás éstos no irian muy errados.

V. 77. *Vitula pro frugibus...* Este sacrificio era despues de recogidas las mieses y los frutos en el otoño. Los ricos sacrificaban una becerra, y los pobres una oveja, en lo que Dametas hace ostentacion de sus riquezas.

V. 80. *Triste lupus stabulis...* A Fontenelle no le agradan estas comparaciones; mas no tiene razon, porque ellas están adaptadas á la situacion y á los personajes, son graciosas y verdaderas, y expresan imágenes nobles y sencillas. El lenguaje de los pastores es poco extenso y complicado, porque es el lenguaje primitivo, y así tienen necesidad, más que otros, de valerse de las comparaciones.

V. 84. *Pollio.* Cayo Asinio Polion fué cónsul el año 714 de Roma, mereció los honores del triunfo por haber subyugado

á los Partineos, pueblos de la Dalmacia. Fué historiador, poeta, orador, general.

V. 90. *Qui Bavium non odit.* Bavio y Mevio fueron dos pésimos poetas y enemigos de Virgilio, á quienes con solo un dístico condenó al desprecio de la posteridad. Horacio escribió contra el último una oda mordaz é injuriosa, por el estilo de los Arquilocos é Hiponax.

V. 103. *Nescio quis teneros...* En este mismo sentido dijo Melendez:

Tus labios y tus ojos
Fascinan dulcemente.

V. 104. *Dic quibus in terris...* Este dístico y el siguiente contienen dos especies de enigmas, que ahora por más novedad dicen *charada* á la francesa. A pesar de que los intérpretos hablan mucho sobre su inteligencia, lo más corriente es que el lugar en que el cielo parece contenido en tres codos de espacio es un pozo; y que las flores que llevan escritos los nombres de los reyes son los jacintos, porque parece que tienen escritas en sus hojas las letras *a, y*, con que empieza el nombre de Ayax.

Pope no se desdeñó de imitar á Virgilio en este pasaje, y así en su primera égloga Strifon pregunta á Dafnis: «Dime: »¿en qué dichoso país crece un árbol maravilloso que produce »monarcas sagrados?» Aludiendo á la encina bajo la que Cárlos II de Inglaterra estuvo oculto despues de la batalla de Worcester.—*Michaud.*

Tambien nuestro Valbuena dijo en la égloga cuarta:

CLARENIO.

¿Dime: cuál es el ave que en la tierra
Sus escuadrones vela, y sin armarse
A la gente menuda hace guerra?

DELICIO.

¿Dime, tú: qué animal suele bañarse
Para limpiar las aguas de la fuente,
Y deja de una vírgen enlazarse?

El primero alude á la grulla, que es sabido hace una de ellas centinela, miéntras las demas duermen. Y el segundo al unicornio, sobre cuya existencia, propiedades y virtudes puede verse á Feijóo.

V. III. *Claudite jam rivos pueri...* Esta conclusion parece se despega y que no está ligada con la égloga. Unos han entendido este verso literalmente, suponiendo que Palemon hablaba con algunos zagales que durante los cantos habian estado regando sus prados: otros alegóricamente, como si dijera á los cantores: «Descansad: harto ya con vuestro canto os habeis divertido.» Como quiera que sea, yo he omitido la alegoría, si lo es, y he traducido el pensamiento, procurando conservar la unidad y naturalidad posibles. Fr. Luis de Leon lo omitió enteramente.

Por las referencias que he hecho á Teócrito y otras que he omitido, se convence que Virgilio le aventajó en mucho, perfecionándolo notablemente. Las referencias que he hecho á nuestros poetas son, de entre muchas que pueden hacerse, las que me han parecido más importantes, para que por este medio, el más sencillo de instruccion, nuestra juventud se acostumbre á descubrir las bellezas del original y á juzgar con crítica de sus imitadores.

ÉGLOGA CUARTA.

Esta égloga tan rica en imágenes, conocida con el nombre de *Horóscopo*, es comunmente atribuida al hijo de Polion; pero yo opino con Michaud que tuvo por objeto celebrar el nacimiento de Marcelo, sobrino de Augusto y heredero presuntivo del imperio, á quien dió en casamiento su única hija Julia, y lo adoptó por hijo. Con solo pasar la vista sobre la época del año 714 de Roma bastará para convencerse de esta asercion.

Las intrigas y espíritu turbulento de Fulvia, mujer del triunvir Marco Antonio, habian indispuesto á éste contra su colega, en términos que la guerra estuvo á punto de estallar entre los dos jefes, y el primero corrió desde el Oriente con sus legiones sobre la Italia. Cocceyo, amigo comun de ambos, tomó la determinacion de reconciliarlos; y en efecto, Polion se hizo cargo de los intereses de Antonio, y Mecénas de los de Octavio. En estas circunstancias sobrevino oportunamente la muerte de Fulvia, que allanó las dificultades, y Octavia, hermana de Augusto, que acababa de enviudar de Marco Claudio Marcelo, dió la mano de esposa á Antonio, con lo que la paz quedó asegurada por entónces entre los dos triunviros. Hallábase Octavia en cinta de su anterior marido, é inmediatamente dió á luz un niño, que se llamó Marcelo, de cuya circunstancia se aprovechó Virgilio para aplicar al

nacimiento de este príncipe los vaticinios de las Sibilas, que anunciaban naceria por aquellos mismos tiempos un infante que reinaria en el mundo con justicia, asegurando á la tierra una paz y ventura perdurables. Estos acontecimientos fueron generalmente celebrados con aclamaciones y regocijos públicos, así en los ejércitos como en las provincias; y Virgilio, aprovechándose de las circunstancias, logró lisonjear por este medio á los dos jefes del Estado, á Octavia, esposa del uno y hermana del otro; y asimismo á Polion, su protector y amigo, cuyo consulado deberian hacer célebre tan faustos sucesos. El heredero de ambos triunviros, reuniendo en su persona todo el poder de aquéllos, era el unico que los romanos creian podia inspirar al mundo semejantes esperanzas. ¿Ni cómo en la corte y á la presencia de Augusto habia Virgilio de atreverse á decir de otro: *Cara deum soboles, magnum Jovis incrementum;* aludiendo sin duda á que la familia de los Julios se decia descendiente de Júpiter pro Vénus y Enéas?

Muchos críticos han querido descartar esta sublime composicion del número de las églogas por demasiado elevada, sin hacerse cargo de que es el poeta el que canta, y que debió tomar el tono conveniente al objeto que se prepuso. Ya ántes de Virgilio habia Teócrito elevádose al tono de la oda y de la epopeya para celebrar la gloria de Tolomeo y de Hieron. Podria responderse á estos críticos lo que hace Virgilio decir á Coridon en la égloga segunda: *habitarunt di quoque silvas.* Las musas, dice Michaud, nacieron en los campos, y los primeros poetas fueron pastores: en los tiempos de Homero habia pocas grandes ciudades, y la gloria militar de Aquiles fué sin duda celebrada en las cabañas. Apolo mismo apacentó rebaños: la lira de Orfeo encantaba las florestas; y los poetas antiguos eran inspirados por el maravilloso espectáculo de la naturaleza, que tenian de contínuo presente á su vista.

A pesar del cuidado de apacentar los ganados y demas ocupaciones de la vida campestre, puede, sin disputa, el espíritu humano elevarse á concepciones é ideas las más sublimes. Las maravillas de la creacion, los beneficios recibidos de la

Divinidad, ¿no deberian excitar los afectos y herir y encender la imaginacion de los habitantes de las cabañas? ¿Se podrá negar á la musa bucólica el derecho de elevarse á la altura de tales objetos? La sencillez y naturalidad que se exigen en la poesía pastoral ha de entenderse principalmente de las costumbres y de las maneras; mas estas dotes indispensables no han de excluir el entusiasmo poético, que siempre nace del sentimiento, y este sentimiento es más propio de los pastores, que de los habitantes de las ciudades.

V. 1. *Sicelides musæ*... Invoca las musas sicilianas, como si invocase las musas campestres que inspiraron á Teócrito, de quien Virgilio tomó el modelo para sus composiciones pastoriles; y siempre que ocurran en estas églogas semejantes expresiones se han de entender así, como en la égloga sexta *syracosio versu*...

V. 4. *Ultima Cumæi*..... La sibila *Cumea* ó *Cumana*, llamada así de Cúmas, ciudad de Campania en Italia. Se suponen varias Sibilas, que tuvieron el don cierto ó falso de vaticinar lo futuro. El que quiera instruirse de su número y circunstancias, y de lo que acerca de ellas se ha opinado en todos tiempos, puede consultar un *Diccionario de la Fábula*, ó á Tressan en su *Mitología comparada con la historia*.

El poeta, despues de una breve invocacion, entra en materia, como un hombre poseido de un delirio profético; y su entusiasmo, nacido de la verdad importante que supone va á anunciar al mundo, arrebata é interesa; porque el verdadero entusiasmo se comunica.

V. 6. *Jam redit et virgo*... La vírgen Astrea, diosa de la justicia, que supone la fábula se subió al cielo, huyendo de las maldades de los hombres, acabado el siglo de oro.

Redeunt suturnia regna. El reinado de Saturno es tan célebre en la fábula, que ha pasado por proverbio y se designa con el nombre de *edad dorada* ó *siglo de oro*, en el que reinaron entre los hombres la paz, la justicia, el contento y la abundancia. Véase á Tressan, si se quieren más conocimientos.

Hé aquí la pintura que de la edad dorada hace Melendez en su primera égloga:

Así Tirsis decia
Que la primera gente,
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente:
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio;
Cuando del señorío
Los términos la linde áun no cortaba;
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.

V. 7. *Jam nova progenies.* La Sibila dijo: *Túm Deus é magno regem dimittet olimpo.*

V. 8. *Tu modo nascenti puero...* El poeta no habla del augusto infante hasta despues de haber imprimido un carácter sagrado á su nacimiento. *Ferrea... desinet*, es referente á la edad de hierro, que cesaba á la vuelta del siglo de oro.

V. 10. *Casta , fave, Lucina...* Se dirige á la diosa de los partos con una confianza proporcionada á la justicia de su demanda, y por eso emplea pocas palabras. Esto recuerda la famosa apóstrofe de Garcilaso en boca de Nemoroso:

Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina,
. . . . . .
. . . . . .
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
¿Íbate tanto en perseguir las fieras?
¿Íbate tanto en un pastor dormido?

Dice Michaud que los cortesanos de Augusto aplicaron á este príncipe en varias ocasiones el vaticinio de la Sibila para persuadirlo á que tomase el título de rey, á lo que nunca quiso avenirse, convencido de la aversion que los romanos tenian á aquel título, y porque nada podria añadir á su poder; y así se

contentó con el de *Emperador*, que ha venido á ser el primero de todos.

La aplicacion que Virgilio hizo de esta profecía al sobrino de Augusto y heredero presuntivo del imperio, es más feliz y natural.

Algunos comentadores han pensado que el poeta anunció la venida de N. S. Jesucristo; mas esta opinion es infundada, á la que puede haber dado motivo, sin duda, la semejanza que hay entre algunos versos de Virgilio, y las profecías santas, cuya semejanza puede explicarse con mucha facilidad. Los oráculos de la Sibila, que Virgilio no hizo más que poner en buenos versos, traian orígen de las tradiciones venidas á los romanos desde la Judea, y conservadas entre ellos con veneracion, pues es sabido que aquella república admitia las opiniones y cultos religiosos de los otros pueblos. Para que se conozca la verosimilitud de esta explicacion, séame permitido citar algunos pasajes de Isaías. Dice el profeta: *Parbulus enim natus est nobis, et filius datus est nobis, et factus est principatus super humerum ejus; estvocabitur nomen ejus admirabilis, conciliarius, deus, fortis, pater futuri seculi, princeps pacis.*

V. id. *Tuus jam regnat Apollo...* Apolo era hermano de Lucina ó Diana. Los intérpretes lo entienden diversamente. Unos, porque ya estaban cumplidos los oráculos de Apolo inspirados á la Sibila; y otros, por el mismo Augusto, cuya estatua se hizo con todos los atributos de Apolo, á quien tenian por hijo suyo y le daban el mismo nombre.

V. 11. *Te consule...* Ya está dicho que este acontecimento fué en el consulado de C. Asinio Polion.

V. 12. .....*Et incipient magni procedere menses.* La comun opinion lo entiende por los meses de las cosechas, que son Julio y Agosto, los que tambien se dicen los meses mayores.

V. 15. *Ille deum vitam accipiet...* Estos tres versos pertenecen al estilo de la epopeya. Voltaire juzgaba que hubieran tenido muy buen lugar en el libro sexto de la *Eneida*. El tercero, *pacatum que reget patriis virtutibus orbem*, es de una belleza sin igual. Aquí se refiere, ó á las virtudes de Augusto,

ó á las de los Marcelos sus antepasados: pues Marco Claudio Marcelo, uno de sus ascendientes, fué cinco veces cónsul, tomó á Siracusa, derrotó á los galos y pereció por las asechanzas de Aníbal, combatiendo contra él, despues de haberle ganado dos batallas. La famosa apóstrofe del libro sexto de la *Eneida Tu Marcellus eris*, hace relacion á este ilustre guerrero.

V. 18. *At tibi prima puer...* Este pasaje hasta el verso veinticinco contiene la descripcion más encantadora de la felicidad del siglo de oro, á la que desciende el poeta desde el tono de la epopeya, acomodándose al estilo amable y cándido de la infancia, cuyo privilegio es propio de la musa pastoral. En este lugar observa Michaud que el diminutivo *munuscula* es sumamente delicado: el verbo *fundet* expresa muy bien la dichosa fertilidad de la tierra, que ya, no como quiera produce flores, sino que las derrama con profusion. Las hiedras serpean por todas partes, *errantes passim:* las plantas y las flores, mezcladas entre sí, forman bosques deleitosos y preciosas guirnaldas, *mixta ridenti.* Repara que los poetas latinos no han acostumbrado á dar el epíteto *ridenti* al acanto, mas que en la presente ocasion hace á esta imágen tan exacta como graciosa: que en la representacion de una época tan maravillosa, parece como que la naturaleza sonrie al augusto infante, y que éste, al abrir sus ojos á la luz, se complace de sus destinos, circundado de los dones de Flora: que la cuna, tan delicadamente expresada por el diminutivo *cunabula*, parece vuelve á la tierra las flores con que la ha embellecido, y que la representacion de la cuna, produciendo ella misma flores, es el presagio más feliz de los bienes que el mundo debe prometerse del recien nacido: mas que esto no era bastante para completar la felicidad del mundo, y el poeta estaba en la necesidad de alejar de él todos los males; por eso los ganados no temerán más á los leones, la serpiente *morirá*, la hierba venenosa *morirá:* que la repeticion de esta palabra *morirá* muestra la seguridad con que el poeta habla, y esta confianza pasa al alma del lector. En estas imágenes dice que se halla cierta especie de magia. Y es verdad. Todo es portentoso.

Las imágenes que emplea el profeta son más rápidas y enérgicas. *Lætabitur deserta et invia, et exultabit solitudo et florebit quasi lilium... Gloria Libani ad te veniet, abies, et pinus simul ad ornandum locum sanctificationis meæ*, idest, *locum santuarii tui;* porque el templo de Dios es el lugar de nuestra santificacion. Y en otra parte: *Habitabit lupus cum agno, et pardus cum hœdo accubabit; vitulus et leo et ovis simul morabuntur, et puer parvulus minabit eos. Et delectabitur infans ab ubere super formine aspidis, et in caverna reguli, ablatus fuerit, manum suam mittet.*

D. José María Blanco, en su égloga titulada *El Mesías*, dijo:

El tímido cordero con el lobo
Triscará por los montes y los valles.
El tigre de su furia ya olvidado
Será entre alegres tropas de garzones
Con lazadas de flores conducido.
El toro y el leon en un establo
Pacerán sin rencilla el mismo heno:
Y el pequeñuelo infante, acariciando
La víbora y la sierpe, sus colores
Celebrará con inocente risa.

Esta última imágen es graciosa; y aunque en el fondo no es nueva, está expresada con novedad y delicadeza.

V. 26. *At simul heroum laudes et facta parentis*
Jam legere, et quæ sit poteris cognoscere virtus.

En estos dos versos comprende el poeta los estudios de la adolescencia, á que debia aplicarse Marcelo para formarse al heroísmo en la edad varonil. En *heroum laudes* comprende el estudio de la poesía; *en facta parentis* el de la historia, y en *poteris cognoscere virtus* el de la filosofía.

V. 28. *Molli paulatim flavescet campus arista,*
Incultisque rubens pendebit sentibus uva,
Et duræ quercus sudabunt roscida mella.

Dice Michaud que es imposible llevar más léjos el encanto de la poesía descriptiva. En el primer verso se ve el color de las maduras mieses; en el segundo los racimos pendientes de los vallados incultos, y en el tercero se siente el esfuerzo de la encina robusta para sudar la miel que destila á manera de rocío. Marmontel ha dicho que no hay galería, por grande que sea, que no pueda llenarse con cuadros sacados de una sola égloga de Virgilio. Estos versos no ofrecen poca materia al pincel, y para hacerlo sentir era preciso detenerse en cada palabra.

El profeta ha expresado así la fecundidad de la tierra á la presencia del Salvador: *Scisæ sunt in deserto aquæ et torrentes in solitudine. Et quæ erat arida, erit in stagnum, et sitientes in fontes aquarum. In cubilibus, in quibus prius dracones habitabant, et oritur viror calami et junci.*

V. 34. *Alter erit tum Tiphys...* Célebre piloto que dirigió la navegacion de los Argonautas en su expedicion á Colcos.

V. 37. *Hinc, ubi jam firmata virum...* Este trozo hasta el verso cuarenta y cinco es un modelo de poesía descriptiva, compuesto de pensamientos atrevidos y de imágenes osadas; pero en tan buen lugar y tan perfectas, que no pueden elogiarse dignamente. Michaud observa que el atrevimiento de estas figuras consiste en personificar los séres inanimados, como el pino, la tierra, la vid, la lana; y que hasta á las hierbas de los campos ha dado el poeta ciertas afecciones humanas.

El pino, que entra en la construccion de los buques, está tomado por el buque mismo; y el epíteto *náutica* parece asociar al árbol la ciencia de la navegacion; la palabra *patietur*, que expresa el dolor, presta un sentimiento á la tierra y á la vid: *discet mentiri*, hablando de la lana de los ganados, es una expresion no ménos animada. En esta frase: *sponte sua sandix vestiet*, toma la hierba una vida y una voluntad: todo es maravilloso, el entusiasmo está en lugar de pruebas, y parece que da voz y vida á los séres inanimados para atestiguar lo que anuncia.

La poesía tiene sobre la prosa la ventaja de poder decir cosas maravillosas, sin que se le acuse de impostora. La prosa

cuenta; la poesía pinta: la prosa habla al entendimiento; la poesía, y principalmente la de Virgilio, á la imaginacion. ¿Cómo, pues, no ha de creérsele? Virgilio, en esta égloga como acaba de verse, toma un tono muy elevado; pero las imágenes que emplea son campestres, y puede decirse que esta pieza es como la pastora de quien habla Boileau en un dia de fiesta:

Telle qu'une bergere au plus beau jour de fete
Des superbes rubis ne charge point sa tete,
Et sans meler á l'or l'éclat des diamans,
Cueille en un champs voisin ser plus beaux ornemens.

Así como en el dia más festivo
No carga la pastora su cabeza
Con soberbios rubíes, ni tampoco
Mezcla en ella con oro los brillantes,
Y tan sólo se adorna con las flores
Que ha recogido en el vecino prado.
Del T. de Batteux.

V. 46. *Talia sæcla...* Es bien conocida la fábula de las Parcas y su importancia en la religion de los paganos.

V. 48. *Aggredere ó magnos...* ¿Quién no admira la majestad de estos cinco versos? *Magnum Jovis incrementum*, reune todas las ideas de la fuerza y del poder. *Incrementum*, colocado al final, se aleja de las reglas ordinarias de la versificacion latina, y Virgilio no pudo emplearlo sino para causar un grande efecto. El mundo se ve balancear en este verso: *adspice convexo nutantem pondere mundum:* la poesía épica no puede elevarse más alta. Dice M. Genisset, que en este verso parece oirse el trueno que retumba en el espacio de los cielos, y que los versos siguientes se semejan al estrépito del rayo, repetido por los ecos. Toda la naturaleza ha tomado parte en la gloria del siglo que va á comenzar. Jamás el espíritu humano ha dicho cosas más grandes, ni ha empleado imágenes más sublimes.

Este es el lugar oportuno, dice Michaud, para observar los

diversos matices que se advierten en estos cuadros. Cuando el infante está en la cuna la tierra produce flores, y todas las imágenes son graciosas y risueñas. Cuando Marcelo está en la adolescencia se obran más grandes y útiles portentos: los racimos penden de los vallados incultos, y la dura encina destila miel. Cuando el héroe llega á la mitad de su carrera, el buey no sufre más el yugo; el marinero no se expone á los peligros del mar, porque la tierra produce en todas partes las cosas necesarias á la vida y que los hombres no podian adquirirse sin trabajo y por los cambios del comercio; y en este caso es en el que el poeta toma un tono más sublime, y toda la naturaleza participa de su alegría y su entusiasmo. Esta progresion es asombrosa, y caracteriza exactamente las tres primeras edades de la vida de un héroe ó de un dios.

Pope ha hecho una égloga sobre la venida del Mesías, en la que, por lo comun, es inferior á Virgilio, y sólo le excede cuando imita ó traduce los profetas. Citaremos la perífrasis que hace de algunos pasajes de Isaías: «¡Jerusalen, levanta tu »frente altiva! Vé tus inmensas plazas pobladas de jóvenes »de ambos sexos, que te acaban de nacer: vé las naciones »extranjeras, tus aliadas, que se adelantan á tus puertas, »marchar, guiadas de tu luz, y doblar sus rodillas en tu santo »templo: vé tus ricos altares cubiertos de incienso de Sabá, y »al derredor los reyes prosternados. Para tí exhalan sus per»fumes las florestas de la Idumea, y el oro brilla en las mon»tañas del Ofir. Mira la bóveda estrellada de los cielos, que se »abre para inundarse en un océano de luz. El sol naciente no »más para tí iluminará la aurora de la mañana, ni prestará á »la luna su esplendor argentado, que se eclipsará en otros ra»yos más brillantes que los suyos, en los de aquel que es la »luz misma, y será tu sol para siempre. Agotaránse las aguas »del mar; disiparánse los cielos en humo; las montañas se »derretirán; mas las promesas del Mesías, su poder benéfico »y su trono augusto durarán sin término.»

Sobre el mismo modelo, el memorado D. José María Blanco en su égloga citada dice:

Jerusalen, Jerusalen divina,

Levanta la cabeza coronada
De esplendor celestial. Mira cubierto
Tu suelo en derredor, y de tus hijos
Admira la gloriosa muchedumbre.
Mira cuál de los últimos confines
A tí vienen los pueblos prosternados,
De tu serena lumbre conducidos.
El incienso quemado en tus altares
Sube en ondosas nubes. Por tí sola
Llora el arbusto en la floresta umbría
Sus perfumes: por tí el Ofir luciente
Esconde el oro en sus entrañas ricas.
Goza, oh Sion, la apetecida gloria.
Ve que ya el cielo rasga el bello manto,
Y en soberana luz, más que el sol pura,
Te inunda: luz brillante, que la noche
Nunca osará turbar con sus tinieblas.

El mismo fondo de ideas se advierte en Isaías que en Virgilio. El poeta cuidó de agradar á sus lectores, y lo consiguió; el profeta de anunciar al mundo las verdades más grandes, y elevándose mucho más alto, sorprende al alma en una santa admiracion. Virgilio ha hecho todo á lo que puede llegar el ingenio humano; Isaías ha ido más léjos, y si uno es el favorito de las musas, es fácil reconocer que el otro es el intérprete de Dios.

V. 53. *O mihi tam longe...* El poeta desciende de las imágenes más sublimes al estilo más sencillo para hablar de sí mismo. Sus votos son modestos é interesantes; pero esta amable sencillez no pertenece más que á la musa campestre; ni excluye el entusiasmo que se muestra en los versos siguientes, donde no teme desafiar á Lino y á Orfeo, y áun al mismo Pan.

Lino, hijo de Apolo y de la musa Tersícore, inventor de los versos líricos, y famoso tocador de la lira. De Orfeo, discípulo de Lino en la música, se dirá en la nota al verso 30 de la égloga sexta. De Pan se ha hablado en la nota al verso 32 de la égloga segunda.

Algunos han creido que Virgilio hizo alusion en este pasaje á su poema de la *Eneida*; pero esta opinion tiene algo de poética. Virgilio no podia prever que llegaria á conocer la muerte del jóven Marcelo. (Falleció á los 20 años de edad.) El episodio que le consagró en el libro sexto arranca las lágrimas; pero cuando se lee despues de esta hermosa égloga, áun es más interesante.

V. 60. *Incipe, parve puer...* Este verso dice Michaud que por su modulacion blanda y suave imita las caricias de la infancia; puede compararse con estos hermosísimos de Catulo:

Torquatus, volo, parvulus
Matris é gremio suæ
Porrigens teneras manus
Dulce rideat ad patrem
Semihiante labello.

Este mismo pensamiento explaya Melendez en un romance donde un padre habla á su esposa del niño que tiene en los brazos:

Los dos en grato embeleso
Su empeño infantil reimos;
Él viéndolo el pecho deja,
Y entre gozos y cariños
Soltándose en mil donaires,
Ambos bracitos tendidos,
Consigo amoroso anhela
En uno á los dos unirnos.
Yo cedo á su blando impulso;
Pero al allegarme, asido
Ya le torno á ver del pecho,
Y el juego inocente rio.
Otras veces más donoso,
Pone su rostro divino,
De nuestros felices labios
Ansiando un tierno besito,
Y al recibirlo, los suyos

Con mil risas prevenidos,
Otro nos vuelven tan dulce
Cual lo diera el amor mismo.
Otras, cual loco vocea,
Se agita, salta y esquivo
Escápase de tus brazos
Para venirse conmigo.

V. 61. *Decem menses...* Los intérpretes varian mucho sobre la inteligencia de este pasaje. Turnebó lo explica por los meses lunares, y en este sentido lo he traducido. Otros quieren que estos diez meses se entiendan comunes, y tambien que el poeta hizo alusion al nacimiento de Augusto, por congraciarlo, á causa de haberse verificado á los diez meses, como lo refiere Suetonio: *Augustum natum mense decimo, et ob hoc, Apollinis filium existimatum.*

V. 62. *Cui non risere parentes...* Otros leen *qui*, y hacen la sentencia así: *Los niños que no sonrian á sus padres.* Yo lo he entendido al reves: *el niño á quien sus padres no acaricien*, y así lo entendió Fr. Luis de Leon. ¿Podrá aludir la sentencia á la permision legal que tenian los romanos de exponer á sus hijos, como parte del derecho *quiritario* que tenian sobre ellos? Es sabido que los lacedemonios daban muerte á los hijos que les nacian enfermizos y de débil constitucion; y tan bárbara costumbre entre unos y otros provenia de los intereses propios de todo pueblo primitivo y guerrero. Por consecuencia, el hijo que al nacer tenía la desgracia de no agradar á sus padres, ó á quien sus padres no acariciaban, que es la señal de amor y de aprecio, era descartado de la familia por el medio de la exposicion. De este modo es fácil la inteligencia del último verso; porque el expuesto no podia optar á los derechos civiles y sagrados de la familia, entre los que se contaban el dios Genio y los Lares, que se trasmitian por herencia. Este dios Genio era el que presidia la mesa, y al fin de la comida la ultima copa se bebia en su honor. *La diosa del lecho es Juno,* porque presidia las bodas; y el que perdia por la exposicion los derechos de familia, no podia esperar que la diosa le favoreciese, logrando un

casamiento proporcionado á su orígen. Michaud piensa que las palabras *deus* y *dea* deben entenderse de los personajes de la familia de Augusto, contra cuya acepcion dijo mucho ántes el P. La Cerda: *Apage enim, ut parentes sit invocandi.*

Es sensible que al renacimiento de las letras los poetas no diesen á la égloga el carácter de la religion cristiana. La Biblia proporciona á la musa pastoral una multitud de asuntos. Nada tienen las pastorales de los antiguos comparable en lo sencillo é interesante con el matrimonio de Jacob, la pobreza de Ruth, la historia de José, Moisés salvado de las aguas del Nilo, etc. Algunos de estos pasajes han sido tratados con buen éxito por talentos de estos últimos siglos, y el *Paraíso perdido* de Milton tiene muchos trozos que podia reclamar la poesía bucólica. Los amores de Adan y Eva han sido mirados por algunos, y con razon, como una pastoral sublime. La majestad de las Escrituras tiene cosas que se acomodan muy bien á la musa campestre, y la religion cristiana, que puede decirse nació entre los pastores, ha conservado muchas de sus palabras. La congregacion de los fieles se denomina *el rebaño de la iglesia*, y á los fieles en particular, *ovejas de este rebaño*; así como á los prelados *pastores de la iglesia.* Nuestro divino Salvador es representado muchas veces como un pastor: Isaías: *Sicut pastor gregem suum pascet, in brachio suo congregavit agnos, et in sinu suo levavit fœtas ipse portavit.*

Aun nos parece que pueden hacerse églogas sagradas, y que sólo falta un gran poeta para acometer esta difícil empresa.

ÉGLOGA QUINTA.

Esta égloga, dice M. Batteux, es toda dramática. Empieza por un diálogo de dos pastores, que despues recitan alternativamente sus versos. El estilo es verdaderamente pastoril. Sin embargo, pueden distinguirse en ella tres especies de matices ó coloridos poéticos: el primero, en el diálogo ó conversacion familiar de los dos actores, que sólo hablan y se dan á conocer como pastores. Este es el tono ó estilo de la comedia pastoril. Los otros dos coloridos se ven en los recitados de sus versos, donde se manifiestan, no sólo pastores, sino pastores poetas, y, por consiguiente, inspirados; y así guardan un tono más elevado que en el diálogo anterior. La primera parte de los versos que recitan tiene el tono elegiaco, y el de la segunda es lírico.

D. Juan de Morales imitó esta égloga para cantar la muerte de Ardelia, como observaré al final.

V. 5. *Sive sub incertas...* Este es un hermoso verso descriptivo; se ve al céfiro que balancea las ramas y las sombras inciertas que siguen su movimiento. Michaud observa que Segrais aspiró á imitarlo así:

Un zéphyre plus lentagite les roseaux;

y por consiguiente que perdió el epíteto *incertas* y la palabra *motantibus*, que tanta vida y accion dan á este cuadro. Fr. Luis de Leon lo tradujo mejor: *A la sombra que el céfiro*

menea; mas carece tambien del adjetivo *incertas*, y de la viveza descriptiva del original. Langeac vertió:

> ..... *ou ce mabile ombrage*
> *Que d'un souffle incertain balance le zéphyr.*

Todo el pensamiento está vertido; pero á mi ver carece del movimiento y armonía imitativa del original; y aunque esto es difícil de obtener siempre en las lenguas modernas, yo he aspirado á conseguirlo de este modo:

> Do el céfiro las sombras bambolea
> Con movimiento incierto, repetido.

Estos versos recuerdan aquellos hermosos de Melendez:

> Del álamo las hojas plateadas
> Mece adormido el viento;
> Y en las trémulas ondas retratadas
> Siguen su movimiento.

V. 18. ..... *Si quos aut Phillidis ignes,*
Aut Alconis habes laudes, aut jurgia Codri.

Sobre la persona de Filis ó Fílida varian los intérpretes: unos quieren que fuese una pastora amada de Mopso, y así lo he traducido: otros, una reina de la Tracia, que se privó de la vida por los amores de Demofoón; y esta sentencia parece la más segura, porque guarda relacion, por su importancia, con los otros dos asuntos que le siguen. Alcon fué un cretense tan diestro en tirar las flechas, que habiendo visto que una serpiente estaba enroscada en el cuerpo de su hijo Falero, la mató de un flechazo, quedando su hijo libre y sin lesion alguna; y Codro fué el último rey de los atenienses, que se hizo matar entrándose disfrazado en el campo de los dorios, por asegurar así la victoria á los suyos, que no podian ser vencidos si moria su rey, segun la prediccion de un oráculo. Fr. Luis de Leon tradujo así este pasaje:

Di del amor de Fili y desconsuelo:
O si en loor de Alcon, ó de los fieros
De Codro.....

Aquí, es preciso decirlo, no hay sentido ni gramática.

V. 20. *Extinctum Ninphæ*... Comienza el canto elegiaco. La palabra *extinctum* es la misma que Virgilio usó en el admirable episodio de las *Geórgicas* sobre la muerte de César: *Ille etiam extincto miseratus Cæsare Romam*. Los más de los comentadores están porque Virgilio designó en esta égloga bajo el nombre de Dafnis á César, muerto trágicamente en el Senado, cuya opinion no es inverosímil.

Teócrito en su idilio primero representa á Dafnis muriendo de pesar por un amor desgraciado. Virgilio lo supone muerto cruelmente, y esto da á sus imágenes más viveza y más interes. Michaud observa que á la muerte de Dafnis las ninfas están tristes, los bosques y los rios son testigos de su dolor, y una madre, abrazando el cuerpo ensangrentado de su hijo, imputa su catástrofe á los astros y á los dioses. El verbo *flebant*, montado sobre el verso siguiente, expresa bien la aptitud de la profunda tristeza, que queda por algun tiempo muda, y prorumpe seguidamente en sollozos y en lágrimas. La apóstrofe á los avellanos y á los rios da vivacidad á la frase, y caracteriza la desesperacion. Las pasiones todo lo animan, y hablan á los séres insensibles. Mosco hace llorar al rio *Mele* á la muerte de Homero en su idilio sobre la muerte de Bion, donde dice:

Oh Mele, te faltó el primer Homero,
Aquel de Caliope dulce labio;
Y es fama que lloraste al hijo hermoso
Con tus llorosas ondas, y llenaste
Todo el mar con tus voces; mas ahora
De otro tornas al llanto, y consumido
Del fiero llanto estás.

Conde.

Pero las impresiones de la madre de Dafnis contra los as-

tros y los dioses hacen el cuadro más animado, y pintan el delirio que causa un dolor profundo.

Mele es rio de Esmirna, patria, segun algunos, de Homero y de Bion.

Se puede comparar el trozo de Virgilio con el pasaje en que Bion expresa la desesperacion de Vénus por la muerte de Adónis:

En torno del doncel los caros canes
Aullaban, las ninfas Oreades
Lloran; la misma Vénus, esparcidas
Las bellas trenzas, vaga en la floresta
Llorosa, descompuesta, sin calzado,
Y hiérenla al pasar los espinales,
Y tíñense de la sagrada sangre.
Grita con alta voz por largos valles,
Vocea al sirio esposo, al doncel llama.
Conde.

Virgilio podia haber descrito así igualmente el dolor de la madre de Dafnis, pero se contentó con expresarlo de una sola pincelada, acordándose sin duda de que no componia una elegía; y así inmediatamente vuelve á las ideas campestres. Esta observacion es importante.—*Michaud.*

V. 24. *Non ulli pastos illis egere diebus*
Frigida, Daphni, boves ad flumina: nulla neque amnem
Libavit quadrupes, nec graminis attigit herbam.
Daphni, tuum pœnos etiam ingemuisse leones
Interitum, montesque, féri, silvæque loquuntur.

Las mismas imágenes se hallan expresadas en las *Geórgicas.*

Quam procul aut molli succedere sæpius umbræ
Videris, aut summas carpentem ignavius herbas.
..... Immemor herbæ,
Victor equus, fontesque avertitur.

Observa Michaud que el sentido cortado de estos versos exprime el sentimiento de un dolor profundo. Que primero se presentan en la escena las ninfas llorosas, y una madre tierna arrojada sobre el cuerpo ensangrentado de su hijo; en el centro los pastores y los ganados tristes y pesarosos, olvidados del alimento para sostener su lánguida existencia; en el fondo del cuadro los animales más feroces enternecidos, y á lo léjos las montañas y las florestas parecen cubiertas de enseñas funerales. Que el verbo *ingemuisse* expresa felizmente el esfuerzo del dolor en un animal fuerte y poderoso. Que el ultimo verso termina bien la escena, y parece se oye el eco que repite los suspiros de los que lloran á Dafnis, y cuyas voces multiplican los ecos de los bosques y de las rocas de la comarca. Estas observaciones son muy verdaderas y delicadas.

V. 29. *Daphnis et armenias...* Aquí empieza el elogio del pastor Dafnis, dice Batteux: no está recargado de frases; no hay en él pompa ni aparato. Dafnis habia enseñado tres cosas á los pastores, y estas tres son las que en él se mencionan. Lo demas de la égloga está consagrado al dolor y á la memoria del pastor. En él hablan los interlocutores con Dafnis, como si los oyese, diciéndole que todo se ha mudado en la naturaleza desde que ya no existe. Así son todos los hombres. Si pudiesen oir sus elogios fúnebres, nada lisonjearia tanto su amor propio como el decirles que todo se ha acabado con ellos, porque el órden del mundo estaba anexo á su vida. Las tres cosas que enseñó Dafnis fueron: *el ayuntar los tigres; el culto de Baco*, que eso quiere decir *Thiasos*, derivado de *Tias*, hija de Císifo, que fué la primera que celebró sus orgías, de quien las Bacantes tomaron el nombre de *Tiadas*. Estas fiestas fueron prohibidas en Roma por un senado-consulto el año 567 de la república á causa de lo torpe y escandalosas que eran: y la tercera, *el enramar las lanzas*, perífrasis que significa el *Tirso de Baco*, atributo de aquel dios, y con que se adornaban las Bacantes en sus fiestas. Era el *Tirso* una lanza vestida de hiedra y pámpanos, y en la parte superior formaba una especie como tejido de estas hierbas, en que se encubria el hierro ó rejon de que van armadas las lanzas. El verso

Tú el enramar las lanzas has mostrado

lo he tomado de Fr. Luis de Leon, porque ninguna otra palabra más propia se puede sustituir á la de *enramar*.

V. 34. ..... *Postquam te fata tulerunt*
Ipsa Palles agros..... Estos versos hasta el 39 son reparables por su armonía. Ellos expresan por los sonidos lo que un poeta ordinario no hubiera expresado sino por los pensamientos y las imágenes. Son observaciones de Michaud..... *Steriles dominantur avenæ* pinta á la imaginacion los tallos empinados y estériles de las malas hierbas que dominan las mieses. El poeta podia haber empleado otra palabra en lugar de *dominantur*, pero quiso dar á entender esta especie de tenacidad con que crecen y se propagan, y la palabra *dominantur* lo expresa perfectamente por su lenta y larga prolacion. El último verso: *Carduus et spinis surgit paliurus acutis*, completa el pensamiento precedente; y este verso por la combinacion de sus sílabas parece erizado de espinas y dardos agudos, como lo está el mismo cardo silvestre.

Teócrito pinta la naturaleza dispuesta á cambiar sus leyes á la muerte de Dafnis:

Violas lleven ya los espinales,
Y ellas espinas, y el narciso hermoso
Florezca entre el enebro, y todo sea
Al contrario, y lleve el pino peras,
Despues que finó Dafnis, á los canes
Persiga el ciervo, y ya las abubillas
Contiendan á cantar con ruiseñores.
Conde.

Este cuadro está lleno de encanto y de verdad. El poeta relata fenómenos extraordinarios; pero esta exageracion es natural á los corazones afligidos, que comunican sus sentimientos á todo lo que les rodea, y que acostumbrados á no ver el universo sino con referencia al objeto de su amor, creen fácilmente que el universo ha cambiado, cuando aquel les falta.

V. 40. *Spargite humum follis...* Los antiguos acostumbraban cubrir de flores y ramos verdes los caminos y los templos en las grandes festividades, así civiles como religiosas, en honor de los héroes y de los dioses; y con esto Mopso atribuye honores divinos á Dafnis. A lo mismo alude el vestir las fuentes de ramos.

V. 43. *Daphnis ego in silvis...* Es el epitafio de Dafnis, contenido en un dístico, conforme al gusto de los antiguos, que en eso hacian consistir todo su mérito; sobre lo que se conserva el siguiente dístico de Cirilo el poeta:

Omne epigramma venustum est distichum, ubi auxeris ultra,
Dulce poema facis, non epigramma facis.

Los epitafios pertenecen al género epigramático. Nosotros los acostumbramos poner en cuartetos; y en esta traduccion he conservado el último verso de Fr. Luis de Leon, porque es hermosísimo.

V. 49. *Fortunate puer.* Todos los intérpretes entienden por el maestro á Teócrito, y por el discípulo á Virgilio, bajo el nombre de Mopso: yo no lo entiendo alegóricamente, sino como suena, y por el maestro á Dafnis, apoyado en el advervio *nunc*, y en el futuro *eris;* porque, *nunc eris alter ab illo*, «ahora que ha faltado tu maestro ocuparás su lugar en cantar y tañer,» se refiere al tiempo presente, cuando Teócrito antecedió á Virgilio más de doscientos años, y así lo he traducido.

V. 56. *Candidus insuetum...* Aquí cambia la escena y con ella el tono del poeta. Dafnis es inmortal; se ve colocado entre los dioses del olimpo, y Virgilio, tomando la lira de Horacio, entona himnos de triunfo y de alegría.

V. 58. *Ergo alacres silvas...* Este cuadro hasta *sis bonus o felixque tuis!* es hermosísimo; pero lo que aquí debe admirarse más es la mezcla feliz de las ideas más elevadas con las más sencillas. El resplandor de que brilla el olimpo está unido á la amable sencillez de los pastores; y éstos y los dioses juntos en la misma imágen, sin que ni los unos ni los otros estén fuera de su lugar. Estos versos son el modelo más perfecto de poesía pastoral.

Garcilaso imitó este pasaje y el anterior en su égloga primera.

Divina Elisa, pues agora el cielo
Con inmortales piés pisas y mides,
Y su mudanza ves estando queda,
¿Por qué de mí te olvidas y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo y verme libre pueda?
Y en la tercera rueda,
Contigo mano á mano,
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos.

Los pastores no conocen mayor felicidad que la vida de los campos, exenta de todos los sinsabores que la puedan alterar, y por analogía juzgaban del mismo modo de la vida futura, con tanta más razon, cuanto que á ello les autorizaba la religion gentílica, y cada cual se forjaba los Elíseos á su gusto.

V. 62. *Ipsi letitia montes...* Las montañas y las florestas levantaban sus voces hasta los cielos, y repetian *Dafni es dios*. Esta idea es grande y hiere la imaginacion fuertemente; pero el lector sonrie al ver que las montañas y los bosques se dirigen hablando á Menalcas; lo que no tiene verosimilitud. En el primer pensamiento ha de entenderse el eco de las montañas y de las florestas, que repite y semeja á la voz humana, tanto más verosímil, cuanto que los antiguos suponian toda la naturaleza animada y poblada de genios, como ya he observado; pero nunca se puede conceder que las montañas y las florestas se dirigiesen á Menalcas gritándole, *Dafni es dios*: este es un pensamiento falso: yo he traducido este pasaje dándole sencillez y claridad; porque nuestra lengua no puede suponer en estos casos lo que la latina, por la diferencia de nuestra religion y de nuestra filosofía, y porque no admite las elipsis que aquella; y así he dicho, procurando conservar en cuanto me ha sido posible la belleza del pensamiento:

Ama el bondoso Dafnis las frondosas
Selvas y ocio campestre, y su ventura
Las ninfas ya con voces victoriosas
Proclaman, y del bosque la espesura
Resuena: *Dafni es dios*: y el eco alado
Del monte lo repite en la llanura.

Fr. Luis de Leon tradujo así:

Ama el descanso Dafni, y del concierto
Los montes y las peñas voceando,
Dicen: «Menalca es Dios: este es Dios cierto.»

Esta traduccion es monstruosa. Herrera, á pesar de que copió muchos pasajes de esta égloga en la que escribió á la muerte de Garcilaso, para pintar el sentimiento de los séres inanimado sólo se atrevió á decir:

Gimen los montes mudos, y el desierto,
Y las montosas peñas inclinadas
Do el aire hiere: ya Salicio es muerto.

El emistiquio, *sis bonus o felixque tuis!* es cierto y lleno de candor. Dafnis, colocado en el rango de los dioses, no deja por eso de ser el compañero de los pastores y su amigo. ¡Qué ingenuidad tan amable en este adjetivo *tuis!* Esta es la inocencia pastoril con todos sus encantos.

Nemesiano, poeta latino del siglo tercero, quiso imitar este pasaje en su égloga á la muerte de Melibeo.

Silvestris nunc platanus Melibœe, susurrat,
Te pinus; reboat te quidquid carminis Echo
Respondet silvæ; te nostra armenta loquuntur.

Estos versos no tienen la gracia y sencillez que los de Virgilio. El cantor de Dafnis hace hablar á las florestas y á las montañas, ficcion muy natural, porque los ecos, como ya he observado, repiten las palabras con una voz semejante á la

humana; pero no es natural que los ganados hablen para celebrar á un pastor. Es verdad que Virgilio dijo en el episodio sobre la muerte de César: *pecudesque locutæ;* pero es fácil reconocer que el autor de las *Geórgicas* por estos presagios siniestros intentó inspirar el terror y no la piedad; y así lo entendió Delille cuando tradujo:

Et pour comble d'effroi les animaux parlerent.

Nemesiano, al contrario, no se propuso otro designio que excitar la compasion de sus lectores. Los imitadores de Virgilio han incurrido frecuentemente en defectos semejantes, confundiendo situaciones diversas, y desnaturalizando las expresiones, haciendo de ellas aplicaciones falsas.

Esta falta de conveniencia, digámoslo así, se encuentra comunmente en el estilo de Nemesiano; y á pesar de los elogios que le prodiga Fontenelle abunda en inverosimilitudes é imágenes violentas. La apoteosis que hace de su Melibeo es retumbante é hinchada. Uno de los interlocutores se dirige al éter, y le dice: *principio de la naturaleza;* al océano, *fuente de todos los séres;* á la tierra, *madre de los cuerpos;* al aire, *autor de la vida*; y les suplica lleven su canto fúnebre á Melibeo que está en el cielo.

No prueba mejor juicio en Nemesiano la leccion que hizo de su héroe. Melibeo es un pastor anciano, y esta idea no es ventajosa para su propósito. El Dafnis de Virgilio, arrebatado á la vida en la flór de su juventud y de una manera cruel, es mucho más interesante; su desgracia esparce la tristeza y desolacion en los campos; y los fenómenos extraordinarios que el poeta canta, están justificados por su malograda juventud y por su muerte desastrosa; porque, cuando muere uno en la flor de sus años, parece que la naturaleza interrumpe sus leyes. La muerte de Melibeo al contrario como natural no podia ser interesante, ni parece conforme que las ninfas le llorasen, porque nada de extraordinario anuncia esto en el órden de la naturaleza.

V. 69. *Et multo in primis...* Dafnis no es ya un pastor, que es un dios, y no un dios forjado por el temor, sino elevado

por la amistad y el reconocimiento al rango de los dioses. En estos versos reina la alegría más dulce, mezclada á las emociones más tiernas y afectuosas. El epíteto *hilarans* está mostrando la fisonomía risueña del bebedor á la vista del vino que se derrama en la copa. *Frigus et messis* varian á placer el lugar de la escena, y prueba el amor constante de los pastores á los manes de Dafnis; tanto más, cuanto que le consagran todas las estaciones, le ofrecen todas las riquezas de los campos, y que su memoria será celebrada entre sus más puros é inocentes placeres. Este cuadro es tan encantador, tan interesante, está tan lleno de sentimiento, que es imposible ser indiferente al interes que inspira; y el lector no puede expresar su admiracion hácia Virgilio de otro modo mejor que dirigiéndole las mismas palabras de Mopso á Menalcas: «Tus versos para mí son más dulces que el aliento suave de los céfiros. El murmullo de las olas que se estrellan en las orillas del mar es para mí ménos sonoro; y ménos grato me es el ruido blando que forma un arroyo que corre entre guijas.»

V. 71. *Aruissia*... Otros leen *Arethusa*, pero esta leccion no es seguida. Servio dice que es el vino que se criaba en el promontorio Aruisio de la isla de Chio, hoy Scio, una de las del archipiélago de Turquía, que hoy tambien produce vinos excelentes. Sus habitantes creen que fué la patria de Homero.

V. 74. *Et cum solemnia vota*
Reddemus Nymphis, et cum lustrabimus agros.

Es referente á los sacrificios que hacian todos los años la gente del campo y llamaban *Amburbalia*, en los que paseaban la víctima tres veces al derredor de las sementeras cantando las alabanzas de Céres; y á esto llamaban *purgarlos*. Esta costumbre se conservó en Francia hasta el tiempo de San Martin en el siglo cuarto, como se convence de la historia eclesiástica de Severo Sulpicio: *Quia esset hæc gallorum rusticis consuetudo; simulacra dæmonum candido tecta velamine misera per agros suos circunferre de mentia.*

V. 80. *Damnabis tu quoque votis*.....

Sobre la inteligencia de esta frase ha habido diversidad de pareceres, pero su genuino sentido es este: los votos ó promesas hechos á los dioses no obligaban al que las hacía, hasta que por parte del dios tenian efecto; entónces, el que la hizo se ponia en la obligacion de cumplir lo que habia prometido. Miéntras el voto no tenía efecto por parte del dios implorado, se le denominaba al que lo habia hecho *voti reus;* más cumplido que era por parte del dios, se le decia *damnatus voti*, esto es, obligado á cumplir lo que habia prometido; por eso *damnabis tu quoque votis*, es: *los obligarás á que cumplan los votos que te hagan*, porque serán oidos de tí, como su dios protector:

Como á Baco y á Céres sus sagrados
Votos te harán tambien los labradores,
Y veránse á cumplirlos obligados.

Todas estas eran fórmulas pontificias, que transmigraron tambien á las leyes; y así *damnatus pœnæ capitalis*, ó *damnatus capitis*, significa, condenado ú obligado á sufrir la pena capital. Véase á nuestro Brocense en su *Minerva*, lib. cuarto, capítulo 4.°

Fr. Luis de Leon se separó enteramente del texto y tradujo así:

Como á Céres y á Baco á tí ofreciendo
Irán sus sacrificios los pastores;
Y sus promesas tú tambien cumpliendo.

Virgilio, pues, tomó el idilio de Teócrito desde donde éste lo dejó. El poeta de Siracusa pinta á Dafnis muriendo; nuestro poeta lo supone muerto, las ninfas lo lloran, y los pastores celebran su apoteosis; con lo que ensanchó el asunto, é hizo su héroe más interesante.

V. 81. *Quæ tibi, quæ tali reddam*..... Esta conclusion fué imitada por Melendez en su égloga tercera.

Ya Mirtilo callaba,

Y áun Silvio embebecido
Sin sentirlo prestaba
Al eco tierno un silencioso oido;
Volvió, en fin, y le dice: «El bullicioso
Curso del arroyuelo,
Y del favonio el susurrante vuelo
No igualan con tu voz, zagal dichoso:
Dulce al labio es la miel, y la mirada
Tierna de una pastora
Dulce al zagal que fino la enamora:
Pero muy más el ánimo recrea
Tu amorosa tonada.
Toma, toma por ella esta cayada,
Que entallé diestro de arrayan y flores.»

Todo el mundo conoce la apoteosis de Adónis por Bion; pero éste no tiene ni la gracia de Teócrito, ni el gusto exquisito de Virgilio; y se conoce bien que su idilio es una elegía pastoral para las fiestas de Vénus, fiestas que escandalizaban al profeta Ezequiel.

Pope, en su égloga titulada *El invierno*, casi copia esta de Virgilio: *El jóven Dafnis es muerto*, dice uno de los interlocutores: *ya las flores al despuntar la aurora no esparcirán más sus perfumes, y las hierbas olorosas no embalsamarán el aire en nuestras fértiles campiñas*; pero todos estos fenómenos desaparecen cuando uno se acuerda de que la escena pasa en invierno. La imitacion de Pope es muy desgraciada; y el traductor de Homero ha mostrado por esto, que le fué más fácil verter las bellezas de la *Ilíada*, que traducir las églogas de Virgilio.—*Michaud.*

Milton, en su égloga titulada *Lícidas*, ha quedado muy atras de Teócrito y de Virgilio. La parte elegiaca es muy larga y distante de la sencillez pastoril. Con motivo de la muerte del pastor establece el poeta una distincion filosófica entre la verdadera y falsa gloria. Los pastores pueden hablar de cosas elevadas, como lo hemos observado, pero no puede concedérseles que se metan á metafísicos. Del mismo modo se entromete á describir las flores más convenientes al luto

de los sepulcros, cuya enumeracion es razonada y simétrica; y es preciso advertir que el dolor no da lugar á tan frios y estudiados raciocinios. En el apoteosis de Lícidas compara Milton su héroe, levantándose de la muerte y encaminándose al Olimpo, al sol que se sumerge en el océano para volver á ascender sobre el horizonte. Uno de los cuadros más felices de Virgilio es aquel en que representa la admiracion de Dafnis arribando al Olimpo; pero en la égloga de Milton no es Lícidas el que se admira, es el Olimpo, que se sobrecoge de sorpresa viendo entrar en su recinto un pastor semejante al sol. La idea es desproporcionada, y esta falta aleja de ella toda verdad.—*Michaud.*

Nuestro Morales, en su memorada égloga, tomó el plan de esta de Virgilio, y áun en muchas cosas lo traduce; mas su pastora Ardelia no tenía otros méritos que ser amada de Tirsis, y la égloga está motivada por la casualidad de concurrir Coridon á un lugar solitario cerca del Bétis á llorar su muerte, adonde con el mismo intento habia concurrido Tirsis; mas no se conoce qué motivo llevó á Coridon. El canto elegiaco es largo, y los fenómenos extraordinarios que se cuentan no están apoyados en los méritos de la pastora, que era lo primero á que debió haber atendido el poeta, para que todo lo demas fuese verosímil; y por eso es frio. La apoteosis peca por la mezcolanza que se hace en ella de las ideas gentílicas con las cristianas. Se representa á Ardelia entre los *ángeles*, y á las *Driades* alegrándose de sus destinos; y cuando ella está *adorando el sol divino*, se la dice que *ha ido á acrecentar el número de los dioses.* Hay algunos versos buenos, principalmente cuando traduce á Virgilio, y deben citarse estos que son originales:

¡Oh cuánto bien, oh Coridon, se pierde
En un momento, y deja con el daño
La importuna memoria que lo acuerde!

Y estos otros:

Pasa y deja los árboles Octubre

Desnudos al rigor de escarcha fria,
Y Abril de nuevos pámpanos los cubre,
Pasa la noche, y viene luego el dia;
Así se van los tiempos variando,
Que el cielo tras un mal el bien envia.

Algunas veces es lírico, tambien tiene versos oscuros y pensamientos alambicados; ni está libre de bajezas, como cuando para ponderar su dolor dice Tirsis:

¡Dolor para volver á un hombre loco!

Aquí volvemos á repetir lo que al final de las notas á la égloga tercera. En las obras de Virgilio, como en todas las obras maestras de las bellas artes, hay muchas bellezas que se escapan al razonamiento; y el medio mejor para hacerlas sentir es compararlas. Los defectos de los discípulos de Virgilio nos conducen á poder conocer y apreciar el genio del maestro; y para descubrir sus riquezas y perfecciones es necesario saber y conocer en qué faltaron sus imitadores: así es como una estatua defectuosa nos hace admirar mejor las bellas formas del Apolo del Belveder.

ÉGLOGA SEXTA.

La mayor parte de los intérpretes están conformes en que esta égloga fué cantada en el teatro romano por la célebre actriz *Citeris*, aquella misma que abandonó los amores de Galo por entregarse á los de Marco Antonio, como se dirá en las notas á la égloga décima; y que entónces fué cuando Ciceron, habiéndola oido, quiso conocer á su autor y prorumpió en aquella célebre sentencia: *Magnæ spes altera Romæ*; con la que al mismo tiempo de elogiarse, recomendó extraordinariamente el mérito del poeta, y á cuyo emistiquio dió despues Virgilio un lugar dignísimo en el libro doce de su *Eneida*.

En ninguna otra de sus égloga s empleó Virgilio una poesía más fuerte y numerosa, imág enes más vivas y rápidas, cuadros más variados, ni transiciones más fáciles.

V. 1. *Prima Syracosio...* Véase la nota al verso primero de la égloga cuarta.

V. 2. *Thalía...* Parece extraño. que un poeta bucólico invoque la musa de la comedia. .Algunos quieren hacerlo consistir en que Talía fué la inventora de la agricultura y del arte de plantacion, segun Apolonio; pero Michaud con razon objeta que por eso mismo no podia avergonzarse de habitar las selvas; y opina que es más natural la invocase aquí como la diosa de la comedia, á causa de que la poesía

pastoral, como nos la han dejado Teócrito y Virgilio, es una verdadera escena, en la cual se distinguen una exposicion, un enlace y un desenlace. La comedia además tuvo orígen de las fiestas campestres, en especial de las que se celebraban cuando las vendimias; pues no fué en su principio otra cosa que la sátira ó el idilio puestos en accion, como se colige de Horacio:

Carmine qui tragico vilem certavit ob hircum,
Mox etiam agrestes satyros nudavit.

Si la comedia parece posterior á la tragedia, es porque á aquella no se le dispensó la proteccion que á esta; y por eso se perfeccionó más tarde, como lo dice Aristóteles en su *Poëtica*, y que los primeros que la pusieron en accion fueron Epicarmo y Fórmis, ambos sicilianos. Así es que la comedia es originaria de Sicilia como la égloga, y de lo dicho se convence la razon con que Virgilio implora á Talía como á su musa.

V. 3 y 4. *Fynthius aurem vellit et admonuit...* Se refiere á una ceremonia legal fundada en las leyes de las doce Tablas, las que estatuían que el emplazado por otro á juicio hubiese necesariamente de concurrir; y si faltaba á la cita, que el emplazador, haciendo testigos, lo condujese ante el juez. Entónces decia á los circunstantes: *Licet antestari?* y si aceptaban el encargo de testigos, ponian la oreja para que la tocase aquel en cuyo favor iban á atestiguar. Todo esto se ve claramente en los versos siguientes de Horacio:

. . . . . .Casu venit obvius illi
Adversarius, et, quó tu, turpissime? magna
Inclamat voce: et, licet antestari? Ego veró
Oppono auriculam. Rapit in jus, clamor utrinque,
Undique concursus.

Así, *aurem vellere* es amonestar, prevenir.

Plinio, queriendo dar una razon física de esta costumbre legal, dijo: *est in aure ima memoriæ locus, quem tangentes attestantur.*

V. 7. *Vare...* Quintilio Varo, uno de los próceres de Roma á quien dedica esta égloga, como á su amigo y con quien estudió la filosofía de Epicuro bajo la enseñanza de Sciron. El hermoso y filosófico cuadro de la creacion que está más adelante es conforme á los principios de aquella secta.

V. 13. *Chromis et Mnasylus in antro...* Este trozo hasta *ille dolum ridens* contiene varios cuadros en que se describen con notable oportunidad los personajes de este drama campestre. Los pastores sorprenden á Sileno dormido en una gruta: la hermosa Egle se les junta, y su presencia anima el cuadro. Es muy pintoresca la descripcion del sátiro dormido en la embriaguez. *Jacentem* al fin del verso es muy feliz: *inflatum hesterno venas ut semper Iaccho* pinta las costumbres de Sileno, y el género de sueño en que estaba sepultado. El verso siguiente:

Serta procul tantúm capiti delapsa jacebant,

compuesto de sonidos desiguales, muestra el desórden que reinaba al derredor del semidios. El epíteto *gravis* expresa la cualidad de la cántara de un bebedor, que debe ser grande y honda. El verbo *pendebat*, el abandono en que la habia dejado. Al cuadro de Sileno dormido está contrapuesto el de los pastores que acuden á atarlo con su propia guirnalda, á cuya imágen, la llegada de Egle, ninfa alegre y jovial, añade el último grado de perfeccion por este contraste amable. *Addit se sociam*, colocado al principio de la frase, expresa de antemano la intencion de la ninfa juguetona, que viene á tomar parte en las burlas de los pastores. Egle anima este risueño cuadro, y por eso el poeta se complace en mostrárnosla. Para designar los pastores le basta nombrarlos, pero cuando llega á Egle la nombra dos veces y la muestra como la más hermosa de todas las ninfas: *Ægle, Naiadum pulcherrima.* El chasco que da á Sileno de teñirle el rostro con moras, basta para pintar su humor y su travesura.

Nemesiano en su égloga tercera representa al niño Baco sobre las rodillas de Sileno; y al dios, que sonriendo al viejo sátiro le arranca los pelos erizados de su pecho, le pasa sus

tiernezuelas manos por sus largas orejas, por su barba corta y por su nariz aplastada, cuyo cuadro no carece de gracia, pero sus pormenores están muy acumulados, y esto lo aleja de la amable sencillez del rasgo referido, que termina tan felizmente el cuadro de Virgilio.

Jamque videnti expresa á un tiempo el despertar de Sileno, la imposibilidad en que se encuentra de escapar, y la audacia de Egle que se burla del dios. El se halla en poder de dos pastores y de una ninfa, y el mejor partido que tiene que tomar es reirse de la burla que le hacen. *Ille dolum ridens*, palabras que, haciendo sonreir al lector, caracterizan el ánimo complaciente del sátiro y el juego inocente de los pastores.—*Michaud.*

Sileno era nombre de un personaje ayo de Baco, dios campestre, á quien representaban contínuamente ebrio, anciano, montado sobre un jumento, coronado de pámpanos, y siempre cargado de su cántara. Servio entiende por Sileno á Sciron, maestro de filosofía de Virgilio y de Varo; y á éstos representados bajo los nombres de Cromis y Emnasilo. Otros entienden por Cromis y Emnasilo á dos sátiros, divinidades tambien campestres, que mientras eran jóvenes les llamaban así, y cuando viejos, silenos; y que á esto apela la palabra *pueri*; mas estas diferentes explicaciones nada quitan ni añaden al mérito de la pieza.

Ægle Naiadum pulcherrima... Egle era nombre de una Náyade; y aquí vuelvo á repetir lo que he dicho ántes, de que los antiguos edificaron toda la naturaleza. En efecto, bajo el nombre general de *Ninfas* se comprendian las *Náyades*, ó ninfas que habitaban en los rios y en las fuentes: *Napeas*, en los bosques: *Driades*, en las selvas: *Hamadriades*, á las que tenian su vida unida á los árboles, y nacian y morian con ellos: *Oreades*, á las de las montañas: *Nereydas*, á las que habitaban en la mar. A todas estas divinidades, y otras que es excusado nombrar, les ofrecian sacrificios de leche, aceite y miel, y algunas veces de cabras. Dice Tressan que ántes de la invencion del Tártaro y de los campos Elíseos, se creia que las almas andaban errantes al derredor de los sepulcros, ó en los jardines y bosques que les habian sido

más predilectos, durante su union con los cuerpos; y por eso miraban estos lugares con respeto religioso, y sacrificaban en ellos á los manes de los muertos. Entónces fingieron que las ninfas presidian á estos sacrificios y las multiplicaron al infinito.

V. 26. *Simul incipit ipse...* El dios comienza á cantar, y la escena cambia de repente, y la atencion del lector es sorprendida de grandes prodigios. Los Faunos y los animales salvajes acuden á oir su canto, las encinas agitan sus copas, y toda la naturaleza se anima y muestra su entusiasmo. Tales eran los fenómenos que obraba la música entre los antiguos, y cuyas tradiciones parecen más fabulosas á medida que nos retiramos de aquellos tiempos, y que los progresos del arte van avanzando. Todavía áun entre nosotros va unida á la música la idea de encanto: y el teatro, que ahora es el templo de la armonía, es aún el país de los milagros. Los versos de Virgilio que anteceden al canto de la creacion están llenos de una armonía tan grande y majestuosa, que se parecen á la obertura de una ópera magnífica, y disponen el espíritu á escuchar los cantos sublimes de un dios.

Los Faunos eran divinidades campestres, ó más bien semidioses, que los antiguos creian habitantes de las florestas y de las montañas, y los denominaban indiferentemente con los nombres de Panes, Egipanes y Sátiros; á los que se representaban como hombres de una pequeña talla, y en la parte inferior semejantes á las cabras, cual se ha dicho de Pan, que obtenia el primer rango entre estas divinidades. Tressan opina que el orígen de su culto fué debido al espanto y sorpresa que causó la vista de los primeros monos.

V. 29. *Parnassia...* Todo el mundo sabe que el Parnaso era un monte de la Grecia en la Fócida, residencia de Apolo y de las musas.

V. 30. *Rhodope... et Ismarus Orphea...* El Ródope y el Ísmaro eran dos montes de la Tracia, patria de Orfeo, á quienes éste hizo célebres por la fama de su armonía. Orfeo fué hijo de Oeagro rey de Tracia y de la musa Calíope. Sus talentos en materia de religion, adquiridos por sus viajes á Egipto y otras partes, le agregaron la cualidad de pontífice

sobre la de rey. Se le consideraba como al ministro ó intérprete de los dioses. Antes de él la flauta era casi el sólo instrumento que se conocia: él inventó la cítara, y añadió dos cuerdas á la lira; y se le atribuye la invencion de los versos exámetros. Fué uno de los héroes que concurrieron á la expedicion de los Argonautas. Civilizó á los griegos: fué el reformador de la religion entre ellos, introduciendo muchas prácticas de los egipcios; y la fábula fingió que su armonía arrastraba tras sí las fieras y los bosques; lo que es una alegoría para significar su extremada habilidad en la música, y que empleó sus talentos en civilizar á sus pueblos y dulcificar las costumbres feroces de aquellos tiempos. No nos ha quedado ninguna obra suya. Las que se conocen con el nombre de *Argonáuticas* y *Órficas* son de Onomácrito, contemporáneo de Pisistrato, ó de otro au tor desconocido.

V. 31. *Namque canebat...* Aquí comienzan los cantos del dios, pero este de la creacion es admirable. ¡Qué rapidez! ¡qué nobleza! ¡qué elevacion en las imágenes! Parece que la naturaleza retrocede al primer dia del mundo para celebrar su propio nacimiento. Con un sólo rasgo ha pintado el poeta la reunion de los átomos en la inmensa nada: *magnum per inane coacta.* Virgilio imitó este cuadro del poema de Apolonio; y vamos á ver cómo supo aventajar á su modelo. El autor de los *Argonautas* introduce á Orfeo cantando para distraer á los héroes de las fatigas del viaje. Esta es la traducciou latina:

Ille canevat, uti tellus, mare, sidera cœli
Mixta fuere olim, atque una cognita forma,
Quæ tamen in varias formas cessare, deinde
Astra prius cœpere polum, fundataque in illo
Haerent, hic lunam videas, solisque labores:
Conspecti montes, et latis flumina campis.
Enatæ Nymphæ, mox terris reptile cunctum.

Cantaba, cómo la tierra, el mar, los astros y los cielos estaban en otro tiempo confundidos: cómo esta masa enorme comenzó á tomar diferentes formas y los astros ocuparon los

polos, donde se mantienen fijos. Cómo se vió á la luna y al sol comenzar sus revoluciones, las montañas á levantarse, correr los rios al traves de las campiñas, nacer las ninfas, y salir de la tierra todos los reptiles.

La infinita superioridad del poeta latino se conoce por los rasgos siguientes. En Apolonio no se encuentra el *magnum per inane coacta;* ni tampoco el *tener orbis*, que ofrece una imágen tan feliz del mundo en su cuna, y que dió la idea á M. Delille para este hermoso verso en que pinta el coro de los ángeles:

Chantant le jour enfant, et le jeune univers.

Observa Michaud que el autor griego no pinta el movimiento impreso á la materia, la separacion de los elementos. la tierra endureciéndose y espantada á los primeros rayos de luz que recibió del sol:

Jamque novum terræ stupeant lucescere solem.

No nos muestra los animales que comienzan á errar por las montañas que les son desconocidas: *per ignotos montes* Apolonio fija los astros en el firmamento, hace correr los rios, nacer las ninfas y los reptiles; pero no da sentimientos á la naturaleza, ni expresa los primeros efectos de la vida que el mundo acababa de recibir, y así su creacion carece de movimiento. La de Virgilio nos trasporta al primer dia del mundo. Si es permitido comparar estas dos descripciones con el objeto mismo que representan, diremos que la de Apolonio es como la naturaleza inerte y sin calor, y la de Virgilio como la naturaleza animada y revestida de todas sus formas brillantes.

Tibulo, Ovidio y Lucrecio trataron este mismo asunto, y las observaciones hechas, con motivo de la descripcion de Apolonio, bastarán para saber apreciar y sentir el mérito de estos tres grandes poetas en contraposicion de Virgilio, sólo con insertar aquí las descripciones de aquéllos.

Tibulo dice:

Alter dictet opus magni mirabile mundi,
Qualis in immenso descenderit aere tellus;
Qualis et in curvum pontus confluxerit orbem,
Et vagus é terris qua surgere nititur aer:
Huic et cotextus passim fluat igneus æther,
Pendentique super claudantur ut omnia cœlo.

Cante, pues, otro la obra portentosa
De la creacion, y cuál la inmensa tierra
En medio puesta del instable viento
Haya tenido perdurable asiento:
Y en el orbe convexo el mar refluya;
Y en la tierra luchando el aire leve
A la region más alta se subleve;
Dó con el fuego etéreo se amalgama,
Y á todas partes fácil se derrama:
Y cuál todo por siempre está encerrado
En el centro del cielo abovedado.

El último verso de Tibulo es sólo el que puede compararse con Virgilio por la imágen que contiene y por su expresion poética. Ovidio ofrece más términos de comparacion. Su pintura de la creacion del mundo es la produccion más hermosa de su fecunda y brillante imaginacion. Sería molesto redactar todo el trozo, que es bien largo; y así, sólo copiaré los últimos rasgos de este cuadro verdaderamente magnífico:

Sidera cœperunt toto effervescere cœlo.
Neu regio foret ulla suis animantibus orba;
Astra tenent cœleste solum, formæque Deorum
Cesserunt nitidis habitandæ piscibus undæ:
Terra feras cepit: volucres agitabilis aer.
Sanctius his animal, mentisque capacius altæ
Deserat adhuc, et quod dominari in cætera posset
Natus homo est. Sive hunc divino semine fecit
Ille opifex rerum, mundi melioris origo:
Sive recens tellus, seductaque nuper ab alto
Æthere, cognati retinebat semina cœli,

Quam satus Japeto, mistam fluvialibus undis,
Finxit in effigiem moderantum cuncta deorum:
Pronaque cúm spectent animalia cætera terram;
Os homini sublime dedit; cœlumque tueri
Jussit, et erectos ad sidera tollere vultus.

Comenzaron entónces las estrellas
A brillar en el cielo con luz pura,
Y de séres sin fin poblar se vieron
Los inmensos espacios de natura.
De innumerables astros la estrellada
Bóveda fué el asiento, y la morada
De los dioses del mundo arbitradores.
Habitaron los peces nadadores
Las aguas, y las fieras la ancha tierra;
Y las aves llenaron de su acento
La azulada mansion del vago viento.
Un nuevo sér natura áun esperaba
De alma capaz, y rey, que el orbe rija,
y el hombre fué. Y, ó bien que el poderoso
Autor, áun de otro mundo más hermoso,
De un soplo de su seno lo animara,
Y su gérmen divino le inspirara;
O que la tierra, apénas dividida
Del éter trasparente luminoso,
En este sér favorecido uniera
El fuego celestial, que áun contuviera;
A cuya imágen, sabio Prometeo
En estatua de barro imitar supo
Las obras de los dioses celestiales;
Cuando el instinto dió á los animales,
Y que con frente esclava y abatida
Hácia la tierra miren solamente,
Al hombre dió razon y altiva frente,
Que al cielo luminoso siempre mira,
Y con los dioses á igualarse aspira.

Este pasaje es uno de los mejores trozos de la poesía la-

tina, y sus dos últimos versos parecen inspirados por un soplo divino: acaso jamás el espíritu humano ha concebido cosa más grande y más verdadera; pues sólo la verdad puede ser sublime.

La de Lucrecio es más larga, y en ella se reconoce más al filósofo que al poeta. La descripcion del sistema de Epicuro que contiene, está recargada de pormenores y menudencias; pero en medio de este razonamiento filosófico se hallan algunos buenos versos, así como se suelen ver saltar las chispas de entre cenizas muertas:

Sed quibus ille modis conjectus materiai
Fundarit cœlum ac terram, pontique profunda,
Solisque et lunæ cursus, ex ordine ponam.
Nam certe, neque consilio primordia rerum
Ordine se quæque atque sagaci mente locarunt:
Nec quos quæque darent motus, pepigere profectó:
Sed quia multa modis multis primordia rerum
Ex infinito jam tempore percita plagis,
Ponderibusque suis consuerunt concita ferri,
Omnimodisque coire, atque omnia pertentare,
Quæcumque inter se possent congressa creare:
Propterea fit, uti magnum volgata per ævum,
Omnigenos coetus et motus experiundo,
Tandem ea conveniant, quæ ut convenire, repentè
Magnarum rerum fiant exordia sæpé,
Terrai, maris, et cœli, generisque animantum.

Explicaré por su órden, de la manera que este conjunto de materia haya fundado el cielo, la tierra, el mar y el movimiento ó curso del sol y de la luna. Los principios de todas las cosas no se colocaron ciertamente desde su orígen con órden, designio, ni sábia inteligencia en la inmensidad del espacio; sino que muchos de ellos agitados de diversas maneras por una serie de tiempo indefinido, y precisados á dejarse arrastrar de su gravedad misma, se acostumbraron á mezclarse de diversos modos y á tentar todo lo que unidos pudieran producir. De aquí fué, que esparcidos por el espacio

eterno y experimentando todo género de choques y movimientos, llegaron, en fin, á unirse por casualidad y de un modo conveniente, y vinieron á producir la tierra, el mar, el cielo y todas las especies de animales.

La descripcion de Lucrecio áun sigue más adelante, que el lector puede ver en su original, y esta es la perífrasis de lo que continúa desenvolviendo; donde se contiene la separacion de los elementos, y la creacion de los animales.

Por lo que dejamos dicho les será fácil á los lectores hacer la comparacion entre estos cinco poetas; pero se habrá notado que Ovidio aventaja á Virgilio en el cuadro de la creacion del hombre y de los animales; mas esto no obstante, Virgilio es superior á todos en la armonía de la versificacion y en la riqueza de las imágenes: al mismo tiempo que su descripcion es de las más cortas, da una idea más exacta y poética del sistema de Epicuro. Los autores sagrados, de quienes me abstengo de hablar, aventajan mucho á los profanos. Ni Lucrecio, ni Ovidio, ni Virgilio mismo se acercan con mucho á la sublimidad del Génesis.

V. 41. *Hinc lapides Pyrrhae jactos...* La fábula es, que Pirra y Deucalion su esposo, reyes de Tesalia, fueron los únicos que sobrevivieron al diluvio, que las tradiciones poéticas nombraron de *Deucalion.* Despues de esta catástrofe consultaron al oráculo de Temis, que les mandó tirasen por sus espaldas los huesos de su madre la tierra, es decir, las piedras. Las que arrojó Deucalion se convirtieron en hombres, y las que Pirra en mujeres. Aquí Virgilio sólo hizo mérito de Pirra, y al contrario en el primero de las *Geórgicas:*

Deucalion vacuum lapides jactavit in orbem
Saturnia regna...

Véase la nota del verso sexto de la égloga cuarta.

V. 42. *Furtumque Promethei...* Prometeo fué hijo de Japeto, y el inventor de la escultura. Sus estatuas causaron tal admiracion, que dieron motivo á la fábula de que habiendo formado un hombre de barro, subió al cielo con el auxilio de Minerva, y robó un rayo del sol con el que animó su obra.

Júpiter en castigo lo condenó á ser despedazado eternamente por un buitre en el Cáucaso, monte del Asia.

V. 43. *Hylam*... Hilas fué jóven hermosísimo, amado de Hércules, á quien llevó en su compañía cuando la expedicion á Colcos, y habiendo ido el muchacho por agua al rio Ascanio, se ahogó, y los poetas fingieron que las ninfas del rio, enamoradas de su belleza, lo habian arrebatado. Los argonautas salieron á buscarlo, y aunque Hércules rodeó toda la comarca no pudo hallarle. Así es que la frase *Hylam clamore vocare* significa *trabajar en balde*. Teócrito cantó este acontecimiento en un idilio, que puede verse en la traduccion de Conde.

V. 45. *Et fortunatam*... Los amores de Hércules por Hilas le sirven de transicion para estos de Pasifae. El comienzo de este episodio sobre unos amores tan criminales es patético y delicado; y la contraposicion del error funesto de las hijas de Preto hace más vário y animado el cuadro. Debe notarse con qué arte nos presenta la metamorfósis de estas jóvenes desgraciadas, logrando que á nuestro entendimiento sean siempre las mismas doncellas que eran, y á nuestros ojos novillas; cuya doble existencia depende de estas palabras: *falsis mugibus:* y esta doble existencia se conserva felizmente en los versos que siguen, pues toman una nueva forma, sin perder sus sentimientos. Les parece que tientan en sus frentes los pitones que les van apuntando, y tiemblan de verse sujetas al yugo. Estas imágenes expresan á un tiempo el dolor y el espanto, y dan á este cuadro mucha gracia y variedad.

El poeta ha sabido pintar un crímen vergonzoso sin ofender el pudor; y la palabra *concubitus* está con todo cuidado pronunciada la última, y como escondida en el verso siguiente. Así, interesándonos en favor de una mujer criminal, y anunciándonos su delito con palabras vagas, *fortunatam si numquam armenta fuissent*, recuerda la idea de una desgracia, y excita la compasion que se reproduce con la tierna y patética exclamacion: *¡Ah virgo infelix!* Aquí *virgo* no significa doncella, sino una mujer en la flor de su juventud, pues Pasifae era la esposa de Minos. Estas palabras, *quæ te dementia cepit?* repetidas de la égloga segunda, nos manifiestan el de-

lirio de Pasifae, y nos acaban de decidir á compadecernos de su culpable error.

La fábula de Pasifae es bastante conocida, y el que quiera enterarse de la alegoría que comprende, que vea á Tressan en su obra ántes citada.

Preto fué rey de Argos y tuvo tres hijas que, entrando un dia en el templo de la diosa Juno, presumieron ser diosas: Juno, irritada contra ellas por su loca presuncion, las encendió en una demencia tal, que creyéndose transformadas en vacas, huyeron á las montañas.

V. 52. *¡Ah virgo infelix!* Esta exclamacion repetida caracteriza la ceguedad de una pasion desordenada. En los versos siguientes pinta el poeta los tormentos de Pasifae, describiendo la tranquilidad indiferente del objeto de su amor. El verso:

Ille, latus niveum molli fultus hyacintho,

es tan dulce y blando que Rollin lo cita como ejemplo. El otro:

Illice sub nigra pallentes ruminat herbas,

expresa por la misma combinacion de sus sílabas la fria tranquilidad del amante cuadrúpedo. Por otra parte, ¡qué delicadeza en este cuadro! Virgilio no nombra el novillo, y el pronombre *ille* le basta para designarlo. Tampoco muestra directamente la novilla rival de Pasifae:

Aut aliquam in magno sequitur grege,

está dicho con mucho arte y presenta una imágen ingeniosa y pintoresca.

V. 55. *Claudite Nymphæ...* Esta apóstrofe hasta el verso 60 la pone Sileno en boca de Pasifae, con lo que acaba de pintar el delirio de su pasion.

A pesar de la gracia, delicadeza y decencia con que Virgilio ha tratado los amores monstruosos de Pasifae, algunos críti-

cos severos le han reprobado que pusiese estos amores al lado de las ideas sublimes de la creacion; pero no ha de olvidarse que la pasion de Pasifae fué un efecto de la venganza de Vénus; que el poeta la presenta como desgraciada y culpable; que estos amores debieron ser celebrados entre los pastores á causa de su objeto: que estaban unidos á la mitología de los antiguos; y que si un poeta moderno no echaria en tales circunstancias mano de semejante fábula, no así los antiguos, acostumbrados á ver en los dioses que adoraban ejemplos aún más escandalosos, cuando el dueño del Olimpo se transformó en toro para robar á Europa.

Mosco ha hecho sobre el robo de Europa un idilio, cuyas imágenes no son ménos graciosas y decentes que las de Virgilio. La princesa habia salido con sus compañeras á coger flores, y el dios del trueno se le presenta transformado en toro, se echa á sus piés y volviendo la cabeza á mirarla, le muestra su ancha espalda:

Venid, dulces amigas, mis iguales;
Subamos en el toro á recrearnos
Asentadas en él, que ciertamente
Nos llevará, tendiendo sus espaldas,
Como nave. ¡Qué manso y apacible
Es al mirar! En nada es semejante
A otros toros, y tiene intencion buena
Como de hombre, y la voz le falta sólo.
Así dijo, y sentada en las espaldas
Reía, y á subir iban las otras:
Pero el toro saltó con gran presteza,
Robando á quien queria, y velozmente
Al mar llegó; mas ella se volvia,
Y á sus caras amigas voceaba,
Y extendia sus manos; pero aquellas
Seguirla no podian.

Pinta la navegacion y el cortejo que le hicieron las divinidades marinas, y sigue:

Ella sentada en la boyuna espalda
De Jove, el largo cuerno en una mano
Tenía, y con la otra los purpúreos
Pliegues del manto alzaba, que la orilla,
Aun así levantada, humedecian
Del cano mar las ondas infinitas.
De Europa el ancho velo por los hombros
Se hinchaba como vela de una nave,
Y muy más leve á la doncella hacía.

El cuadro es demasiado largo para trasladarlo entero, y así concluyó con esto que Júpiter le dijo á la doncella:

..... Buen ánimo, doncella,
Y no temas del mar las bravas ondas.
Yo soy Jove, y de cerca ser parezco
Toro, y parecer puedo lo que quiera.
Recibiráte Creta, que á mí mismo
Me crió; allí serán las bodas tuyas,
Y parirás de mí gallardos hijos,
Que reinarán sobre los hombres todos.

Sobre este ultimo pensamiento, dice Conde que lo mismo contienen las bendiciones de Efrain.

No pueden tratarse unos amores tan monstruosos de una manera más decente y delicada.

Europa era hija de Agenor, rey de Tiro.

V. 61. *Tum canit Hesperidum miratam mala puellam...* Es bien conocida la fábula del jardin de las Hespéridas, que situaban los antiguos en las islas Canarias, cuyas manzanas de oro robó Hércules, matando al dragon que las guardaba. En estas islas colocaban los Campos Eliseos, lo que induce á creer que fué efecto de las tradiciones que conservaban acerca del paraíso terrrenal.

Ovidio cuenta así la fábula de Atalanta. Esta princesa habia consagrado su virginidad á Diana; mas la fama de su belleza le acarreó muchos pretendientes. Deseando verse libre de sus importunidades, ofreció casarse con aquel que la ven-

ciese en la carrera, bajo la condicion de que ella habia de poder matar al que quedase vencido. Muchos aceptaron el desafío y todos perdieron la vida, menos Hipomenes, á quien Vénus favoreció dándole tres manzanas del jardin de las Hespéridas. Puestos en la carrera, Hipomenes, conforme al consejo de Vénus, fué dejando caer las tres manzanas, una tras otra, y Atalanta quedó vencida por haberse detenido á cogerlas, y casó con Hipomenes.

V. 62. *Tum Phaethontiadas...* Las hermanas de Faeton, que habiendo éste caido en el Eridano herido del rayo de Júpiter, cuando se puso á regir el carro del Sol su padre, lo lloraron en términos que por piedad de los dioses fueron convertidas en álamos. El Eridano es hoy el Pó, que nace en el Piamonte y desemboca en el golfo de Venecia.

V. 64. *Tum canit errantem Permessi ad flumina Gallum...* Aquí Virgilio aprovecha la ocasion de poner en boca de Sileno el elogio de su amigo Cornelio Galo, á quien consagró la égloga décima. Hace levantar el coro de las musas á la presencia de Galo, honor sólo tributado en la antigüedad á los reyes, á los héroes y á los poetas. Homero hace levantar á Patroclo á la presencia de Ulises. Eutrópio atribuye el asesinato de César al desprecio con que trató á los senadores por no haberse levantado para recibir al Senado. Cuando el emperador entraba en el teatro todo el pueblo romano se levantaba; honor que tambien tributó á Virgilio, lo que prueba que Virgilio no tuvo rivales, y que así en vida como en muerte fué considerado como el príncipe de los poetas latinos, sobre cuyo acontecimiento es notable el lugar del autor del libro *De Oratores: Mallo securum et secretum Virgilii secessum, in quo tamen, neque apud divum Augustum gratia caruit: neque apud populum romanum notitia. Testes Augusti epistolæ; testis ipse populus, qui auditis in theatro versibus Virgilii, surrexit universus, et forté præsentem spectantemque Virgilium veneratus est, sic quasi Augustum.*

V. 70. *Ascræo... seni...* Es Hesiodo significado en su patria Ascra, aldea de la Beocia, por la figura Metonímia. Esto da á entender que Galo habia escrito algunas poesías sobre la agricultura, y segun el género de la Teogonía de Hesiodo. De

este Galo no nos ha quedado más que una elegía de mediano mérito. Los elogios dados al genio no siempre prueban lo que dicen. Horacio y Boileau fueron algunas veces más indulgentes de lo que era menester para con algunos talentos cuya mediocridad ha sido generalmente reconocida; y Voltaire devolvia con la misma facilidad el incienso que le tributaban; así es que en sus poesías sueltas ha nombrado como una docena de herederos, de los que ninguno ha recogido su sucesion.

V. 74. ..... *an Scyllam Nisi, aut quam fama secuta est...* Hubo dos Escilas, la una hija de Niso rey de los megarenses, á quien habia vaticinado un oráculo que mantendria su reino miéntras conservase la cabellera; y su hija, enamorada de Androgeo hijo de Mínos, rey de Creta, que habia puesto guerra á su padre, estando éste dormido le cortó los cabellos y los presentó al contrario. Niso fué cogido y muerto. Los dioses convirtieron á Niso en el ave de su nombre, que es el gavilan, y á Escila en cugujada, á quien el gavilan constantemente persigue. La otra fué hija de Forco y de la ninfa Creteida, á quien amó Glauco, dios marino, que ántes habia amado á Circe, grande hechicera; y celosa por esto envenenó una fuente donde iba á bañarse Escila, y luégo que entró en el baño, se convirtió de las íngles abajo en perros marinos; ella, viendo perdida su antigua hermosura, se arrojó en el mar de Sicilia, donde hay un escollo frente de otro llamado Caribdis, que desde léjos parece una mujer, y con el movimiento y ruido de las olas semeja los ladridos de los perros.

Este trozo, hasta el final, contiene dos cuadros diferentes, cuyo contraste es digno de que se observe. En el cuadro de los furores de Escila la poesía es fuerte y vigorosa; y en el de la desgracia de Tereo es más armoniosa y dulce. En los primeros versos se oyen los ladridos de los perros, y se ve á los tímidos marineros de Ulises despedazados por los monstruos de Escila. En el de Tereo la trasformacion de éste en pájaro, siendo de notar que el poeta no ha tomado del pasaje mitológico más que lo tierno y patético, para que resaltase la contraposicion de este cuadro con el anterior.

¡Qué gracia y rapidez en este verso!

Infelix sua tecta super volitaverit allis!

Tereo era rey de Tracia, casado con Progne, y la fábula es esta. Habiendo Tereo violado á su cuñada Filomela, le cortó la lengua para que no pudiese descubrirlo, y la encerró, fingiéndole á su mujer que habia muerto. Filomela bordó en un paño todo el pasaje y lo remitió á su hermana, la que enterada del caso, en venganza mató á su hijo Itis y lo dió á comer á su mismo padre, quien, conociendo por la cabeza que era su hijo, arremetió furioso contra ella, y los dioses la convirtieron en golondrina, á él en abubilla, á Itis en faisan, y á Filomela en ruiseñor, cuya fábula cuenta con toda extension Ovidio en el libro VI de sus *Metamorfósis*. Aquí, por una licencia poética está Filomela por Progne, y con esto queda entendida la diferencia que hay entre el texto, mi traduccion y esta nota.

V. 83. *Eurotas...* Rio de la antigua Esparta, hoy Misitra. En la actualidad este rio se conoce con el nombre de Basilipotamo, cuyas orillas en lo antiguo estaban pobladas de laureles. El nombre de Eurotas lo tomó de un rey del país que hizo abrir una zanja con salida al mar para desaguar una laguna, y este fué el principio de dicho rio. La fábula cuenta que habiendo Apolo lamentado en sus orillas al són de su lira la muerte de Jacinto, á quien mató de un paletazo, jugando con él á la raqueta, el dicho rey Eurotas mandó á los laureles que aprendiesen los cantos del dios; y eso es lo que significa *jussitque ediscere lauros.*

La noche pone fin á los cantos de Sileno; toda la naturaleza estaba atenta á ellos, y el dia sintió ver llegar su término: *invito processit vesper olimpo.* Esta destreza que se nota en Virgilio para saber disponer y terminar las escenas, sin dejar que desear, ni nada en vago, es el secreto del genio, don de que carecen casi todos los poetas antiguos y modernos.

Dice Michaud, que cuando se examina esta égloga superficialmente, parece la más fecunda y fácil en su ejecucion; pero que esta abundancia y diversidad de cosas que se tocan en ella la hacen muy difícil. Cualquier otro poeta, continúa, hubiera desfallecido en esta fria nomenclatura de pormenores

mitológicos, tan rápidamente recorridos; pero que es digno de observarse el talento con que el poeta ha sabido sostenerse; como ha evitado la monotonía por la rapidez del estilo, la variedad de las imágenes y por la direccion eminentemente poética. Que á los estudiantes se les hace traducir en las clases las églogas de Virgilio, mas que, en su sentir, por la delicadeza de los pensamientos, lo atrevido de las transiciones, y el movimiento y variedad del estilo, muchas son más difíciles que la *Eneida*. Que en esta el poeta es un Proteo que juega con nuestra curiosidad, se trasforma de mil maneras y nos lleva engreidos por bellezas que se reemplazan con increible rapidez, y cuyo género, diseño y colorido son de un todo diferentes.

El idilio de Gésner titulado *El cántaro roto*, que imitó de esta de Virgilio, es un juguete que nada enseña.

ÉGLOGA SÉTIMA.

La exposicion de esta égloga es un modelo en su género. Dafnis aparece sentado bajo una encina, hácia cuyo sitio se dirigen Coridon y Tirsis, reunidos sus rebaños; ambos jóvenes, ambos árcades y ambos ejercitados en las contiendas amebeas. Cuanto puede interesar la curiosidad del lector se halla reunido en esta exposicion. Sigue despues una especie de prólogo, que es como la primera escena de este drama campestre, y ofrece un cuadro muy animado y vivo de las ocupaciones y quehaceres de los pastores. El cabron padre, digámoslo así, se le habia extraviado á Melibeo, miéntras estaba cubriendo sus mirtos recien nacidos para que el frio no se los quemase; y yendo Melibeo en busca de su macho extraviado, percibe á Dafnis, que le da noticia de tenérselo recogido y le invita á que escuche los cantos de Coridon y Tirsis, á lo que Melibeo no sabe resistir y por oirlos descuida sus corderos. Esta resolucion de Melibeo nos da una idea importante de la habilidad de los dos cantores; y Virgilio por este medio nos da tambien á entender la aficion decisiva que los pastores tenian á la música, pudiéndose decir de ellos lo que del pueblo romano: *panem et circenses*. Esta pasion por el canto es conforme á la vida descansada de los pastores, caracteriza sus costumbres. nos los representa como un pueblo dulce y amigo de las artes, supone en ellos cierta urbanidad,

y nos induce á creer, cuando leemos los cantos bucólicos de los antiguos, que la civilizacion entre los pastores antecedió á la de las ciudades.

El estilo en esta introduccion es sencillo, vivo y animado; y por la riqueza y brillantez de las imágenes desaparece lo que podria hacerla comun y trivial. La palabra *vir* aplicada al cabron es feliz y atrevida, y muy difícil su version en las lenguas modernas. Fr. Luis de Leon diciendo: *desmandado del hato un cabrón mio*, no la tradujo. Langeac, *mon belier*, «mi carnero,» tampoco lo consiguió. Dice Michaud, que pudo haber encontrado una expresion equivalente en esta: *le sultan du troupeau;* por la que Lafontaine no hubiera tenido inconveniente en traducir el *vir gregis;* pero que esto podria pasar imitando á Virgilio, y no traduciéndolo: pues tal anacronismo supondria en él ideas de los usos modernos. En nuestra lengua he encontrado la palabra *morueco*, que significa el carnero padre; y viendo que Conde en su traduccion de Teócrito lo aplicó al macho cabrío padre, he juzgado que de ningun otro modo podria expresarse mejor el *vir gregis;* y así he traducido: *el cabron morueco.*

El cuadro de las ocupaciones de los pastores, sigue observando Michaud, está mezclado de descripciones de la naturaleza bellísimas y risueñas; y miéntras vemos ir á Melibeo en busca de su macho extraviado, hace el poeta que nuestra atencion repose sobre las riberas floridas del Mincio. La descripcion:

Hic virides tenera prætexit arundine ripas
Mincius æque sacra resonat examina quercu,

introduce la variedad en los cuadros de este prólogo, lo que supo conseguir el poeta con solos dos versos.

Virgilio imitó esta introduccion de Teócrito en sus idilios 6.º y 8.º; pero aventajó mucho á su modelo, como puede verse.

V. 13. *Mincius.* Véase la nota al verso 52 de la égloga primera.

V. 21. *Libethrides.* Son las musas, llamadas así de la

fuente Libetra en *Magnesia*, hoy Manaquía, ciudad de la Turquia asiática en la Natolia, que les estaba consagrada.

V. 24. *Sacra..... pinu...* El pino estaba dedicado á Cibeles, madre de los dioses. Los antiguos tenian consagrados los árboles á diversas divinidades, como ya se ha visto de la encina y se verá más adelante de otros varios. Era tambien costumbre entre ellos, cuando abandonaban alguna profesion, ofrecer los instrumentos que le eran propios á los dioses, dejándolos colgados en los templos, árboles, ú otros lugares que les estaban dedicados. A este propio concepto hace decir Gésner á Licas en el idilio titulado *Licas y Milon:* «Jóven, »me dice (el dios Pan): véte á la floresta y busca la flauta que »el cantor Hilas ha colgado del roble que me consagraron: tú »eres digno de tocarla despues de él.»

V. 27. *Si ultra placitum laudarit... Laudare ultra placitum*, es alabar irónicamente, y creian que estas alabanzas fascinaban, esto es, que causaban daño; y así *quidquid ultra meritum laudatur, dicitur fascinari.* Por eso los antiguos, cuando alababan á alguno, añadian *præfiscine* ó *præfiscini, id est, sine fascino;* con lo que testificaban que su intencion era pura y sincera.

Baccare. La bácara, hierba olorosa, que creian era un preservativo eficaz contra la fascinacion, aojo ó encanto, que todo era una cosa.

V. 29. *Setosi caput...* Era costumbre consagrar á Diana las cabezas de las reses muertas en la caza, como á diosa de ella. Por eso Herrera dice á Diana en su égloga venatoria:

. . . . . Si he venerado
Tus aras, y colgado
Del jabalí terrible y violento
La alta frente, y del ciervo la ramosa,
Muéstrate á mis dolores piadosa.

V. 32. *Puniceo... cothurno.* Era el calzado venatorio de las damas, originario de Esparta; y así dice Vénus en el libro I de la *Eneida*, cuando se le apareció á Eneas bajo el traje de cazadora, por lo que aquél la tuvo por Diana:

Virginibus Tyriis mos est gestare pharetram,
Purpureoque alte suras vincire cothurno.

El coturno trágico se distinguia de este por unos talones más altos.

V. 33. *Priape...* Era el Dios de los jardines, y estos versos en que Tirsis impone condiciones al dios de su huerto caracterizan el lenguaje de los pastores para con un dios de tan poca importancia y que les era tan inmediato y familiar. El imperativo *aureus esto* es muy ingenuo y franco; y el dios debia aprovecharse de la promesa, porque los dioses eran estimados segun el metal de que se componian, en razon á que los formados de oro ó de plata tenian lugar en el Olimpo con preferencia á los de piedra.

V. 57. *Nerine Galatea...* La belleza de esta ninfa marina ha sido celebrada por casi todos los poetas griegos y latinos; y la comparacion de su hermosura á la hiedra blanca, que seguramente no envaneceria á una beldad de nuestros tiempos, es muy sencilla y pastoril. Teócrito usó de esta misma comparacion en su *Cíclope*. Véase la nota al v. 39 de la égloga novena.

Para que los jóvenes aprendan á conocer el carácter distintivo de los poetas más célebres en contraposicion de Virgilio, voy á redactar aquí el trozo, aunque no entero, de las quejas que Ovidio pone en boca de Polifemo en el libro XIII de sus *Metamorfósis*.

Candidior nivei folio, Galatea, ligustri,
Floridior pratis, lingua procerior alno,
Splendidior vitro, tenero lascivior hædo,
Lævior assiduo detritis æquore conchis,
Solibus hibernis, aestiva gratior umbra,
Nobilior pomis, platano conspectior alta,
Lucidior glacie, matura dulcior uva,
Mollior et cygni plumis, et lacte coacto;
Et si non fugias, riguo formosior horto,
Sevior indomitis eadem Galatea juvencis,
Durior annosa quercu, fallacior undis,

Lentior et salicis virgis et vitibus albis,
His immobilior scopulis, violentior amne,
Laudato pavone superbior, acrior igni,
Asperior tribulis, feta truculentior ursa.
Surdior æquoribus, calcato immitior hydro.

Aun sigue en sus comparaciones y no sabe acabar; haciendo por este medio que unas ideas sencillas y graciosas vengan á convertirse bajo su pluma en imágenes lánguidas y ridículas, escollo comun de todo poeta que tiene ménos buen gusto que ingenio, y más imaginacion que recto sentido.

Garcilaso ha imitado este cuarteto en una octava hermosísima:

Flérida para mí dulce y sabrosa,
Más que la fruta del cercado ajeno;
Más blanca que la leche, y más hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno.
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
A mi majada arribarás primero
Que el cielo nos descubra su lucero.

El segundo verso principalmente es rico.

V. 41. *Sardois... herbis.* Hierba de la isla de Cerdeña, que comida hacía reir y causaba la muerte con estos ademanes; y de aquí se ha derivado á la medicina el nombre de *risa sardónica* que se da á esta enfermedad. *Sardois amorior herbis horridior rusco* está compuesto de sonidos desagradables, y por su aspereza expresa la repugnancia de estas cosas al gusto delicado del pastor.

V. 43. *Si mihi non hæc lux toto jam longior anno est.* Este verso es largo como el dia que el pastor ha pasado ausente de su amada, á lo que contribuyen los monosílabos de que está compuesto. El pensamiento además es ingenioso y delicado. El último verso: *Ite domun pasti, si quis pudor, ite juvenci,* muestra del modo más ingenioso la impaciencia del

pastor. *Si quis pudor*, es una expresion atrevida que no he vertido. Fr. Luis de Leon la tradujo bien así:

«Que ya es mala vergüenza tal tardanza.»

La égloga quinta de Fontenelle está formada sobre este pensamiento; pero el frances lo debilitó de manera, que invirtió más de sesenta versos para pintar la impaciencia del pastor.

Garcilaso lo imitó del modo siguiente:

Hermosa Filis, siempre yo te sea
Amargo al gusto más que la retama;
Y de tí despojado yo me vea,
Cual queda el tronco de su verde rama.
Si más que yo el murciélago desea
La escuridad, ni más la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño,
De este dia para mí mayor que un año.

V. 45. *Muscosi fontes*... Este cuarteto contiene ideas muy graciosas. Para hacer el poeta resaltar la brillantez y frescor de la primavera, le opone la imágen del estío, adornado de todos sus fuegos. La sombra de los bosques y el fresco de los prados parecen más hermosos por estas palabras: *jam venit æstas torrida*, y el cuadro termina con una imágen risueña: *laeto turgent in palmite gemmæ*. El epíteto *laeto* caracteriza la primavera, y la musa del poeta sabe sonreir al lector. como la misma naturaleza nos sonrie en la estacion de las flores.

V. 49. *Hic focus*... Este cuadro del invierno está opuesto al de la primavera, y con sólos dos versos supo el poeta pintar la hoguera y los postes ennegrecidos del humo. Las comparaciones con que termina son muy oportunas y naturales

Melendez ha dicho:

Y cuando silba el ábrego con saña

En las noches de Enero,
Lumbre para bailar un roble entero.

V. 53. *Stant et juniperi...* Los dos primeros versos de este cuarteto forman un contraste feliz. Por una parte, se ven las nebrinas y las castañas pendiendo de los árboles; y por la otra, el suelo cubierto de pomas debajo de los frutales. *Stant* se contrapone á *strata jacent;* y *castanæ hirsutæ* á *sub arbore poma.* Estos dos versos reunen toda la riqueza y toda la variedad del otoño.

V. 55. *Omnia nunc rident...* Aquí he variado la persona de Alexis por las razones dichas anteriormente: Garcilaso imitó este pensamiento:

El blanco trigo multiplica y crece;
Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado; el verde monte ofrece
A las fieras salvajes su gobierno:
A do quiera que miro, me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas todo se convertirá en abrojos,
Si de ello aparta Fílida los ojos.

Séame permitido observar que *fieras salvajes* es una redundancia; y *gobierno* es un ripio: *copia* está tomado por la diosa de la abundancia.

V. 57. *Aret ager...* Fenelon observó que la traduccion de este primer verso era difícil por las inversiones.

Fr. Luis de Leon tradujo:

Los campos están secos y agostados
Por culpa del sereno aire; muere
La hierba sedienta en los collados;
Tender sus hojas ya la vid no quiere.

Los campos estando *secos*, están *agostados*; y así este último adjetivo es redundante: *sereno* está mal aplicado; no significa el *aire abrasador del estío*: el morir la hierba en los co-

llados no es prueba de una gran sequedad; porque en los collados se seca primero que en los valles y prados, y comunmente sucede ántes que llegue el estío. El último verso es rastrero.

Yo he traducido:

Se agosta el campo ya, y el aire ardiente
Va la yerba en aristas deshaciendo;
Baco su vid sombría va perdiendo.

Nuestro Garcilaso lo imitó así:

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado:
La malicia del aire corrompido
Hace morir la hierba, mal su grado:
Las aves ven su descubierto nido,
Que ya de verdes hojas fué cercado.

V. 60. *Juppiter et laeto descendet plurimus umbri.* Aquí se toma la causa por el efecto. Despues de la sequedad se ve descender la lluvia, y parece que la naturaleza rejuvenece: todo está contenido en el epíteto *laeto*. En el libro segundo de las *Geórgicas* ha desenvuelto Virgilio esta idea de una manera más rica y más brillante:

Tum pater omnipotens fœcundis imbribus æther
Conjugis in gremium laetæ descendit, et omnes
Magnus alit....

V. 61. *Populus Alcidæ gratisima.* Los pensamientos de este cuarteto y siguiente los imitaron Garcilaso en su égloga tercera, y el bachiller Francisco de la Torre en su primera.

GARCILASO.

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo:
De la hermosa Vénus fué tenido

En precio y en estima el mirto sólo:
El verde sauz de Flérida es querido,
Y por suyo entre todos escogido:
Do quiera que de hoy más sauces se hallen
El álamo, el laurel y el mirto callen.

LA TORRE.

El mirto á Vénus, y el laurel á Febo;
Y á Alcides es el álamo agradable;
La encina á Jove; á Isis el acebo;
Y á Palas es el verde olivo amable:
Un plátano le place á Cintia nuevo;
Sea desde hoy el plátano notable,
Y al plátano se humillen lauro umbroso,
Álamo, encina, olivo y mirto hermoso.

GARCILASO.

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos vaya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.

LA TORRE.

De Cibeles el pino fué apreciado,
Y el olmo de Silvano fué querido;
El bello Cipariso transformado
En gran precio de Apolo fué tenido;
De Dafnis es el líbano estimado,
Sobre todos los otros escogido;
Reverencien al líbano precioso
El pino y el cipres, y el olmo umbroso.

V. 69. *Hæc nemini...* Este dístico no lo tradujo Fr. Luis de Leon.

Hemos visto descritas las cuatro estaciones del año con suma gracia y ligereza, y esto induce á observar, dice Michaud, que la poesía despriptiva, lo mismo que la música,

nació entre los pastores. Ellos vivian en la ociosidad, y los conciertos de las aves les sirvieron de modelos; para lo que no carecian de tiempo, ni de medios de imitacion. De la misma manera su mansion en los bosques y en las praderías les proporcionó las ocasiones de observar estos objetos y describirlos en sus cantinelas. Teócrito abunda en descripciones encantadoras, y en estas églogas de Virgilio se ven muchas no ménos graciosas; pero ha de notarse que casi nunca las prodigaron, siempre son motivadas. Ya es un pastor que describe un paisaje, con motivo de un vaso que ofrece por premio para un combate en el canto: ya es el poeta que describe los bosques y las praderías, para pintar las escenas en que los pastores van á representar. Cada descripcion está ligada á un sentimiento, á una situacion, á una accion. Gésner ha sido pródigo y difuso en las descripciones; ha hecho varias de las estaciones del año en sus idilios, pero sin la reserva y gusto exquisito que se encuentran en nuestro poeta.

Los cuatro últimos cuartetos son madrigales graciosos, y áun cuando en ellos casi se encuentran repetidas las mismas ideas, ha sabido revestirlas de imágenes tan bellas y variadas, que no se echa de ver la monotonía. Los poetas modernos han procurado reproducir estas imágenes graciosas; pero sus descripciones carecen de la belleza que tienen en el original. Sucede con ciertas imágenes y pensamientos como con las flores, que pierden su frescor y brillantez luégo que son cortadas del tallo donde han nacido. Sólo Virgilio ha poseido el secreto de imitar con originalidad las bellezas delicadas de la naturaleza. La mayor parte de las ideas ingeniosas que terminan esta égloga han sido imitadas de Teócrito; pero el poeta latino ha sabido embellecerlas sobre su modelo. Es imposible dejar de conocer la superioridad de Virgilio sobre el poeta griego. El primero, dice Mr. Laharpe, es más variado, y al mismo tiempo más elegante; sus pastores son cultos y delicados, sin tocar en exceso; su armonía es inimitable, y tan encantadora, que es imposible explicarla: es aquella dulzura ligera y sazonada que las musas campestres á él solo concedieron, segun Horacio:

Ductu molle atque facetum.
Virgilio annuerunt gaudentes rure Camœnæ.

Fernando de Herrera decide el parangon, diciendo: «No le es inferior, ántes lo vence en cuidado y arte y decoro del sujeto.» Así califica el mérito de Virgilio sobre Teócrito este célebre humanista.

ÉGLOGA OCTAVA.

Cayo Asinio Polion fué el reparador de la fortuna de Virgilio y de su familia; por cuyo consejo emprendió las bucólicas, y el que le introdujo en la amistad de los primeros personajes de Roma, y por ellos en la gracia de Augusto. Tantos títulos de estimacion y agradecimiento tenía para con Virgilio. Despues de la union de Octavio con Marco Antonio, en cuya reconciliacion trabajó, obtuvo el consulado; y habiendo marchado contra los Dálmatas los subyugó, y el Senado le discernió los honores del triunfo. Horacio con este motivo le escribió una hermosa oda, que es la primera del libro segundo; y Virgilio no debia callar: mas sin rivalizar con Horacio expresó en pocos versos cuanto exigian las circunstancias, su amistad y su agradecimiento. Este trozo, aunque de poca extension, está lleno de fuego y de sensibilidad. Despues de una exposicion sencilla, clara y rápida, en que el poeta de un solo rasgo pinta los actores y el lugar de la escena, entra inmediatamente en materia, y emprende el elogio de Polion, ántes de referir los cantos de los pastores. Tan seguro estaba de la fuerte y seductora impresion que sus primeros versos debian hacer, que su musa, inflamada por lo mismo que acababa de decir, se aprovecha de este momento de inspiracion, para tributar á su ilustre amigo su admiracion y su reconocimiento.

Este elogio de Polion es un modelo de delicadeza en su género, y tan afectuoso, que el lector se siente movido á amar lo que elogia. Tal es el talento de Virgilio, sea que celebre la gloria de Polion ó de Mecenas, sea que cante los beneficios de Augusto. En este, los votos que forma por su héroe interesan, y sin hacer alarde de elogiarlo, se contenta con decirle:

. . . . . ¿No vendrá el dia
En que tus hechos cante la voz mia?
Tus versos, dignos sólo
Del famoso coturno sofocleo,
¿Cuándo al aura darálos mi deseo,
Y en triunfo llevaré de polo á polo?

Este elogio puede servir de modelo á los que se encuentren en circunstancias semejantes á las de Virgilio por su modestia, su gracia y su urbanidad. Los elogios en la pluma de Virgilio no chocan á la razon, áun á la más severa; porque no son bajos, ni hinchados, y siempre llevan por base el sentimiento, Los elogios exagerados se despegan; porque la exageracion, donde quiera que se halle, no es otra cosa que la mentira disfrazada bajo sentimientos artificiosos. Además, ha de observarse el estilo y la armonía de los versos: cuando habla de su héroe se vale de expresiones pomposas: *Tu mihi, seu magni superas jam saxa Timavit;* y cuando habla de sí mismo adopta un estilo sencillo y modesto: *En erit umquam ille dies, mihi cum liceat tua dicere facta?* Pero al volver á hablar de Polion su musa recupera el tono elevado. ¡Qué cosa más pomposa y magnífica que los versos siguientes!

Ut liceat totum mihi ferre per orbem
Sola sophocleo tua carmina digna cothurno?

Pues al mismo tiempo que dan una idea del genio de Polion, caracterizan tambien el de Sófocles, cuyo estilo era grande y majestuoso. Ultimamente, concluye dedicándole esta égloga; ¡pero con qué ingeniosidad y destreza! Le conjura á que acepte este homenaje de las musas campestres,

permitiendo un lugar á la humilde hiedra entre los laureles del triunfo que circundan su frente. La palabra *hederam* está colocada con todo cuidado y como escondida entre *victrices* y *lauros*.

Garcilaso imitó esta dedicatoria en su égloga primera, donde hablando con D. Pedro de Toledo, Marqués de Villafranca y Virrey de Nápoles, le dice:

En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un dia,
. . . . . .
. . . . . .
El árbol de victoria,
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente,
Dé lugar á la yedra que se planta
Debajo de tu sombra y se levanta
Poco á poco *arrimada á tus loores*.

Sobre lo cual dice el Sr. Hermosilla, en su obra citada anteriormente, con aquella juiciosa crítica que le es peculiar: «que representándose el poeta bajo la imágen de una hiedra y á su Mecenas bajo la de un árbol, á cuya sombra crece la hiedra, ya no debe decirse que esta se *levanta arrimada á los loores de aquel*, porque las hiedras no se arriman, ni pueden arrimarse á las alabanzas, ni éstas pueden sostener hiedras.»

V. 6. *Seu magni superas jam saxa Timavi*... Sobre la designacion de este rio los intérpretes se han dividido en opiniones, deslumbrados por el adjetivo *magni;* pero despues de cuanto con razon y sin ella han dicho sobre este particular, lo único que se puede asegurar es, que el Timavo es un riachuelo que conserva el mismo nombre, situado en la antigua Carnia, hoy Frioul, provincia del reino Lombardo-Veneto, que desemboca en el golfo de Trieste y nace de peñas escarpadísimas.

V. 7. *Illiryci æquoris*, es hoy el Mar Adriático ó Golfo de Venecia. Todo esto es referente á la expedicion de Polion

contra los Dálmatas, fácil ya de entenderse por lo que queda dicho.

V. 16. *Incumbens tereti Damon sic cœpit olivæ...* Langeac tradujo: *Penche sursa houlette*, «apoyándose sobre su cayado»; lo que además de no conformarse con el texto, es posicion en que no puede estar un hombre mucho tiempo. Fray Luis de Leon tradujo:

Al tronco de un olivo recostado.

V. 19. *Quamquam nihil testibus...* Es referente á la opinion de que los perjurios de los amantes eran impunes; y por eso dijo Ovidio:

Nec timide promitte; trahunt promissa puellas:
Juppiter ex alto perjuria ridet amantum.

V. 22. *Mœnalus...* El primer verso de este cuadro, por su singular armonía, da una idea muy poética de los bosques menalos. Estos bosques que el dios Pan llenó de sus acentos y que resuenan en constante armonía, escuchan tambien sin cesar los cantos de los pastores: *Semper pastorum ille audit amores*. En el primer verso se oye la armonía que resuenan los bosques del Menalo, y en el segundo son ellos los que escuchan:

Sí, que el monte Menalo dulcemente
Resuena siempre en selvas armoniosas,
Y oye constantemente
Los suspiros y amores
De inocentes pastores.

Esta es la poesía. Pocas veces expresa las cosas como son: va siempre envuelta en sombras é ilusiones, pero diciendo y enseñando la verdad. Bien conocida es la Eva de Milton, que cuando nace á la vida se admira de cuanto la rodea, hasta de ella misma. Escucha el murmullo del arroyuelo, y al mirarse en su onda, cree ver en ella otro sér su semejante. Nada sabe,

nada profundiza; ni conoce de los objetos más que las impresiones que de ellos recibe: todo la deslumbra, y su alma está como encantada.

Omitiendo el pasaje de Milton, voy á insertar aquí otro equivalente, sacado de la *Inocencia perdida* de mi sabio maestro D. Félix José Reynoso, cuyo poema, por su diccion eminentemente poética, acaso será el más acabado modelo de poesía que enriquece nuestro Parnaso. Pintando el estado de inocencia de nuestros primeros padres, dice:

No en tierno brillo la rosada Aurora
De oriámbar pintando el vago cielo,
Alza el cabello de la mar sonora,
Lloviendo perlas al florido suelo:
Ni de gualda y carmin Iris colora
En ledos visos su esmaltado velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.
  Nudo en ambos el cuerpo, mas celado
En dulce lumbre de inocencia pura,
Cual Febo en vivas ráfagas velado
En su esplendor esconde su figura.
No entónces viles hijas del pecado
Torpes vestes cubrieron la alta hechura,
Do hiciera entre sus obras larga muestra
De su inmensa beldad la eterna diestra.
. . . . . .
. . . . . .
  Así lazados en sabrosos nudos
Los humanos pisaban los verjeles
Del aromoso Eden. So el pié desnudo
De Adan se elevan súbito claveles;
Do fija Eva sus plantas, el menudo
Césped brota azucenas: en pos fieles
Mudos brutos le rinden vasallaje.
¡Padres felices de infeliz linaje!
  Alza la vista Adan. Por la ancha esfera,
Morada inmensa de fulgente dia,

Ve al Sol nadar en luz, y en su carrera
Llover vida á los séres y alegría.
La frutecida Tierra considera,
El hondo muro, que romper porfía
Bramante el mar: y vese dueño solo
De Cinosura hasta el remoto polo.

. . . . . .

Ve el universo Adan, ve su morada
Y queda inmóvil; cual de suelo pario
Brilla en real jardin piedra animada
Por mano de famoso estatuario.
Eva lo ve, y examinar le agrada
Las várias plantas, el esmalte vário
Que en colgantes sus flores eslabona,
Y entolda el prado, y el verjel corona.
Mueve el pié terso hácia el nevado rio,
Que por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando.
Alzan las crestas sobre el lecho frio
De argentados vivientes mudo bando
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los alhaga.
Tal vez se llega quedo á la honda pura
Por saber lo que guarda el hondo seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura
La palma asienta; ya en el bosque ameno
Párase á oir la alondra, que gozosa
Vuela del árbol y en su mano posa.

¿A quién no encanta esta pintura del candor é inocencia de nuestros primeros padres? ¿Y quién es el insensible que no se siente arrebatado al leer semejante poesía? En ella no se cuida el poeta ni de los efectos ni de las causas; y vivamente afectado, no ve de los objetos sino lo que la imaginacion le presenta; la ilusion embellece y anima todo á su vista. Al ver

Adan el universo, queda pasmado; así como una estatua hermosísima puesta en real jardin, y en la que sólo se echa de ménos la animacion. Eva va examinando los objetos del paraíso, como encantada, y engreida en una sorprendente curiosidad. Todo para ella es nuevo; su ignorancia es su inocencia, y así halaga á los peces del rio, que saltan á su regazo, como asienta su blanda palma sobre la frente del toro; lo mismo se detiene admirada á contemplar su imágen que tiembla en el cristal de las aguas, que se pára embebecida á oir la alondra que canta sobre el árbol del bosque, y vuela á su mano. Por eso Michaud dice que la poesía no ejerce su influjo sino en los siglos en que el espíritu humano no se precia de saberlo todo, y que es desatendida en los que todo se pretende saber, porque desterradas las ilusiones pierde sus más vivas imágenes. Que en los siglos de imaginacion es como Eva revestida de su inocencia; y en los siglos de análisis es la misma Eva despues de su caida, y cuando con su inocencia ha perdido su ignorancia y su candor.

El Menalo es un monte de la Arcadia, region del antiguo Peloponeso, hoy la península de Morea sobre el Mediterráneo, cuyo monte estaba consagrado al dios Pan. Ha pertenecido al imperio de Turquía, y hoy compone el nuevo Estado independiente de la Grecia, cuyos límites y demas circunstancias áun no están acabados de fijar.

V. 26. *Mopso Nisa datur! quid non speremus amantes?...* El verbo *speremus* está tomado irónicamente, y el sentido todo de este pensamiento es contra Mopso. Algunos intérpretes han creido ver en estos versos la expresion del dolor; yo sólo veo, con Michaud, la expresion de la cólera. Cuando un hombre se ve engañado en sus amores, más es el aborrecimiento que concibe contra su rival que el amor que conserva á su dama; y así, debe comenzar por expresar su cólera, que es lo que más le ocupa. Esta acepcion me parece la verdadera, aunque la ironía no todos la perciban á primera vista por su delicadeza; pero esa es su mayor belleza, porque, á no serlo, perderia una gran parte de su mérito, y así he dicho:

Nise á Mopso se entrega. ¿Qué esperanza

Nos queda á los amantes?

Fr. Luis de Leon lo tradujo:

Casó Nise con Mopso; ¿qué mixtura
No templará el amor?

Langeac vertió:

Belle Nise, á Mopsus on ose te livrer!
¡Eh! ¿qui donc en amant ne doit plus esperer?

Garcilaso imitó este pensamiento en su égloga primera; pero lo amplificó mucho, y todas las quejas de Salicio se dirigen contra Galatea, aunque la habla de su rival con desprecio.

V. 27. *Gryphes...* El grifo, animal fabuloso, cuya parte superior es de águila y la inferior de leon.

V. 29. *Novas incide faces... Corta ó prepara las hachas ó teas nupciales.* Los antiguos en un principio celebraban las bodas de noche, y para conducir la novia á la casa del novio la alumbraban con hachas, que algunos dicen eran precisamente cinco, cuya costumbre despues se conservó, aunque se celebrasen con la luz del dia.

V. 30. *Sparge, marite nuces...* Es conforme al adagio, *nuces relinquere*, «dejar de ser niño.» Son muchas las explicaciones que los intérpretes dan á esta sentencia. La que me parece más natural es, que los jóvenes, compañeros del recien casado en los juegos de la infancia, acudian á cantar y á festejar á los novios la noche de la boda, y aquél les repartia ó tiraba nueces para agasajarlos, y para significar con esto que se despedia de sus juegos, porque los niños jugaban con nueces; y lo dice Persio:

Nucibus facimus quæcumque relictis.

V. 30. *Tibi deserit Hesperus Oetam...* El Oeta era un monte de Tesalia, hoy *Janna*, provincia de la Turquía Euro-

pea, que por ser el más oriental del antiguo continente, tomaban de él el nacimiento de los astros. El Héspero es el astro de Vénus, que cuando aparece detras del sol al anochecer, se llama Héspero ó Véspero, y cuando le precede por la mañana Lúcifer ó Lucero.

V. 34. *Hirsutumque supercilium...* En el entrecejo se pintan todos los afectos del corazon. El P. Leon tradujo esto así:

La que mi sobrecejo y mi cayado,
Mi barba y mi zampoña aborrecia.

V. 37. *Sæpibus in nostris...* Este cuadro hasta el verso 41 está imitado del idilio de Teócrito titulado el *Ciclope:* Allí dice Polifemo á Galatea:

Me enamoré de tí, doncella, cuando
Primera vez viniste con tu madre,
Y querias coger de las montañas
Las hojas del jacinto, y yo enseñaba
El camino: ni pude desde entónces,
Ni despues, ni hora descansar sin verte.

Pero los versos de Virgilio son más ricos, más sentimentales y tienen más ingenuidad. Damon encuentra con Nise por la primera vez en el jardin de sus padres: *sæpibus in nostris*. Nise era niña, *parvam*, cuya circunstancia es muy interesante y anuncia una pasion muy antigua. ¡Qué gracia y sencillez en estas palabras colocadas en medio de la frase! *Dux ego vester eram.* ¿No parece que se ve á Damon marchar ufano y lleno de vanidad delante de Nise y de su madre, para enseñarles las frutas más bellas de su jardin? Todo esto toma un doble valor al reparar que Damon era aún niño, pues apénas podia alcanzar á las ramas bajeras.

Los héroes del romance griego de Longino son dos niños, y sus amores nos interesarian ménos si los hubiera supuesto en una edad más adulta. Sin detenerme en ello, pasemos á ver otro ejemplo no ménos interesante y candoroso en el romance de Pablo y Virginia, que puede considerarse como

una pastoral, y en donde Saint-Pierre nos pinta la pasion de dos niños, á cuyos amores da un tono y colorido más interesantes su propia inocencia.

«Nada era comparable al amor que los dos niños empeza»ban á tenerse. Si Pablo se quejaba, le presentaban á Virgi»nia; y al punto que la veia, se sonreia y callaba. Si Virginia »se veia en algun apuro, inmediatamente se advertia por los »gritos de Pablo; pero esta amable niña disimulaba al ins»tante cualquiera desazon, porque él no participara de ella... »Luégo que empezaron á hablar, los primeros nombres que »aprendieron á darse fueron los de hermano y hermana, que »son los más dulces que conoce la infancia. Su educacion no »hizo más que redoblar su amistad, dirigiéndola hácia sus »necesidades recíprocas. Virginia se halló muy temprano en »estado de gobernar la casa... Pablo todo el dia en contínuo »movimiento cavaba en el jardin con Domingo, ó le seguia al »monte con una hachuela en la mano; y si por el camino avis»taba alguna hermosa flor, alguna fruta rara, ó un nido de »pajaritos, áun cuando estuviera en la cima de un árbol, tre»paba á él para cogerlo y llevárselo á su hermana.»

Virgilio comienza pintando la inocencia de un amor infantil, y acaba por describir el amor en toda la vehemencia de que es capaz: *¡ut vide, ut perii, ut me malus abstulit error!* Tal es el efecto de una impresion súbita, y que debe durar tanto como la vida del pastor. Labruyere ha dicho, que el amor que se engendra de improviso es el más imposible de curar. Recine en su tragedia *la Fedra* reprodujo estos pensamientos con toda la gracia y viveza de que era capaz. Y nuestro D. Manuel José Quintana en su oda á Celida dice:

La ví, temblé, me estremecí; vencido
Ví ya que iba á quedar de tanto halago;
Pero no pude huir: su blando acento
Hasta el seno más hondo y escondido
Llegó del pecho, y completó el estrago.

Teócrito en su idilio segundo titulado la *Encantadera*, hace decir á esta:

¡Ay me! ¡como le ví, como furiosa
Mísera yo quedé, y el pecho mio
Tiernamente tocado! mi belleza
Se deshacía, y ya no más cuidaba
De aquella pompa, ni tornar á casa
Sabía, y me acosaba un mal ardiente.
Conde.

Fr. Luis de Leon no fué feliz en la version de este trozo tan notable, citado por Blair como un modelo de la sencillez y candor que deben caracterizar el estilo de los pastores:

Pequeña y con tu madre, y yo por guia,
Te ví entre mis frutales hacer daño;
Las bajas ramas ya alcanzar podia,
Y encima de los doce andaba un año,
Como te ví, te dí, ¡ay! el alma mia,
Llevóme en pos de sí preso el engaño.

V. 43. *Nunc scio quid sit amor.* Despues de habernos pintado el amor con todas las gracias de la inocencia, pasa á quejarse de su crueldad, y su dolor no conoce límites. Nise ha sido traidora á su amor, y el pastor tiene derecho á quejarse del abandono y tormento á que se ve reducido. *Nunc scio quid sit amor.* Estas palabras sirven de transicion y preparan las imprecaciones contra el amor. Ya, pues, no es un infante inocente y hermoso; es una fiera salida de las peñas del Ródope, etc.

De las peñas del Ródope insensible,
O del fragoso Etmaro empedernido,
O de los más remotos Garamantas
El fiero ha procedido.

Teócrito, de quien está imitado, dijo en *Comasta:*

Conozco hora el amor: es un dios fiero,
Que las tetas mamó de una leona,
Y en los montes su madre le criaba.

Sobre el Ródope véase la nota al verso 30 de la égloga sexta. El Etmaro, ó más bien Tmaro, es un monte del antiguo Epiro, hoy Albania, que pertenece á la Turquía Europea y algunos lo han confundido con el Ismaro. Los Garamantas eran pueblos del África muy bárbaros, y de costumbres feroces.

V. 47. *Sævus amor docuit.* Es bien conocida la fábula de Medea que mató á sus hijos por vengarse de su marido Jason, que la habia repudiado. Séneca compuso una tragedia sobre este pasaje, titulada *Medea.*

V. 52. *Nunc oves ultro fugiat lupus...* Estas imágenes están imitadas de Teócrito, y tanto en el poeta latino, como en el griego, tienen un fondo de verdad bien conocida. Véase lo que dejo dicho en la nota al verso 34 de la égloga quinta al final.

V. 56. *Inter Delphinas Arion...* Arion fué célebre músico, y cuenta la fábula que navegando desde Italia á Grecia los marineros lo quisieron matar por apoderarse de sus riquezas, y habiéndoles suplicado le permitiesen tocar alguna cosa para morir más consolado, se vieron acudir los delfines al derredor de la nave atraidos de su armonía, y entónces saltando sobre ellos los mismos delfines lo sacaron á puerto seguro. Puede verse á Ovidio, libro II *De fastis:*

V. 59. . . . . *Præceps aërii specula...* Es célebre en la historia el salto de *Léucate.* Los amantes que llegaban á hallarse inconsolables, ó más bien desesperados de sus amores, creian que arrojándose al mar desde este promontorio quedaban libres de sus tormentos; cuya bárbara creencia arrastró muchas víctimas, y entre ellas á la célebre poetisa Safo, desesperada de poder reducir á sus amores al jóven Faon. Este promontorio estaba situado en una isleta del propio nombre, que hoy se conoce con el de Leocadia, y pertenece á la república de las Siete Islas Jónicas al N. O. de la península de Morea. A esto mismo alude lo que Teócrito dice en boca de Comasta:

¡Ay de mí! ¿qué será de mí cuitado?
Ni me oyes, y el pellico desnudando

Yo saltaré á las ondas donde acecha
Opis el pescador á los atunes;
Y aunque no muera, tú serás contenta.

V. 62. *Hæc Damon...* Esta transicion á la segunda parte de la égloga es ingeniosa y poética; mas con este motivo, no puedo dejar de llamar la atencion de los lectores sobre la imitacion que de ella hizo Garcilaso, para pasar de los cantos de Salicio á los de Nemoroso en su primera égloga, cuya poesía por su rotundidad y perfeccion es extremada:

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y sospirando en el postrer acento,
Soltó de llanto una profunda vena.
Queriendo el monte al grave sentimiento
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al són lloroso.
Lo que cantó tras eso Nemoroso,
Decidlo vos, Piérides: que tanto
No puedo yo, ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

V. 64. *Effer aquam...* La segunda parte de esta égloga está imitada del idilio segundo de Teócrito. Racine consideraba al idilio griego como uno de los mejores poemas de la antigüedad. Este juicio de Racine es seguro, y no pudo decir lo mismo de esta composicion de Virgilio, porque le faltó mucho para acercarse al original griego. El poeta latino no ha tomado de aquel mas que las ceremonias mágicas; y Teócrito le lleva la ventaja de haber expresado con ellas el sentimiento y la pasion. En Virgilio no se conocen los personajes; la mujer que acude á los sortilegios para atraer á Dafnis á su amor, no está caracterizada, y aunque en cada copla se repite el nombre de Dafnis, esto no basta; por lo que

es imposible tomar interes por personas desconocidas. En Teócrito se ve desde luégo la mujer que arrebatada de una ardiente pasion acude á los sortilegios; que cuenta el orígen y los progresos de su amor; que da noticias de su amado; que relata cómo le conoció, cómo llegó á amarlo perdidamente, y de la manera que le ha venido á ser infiel. La descripcion de las ceremonias mágicas va unida en Teócrito al interes del sentimiento; las ideas supersticiosas se mezclan con las del amor, y se prestan un interes y apoyo mutuo; dice:

Mira, ya calla el mar, callan los vientos;
Mas no calla el dolor del pecho mio;
Pues en amor de aquél toda me abraso,
Que á mí, cuitada, de mujer, infame
Hizo, y que ya no sea más doncella.

Conde.

Virgilio no ha vertido esta idea en su égloga; pero sí la imitó en el libro IV de su *Eneida* donde excede á Teócrito:

Nox erat, et placidum carpebant fessa soporem
Corpora per terras, silvæque et sæva quierant
Aequora: cum medio volvuntur sidera lapsu;
Cum tacet omnis ager; pecudes, pictesque volucres;
Quæque lacus late liquidos, quæque aspera dumis
Rura tenent, somno positæ sub nocte silenti
Lenibant curas, et corda oblita laborum:
At non infelix animi Phenissa.

Era la noche: por la inmensa tierra
Los cuerpos fatigados descansaban
En un plácido sueño sumergidos:
Dominaba en las selvas el silencio,
Y en el furioso mar calma profunda:
Cuando al zenit los astros encumbrados
De la mitad del cielo descendian;
Y calla todo el campo; y los tendidos
Rebaños mansos y pintadas aves,

Los peces de las líquidas lagunas,
Y las fieras que en ásperos terrenos
Se albergan entre espesos matorrales
Todos gozaban de tranquilo sueño,
Sus celos olvidando y sus amores;
Y de cuidados y de penas libres
Los humanos sus fuerzas reparaban:
Menos Dido infeliz, etc.

El Sr. Hermosilla ha observado en su obra ya citada «que lo de *lenibant curas* referido á los animales no es muy exacto; y que sospecha falte un verso, en el cual, volviendo á los hombres, dijese el poeta que en el sueño olvidaban sus cuidados y reparaban sus fuerzas.» Por eso en la traduccion que hizo de este pasaje, refirió los cuidados al hombre, que es de quien puede decirse con propiedad que los tiene y los olvida mientras duerme: y yo en mi traduccion he seguido al Sr. Hermosilla, por parecerme muy fundada esta observacion.

Véase aquí otra pintura de la noche, en que mi amado maestro D. Alberto Lista pinta una situacion semejante en un pescador, que á la orilla del Bétis esperaba el punto de la media noche para pasar á la otra banda con su barca, donde lo aguardaba su querida:

Del alto zenit Apolo
Al seno de Tétis baja,
Y en el mar del occidente
El dorado carro lava.
De entre las ondas envia
Rayos de su luz templada,
Que apénas torcidos doran
Las cumbres de las montañas.
Perdido el tibio reflejo
Por el ancho viento vaga,
Y del incendio del dia
Vuela fugitiva llama;
Hasta que entre densas nieblas

Amortecida se apaga,
Y el imperio de las sombras
Deja á la noche atezada:
A la noche, que rigiendo
Los negros caballos pasa,
Y opio y beleño sacude
De sus voladoras alas.
Ante ella la planta incierta
Perezoso el sueño arrastra,
A quien las medrosas horas,
Callado coro acompañan.
El negro manto, que pende
Del cielo en la cumbre alta,
De uno á otro polo tendido
Entrambos orbes abraza.
Su tiniebla oscura en tanto
Trémulo esplendor traspasa,
Que en encendidas centellas
Vierte la esfera estrellada.
Cuál, del apacible oriente
Asciende al cenit ufana;
Y cuál en ve'oz carrera
Al turbio ocaso se lanza.
El astro fijo del polo
Arde en su eterna morada,
Y á las sombras del silencio
Preside su lumbre clara.
En tardo curso á su lado
Revolviendo el carro baja,
Y el resplandeciente Arturo
Rige sus ruedas nevadas.
En pos de él girando corren
Las estrellas más lejanas,
Y por el callado cielo
Al helado mar resbalan.
Las aguas del manso rio
Con plácido estruendo pasan,
Que la flébil Eco lleva

A las vecinas montañas.
Rendidas las flores yacen,
Sus tiernas hojas plegadas,
Que del nocturno rocío
El fresco céfiro cuaja.
El prado duerme: las aves
Los calientes nidos guardan;
Y aterido el mundo espera
La dulce risa del alba.
Solo y despierto, la vista
Tendida á la opuesta playa,
El amante Anfriso yace
Al umbral de su cabaña.
En la playa, do amorosa
Su tierna Elisa le aguarda,
Cuando en el cenit del cielo
La noche su curso parta.

He querido poner toda esta descripcion entera, por lo valiente que es, por lo acabada, por lo hermosísima. Esta muestra y la que queda citada del Sr. Reinoso caracterizan el talento poético de sus autores, y justifican lo que dice el Sr. Miñano en su Diccionario geográfico, artículo de *Sevilla*, sobre los poetas sevillanos, dignos discípulos de la escuela de los Herreras y Riojas.

En otra parte la encantadora de Teócrito, dice:

. . . . . amor mil veces
Suele encender muy más ardiente llama,
Que Vulcano de Lipari en las fraguas;
Y con cruel furor á la doncella
De su retrete saca, y á la esposa
Del tálamo áun caliente, abandonado
Del varon. . . . . .

Estos sentimientos apasionados seducen al lector, y le hacen participar del delirio que enajena á Simeta. Su sortilegio por esta mezcla viene á hacerse verosímil; perfeccion á que Virgilio no aspiró.

V. 69. *Carmina de cœlo possunt deducere lunam...* Algunos críticos han reprobado á Virgilio el haber descrito estas escenas supersticiosas, suponiendo que están distantes de las costumbres pastorales; pero lo cierto es que la supersticion se halla más entre la gente del campo, porque son sencillas é ignorantes, que entre la de las ciudades. Todas las hechiceras y embaucadoras han sido unas miserables, que además de su baja esfera, se han hecho más infelices por su invencible ignorancia. Dice Delille en su poema de *La imaginacion*:

La superstition sied bien au paysage
Triste dans les cités, elle est gaie au village.

La supersticion por otra parte no es ajena de las pasiones humanas; y se observa que tres especies de gentes son esencialmente supersticiosas: los ambiciosos, los jugadores, y los enamorados; porque viven siempre pendientes de un incierto porvenir, se alimentan de temores y esperanzas, y las más leves ocurrencias las toman como prevenciones del destino. El amor sobre todo habita comunmente en un mundo de prestigios, y ayudado de la imaginacion es siempre crédulo y fácil á dejarse persuadir. Cuando una mujer emplea la magia para atraer á su amante, con poco bien que le suceda tiene sobrado para creer que los sortilegios le han sido favorables; atribuye el buen éxito al arte gromántico, y es el amor el verdadero mágico y el verdadero encantador; po eso las palabras de *hechizo* y de *encantamiento* se han conservado en el dialecto amoroso. No es extraño que los amantes sean supersticiosos, porque dominados de sus pasiones fácilmente se persuaden que en ellas hay algo de sobrenatural.

Las elegías de Propercio y de Tibulo abundan en descripciones de ceremonias mágicas, que se plegan bien al sentimiento; ellas prestan sus encantos á la poesía, que vive de ilusiones, porque ella misma es una encantadora. Juan Bautista Rousseau escribió una cantata titulada la *Circe*, en que explayó todos los recursos del arte. Citaré el siguiente fragmento de la oda de nuestro Quintana á Luisa de Todi, cuando

cantó en el teatro de Madrid las dos óperas de *Armida* y *Dido*, en donde describe el poder mágico de la encantadora Armida:

¿Qué se negó de la falaz Armida
Al mágico poder? Su voz sonaba,
Y el báratro profundo
De sus lóbregos senos alanzaba
El tremendo escuadron que la servia.
Viérase al punto de infernal veneno
Toda inundarse en derredor la esfera:
Arder el rayo y retumbar el trueno:
La rápida carrera
Suspenderse del sol, bramar los vientos:
En sus hondos cimientos
Estremecerse el mar; y mal segura
La tierra contrastada
De sus ejes eternos desquiciada.

V. 70. *Carminibus Circe socios mutavit Ulexi...* Circe, segun Hesiodo, era hija del Sol, grande hechicera, que habitaba en un monte cerca de Gaeta, ciudad de la Tierra de Labor en el reino de Nápoles. Habiendo pasado por allí Ulises de vuelta de la guerra de Troya, le convirtió los marineros en bestias, desgracia de que pudo precaverse á favor de una hierba que le habia dado Mercurio, y con amenazas logró se los restituyese á la figura humana. Despues permaneció con ella un año, de quien tuvo á su hijo Telegon, que vino á ser el asesino de su padre.

Ulises era rey de Itaca, hoy Cefalonia la chica, que pertenece á la república de las Siete Islas Jónicas. Fué reputado por el más sabio de todos los griegos de su tiempo. Se halló en la guerra de Troya, y al volverse á su patria erró muchos años por los mares, sobre cuya navegacion y viajes compuso Homero el famoso poema de la *Ulisea* ú *Odisea*.

V. 77. *Amarylli...* Era la criada que servia á la hechicera en este sacrificio, cuyo nombre nos ocultó Virgilio.

V. 82. *Sparge molam...* La *mola* ó *salsamola* era una mez-

cla de harina tostada y sal molida, que se usaba en los sacrificios, con la que rociaban la víctima.

V. 85. *Talis amor Daphnin, qualis cum fessa juvencum.* Melendez se valió de esta misma comparacion:

Ciervilla enamorada,
Que en su furor vehemente
Corre el monte y bramando
Los aires ensordece.

V. 95. *Has herbas...* Hierbas venenosas que llamaban *verbenas*, denominacion que daban generalmente á todas las que usaban en los sacrificios, bajo cuyo nombre se significan en el verso 65 de esta égloga.

V. 96. *Ipse dedit Mæris...* Méris fué famoso hechicero, que se convertia en lobo y trasformaba las cosas á su placer. En la supersticion de los antiguos no era extraña esta creencia, cuando San Agustin refiere que Varron habla de unos hombres de Arcadia que, atravesando un estanque, se convertian en lobos. Me abstengo de notar lo demas que sigue, porque sería muy prolijo, y todas son ceremonias mágicas, que por sola su relacion se comprenden. Lo mismo debo decir de las palabras sagradas que la hechicera hace decir á su criada, y de los muebles que hacian parte de estos sacrificios.

En este lugar observa Michaud que las imágenes y sentimientos de esta égloga están más desenvueltos en el libro IV de la *Eneida*. Que en las quejas de Damon se ve á un amante desgraciado, que termina sus dias de una manera trágica; y que este amante se parece á Dido. El pastor exclama en su desesperacion:

Conozco hora al amor, niño terrib
Que no ha nacido de linaje humano.
De las peñas del Ródope insensible,
Ó del fragoso Etmaro empedernido,
Ó de los más remotos Garamantas
El fiero ha procedido.

Dido dirige á Eneas estas mismas imprecaciones:

Nec tibi diva parens, generis nec Dardanus auctor,
Perfide! Sed duris genuit te cautibus horrens
Caucasus, Hyrcanæque admorunt ubera tigres.

Ni de una diosa, ¡oh pérfido! eres hijo,
Ni del ilustre Dárdano desciendes:
El Cáucaso horroroso te ha engendrado
Entre sus duras peñas, y de Hircania
Las tigres á sus pechos te han criado.

La hechicera recurre á la magia para atraer á Dafnis á su amor:

Méris me dió estas yerbas venenosas
En el Ponto cogidas, que su seno
De venenosas yerbas está lleno.
Yo le he visto con ellas
En lobo trasformarse,
Y en las selvas fragosas internarse:
Hacer salir los muertos
Del hediondo sepulcro,
Las mieses arrancarlas
De su campo nativo, y en un vuelo
Á su voz trasportarlas,
Y hacerlas arraigar en otro suelo.

Dido, desesperando de poder reducir á Eneas para que no partiese de su lado, quiere hacer venir á una maga, y hablándole de ella á su hermana, le dice:

Hæc se carminibus promittit solvere mentes
Quas velit: ast aliis duras immittere curas:
Sistere aquam fluviis, et vertere sidera retro:
Nocturnosque ciet manes: mugire videbis
Sub pedibus terram, et descendere montibus ornos.

Ésta con sus hechizos asegura
Puede sanar de amor á quien quisiere;
Y puede hacer que el alma más tranquila
De un furibundo amor sufra los males:
Detener la corriente de los rios:
Que á su voz retrocedan las estrellas,
Y de los muertos evocar las almas.
Verás bramar bajo tus piés la tierra,
Y descender los fresnos de los montes.

La hechicera coge las prendas que habia dejado en su poder Dafnis, y las encierra debajo del umbral, confiada en que ellas le han de atraer á su amante.

Aquestas ropas suyas, que otro tiempo
Dejó el pérfido amante
En mi poder, entónces prendas caras,
Á la tierra las mando en este instante:
Bajo el umbral metidas,
Mis memorias se lleven,
Si de mi mal movidas
Á mi amor no lo vuelven.

Dido sube á la pira, toma en su mano la espada de Eneas, ve allí los vestidos del héroe, y prorumpe:

Dulces exuviæ, dum fata deusque sinebant,
Accipite hanc animam, meque his exolvite curis.

Oh dulces prendas, miéntras que Dios quiso
Y los hados así lo permitieron,
Recibid hora aquesta vida mia,
Y acabad de una vez con mis tormentos.

Garcilaso lo imitó en un soneto:

Oh dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria.

Aun podrian hacerse otras comparaciones que el lector fácilmente podrá notar entre esta égloga y el libro IV de la *Eneida*. En ambos lugares se advierte el mismo fondo de ideas y las mismas pasiones; y parece que Virgilio preludiaba ya entónces al són de su flauta pastoril aquel magnífico episodio sobre el desastrado amor de la reina de Cartago, considerado como la obra maestra de la antigüedad.

ÉGLOGA NOVENA

Queda dicho en las notas á la égloga primera, que á Virgilio le fué conservada su heredad por gracia especial de Augusto; pero la voz de la autoridad no siempre es respetada en las discordias civiles, y así sucedió; porque habiendo pasado con su padre á Mantua para poner en ejecucion las órdenes de Augusto, el centurion Ario, que estaba apoderado de sus bienes, las desatendió, diciéndoles:

Hæc mea sunt veteres, migrate, coloni.
Idos léjos de aquí: todo esto es mio.

Y arremetiendo con espada en mano á Virgilio, logró éste escapar de su furor arrojándose en el Mincio, que hubo de pasar á nado. Virgilio volvió á Roma, y entónces compuso esta novena égloga, que es sin disputa muy inferior á la primera; por lo que puede decirse que el terror le inspiró ménos felizmente que el agradecimiento. Pero áun cuando así sea, contiene versos que descubren el genio de su autor. Ni de esta ni de otra alguna de sus églogas resulta que en efecto se le devolviesen sus bienes; pero se sabe que los recuperó al fin, y que á Ario se le agració con los de otro proscrito.

V. 2. *O Lycida, vivi pervenimus...* El desórden que reina en estos versos muestra bien la turbacion del pastor. La usurpacion de Ario está expresada con pocas palabras; y la turbacion del pastor ocupa algunos versos. La vida campestre es por lo regular inalterable, y no está al alcance de los habitantes de las cabañas el conocimiento de las causas que vienen á turbar su sosiego, como se dijo en la nota al verso diez y seis de la égloga primera. El derecho sagrado de propiedad tuvo principio entre ellos, y el dios Término les debió sus primeros altares.

V. 7. *Certé equidem audieram.* . Habia corrido la voz de que Virgilio conservaba su heredad en recompensa de sus famosos versos, esto es, de su primera égloga, y con este motivo describe en boca de Lícidas su extension, que resulta era reducida.

V. 11. *Sed carmina tantum nostra valent...* Esta comparacion de la musa del poeta en medio de los bárbaros vencedores, como la paloma de Aonia entre las águilas rapantes, es muy feliz, y pinta la inocente simplicidad de los pastores.

V. 19. *Quis caneret Nymphas...* Lícidas, herido vivamente de los riesgos que ha corrido Virgilio, representado bajo el nombre de Menalcas, exclama de una manera tierna y apasionada:

¿Cabe tan gran maldad en pecho humano?
¡Qué desgracia si en horas tan fatales,
Oh Menalcas, tu verso soberano
A aliviar no viniera nuestros males!
¿Quién cantara las ninfas y las flores,
Las verdes sombras y las puras fuentes,
Del prado matizado los colores,
Y del Mincio las aguas transparentes?

La gloria de las ninfas se interesa en la suerte de Menalcas: y si el pastor hubiera perecido, los campos perderian sus flores y las fuentes sus sombras, que eso expresa en el original el *spargeret* y el *induceret*. Recuérdese lo que se ha dicho al verso 24 de la égloga anterior. Aquí se ve á los séres

inanimados tomar parte en la desgracia de los pastores, y á la naturaleza entera manifestar su sentimiento.

Herrera imitó este pensamiento en su égloga á la muerte de Garcilaso:

¿Quién sonará entre rústicos pastores
La zampoña que al mismo Febo espanta,
Y áun aspira tu canto y tus amores?

V. 23. *Tityre, dum redeo...* Estos versos están imitados de Teócrito, á los cuales contrapone Virgilio los que siguen en alabanza de Varo. Teócrito dijo en *Comasta:*

..... Amado hermoso, tú las cabras
Apacienta, y las guia hácia la fuente,
Títiro, y al cabron blanco morueco
De Libia guarda no te dé cornada.

V. 27. *Vare, tuum nomen...* Parece que es el mismo personaje de quien se habló en la nota al verso 7 de la égloga sexta.

V. 30. *Cyrneas... taxos...* El tejo de Córcega, árbol parecido al abeto, que lleva una frutilla venenosa, y hasta su sombra hace daño. *Cirnea* era el nombre griego de esta isla.

V. 32. ..... *Et me fecere poetam*
Pierides...

Está imitado de Teócrito en el idilio sétimo:

Que mis labios las musas inspiraron,
Y excelente cantor me llaman todos;
Pero yo no los creo fácilmente,
No por la tierra, ni segun entiendo
Al buen samio Sicélida me igualo
En cantar, ni á Filetas, y porfio,
Cual rana con los grillos....

Conde.

Este pensamiento está muy mejorado en Virgilio. Estas palabras: *Sed argutos inter strepere anser olores*, tienen un sonido sordo, semejante al graznido del ánsar ó ganso entre los armoniosos cantos del cisne.

Cinna y Varo ó Vario eran dos buenos poetas, el primero natural de Esmirna, y del segundo habla Horacio con elogio en la sátira décima, donde dice: *Forte epos acer, ut nemo, Varius.*

V. 39. *¡Huc ades, o Galatea!...* Virgilio quiso rivalizar con Teócrito en este pasaje, como en el anterior; y así como á aquél le opuso los versos en alabanza de Varo, á éste de Galatea le opone los que siguen sobre la estrella de César. El griego dijo:

Mas vente á mí. . . . . .
Y deja al mar verdoso herir la playa.
Más dulcemente pasarás la noche
En la cueva conmigo; allí laureles,
Allí los levantados acipreses
Están, la negra yedra, los parrales
De dulce fruto, y las heladas aguas,
Que de la blanca nieve del selvoso
Etna me viene, divinal bebida.
¿Quién quiere más vivir entre las ondas
Del mar?. . . . . .

Virgilio sobrepujó á Teócrito por la perfeccion de los pormenores. ¡Qué pintoresco, rico y exacto es el epíteto *purpureum* aplicado á *ver!* ¡Qué paisaje tan hermoso forma la imágen de *hic humus fundit varios flores circum flumina!* ¡Y qué contraste el de *populus imminet* con *vites lentæ texunt!*

Para presentar una muestra de la traduccion que hizo de las églogas el licenciado Cristóbal de Mesa, hé aquí su version de este hermoso pasaje:

Ven, Galatea, ¿qué juego en mar no manso
Hallas? aquí el verano de colores
Varios entre estos rios produce flores:

Aquí el álamo cae sobre la cueva,
Y los pámpanos cubren los umbrales;
Ven, y aqueste lugar ameno prueba.
Deja que olas tan locas y aguas tales
Las playas hieran con soberbia nueva,
Con ímpetus de golpes desiguales.

El maestro Leon lo tradujo así:

¿Qué pasatiempo hallas, ó qué gloria
En las ondas? ¡Oh! aquí ven, Galatea,
A do de sus esmaltes hace historia;
A do el verano bello hermosea,
Y pinta la ribera, y pinta el prado,
Y todo enderredor cuanto rodea;
Aquí el álamo blanco levantado
Hace sombra á la cueva deleitosa;
Aquí teje la vid verde sombrado:
Aquí hace la vid estanza umbrosa;
Aquí, pues, ven ya, y deja que en la arena
Golpee á su placer la mar furiosa.

Herrera imitó este pasaje en su égloga venatoria·

Ven comigo á esta sombra, do resuena
La aura en los ciclamores revestidos
De yedra, do se vió jamás que entrase
Alzado el sol con luz ardiente y llena.
Aquí hay álamos verdes y crecidos,
Y los pobos floridos,
Y el fresco prado riega la alta fuente
Con murmurio suave y sosegado;
Aquí el tiempo templado
Te convida á huir del sol ardiente.

Gésner tambien lo imitó en su poema del *Primer Navegante*, poniendo en boca de Eolo, dios de los vientos, reconvenciones semejantes á una Nereida; pero peca, como acos-

tumbra, en demasiado minucioso, y por ser el pasaje muy largo no lo traslado aquí.

V. 46. *Daphni, quid antiquos...* Durante los juegos fúnebre que Augusto mandó celebrar en honor de César apareció un cometa sobre el horizonte de Roma, y el pueblo creyó que era el alma del dictador colocada entre los astros. A lo mismo alude lo que dice Virgilio en el libro VIII de la *Eneida: Patriumque aperitur vertice sidus;* y Ovidio concluye su poema de los *Metamorfósis* con estos versos:

Hanc animam interea caeso de corpore raptam
Fac jubar, ut semper capitolia nostra forumque
Divus ab excelsa prospectet Julius æde.

Todos los poetas de aquel tiempo se aprovecharon en sus versos de esta circunstancia, autorizando la creencia vulgar. Augusto hizo colocar una estrella en la frente de las estatuas de César, y él mismo adoptó este distintivo, como propio de la familia Julia, haciéndola poner sobre su yelmo.

Acaso no se encontrarán en la *Eneida* unos versos más pomposos; pero aunque las imágenes que contienen son grandes y sublimes, no desdicen de la poesía pastoral. Michaud se aventura á decir, que si la suerte lo hubiera colocado sobre el trono del mundo, más habria preferido verse alabado por pastores, que por académicos: que estos hallarian, es verdad, comparaciones ingeniosas, pero no mirarian al cielo para ver en él el astro de César que sazona las mieses y madura los racimos en las colinas. El último verso: *Insere Daphni piros: carpent tua poma nepotes*, muestra los beneficios que debian esperar del astro de César, uniendo así á los bienes presentes los futuros: que las columnas, los templos y los palacios trasmiten á las generaciones venideras el conocimiento de lo pasado; pero que siendo en el campo estos monumentos más simples, son más útiles, y no ménos duraderos; porque los árboles que planta un agricultor trasmiten su memoria, y marcan la duracion de los tiempos, asegurando juntamente á sus descendientes un provecho estimable. Véase el romance de Cienfuegos, titulado *Palemon.* Mi

maestro, el Sr. Lista, en un romance expresa el mismo pensamiento:

El rústico caserío
Coronan tendidas hayas
Que para contar mis años,
Oh amado padre, plantabas.

V. 55. *Lupi Mœrim videre priores...* Creyeron los antiguos que el hombre que era visto de los lobos primero que él los advirtiese, quedaba sin habla. Aun entre nuestros rústicos se conservan ideas semejantes sobre este animal.

V. 57. *Et nunc omne tibi stratum...* Este cuadro respira una dulce melancolía. El silencio que reina en los campos es casi el silencio de la noche. Los vientos callan, las aguas del rio están en calma, y el sepulcro de Bianor es el último punto de vista que se ofrece. Fué Bianor, y por otro nombre Ocno, el fundador de Mantua, nombre que le puso de su madre *Manto*. Algunos quieren que fuese el fundador de Madrid, que por la propia razon se llamó Mantua, conocida en lo antiguo por *Mantua Carpetanorum*, como que era la cabeza de la Carpetania.

ÉGLOGA DÉCIMA.

En la introduccion á las notas de la égloga sexta se anunció que Cornelio Galo, grande amigo de Virgilio, amó apasionadamente á la célebre actriz Citeris, sobre cuyos amores escribió cuatro libros de poesías ántes y despues de haberle abandonado por Marco Antonio, á quien siguió á las Galias. De esta es de la que habla Ciceron en la segunda Filípica, cuando dice: *uxorem mimam Antonii.*

Fué Cornelio Galo, hijo del célebre Polion tantas veces nombrado en estas églogas, el primer prefecto de Egipto, despues de haberlo reducido Augusto á provincia romana; y acusado de conspiracion contra el Emperador, se quitó la vida, hecho que casi todos los historiadores de aquellos tiempos consignaron en sus escritos. En cuanto á lo célebre de sus amores con esta cortesana, á quien en sus poesías disfrazó bajo el nombre de Licoris, baste decir que Ovidio dijo la dió á conocer desde Oriente á Occidente:

Vesper et Eoæ novere Licorida terræ.

Propercio escribia á Cintia:

Et modo formosa qui multa Lycorida Gallus
Mortuus inferna vulnera lavit aqua.

«Este Galo, que ya ha lavado sus heridas en la onda infernal, hizo célebre á su hermosa Licoris.» Y últimamente, su infidelidad á los amores de Galo le valió el ser celebrada por el mejor poeta latino en una de sus mejores églogas.

V. 1. *Extremum hunc Arethusa...* Aretusa era una fuente de Sicilia, y la fábula fingió que Aretusa, ninfa de Diana, viéndose perseguida del rio Alfeo, que corria por el Peloponeso, hoy la Morea, fué convertida en esta fuente, y que el rio Alfeo venía por debajo de la mar á buscar las aguas de la fuente, las que corrian reunidas y sin mezclarse con la onda salada. Puede verse en Tressan el orígen de esta fábula. Anastasio Pantaleon de Rivera la trató en un romance burlesco inserto en el Parnaso.

Es admirable el arte con que sabe Virgilio interesar á sus lectores. Él promete pocos versos, pero dignos de que los lea la misma Licoris, para que al leerlos se sonroje de la traicion que ha hecho á su amigo. Las escenas vagas no interesan, y así, despues de haber fijado su objeto, trata de reconciliarse la atencion de los lectores: *non canimus surdis*; esto es, todo el mundo conocerá mi canto, y hasta las mismas florestas le prestarán atencion.

Esta magia poética que personifica los objetos inanimados, sigue diciendo Michaud, da más importancia al asunto; cuyo arte, bien porque sea propio del género bucólico, ó porque sea un don del genio, ha sido desconocido de casi todos los poetas latinos. Cuando Tibulo y Propercio cantan sus amores, entran desde luégo en materia, y aunque comienzan mostrándose apasionados, cansan pronto; pero Virgilio nos despide ántes que nosotros le dejemos. Además de la claridad, modestia y precision de este preámbulo, es notable la sencillez de las expresiones, la armonía de los versos, y los epítetos muy pintorescos, como: *Sollicitos amores* y *simæ capellæ*. Pero sobre todo este movimiento de un corazon sencillo y tierno: *neget quis carmina Gallo?*

V. 9. *Quæ nemora...* Esta apóstrofe á las ninfas es una traduccion de Teócrito en su idilio primero:

. . . . . ¿En dónde estabais, Ninfas, cuando

Dafnis se deshacía en los hermosos
Bosques, ó del Peneo ó en el Pindo?
No en las grandes corrientes del Anapo,
Ni en cumbres de Etna, ni agua sacra de Aci.

V. 13. *Illum etiam lauri...* Teócrito hace llorar los animales feroces; pero Virgilio anima toda la naturaleza, que se muestra eternecida.

Dice el primero:

Por él lobos cervales, y los lobos
Aullaron, lloró tambien su muerte
El leon de la selva. . . . . .
A sus piés muchas vacas, muchos toros,
Novillas y becerras rebramaron.

Conde.

El segundo hace llorar los laureles, los arbustos, los pinos del Menalo y las peñas del Liceo. No puede llevarse más allá la ponderacion. Los modernos no podemos hacer llorar las rocas, en lo que nos aventajaron los antiguos poetas por los encantos é ilusiones de su mitología, que les daba pretexto y fundamento para sus más atrevidas imágenes. La repeticion de las palabras, *etiam illum etiam,* da á este cuadro gracia y movimiento. El contraste de *pinifer et gelide* le da variedad, y hace que la atencion descanse en la verdad y precision de unos epítetos tan exactos y pintorescos de los objetos que describen. Pero lo que más hiere la imaginacion en este cuadro, es el ver á Galo tendido bajo una roca solitaria, y á sus ovejas inmobles y suspensas á su alrededor. *Sola sub rupe jacentem* pinta la desesperacion inconsolable y alimentada por la soledad. Para expresar el dolor del rebaño que olvidado de pacer contempla inmoble la tristeza de su pastor, colocado alrededor suyo, le bastó esta corta frase: *stant et oves circúm.* Aquí ha de observarse cierto desórden en la colocacion de las palabras, que pinta la situacion de los personajes de esta escena. Si se trocase la frase, diciendo: *et oves circúm stant,* se perdia todo el efecto.—*Michaud.*

Esta observacion es muy delicada.

V. 16. . . . . *Nostri nec pœnitet illas.* Esta reflexion puesta al descuido en medio a descripcion destruye la monotonía, además de ser muy sencilla y natural. Recelando Virgilio que su amigo Galo, que era un poeta divino, desdeñase el verse alabado en la lengua de los pastores, previene este reparo por medio de una comparacion, cuya delicadeza no puede elogiarse bastante. En efecto; ¿cómo el amante de Licoris no habia de envanecerse, viéndose comparado al bello Adonis, el amante de Vénus?—*Michaud.*

Adonis era hijo de Cínira, rey de Chipre, que es una isla del Asia en el Mediterráneo, y pertenece al imperio de Turquía. La fábula fingió que fué amado de Vénus por su grande hermosura, y andando á caza lo hirió un jabalí, de que murió. Vénus inconsolable por esta pérdida, lo convirtió en la flor de su nombre, que es el anémone. Todos los años se celebraba entre os orientales el aniversario de su muerte con gran entusiasmo y concurrencia, cuyas fiestas concluian con festines y escándalos que horrorizaron al profeta Ezequiel, como se dijo en otra parte. Eran conocidas por las fiestas del *muerto*, y así se nombran en las Sagradas Escrituras. Bion compuso un idilio para que se cantase en ellas, que tradujo Conde entre las poesías de Teócrito.

V. 19. *Venit et upilio...* Parece trivial la concurrencia de los ovejeros y de los vaqueros que vienen del bosque; pero la comparacion de Adonis que acaba de preceder ha embellecido toda esta perspectiva. La superioridad del talento de Virgilio se muestra en estos pormenores, que sabe hacer agradables por la vivacidad de las imágenes y por el movimiento y flexibilidad de su estilo. El epíteto *tardi* está muy bien aplicado para expresar la marcha pesada del vaquero. El último verso:

Uvidus hiberna venit de glande Menalcas,

ofrece una imágen pintoresca, cuya gracia y verdad son difíciles de conservar en una traduccion. Langeac tradujo: «Sobre cuya blanca cabellera traia bellotas cargadas de agua por causa del invierno.»

. . . . . *Sur sa tête blanchie*
Rapportant pour l'hiver des glands chargés de pluie.

El P. Leon tradujo así muy mal:

. . . . . Y vino el gordo hinchado
Menalcas de bellota y tanto fuego.

Mejor lo hizo en prosa vertiéndolo de este modo: «Y Menalcas vino mojado de la bellota madura.»

Juan de Guzman en la traduccion que hizo de esta égloga, dijo:

Y Menalcas tambien desque cogiera
La bellota de invierno.

Yo he traducido:

Y Menalcas con pasos reposados,
Que del agua inverniza los vestidos
Trae de andar entre encinas rociados.

V. 21. *Omnes unde amor iste...* Hemos visto, dice Michaud, á Galo tendido al pié de una roca desierta y sus ovejas puestas á su alrededor contemplando el dolor de su pastor. Ahora le vemos cercado de pastores y de dioses. Los pastores se contentan con preguntarle la causa de su mal; mas Apolo, que es la divinidad de los poetas, y cuyo imperio no podia desconocer Galo, le habla con ménos comedimiento. *¿Galle, quid insanis?* «Galo, ¿qué locura es esa?» En seguida le añade que Licoris se ha ido con otro, *alium*, pero no le expresa que se ha ido con otro amante. Esta palabra *alium* dicha con vaguedad está llena de delicadeza. Luégo arriban Silvano, el dios de los bosques, y Pan, el dios de la Arcadia. Este último, como divinidad ménos importante que Apolo, manifiesta no saber á fondo el motivo de los dolores de Galo, y así se conduele de él y le habla de la crueldad del amor, que se alimenta de lágrimas, como las praderas del riego, y las abejas

del citiso. Estas imágenes campestres convienen al dios Pan, y se ve por ello que cada personaje habla el lenguaje que le conviene, así como cada uno se presenta con el aparato que le es propio. Los pastores están caracterizados por los oportunos epítetos con que nos los muestra, así como los dioses por sus atributos. Silvano aparece *florentes ferulas et grandia lilia quassans:* al dios Pan asimismo con toda la brillantez de su pompa campestre, *Sanguineis ebuli baccis minioque rubentem.* Estas descripciones son muy risueñas y parece que el poeta ha querido ennoblecer los campos para hacerlos dignos de Galo. Apolo es el único que aparece sin atributos, porque si lo hubiese mostrado en su gloria, habria eclipsado á los pastores y á los dioses; y acaso entónces hubiera salido del tono de la égloga.

En el idilio de Teócrito vienen alderredor de Dafnis los pastores, Mercurio, Priapo y Vénus; pero ni unos ni otros son caracterizados, ni estos personajes están agrupados como en el cuadro de Virgilio.

El primero Mercurio desde el monte
Vino y decia: Dafnis, ¿qué te aflige?
Buen Dafnis, ¿qué te abrasa.....?
. . . . . .
Vinieron los vaqueros, los pastores,
Los cabreros vinieron; todos dicen:
¿Qué mal tienes? Priapo tambien vino
Y dice: ¿Qué, te acabas, triste Dafnis?
. . . . . .
Y vino la risueña y dulce Vénus;
Rie disimulada, y grave pena
En su ánimo tenía, y dice: Oh Dafnis
Desvanecido tú vencer creias
Al amor, y hora dél eres vencido.
Conde.

Por esta comparacion se conoce la diferencia suma que hay entre ambos poetas, y se ve que Galo se insinúa en el corazon del lector más que el héroe de Teócrito, cuya pasion

tampoco se determina lo conveniente, cuando la de Galo nos interesa desde los primeros versos.—*Michaud.*

V. 31. *Tristis at ille: tamen cantabitis...* La escena cambia de repente por este movimiento poético, *tristis at ille*. Ya no se ven más los pastores, ni el dios Pan, ni Silvano, ni Apolo, y sólo queda Galo, que no se apercibe de ellos, ni de los pastores que lo rodean y le hablan, ni ve más que á su Licori ausente. Ni los discursos de Apolo, ni la presencia de los dioses lo pueden distraer de su desgraciado amor. No pudo Virgilio pintar mejor una pasion exclusiva.

Las primeras palabras de Galo son la explosion natural de un corazon despedazado de pesar, y su dolor está expresado de una manera patética y dulce. Él se ve poseido de las imágenes de la muerte, y en tal situacion dirige sus miradas sobre las alegres campiñas de la Arcadia, y sobre sus pastores. Va á morir á la violencia de su amor, y quiere que este amor desgraciado reviva en los cantos pastoriles. Así son los amantes; siempre desean que sus caros afectos les sobrevivan, y quieren como encomendar á la posteridad la obligacion de amar por ellos. Galo no dice, como Coridon en la segunda égloga, que va á morir; pero dice más al manifestar el deseo de que sus huesos descansen en paz. Esta imágen hiere con más viveza é intencion y parece que ya se ve á Galo puesto en su ataud. ¡Qué dulce melancolía se percibe en estas palabras! *Molliter ossa quiescant.* Los poetas latinos emplean frecuentemente esta figura, que es una imitacion de la fórmula... *Sit tibi terra levis.* «Seáte la tierra ligera.» Con la que terminaban sus ceremonias fúnebres.

Rioja imitó este último pensamiento en su hermosísima epístola moral á Fabio:

Ven y reposa en el materno seno
De la antigua Romulea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno.
Á donde por lo ménos cuando oprima
La tierra nuestro cuerpo, dirá alguno,
Blanda le sea, al derramarla encima.

Todo este pasaje lo imitó Garcilaso en su égloga segunda, donde Albanio dice á Salicio:

Vinieron los pastores de ganados,
Vinieron de los sotos los vaqueros
Para ser de mi mal de mí informados;
. . . . . .
. . . . . .
A los cuales en tierra yo tendido
Ninguna otra respuesta dar sabía,
Rompiendo con sollozos mi gemido,
  Sino de rato en rato les decia:
Vosotros los del Tajo en su ribera
Cantareis la mi muerte cada dia.
Este descanso llevaré aunque muera,
Que cada dia cantareis mi muerte,
Vosotros los del Tajo en su ribera.

Despues de esto revuelve Galo sobre sí mismo y sobre lo pasado, y envidia la suerte de los pastores de la Arcadia, y el no haber nacido entre ellos: *aut custos gregis, aut maturæ vinitor uvæ.* El efecto comun de un amor desgraciado, como de nuestros deseos mal cumplidos, es el envidiar el reposo que ofrece una vida y condicion oscura. En tal estado hubiera amado Galo á Filis ó á Nise ó á cualquier otra pastora; pero esta misma multitud de objetos que indica y la diferencia que muestra en su eleccion prueban bastantemente que no podia amar á ninguna, porque no olvidaba á su Licoris. En efecto, despues de haberse distraido un poco con esta felicidad imaginaria, hace que Licoris venga á ocupar esta escena y todo se lo sacrifica, porque todo es nada para él sin su Licoris. ¡Qué suavidad y dulzura en este verso!

Hic gelidi fontes, hic mollia prata Licori.

¿Y quién se mostrará insensible al último propósito que forma Galo?

.....Hic ipso tecum consumerer evo.

Lo que hace tan bello este trozo, es la mezcla de las ideas tristes con las voluptuosas; y de esta mezcla nace un sentimiento que nos afecta, pero sin incomodarnos, y da la idea de un verdadero amor. Tibulo ha sabido esparcir las ideas desastrosas entre las escenas de voluptuosidad, y este contraste, tomado de la misma naturaleza, le ha valido el renombre de *el poeta del sentimiento.* Entre nosotros puede citarse por modelo de este género á Rioja.

Garcilaso en la égloga primera en boca de Salicio imita este pasaje:

Ves aquí una espesura,
Ves aquí un agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo.

V. 44. *Nunc insanus amor...* Galo en el frenesí de su pasion creyó tener á su lado á Licoris, y así le muestra los bosques sombríos, las frias fuentes y los prados floridos donde podian pasar juntos sus dias, colmados de contento y de felicidad; pero esta ilusion se disipa; y todo este hermoso paisaje se desvanece con su esperanza, y ya no ve más que el horroroso espectáculo de la guerra y de los hielos á donde se figura trasportado.

Tal es el poder del *insano* amor, perfectamente caracterizado por este epíteto; y así Galo, hallándose cercado de fuentes y prados, se cree trasportado en medio de la guerra donde está su Licoris. Plauto ha dicho por boca de un jóven enamorado: *Ubi sum, ibi non sum; ubi non sum, ibi est animus.*

En este lugar admira Michaud los contrastes y movimientos que resultan de las pinturas de Virgilio; y que sólo al genio le es dado conservar la unidad necesaria en medio de tanta variedad de tonos y de coloridos, y de unir las cosas en sí contrarias por transiciones que Boileau miraba como la dificultad más grande que habia que vencer en el arte de escribir. Por eso es tan difícil de traducir este pasaje.

Yo lo he vertido así:

Mas hora, amor insano entre el estruendo
De la guerra de Marte desastrosa
Me está y entre enemigos deteniendo.
¿Tú, léjos de la patria
(No me atrevo á creerlo todavía)
De los Alpes la cima ves nevosa?
¿Tú, sola y sin mí sientes
Del Rhin crujir la escarcha
Bajo tu planta fria?
¡Oh cruel! Mas siquiera
Que el cierzo, ¡ah! no te dañe:
Ni la nieve cuajada
Maltrate, ¡oh Dios! tu planta delicada.

El M. Leon en prosa tradujo: «Agora el amor loco me tiene »á mí, porque estás tú en medio de las armas del inexorable »Marte, y guerreando contra los contrarios enemigos. Tú »ausente de tu patria, y sin mí, no ves otra cosa, ¡ah cruel! »más que sólo las nieves de los Alpes y los frios del rio Reno: »harto quisiera yo acabar conmigo el no lo creer. ¡Ah! ¡qué »temor tengo de lo que te harán padecer los frios! ¡y cuál el »áspero hielo ha de cortar tus delicadas plantas!» La traduccion en verso es equivalente á esta. Mejor comprendió el pensamiento Juan de Guzman, si se le perdonan las inexactitudes de estilo y su descuidada versificacion, traduciéndolo así:

El loco amor entre la adversa gente
En medio de los tiros y de guerra
Contigo me hace estar allí presente:
Tú léjos tanto de la patria tierra,
Mas nunca crea yo un mal tamaño,
Las crudas nieves de la alpina sierra,
Y los frios tambien del Rhin extraño
Miras sola sin mí; ¡ay Dios! que muero!
Ay! guárdate en aquese clima fiero,

Y no te corte, no, el yelo insano
Las tiernas plantas con rigor severo.

Langeac tampoco consiguió traducirlo, como puede verse y omito por no ser más difuso.

En los dos primeros versos de este cuadro se supone Galo con Licoris en medio del tumulto de la guerra; luégo Galo se la representa léjos de su patria y como retenida en su destierro (cosa que apénas puede creer); mas no le dirige sus quejas; se contenta con exagerarle los riesgos que la amenazan para retraerla de su propósito por el aspecto horrible de las nieves que la cercan. Por esto se conoce que Galo áun esperaba recuperar á su amada, y esta esperanza da á sus expresiones más delicadeza. ¡Qué gracia tan ingeniosa en estas palabras! *Me sine sola vides.* Siente que vea sin él un espectáculo tan horrendo, porque no tendrá quien la valga. Esta idea es ingeniosa y pinta el delirio del sentimiento. No puede seguirla, no puede defenderla, y así se contenta con desearle todo bien; deseos que son la prueba del amor más verdadero, el más delicado y más ingenioso, y que se dirigen á prendar la ternura y el amor propio de Licoris; porque para ella son una alabanza, y la aseguran de una pasion la más sincera y desinteresada.

Propercio ha imitado algunos rasgos de esta égloga en la elegía tercera, donde trata de hacer desistir á Cintia de un viaje que proyectaba á la Iliria.

Tunc audire potest vesani murmura ponti?
Fortis et in dura nave jacere potest?
Tu pedibus teneris positas fulcire ruinas?
Tu potes insolitas Cynthia ferre nives?

Propercio no le habla ni de la patria ni de sí mismo; concluye por desearle á su infiel vientos favorables, sin manifestarla el deseo de seguirla; cuando si Galo hubiera aún sido el dueño de Licoris, es indudable que la hubiera seguido. Propercio insiste mucho sobre esta idea, y peca de afectado; Galo es más rápido, más natural, y sus palabras son

como un suspiro que se le escapa casi sin querer. Virgilio, pues, aventaja á Propercio, no sólo en el sentimiento, sino tambien en la armonía. Las sílabas de que se vale muestran la aspereza de la nieve, y se siente crujir la escarcha bajo los piés de Licoris.

V. 50. *Ibo: et Chalcidico...* Euferion fué poeta griego, natural de Calcis, capital de la Eubea, hoy Negroponto, isla considerable del Mediterráneo en el Archipiélago, cuya poesía estaba traduciendo Galo en versos latinos, y por el estilo de Teócrito, de los que se conservan algunos.

V. 52. *Certum est in silvis...* Galo vuelve sobre sus pensamientos. Quiere vivir y padecer entre los animales salvajes y grabar sus amores en las cortezas de los árboles. Este es el último recurso que le queda en su desconsuelo. Teócrito dijo en el epitalamio de Helena:

. . . . . Regaremos
El plátano sombroso, escribiráse
esta dórica letra en la corteza,
Porque pasando alguno luégo lea:
Venérame; de Helena soy la planta.
Conde.

Si Virgilio tomó este pensamiento de Teócrito, se lo hizo propio dándole nueva forma y expresion; cuyo gran mérito consiste en ver crecer los amores á la par de los tiernos árboles. Muchos han tratado de imitarlo; pero en sus imitaciones se ha perdido con la antítesis su principal belleza, que consiste en cuatro palabras tan bien contrapuestas, y que expresan dos ideas ingeniosas, pastoriles y sencillas.

Nuestro Figueroa, en su égloga titulada *Tirsis*, hace decir á éste:

Porque con este hierro, que algun dia
Ha de dar fin á mi cansada vida,
En este tronco escriba mis querellas,
Do por ventura la engañosa Dafne
Tornando de la caza calurosa,

O sedienta á buscar ó sombra ó agua,
Vuelva acaso los ojos y los lea.

Esta es una amplificacion en que desaparece la gracia y belleza del original.

Gésner, en su idilio titulado *Licas y Milon*, pone en boca de éste: «Quiero grabar nuestros nombres sobre este pino. »Yo me ocultaré despues en algun bosque, la veré sonreirse, »y escucharé lo que ella dice. Concluidas estas palabras, me »puse á grabar en la corteza, cuando sentí una guirnalda que »ciñó de golpe mi frente.» Tampoco se reconoce aquí el original, aunque el pensamiento bajo otro aspecto es sencillo y gracioso. Los franceses Segrais y Chaulieu lo imitaron muy mal, y omito el copiarlos. Langeac tradujo:

Je veux d'un fer aigu sur les tiges nouvelles
Graver de mes amours des emblémes fidéles.
Chaque jour ils croitront ces chiffres amoureux;
Et vous, ó mes amours, et vous, croissez comme eux.

Aquí, con la concision, que esto era preciso, se pierde tambien la antítesis, y no son los amores, sino las cifras de ellos las que se escriben; por manera, que los amores no se dice crecerán con los árboles, sino con las cifras; y enteramente se pierde el pensamiento de Virgilio.

El M. Leon lo tradujo así:

Entallaré en los árboles aquesto,
Y tu quebrada fe, Lícori, y vana:
Ellos creciendo se harán mayores,
Y crecereis con ellos mis dolores.

En prosa lo vertió mejor: «Escribiré mis amores en los »tiernos árboles: crecerán los árboles, crecerán tambien mis »amores.» El citado Guzman lo vertió de este modo:

Allí en la tierna planta el nombre amado
De los amores mios escribiendo,

Sin cantar de los otros el cuidado.
Mas no, que estas se irán grandes haciendo,
Y vosotros, amores, junto en ellas,
Así tratados junto ireis creciendo.

Yo he procurado conservar, en cuanto lo permite nuestra lengua, la concision y naturalidad del pensamiento, vertiéndolo así:

Y allí en los tiernos troncos
Por mi mano mi amor iré escribiendo,
Y con ellos mi amor irá creciendo.

V. 55. *Interea mixtis lustrabo Mænala Nymphis...* Dice Michaud que siente y no puede decir la sombra triste que reina en este verso, donde se expresa la idea de la más profunda soledad. Inmediatamente despues el cuadro se anima, y las imágenes de la caza vienen á confundirse con la idea de las ninfas taciturnas. En este otro:

Frigora Parthenios canibus circundare saltus

parece se ve la floresta circundada de perros de caza. En el último:

Jam mihi per rupes videor lucosque sonantes
Ire...

por la riqueza de su armonía se oye la marcha estrepitosa de Galo por medio de los bosques resonantes. En todo esto se advierte el desórden de una pasion desgraciada que le agita y atormenta, que parece extinguirse, y al punto vuelve á reanimarse, semejante á una hacha expuesta á todos los vientos. Ultimamente el desgraciado amante se forja á un tiempo consuelos y temores, esperanzas é inquietudes de que su corazon quisiera evadirse; pero á todas partes lleva clavado el dardo agudo que lo atraviesa.

Herrera á este propósito ha dicho:

Desconfío, aborrezco, amo, espero,
Y llega á tal extremo el desconcierto,
Que ya no sé si quiero ó si no quiero.

Y el dicho mi maestro el Sr. Lista:

¿Mas quién podrá la flecha emponzoñada
Del seno desclavarse?
¿Quién podrá hacer que olvide
Su dulce error una alma enamorada?
Verás al Indio helarse
Bajo el fuego inmortal que Aries despide,
Antes que de sus brazos
Inexperto amador rompa los lazos.

No será inútil observar en este lugar que Ovidio, en su poema titulado *Remedium amoris*, enseña á los amantes que quieran curarse de sus pasiones los medios que emplea Galo; pero todo es inútil: el amor no se conduele de los tormentos que ocasiona, y este pensamiento sirve de transicion á los últimos rasgos de un cuadro admirable.

V. 61. *Aut deus ille malis hominum mitescere discat...* Mi maestro el Sr. Lista ha dicho:

Y el despiadado amor, cuya alegría
Son los ayes que el mísero suspira.

El M. Leon lo tradujo bien así:

O como si del mal del pecho humano
Supiese condolerse aquel tirano.

V. 67. *Jam neque Hamadryades...* Este cuadro está lleno de verdad; el abatimiento, el disgusto y la desconfianza suceden á los trasportes de la cólera y al delirio de la ilusion. El poeta reune todos los objetos que podrian distraer á Galo, la paz de las florestas, el encanto de los versos, y la compañía de las ninfas. Los pronombres *ipsa*, *ipsæ* muestran cuánto pierde. Este verso,

Non illum nostri possunt mutare labores.

expresa el desfallecimiento que nace de la desesperacion. Galo designa al amor por el pronombre *illum*, porque es el objeto de sus pensamientos, que siempre está presente á su espíritu. El ve al amor que desprecia sus quejas, y que derrama sobre su alma los tormentos más crueles. Parece que Racine sacó de aquí la idea para estos versos que pone en boca de Hipólito en la *Fedra:*

Mon arc, mon javelot, mon char, tout m'importune,
Je ne me souviens plus des lecons de Neptune;
Mes seuls gémissemens font retentir les bois,
Et mes coursiers oisifs ont oublié ma voix,

Galo imagina otros tormentos para oponerlos á los del amor; pero todo es en vano. Ni los hielos del Polo, ni los fuegos de Cáncer pueden distraerle de su pasion:

Amor todo á su imperio lo sujeta,
Yo me rindo al poder de su saeta.

No es fácil dar á este pensamiento la cadencia armoniosa que tiene en el original:

Omnia vincit amor, et nos cedamus amori.

El P. Leon tradujo:

Y pues vencido amor todo lo tiene,
Rendírnosle de fuerza nos conviene.

Y Guzman:

Todas las cosas vence el amor caro;
¡Sús! pues; ¿para qué le hago resistencia
A quien por su vencido me declaro?

Langeac fué más feliz en la version de este pensamiento:

Quand tout céde á ce Dieu, cedons á notre tour.

Este es el último suspiro del más tierno de los amantes, al que parece no podia Licoris mostrarse indiferente; pero la historia no nos dice que ella volviese al amor de Galo, ni volveria, porque un carro tirado de leones, en el que un dia se mostró al lado del Triumvir, era de mucho más precio á sus ojos que la armonía de la flauta pastoril. Carecemos hoy, es verdad, de Galos y de Virgilios; pero Licoris se encuentran á cada paso entre nosotros.—*Michaud.*

V. 70. *Hæc sat erit divæ...* Esta conclusion es muy pastoril, y en ella ratifica Virgilio el amor que tiene á Galo.

V. 75. *Cunctantibus...* Algunos leen *cantantibus*; pero no puede entenderse que el poeta diga es dañosa la sombra á los que cantan; cuando sí es corriente sea dañosa á los que se paran mucho en ella, porque *cunctans* viene de *cunctor*, deponente, que significa *detenerse* ó *pararse*. La sombra del enebro era muy saludable, pues este árbol es odorífero, y los antiguos le atribuian virtud contra el contagio, por lo que adornaban las puertas y habitaciones de las casas con ramas de enebro, y particularmente en tiempo de peste; y así el sentido de Virgilio es este: «Levantémonos: la sombra de »la noche que ya viene acercándose es dañosa, y no conviene »más tiempo permanecer aquí, aunque estamos sentados al »pié de un enebro.» Lo que confirma con la doctrina general de que las sombras son perjudiciales á las mieses.

Fr. Luis de Leon no lo entendió así cuando tradujo:

Alto: que el ya á la sombra estar sentado
Daña, y de enebro más la sombra siendo.

Guzman lo entendió peor y omito citarlo.

Dice Michaud que esta égloga es perfecta en todas sus partes. Que el idilio de Teócrito sobre la muerte de Dafnis es una cancion pastoril, pero que esta es un poema acabado. Que ha hecho observar el acierto con que Virgilio ha sabido

preparar la escena, interesar á los espectadores, y sostene la atencion. Que el poeta ha pintado el amor en todos sus progresos, con todas sus variaciones, con todos sus temores, sus ilusiones, y sus esperanzas; que nada ha olvidado, y en el desarrollo de todas estas cualidades no ha degenerado en languidez. Que en medio del desórden aparente de sus ideas, se observa siempre el encadenamiento de las partes, y que en el delirio del sentimiento, siempre la expresion es justa y la construccion clara. Que en los pormenores más usuales se muestra siempre noble, en las imágenes elevado; y es sencillo, variado y rápido. Que esta égloga décima acaso será la más perfecta de todas y la más difícil de traducir.

ÍNDICE.

	Págs.
Advertencia	V
Traductores de las Églogas y las Geórgicas	VII

ÉGLOGAS.

Égloga primera	3
— segunda	9
— tercera	17
— cuarta	25
— quinta	31
— sexta	39
— sétima	47
— octava	53
— novena	63
— décima	69

GEÓRGICAS.

Libro primero	79
— segundo	109
— tercero	143
— cuarto	177
Advertencia	213

NOTAS Á LAS ÉGLOGAS.

Notas á la Égloga primera	215
— — segunda	231
— — tercera	243
— — cuarta	257
— — quinta	271
— — sexta	287
— — sétima	307
— — octava	319
— — novena	343
— — décima	351

CATALOGO DE LOS AUTORES GRIEGOS Y LATINOS QUE COMPRENDERÁ LA BIBLIOTECA CLÁSICA.

CLÁSICOS GRIEGOS.

	Tomos.
HERODOTO.—Los nueve libros de la Historia.....	2
TUCÍDIDES.—Historia de las guerras del Peloponeso	1
JENOFONTE. —Obras completas.....	3
POLYBIO.—Historia.....	3
PLUTARCO.—Vidas paralelas.....	5
FLAVIO JOSEFO. — Obras completas	6
APIANO.—Historia romana.	3
ARRIANO.—Expediciones de Alejandro.....	1
DIÓGENES LAERCIO.—Vidas de los filósofos.....	2
DIODORO SÍCULO. —Biblioteca histórica.....	4
HOMERO. — Obras completas.....	5
HESIODO.—Las obras y los dias.—La Teogonía....	1
POETAS BUCÓLICOS *(Teócrito, Mosco y Bion)*.....	1
POETAS LÍRICOS *(Píndaro, Anacreonte, Safo*, etc.).	2
ESQUILO.—Teatro completo	1
SÓFOCLES.—Idem, id.....	2
EURÍPIDES.—Idem, id.....	4
ARISTÓFANES.—Idem, id...	3
PLATON.—Obras completas	10
ARISTÓTELES.—Obras escogidas.....	11
TEOFRASTRO.—Caracteres CEBES.—Tabla..... EPICTETO.—Manual.....	1
HIPÓCRATES.—Obras escogidas.....	1
DEMÓSTENES.—Discursos..	2
ISÓCRATES.—Discursos....	1
ORADORES ÁTICOS *(Lisias, Ipérides*, etc).....	1
LUCIANO.—Obras completas	3
HELIODORO.—Teagenes y Coriclea..... LONGO.—Dafnis y Cloe....	1

CLÁSICOS LATINOS.

	Tomos.
JULIO CÉSAR.—Obras completas.....	2
SALUSTIO.—Obras completas.....	1
TITO LIVIO. — Historia romana.....	6
TÁCITO.—Obras completas.	3
SUETONIO. —Los doce Césares.....	1
QUINTO CURCIO.—Vida de Alejandro.....	1
VELEYO PATERCULO.—Historia Romana..... CORNELIO NEPOTE. —Biografías	1
VIRGILIO.—Eneida..... — Las Eglogas..... — Las Geórgicas.....	2 1
LUCRECIO.—De la naturaleza de las cosas.....	2
LUCANO.—La Farsalia.....	1
ESTACIO.—La Tebaida.....	1
VALERIO FLACCO.—La Argonáutica.....	1
SILIO ITÁLICO.—Guerra púnica.....	1
HORACIO.—Obras completas.....	4
OVIDIO.—Obras completas.	3
CATULO.—Poesías ..... TIBULO.—Elegías..... PROPERCIO.—Elegías.....	1
JUVENAL.—Sátiras..... PERSIO.—Sátiras	1
MARCIAL.—Epigramas.....	1
PLAUTO.—Teatro completo	4
TERENCIO. — Teatro completo.....	1
SÉNECA EL TRÁGICO.—Teatro completo.....	2
CICERON.—Obras completas	10
SÉNECA.—Obras completas	4
PLINIO EL JÓVEN.—Cartas — Panegírico de Trajano	1
COLUMELA. De agricultura	1
PETRONIO.—El satiricon...	1
APULEYO.—El asno de oro.	1

LIBRERÍA

DE

VICTORIANO SUAREZ

CALLE DE JACOMETREZO, 72, MADRID.

Los precios indicados en primer término son para Madrid; los en segundo para provincias, porte franco.

A la corte y á los partidos. Palabras de un diputado conservador sobre las principales cuestiones de nuestra situacion política, por D. Nicomedes Pastor Diaz; un tomo, 8.° mayor, 12 rs.

Agricultura (La). Historia de D. Cincinato Ajenjo y de sus esfuerzos y trabajos para mejorarla. Cuento escrito en frances por el marqués de Travanet, y arreglado al español por D Pascual Asensio, profesor de Agricultura del Jardin Botánico; un tomo, 12.°, de 416 páginas, 8 rs.

Agrimensura (Tratado de), por el Ilmo. Sr. D. Isidro Giol y Soldevilla, profesor de Matemáticas, Arquitectura, Dibujo y Comercio, etc., etc., catedrático libre de Acotaciones y Topografía en el Instituto de San Isidro de Madrid; un tomo, 4.°, con láminas, 40 y 44 rs.

Agrimensura y Arquitectura legal (Tratado teórico-práctico de), por Marcial de la Cámara, profesor de Arquitectura, director de caminos, canales de riego, etc. Obra de texto y de consulta; un tomo, 4.°, 40 y 44 rs.

Album español y extranjero. Corona científica, literaria, artística y política en honor á la buena memoria del insigne caballero aragones Azara. Obra escrita en parte y dirigida en lo demas por D. Basilio Sebastian Castellanos.

Contiene, entre otras cosas, cartas y poesías escritas en las lenguas, idiomas y dialectos siguientes: Aleman.—

Arabe erudito. — Arabe vulgar. — Arabe aljamiado.— Arabe cúfico.—Asturiano.—Austriaco.—Bable.—Belga. —Caracteres ibero ó celtibero, griego arcaico —Chino. —Dinamarques.— Escandinavo.— Euscaro. — Fenicio.— Flamenco.— Frances. — Gallego.— Griego. — Hebreo.— Holandes.— Ibero.— Inglés.— Irlandes — Italiano.—Labortano.—Latin.— Lemosin.— Mallorquin.— Navarro.— Noruego.— Patois.— Portugues.— Prusiano. — Ruso.— Sajon.— Slavo ó antiguo ruso. — Sueco. — Souletino.— Turco.—Vasco-navarro.—Vascongado Labortano.—Vascuence. La mayor parte tienen su traduccion al pié; y los que lo requieren están escritos en sus propios caracteres; un tomo casi folio, con multitud de láminas litografiadas y figuras, su precio 120 rs., hoy 60 y 66 rs.

Album de la mujer. Coleccion de bellísimos trabajos de las principales escritoras españolas y de D. Juan Tomás Salvany, dedicado al bello sexo; un tomo, 8.º mayor, 6 y 8 rs.

Alegorías escritas por Federico Moja y Bolivar, con un prólogo de Miguel de Cervantes Saavedra; 4 rs.

Almanaque Hispano-Americano ilustrado. Años publicados: 1871, 1872, 1873, 1874, 1875, 1876, 1877, 1878, 1879 y 1880; cada año 4 rs.

El Almanaque Hispano-Americano que se viene publicando 10 años consecutivos, en conjunto forma un álbum de variada literatura española, en donde encontrará el lector leyendas, cuentos, poesías, chascarrillos, dichos agudos, historietas, etc., etc., etc., escritas por la plana mayor de nuestros literatos, y una coleccion de caricaturas de los principales dibujantes.

El que tome de una sola vez los 10 publicados en esta casa, ó de provincias mande su importe, sólo pagará 30 rs.

Amar de incógnito. Historia inverosímil, por Emilio Nieto; un tomo, 8.º, 2 rs.

Amar con poca fortuna. Novela fantástica, en verso, por D. Gregorio Romero Larrañaga; un tomo, 4.º, 16 y 18 rs.

Amor de un artista (El). Novela traducida del frances; 4 rs.

Amores de un torero (Los), por Teófilo Gautier; un tomo, 8.º, 6 rs.

Amores (Los). Obra entretenida, por Eduardo Lopez Bago; un tomo, 4.º, de lujo, 24 y 26 rs.

Anales del reinado de doña Isabel II. Obra póstuma del Excmo. Sr. D. Francisco Javier de Búrgos, 6 tomos, 4.º, con 20 retratos aparte del texto, 100 rs.

La misma, sin retratos, 80 rs.

Antigüedades romanas, por Adam; 4 tomos, 4.º, 60 y 70 rs.

Apología de los asnos, compuesta en renglones así como versos, por un análogo aprendiz de poeta: segunda edicion; un tomo, 8.º, 4 y 5 rs.

Apuntes histórico-contemporáneos, por D. Enrique de Lazeu.

Contiene: I. De 1827 á San Cárlos de la Rápita. Historia del carlismo.—II. Carrera política de D. Juan de Borbon, como Pretendiente.—III. Causas que produjeron la sumision del Pretendiente á la Reina doña Isabel II: venida de Amadeo de Saboya: nueva guerra civil, etc., 20 rs.

Apuntes para la historia de D. Leopoldo O'Donnell, por D. Manuel Ibo Alfaro; un tomo, 4.º, con láminas, 30 y 36 rs.

Aránzazu: leyenda escrita sobre tradiciones vascongadas, por S. Manteli, con un preliminar de R. Becerro de Bengoa; un tomo, 4.º, 12 y 14 rs.

Aritmética, Geometría elemental, Geografía comercial, Física, Química inorgánica, orgánica é Historia natural (Lecciones de), arregladas estrictamente al programa de oposiciones para ingreso en clase de auxiliares en el cuerpo pericial de Aduanas, segun Real órden de 9 de Agosto de 1878, por D. Agapito Gonzalez Callejo; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Arquitectura (Ensayo histórico sobre los diversos géneros de) empleados en España desde la dominacion romana hasta nuestros dias, por D. José Caveda (publicado de Real órden); un tomo, 4.º mayor, 30 y 36 rs.

Arte de ser desgraciado (El). Leyenda, por J. T. de Saint Germain, traducido de la quinta edicion, por D. Manuel Climent: un tomo, 4 rs.

Arte de amar (El), por P. Ovidio; nueva y correcta traduccion, por D. Fernando Sandoval; un tomo, 8.º, 6 y 7 reales.

Arte de cazar. En prosa y verso, dispuesto en cuartetas y quintillas para la mejor aplicacion de sus reglas, por D. Juan María J. P. Gomez y Arjona; 5 rs.

Ateneo de Madrid (El), sus orígenes, desenvolvimiento,

representacion y porvenir, por D. Rafael M. de Labra; un tomo, 8.° mayor, 12 y 14 rs.

Atlas de cartas geográficas de los países de la América meridional en que estuvieron situadas las más importantes misiones de los jesuitas, como tambien de los territorios sobre cuya posicion versaron allí las principales cuestiones entre España y Portugal; acompañado de varios documentos sobre estas últimas y precedido de una introduccion histórica, por D. Francisco Javier Brabo; 24 y 26 rs.

Atlas histórico, genealógico, cronológico, geográfico y estadístico universal, de Lesage, escrito por el conde de las Casas, traducido, corregido y aumentado por un español americano. Paris, 1826; un tomo marquilla, con 35 mapas, 200 y 210 rs.

Este Atlas es una Historia universal que abraza la serie de los siglos y clasifica todos los hechos importantes; ofrece, por un mecanismo ingenioso, en un corto número de cuadros, el conjunto y las relaciones de la historia, de la geografía y de la cronología, etc., etc.: es el libro del laberinto que hace accesibles todas las sinuosidades, etc., del universo.

Auroras. Poesías de Rafael M. Fernandez Neda; un tomo, 8.° mayor, 12 rs.

Aventuras de Robinson Crusœ; 5 tomos, 20 rs.

Ayudar á bien morir (Tratado sobre el modo de), por Alfonso Ligorio; 2 rs.

Bacon. Ensayo de moral y de política, traducido por Arcadio Roda y Rivas; un tomo, 4.°, 12 rs.

Barricadas republicanas (Las) de Valencia, Zaragoza y Barcelona, por un hijo del pueblo; un tomo, 4.°, 6 rs.

Benito Espinosa. Novela, por Berthold Auerbach, traduccion de U. Gonzalez Serrano; un tomo, 8.°, 8 y 10 rs.

Biblioteca de la risa, ó el libro de los cuentos. Coleccion completa de anécdotas, cuentos, gracias, chistes, chascarrillos, dichos agudos, réplicas ingeniosas, pensamientos profundos, sentencias, máximas, sales cómicas, retruécanos, equívocos, símiles, adivinanzas, bolas, sandeces y exageraciones: almacen de gracias y chistes; obra capaz de hacer reir á una estatua de piedra; 3 tomos, 8.°, 36 rs.

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

—Flores de invierno. Cuentos, leyendas y costumbres populares, artículos, por Federico Castro; un tomo, 8.º, 14 reales.

—Arte cristiano (El) en España, por J. D. Pasavant, director del Museo de Francfort, traducido directamente del aleman y anotado por Cárlos Boutelou; 14 rs.

—Filosofía de la muerte. Estudio hecho sobre manuscritos de D. J. Sanz del Rio, por Manuel Sales y Ferré; 14 rs.

—Pintura (La) en el siglo XIX, por Claudio Boutelou; 14 rs.

—Historia de los musulmanes españoles hasta la conquista de Andalucía por los Almoravides (711-1110), por D. R. Dozy, traducida por D. Fernando de Castro, ex-catedrático de Historia de España en la Universidad de Sevilla: 1877 y 1878; 4 tomos, 8.º mayor, 64 rs.

—Historia de la Geografía y de los descubrimientos geográficos, por Vivien de Saint-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, catedrático de Geografía histórica en la Universidad de Sevilla; 2 tomos, 8.º, con mapas, 40 rs.

—Estudios políticos y sociales, por Herbert-Spencer, traducidos directamente del inglés por Claudio Boutelou; 14 y 16 rs.

—Libro de agricultura, su autor el doctor excelente Abu Zacaria Iahia Abenmohamed Ben Ahmed Ebn el Awan, sevillano. Arreglo hecho en vista de la traduccion castellana de D. José Banqueri, por D. Claudio Boutelou, precedido de una introduccion escrita por D. Estéban Boutelou, de la Real Academia de ciencias exactas, físicas y naturales, y seguido del Catecismo de Agricultura, por Víctor Van Den Broeck y de los abonos químicos. Conferencias agrícolas dadas en el campo de Vincennes por M. Georges Ville; 2 tomos, 8.º mayor, 32 rs.

—Investigaciones acerca de la historia y literatura de España durante la Edad Media, por R. Dozy, traducida de la segunda edicion y anotada por D. Antonio Machado y Alvarez, doctor en la facultad de Filosofía y Letras; 2 tomos, 8.º, 32 rs.

—El Gobierno representativo, por John Stuard Mill, traducido del inglés con notas y observaciones por Siro García del Mazo, jefe de trabajos estadísticos de la provincia de Sevilla; un tomo, 18 rs.

—El Cristianismo y la Revolucion francesa, por Edgar Quinet, traducido por Siro García del Mazo; un tomo, 12 reales.
—El Darwinismo. Lo verdadero y lo falso de esta teoría, por Eduardo de Hartmann, traducido por M. Sales y Ferré; un tomo, 12 rs.
—Estudios de los pueblos en la Exposicion de Paris de 1878, por Claudio Boutelou; un tomo, 16 rs.
—El Sol, por el P. A. Secchi, director del Obsevatorio del colegio romano, corresponsal del Instituto de Francia, traducido por A. García, ex-catedrático de Física y Química y director de Telégrafos; 2 tomos, con láminas, 40 reales.
—Fisiología general (Lecciones de), por Claudio Bernard, traducida por Javier Lasso de la Vega, bibliotecario de la Escuela de Medicina de Sevilla; un tomo, 12 rs.

Caballeros del firmamento (Los). El mendigo negro, por M. Paul Feval; 2 tomos, 8.º, 10 rs.
Cachivaches de antaño (Los), por Roberto Robert; un tomo, 8.º mayor, 12 rs.
Cálculo mercantil (Tratado de). Manual teórico-prático del comercio y de la banca, por D. Pedro del Valle; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.
Cancionero (El) de Juan Alfonso de Baena, con notas y comentarios; un tomo, 4.º, de 732 páginas á dos columnas, 80 y 86 rs.
Cándido ó el optimismo, por Voltaire; traduccion del aleman del Dr. Balpu, con las adiciones que se hallaron en el bolsillo del doctor á su muerte en Menden: version al castellano por V. Calderon; un tomo, 8.º, 4 y 5 rs.
Cantos del gitano: preciosas poesías y cantares, por D. Mariano Chacel; un tomo, 8.º, magnífica edicion, 8 y 10 reales.
Capitanes ilustres y revista de libros militares, por D. Manuel Juan Diana; un tomo, 4.º, 16 y 18 rs.
Carta anónima (La), por Augusto Arnould; 4 rs.
Cartas filosóficas á D. Ramon de Campoamor en contestacion á su obra *Lo Absoluto*, por D. Nicomedes Martin Mateos; un tomo, 4.º, 8 rs.
Cartas provinciales, por Pascal, traduccion y prólogo de D. Francisco Cañamaque; un tomo, 8.º, 10 y 12 rs.
Casa rústica. Nueva guía manual de todas las ciencias y

artes pertenecientes á los habitantes del campo, arrendadores, v ñeros, hortelanos, ganaderos, etc., etc. Obra, á la par que útil, divertida. Traducida al castellano. Forma 3 tomos, 4.º, con 57 láminas, 60 reales en toda España.

A esta obra va añadido un *Manual de elaboracion de vinos, aguardientes, licores, sidra y cerveza*, con sus correspondientes láminas.—Este tratado se vende tambien por separado á 8 rs.

Castillo de Pinon (El). Novela, por la condesa Dash, traducida del frances; 2 tomos, 16.º mayor, 8 rs.

Causa del príncipe Bonaparte por muerte dada á Víctor Noir en 10 de Enero de 1870, con las biografías y retratos de Rochefort, Bonaparte y Noir, etc., un tomo, 8.º mayor, 8 y 10 rs.

Celeste, por Antonio Chocomelli; un tomo, 8.º, 4 y 5 rs.

Cerebro (El) y el pensamiento, por P. Janet; version española del Dr. Aguilar y Lara; un tomo, 8.º mayor, 8 y 10 reales.

Ciencia de la religion (La), por Máximo Müller, profesor de la Universidad de Oxford, version castellana, con un prólogo de García Moreno, doctor de Filosofía; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

Ciencia y naturaleza. Ensayos de Filosofía y de ciencia naturales, por Luis Büchner, traduccion del aleman por el Dr. Gaspar Sentiñon. Málaga, 1873; 2 tomos, 8.º mayor, 28 rs.

Clave del Derecho (La), ó síntesis del Derecho romano, conforme á los antiguos textos conocidos y los recientemente descubiertos, por M. Ortolam, traducida al castellano por el Dr. D. Fermin de la Puente y Apecechea, catedrático de Jurisprudencia en la Universidad de Sevilla: 1845; un tomo, 8.º, 8 y 9 rs.

Clemencia, por Fernan Caballero; 2 tomos, 20 y 24 rs.

Código penal italiano (Proyecto de), por S. Mancini: traduccion de D. V. Romero y Giron; un tomo, 4.º, 10 y 12 reales.

Código de Comercio y demas disposiciones legales vigentes en España y sus provincias de Ultramar en materias mercantiles, con arreglo á las últimas reformas, anotado por un abogado del ilustre Colegio de Madrid: 1877; un tomo, 8.º, 16 y 18 rs.

Código de Comercio, arreglado á la reforma decretada

en 6 de Diciembre de 1868, anotado y concordado, precedido de una introduccion histórico-comparada, seguido de las leyes y disposiciones posteriores á su publicacion que lo reforman y lo completan, y de un repertorio de la legislacion mercantil, por los directores de la *Revista general de Legislacion y Jurisprudencia* D. Pedro Gomez de la Serna y D. José Reus y García: sétima edicion, corregida y aumentada por D. José Reus; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Suplemento á la sétima edicion del Código de Comercio. Contiene la ley reformando varios artículos del Código de Comercio, concordada y anotada por don José Reus, y todas las leyes, decretos y Reales órdenes dictadas en 1878; 8 y 9 rs.

Código de Comercio, arreglado á las importantes modificaciones y reformas introducidas en sus principios y procedimientos, por el decreto de 6 de Diciembre de 1868 y por la Novísima ley de 30 de Julio de 1878, ampliado con otras disposiciones que le sirven de complemento; publicado por la redaccion de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados Municipales*. Madrid, 1879; 12 y 14 rs.

Código civil español (El). Recopilacion metódica de las disposiciones vigentes, anotadas con arreglo á la jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia, por D. Sabino Herrero, abogado del ilustre colegio de Valladolid; un tomo, 4.º mayor, de 680 páginas, 40 y 44 rs.

Códigos españoles (Coleccion de), edicion de 1867. Comprenden: Fuero Juzgo, Fuero Viejo, Fuero Real, Leyes nuevas, Leyes para los adelantos, Leyes del Estilo y ordenamiento de las Tafurerías, Leyes de Partida, Espéculo, Ordenanzas reales de Castilla, Ordenamiento de Alcalá, y Leyes de Toro; 120 y 140 rs.

Coleccion de documentos relativos á la expulsion de los jesuitas de la República Argentina y del Paraguay en el reinado de Cárlos III, con introduccion y notas, por don Francisco Javier Brabo, un tomo, 4.º, con la autobiografía y retrato del autor, 32 y 36 rs.

Coleccion legislativa de presidios y casas de correccion de mujeres. Madrid, imprenta Nacional, 1861; 2 tomos, 4.º, 40 rs.

Id. de cárceles; un tomo, 4.º, 20 rs.

Colonizacion en la historia (La), por Rafael M. de Labra,

profesor de Derecho internacional de la Institucion libre de enseñanza de Madrid; 2 tomos, 8.º, 24 y 28 rs.

Comentarios á la Ley de Enjuiciamiento civil, por D. Vicente Hernandez de la Rua, doctor de la Universidad de Salamanca, teniente fiscal del Tribunal Supremo de Justicia. Madrid, 1856; 5 tomos, 60 y 70 rs.

Comentarios á la ley del Notariado y su reglamento, seguidos de un apéndice en que se comprenden los reales decretos, reales órdenes, circulares y resoluciones oficiales sobre organizacion y ejercicio notarial, dictados desde la promulgacion de la ley referida, y una coleccion de fórmulas, de actas é instrumentos de la misma facultad, por D. Eugenio Ruiz Gomez; un tomo, 4.º, 34 y 38 rs.

Compendio de Geología, por D. Juan Vilanova y Piera; un tomo, 4.º, con 18 láminas grabadas en acero y multitud de dibujos intercalados en el texto; 40 y 46 rs.

Compendio del Derecho romano, ó aforismos y decisiones sacados del Digesto ó del Código, con su traduccion, por D Luis Roquer, abogado; 8 rs.

Compendio histórico de las repúblicas antiguas y modernas, donde se hace ver su orígen, duracion y causa de su decadencia, escrito en frances por el ciudadano Bulad; un tomo, 8.º, 8 y 10 rs.

Compendio de moral ó catecismo de los deberes del hombre, para uso de la juventud, por D. Cayetano Cortés; un tomo, 8.º mayor, 10 rs.

Compendio de historia del Derecho romano, por Enriqne Ahrens, traducido directamente del aleman con notas por los profesores de la Institucion libre de enseñanza, señores D. Francisco Giner, D. Gumersindo de Azcárate y D. A. G. Linares. Madrid, 1878; un tomo, 8.º mayor, 10 reales.

En este Compendio encontrará el jurisconsulto y el estudiante la historia interna y externa del Derecho romano, con los adelantos hasta el dia, por las numerosas notas con que va ilustrado.

Compendio enciclopédico teorico-práctico, civil y criminal de España, en lo que tiene relacion con todas las materias que constituyen los Reglamentos oficiales de exámenes de aspirantes á procuradores, secretarios y suplentes de Juzgados municipales, por D. Antonio Campins; 2 tomos, 4.º, 24 y 28 rs.

Complemento á la Enciclopedia moderna. Diccionario universal de literatura, ciencias, artes, agricultura, industria y comercio, publicada por D. Francisco P. Mellado; 3 tomos, 4.º, 60 rs.

Esta obra es de necesidad á todo el que tiene la Enciclopedia.

Comuneros de Paris (Los). Historia de la revolucion federal de Francia en 1871, con las láminas y retratos siguientes: Félix Pyat, plano de Paris, Gustavo Flourens, Gustavo Courbet, fusilamiento de Duval, Luis N. Rosell, Teófilo Ferré, fusilamientos de prisioneros indefensos en el cuartel Lobean, con un apéndice de los trabajadores franceses á los trabajadores de todos los países; 2 tomos, 4.º, 30 y 36 rs.

Conferencias de la Institucion libre de enseñanza. Se han publicado en folletos sueltos, al ínfimo precio de 2 y 3 rs., á saber:

—Las elecciones pontificias, por D. Eugenio Montero Rios.
—El futuro Cónclave, por el mismo.
—El agua y sus trasformaciones, por D. F. Quiroga.
—Turquía y el tratado de Paris, por D. Rafael M. de Labra.
—El poder y la libertad en el mundo antiguo, por D. Manuel Pedregal.
—El poder del Jefe del Estado en Francia, Inglaterra y los Estados-Unidos, por D. G. de Azcárate.
—El conde de Aranda, por D. S. Moret y Prendergast.
—El Alcoran, por D. Eduardo Saavedra.
—Relaciones entre la ciencia y el arte, por D. F. Rubio.
—El socialismo de cátedra, por D. Gabriel Rodriguez.
—La vida de los astros, por D. Augusto G. de Linares.
—Teorías modernas sobre las funciones cerebrales, por D. Luis Simarro.
—La moderna literatura polaca y J. I. Kraserwsky, por D. José Leonard. Con estas Conferencias se completa el tomo del curso de 1878.—Todas 26 y 30 rs.

Consejos piadosos para practicar la virtud en medio del mundo. Obra escrita en italiano; revisada y corregida en su traduccion francesa por M. Contier, canónigo y arcipreste de Ntra. Sra. de Paris, y traducida de esta última por D. J. M. A.; un tomo, 12.º, 4 y 5 rs.

Consideraciones sobre la influencia de los jesuitas en América: carta al jefe del Archivo nacional, por D. Francisco J. Bravo; 2 rs.

Consultor (El), ó sea procesos militares figurados, con todos sus trámites para inteligencia de todas las clases militares, por D. Luciano Sanchez Gil y Lago, capitan de infantería: tercera edicion. Valencia, 1873; un tomo, 8.º, de 1.000 páginas, 28 rs.

Constitucion inglesa (La) y la política del continente, por Gumersindo de Azcárate, presidente de la seccion de Ciencias morales y políticas del Ateneo de Madrid, vicepresidente primero de la Academia de Legislacion y Jurisprudencia, profesor de la Institucion libre de enseñanza; un tomo 8.º, 12 y 14 rs.

Contratacion sobre efectos públicos de los corredores de comercio y de los agentes de Bolsa, por el doctor D. Francisco Lastres, abogado, profesor de Derecho y catedrático del Ateneo de Madrid; un tomo, 8.º mayor, 16 y 18 rs.

Copa (La). Cuentos de Hadas, por Jorge Sand; 2 y 3 reales.

Coplas y quejas, por D. José Puig Perez; 3 rs.

Corona fúnebre dedicada á la buena memoria de S. M. la Reina doña María de las Mercedes (Q. D. D. G.) por el periódico ilustrado *La Academia*, Madrid, 1878: segunda edicion; un tomo, 8.º, de lujo, 8 rs.

Credo de una religion nueva (El). Bases de un proyecto de reforma social en todas las manifestaciones de la vida, en la religion, en la familia, en la propiedad, en la política, en las instituciones administrativas y en la educacion, por Serafin Alvarez; un tomo, 8.º, 10 rs.

Cristiano instruido en la naturaleza y en el uso de las indulgencias (El). Obra escrita en frances por el P. A. Maurel, traducida al castellano por D. J. Torá; un tomo, 8.º mayor, 10 rs.

Cristo y la civilizacion. Lecciones pronunciadas en el Ateneo científico y literario de Madrid, por D. Federico Torralba, precedidas de un juicio crítico de M. Anselmo Du Boys, misionero frances; 6 rs.

Cristóbal Colon. Novela por Fenimore Cooper. Edicion ilustrada con grabados en el texto; un tomo, 4.º mayor, á dos columnas, 10 rs.

Criterio legal (El) en los delitos políticos, por D. Manuel de Rivera Delgado, abogado del ilustre colegio de Madrid, etc.; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

Criterio medico-psicológico para el diagnóstico diferen-

cial de la pasion y la locura, por el Dr. D. Pedro Mata; 2 tomos, 4.º, 50 rs.

Cruz (La) y la golondrina. Novela original, por D. Manuel Ibo Alfaro; un tomo, 8.º, 4 rs.

Cuentos escogidos de Andersen, ilustrados con grabados, de D. R. Fernandez Cuesta; un tomo, 8.º mayor, 12 y 14 rs.

Cuentos íntimos, por D. Fernando Martinez Pedrosa. El autor de *La paloma torcaz* ha logrado reunir en este libro una coleccion de cuentos originales, agradables, morales é instructivos, escritos con sencillez y elegancia, que forman un precioso tomo, 8.º mayor, 14 y 16 rs.

Cuentos del canónigo Schmid: nueva edicion, ilustrada con grabados, obra sumamente instructiva para la juventud; 3 tomos, 8.º mayor, 30 y 36 rs.

Cuentos de Cárlos Rubio; un tomo 8.º mayor, 10 rs.

Cuentos de Boccacio; 4 tomos, 16 y 20 rs.

Cuestion Cabrera (La), por D. José Indalecio Caso; un tomo, 8.º, 6 rs.

Idem, id.; un tomo 4.º, de gran lujo, 12 rs.

Cuestion social (La). Su exámen y el de los varios problemas económicos, morales y políticos que comprende: importancia del estudio y de la propagacion de las ciencias que enseñan á resolverlos, por D. José M. Millet, profesor de Derecho de la Universidad de Sevilla. Madrid, 1872; un tomo, 8.º, 6 y 7 rs.

Cuestiones selectas del Derecho penal vigente, por don Vicente Hernandez de la Rua. Madrid, 1853; un tomo, 4.º, 20 rs.

Cuevas de Monserrat, ó sea historia y descripcion de las más admirables de nuestras montañas, de sus vastísimas entrañas ó cuevas tan maravillosas como poco conocidas, y de la perla de los santuarios, etc., con una lámina de la vista del monasterio de Monserrat; 4 y 5 rs.

Curso completo de prestidigitacion, ó la hechicería antigua y moderna explicada. Contiene todos los juegos nuevos que se han ejecutado hasta el dia en los teatros y reuniones, y que no han sido todavía publicados, etc., por J. N. Ponsin, traducido del frances por D. R. Palanca y Lita; un tomo, 8.º mayor, con grabados, 18 rs.

Curso de Psicología, dado en Paris bajo los auspicios del Gobierno por H. Ahrens, traduccion de Gabino Lizárraga; 2 tomos, 8.º mayor, 24 y 28 rs.

Curso de Derecho natural ó de Filosofía del Derecho, completado en las primeras materias, con ojeadas históricas y políticas, por H. Ahrens, enteramente refundida y completada con la teoría del derecho público y del derecho de gentes, traducida por los señores D. Pedro Rodriguez y D. Mariano Ricardo de Asensi. Madrid, 1873; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Curso histórico-filosófico de la Legislacion española. Obra señalada de texto por Real órden de 1.º de Setiembre de 1856, por D. Serafin Adame y Muñoz; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

De Madrid á Lisboa (Impresiones de un viaje), por D. Nicolás Diaz y Perez; un tomo, 4.º, con el mapa de España y Portugal, 20 rs.

Decadencia de España. Historia del levantamiento de las Comunidades de Castilla, 1520-21, por D. Antonio Ferrer del Rio; un tomo, 4.º, 20 y 24 rs.

Defensa de las mujeres, por D. L. de Alemany, escrita en contraposicion de los cuadros ó historia del matrimonio que publicó D. Antonio Flores; 2 rs.

Defensa del juicio por jurados, por D. Fernando Gomez de Salazar; un tomo, 4.º, 8 rs.

Del Suizo á la Suiza, viaje de placer... hasta cierto punto; por Eusebio Blasco; un tomo, 8.º, 4 rs.

Del amor y otros excesos, por Eusebio Blasco un tomo, 8.º, 4 rs.

Derecho internacional público de Europa, por A. G. Heffter, traducido por G. Lizarraga, abogado del ilustre colegio de Madrid; un elegante tomo, 4.º, 32 y 36 rs.

Derecho y la fuerza (El). Poema filosófico, por D. Wenceslao Ayguals de Izco; 4 rs.

Derecho civil español (Novísimo tratado histórico filosófico del), precedido de una introduccion acerca del método para su estudio, y de un resúmen de la historia del Derecho civil de España hasta nuestros dias. Obra arreglada á los programas universitarios, por el doctor D. Clemente Fernandez Elías; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Derecho administrativo español, por el Dr. D. Manuel Colmeiro: cuarta edicion ajustada á la legislacion vigente y copiosamente aumentada con nuevos tratados y un apéndice de jurisprudencia administrativa. Madrid, 1876; 2 tomos, 4.º, 80 y 88 rs.

Derecho canónico, dividido en tres tratados, por el doctor D. Nicolas del Paso Delgado, rector de la Universidad de Granada; 2 tomos, 4.º, 84 y 88 rs.

Derecho público y la Europa moderna (El), por el vizconde de la Gueronniere, traducida al castellano por el conde de Fabraquer, vizconde de San Javier, abogado; un tomo, 4.º, 24 y 28 rs.

Derecho civil español (El), en forma de código. Leyes vigentes, jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia (en 1.700 sentencias) y opiniones de los jurisconsultos, precedido de un repertorio alfabético: segunda edicion, corregida y aumentada, por el Dr. D. José Sanchez de Molina Blanco; un tomo 4.º mayor, 60 y 64 reales.

Apéndice al mismo Derecho civil español, que sirve para la primera y segunda edicion: contiene el texto de las leyes del Fuero Juzgo, Fuero Real, Partidas y Novísima Recopilacion no derogadas, etc.; un tomo, 4.º mayor, 48 y 52 rs. Tomando los 2 tomos á la vez, su precio es 96 y 104 rs.

Derecho penal (Tratado de), penalidad, jurisdiccion, procedimiento, segun la ciencia racional, la legislacion positiva y la jurisprudencia, con datos de estadística criminal, por M. Ortolan, traducido por D. Melquiades Perez Rivas; 2 tomos, 4.º, 60 y 68 rs.

Derecho civil germánico ó aleman (Tratado de), considerado en sí mismo y en sus relaciones con la legislacion francesa, por Ernesto Lehr, traducido y adicionado en la parte española por D. Domingo Alcalde Prieto, doctor y catedrático de Derecho; un tomo, 4.º, 40 y 44 reales.

Derecho internacional privado, ó principios para resolver los conflictos en las diversas legislaciones en materia de Derecho civil y comercial, etc., por Fiore, version castellana por A. García Moreno; aumentada con un apéndice del autor y con un prólogo de D. Cristino Martos; 2 tomos, 4.º, 48 y 52 rs.

Derecho natural (Curso de) ó de Filosofía del Derecho, completado en las principales materias, con ojeadas históricas y políticas, por E. Ahrens, traduccion de los señores D. Pedro Rodriguez Hortelano y D. Mariano Ricardo de Asensi; un tomo, 4.º, 40 y 44 rs.

Derecho romano (Elementos de), que contiene la teoría

de la Instituta, precedida de una introduccion, por J. Makeldey; un tomo, 4.°, 32 y 36 rs.

Derecho natural apoyado en los hechos, por R. P. Luis Taparelli, traducido directamente de la última edicion italiana, hecha en Roma, corregida y aumentada por su autor, D. Juan Manuel Ortí y Lara, abogado de los Tribunales y catedrático de Filosofía; 4 tomos, 4.°, 80 y 88 reales.

Derecho político (Exposicion elemental teórico-histórica del), por D. Domingo Enrique Aller, un tomo, 8.° mayor, 12 y 14 rs.

Derechos reales (Manual del Impuesto de los), por don Pedro Estasen, y Cortada, licenciado en Derecho civil y canónico, académico de la de Barcelona, publicado por la *Gaceta de Registradores y Notarios*, un tomo, 4.°, 20 y 24 rs.

Devereux. Novela escrita en inglés por Mr. Eduardo Leyton Bulwer y traducida por D. Nemesio Fernandez Cuesta; 6 tomos, 8.°, 20 rs.

Diálogos filosóficos, por Ernesto Renan, version castellana de Chaves y Orgaz; 6 rs.

Dibujo topográfico (Lecciones de). Estudios progresivos, dibujados y litografiados por D. José M. de Riudavets, delineador-constructor de cartas en la direccion de Hidrografía y teniente honorario de navío. Obra declarada de texto en la Escuela naval flotante y en las de Náutica, y adoptada en varias carreras especiales: consta de un volúmen, fólio, con 32 magníficas láminas en el texto, en rústica 80 y 86 reales, encuadernado 20 reales más.

Dibujo topográfico (Tratado de), por el comandante graduado capitan de infantería D Emilio Valverde y Alvarez, obra declarada de texto para la Academia de Infantería: 1879; 30 y 34 rs.

Este Tratado tiende á generalizar el sistema del lavado, facilitando muchísimo la enseñanza del dibujo topográfico.

Diccionario de materia mercantil, industrial y agrícola, que contiene la indicacion, la descripcion y los usos de todas las mercancías, por D. José Oriol Ronquillo; 4 tomos, 4.°, 200 y 220 rs.

Diccionario caló-castellano, que contiene, además de los significados, muchas frases ilustrativas de la ace-

cion propia de las palabras dudosas, por D. Francisco Quintalé; un tomo, 8.°, 6 rs.

Diccionario (Nuevo) italiano-español y español-italiano, con la pronunciacion figurada de ambas lenguas, por D. José Caccia; un tomo, 8.°, encuadernado á la inglesa, 24 y 26 rs.

Diccionario (Nuevo) frances-español y español-frances, con la pronunciacion figurada de ambas lenguas, por D. Vicente Salvá, con arreglo á los mejores diccionarios publicados hasta el dia; undécima edicion, Paris, 1875; 2 tomos en un volúmen, 8.°, encuadernados á la inglesa, 24 y 26 rs.

Diccionario (Nuevo) inglés-español y español-inglés. Comprende todas las voces usuales de ambas lenguas con sus diferentes acepciones, etc., etc., y la pronunciacion figurada de los dos idiomas, por F. Corona Bustamante; 2 tomos, 8.°, encuadernados á la inglesa, 28 y 30 rs.

Diccionario de agricultura teórico-práctica, económica, de medicina doméstica y veterinaria, del abate Rozier, traducido y aumentado por el Excmo. Sr. D. Juan Alvarez Guerra; 13 tomos, 4.°, 160 y 200 rs.

Diccionario razonado de legislacion y jurisprudencia, por D. Joaquin Escriche: nueva edicion reformada y considerablemente aumentada por los doctores D. Leon Galindo y de Vera y D. José Vicente y Caravantes; 4 tomos, 542 y 570 rs.

Diccionario (Nuevo) de la lengua castellana, arreglado sobre la última edicion publicada por la Academia Española y aumentado con más de veinte mil voces usuales de ciencias, artes y oficios, por D. Roque Bárcia, segunda edicion. Paris, 1877; un tomo, 8.° mayor, pasta, 28 y 30 reales.

Diccionario (Novísimo) geográfico, histórico, pintoresco, universal, ó descripcion física, histórica, política, comercial, estadística, industrial, científica, literaria, artística, religiosa, moral, etc., de todas las partes del mundo, por una sociedad literaria; 4 tomos, 4.° mayor, con grabados y mapas, 276 y 288 rs.

IMPRENTA CENTRAL Á CARGO DE VÍCTOR SAIZ, COLEGIATA, 6.

LIBRARY
FEB
27
1979
UNIVERSITY OF TORONTO

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

BRIEF
PA
00 00207

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 09 02 07 11 023 6